

Véase página 546.

EL LIBRO DEL AÑO

Vease pagina 546.

EL LIBRO DEL AÑO

A-V

PRIMER ANUARIO EL LIBRO DEL AÑO

POR

RICARDO RUIZ Y BENÍTEZ DE LUGO

Primer teniente del Arma de Caballería y abogado del Ilustre Colegio de Madrid,

CON LA COLABORACIÓN DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ

y de los señores

ALAS (LEOPOLDO) *Clarín*, AZA (VITAL), AZCÁRATE (GUMERSINDO DE),
 BALART (FEDERICO), BLASCO (EUSEBIO), BLASCO (RICARDO), BRETÓN (TOMÁS),
 CAMPILLO (NARCISO), CANALS (SALVADOR),
 CARVAJAL Y HUÉ (JOSÉ), CHAPÍ (RUPERTO), CHUECA (FEDERICO),
 ECHEGARAY (JOSÉ), ECHEGARAY (MIGUEL),
 ESCOSURA (JULIO DE LA), ESCOSURA (LUIS DE LA), ESPINA Y CAPO (ANTONIO),
 ESPINA Y CAPO (JUAN),
 FERNÁNDEZ BREMÓN (JOSÉ), FERNÁNDEZ FLÓREZ (ISIDORO), LASERNA (JOSÉ DE),
 MADARIAGA (FEDERICO), MARTÍN ARRÚE (FRANCISCO),
 MARTÍN REDONDO (FERNANDO), MOLAS Y CASAS (JUAN), MOYA (MIGUEL),
 NAVARRO LEDESMA (FRANCISCO),
 NÚÑEZ DE ARCE (GASPAR), PALACIO (MANUEL DEL), PÉREZ Y GONZÁLEZ (FELIPE),
 PICÓN (JACINTO O.), PLEGUEZUELO (FRANCISCO), RAMOS CARRIÓN (MIGUEL),
 SÁNCHEZ PÉREZ (ANTONIO), SORIANO (RODRIGO), TABOADA (LUIS),
 TABOADA (MARCIAL), *Tello Téllez*, VEGA (RICARDO DE LA),
 ZAMORA Y CABALLERO (EDUARDO).

CONTIENE MÁS DE 300 FOTOGRAFADOS



MADRID

EST. TIPOLITOGRAFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

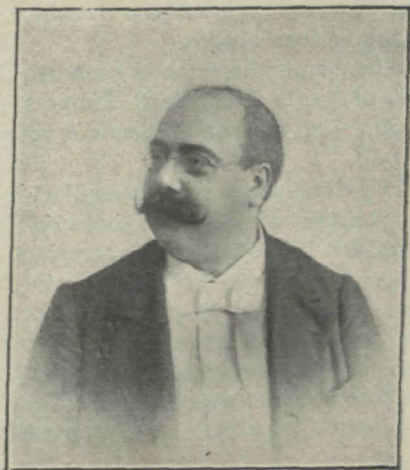
Paseo de San Vicente, núm. 20

1899

R.320749



Es propiedad de D. Ricardo Ruiz
y Benitez de Lugo.
Queda hecho el depósito legal.



D. EDUARDO DE LUSTONÓ

Autor dramático y periodista, principal colaborador de EL LIBRO DEL AÑO.

EXPLICACIÓN NECESARIA

No es EL LIBRO DEL AÑO fiel trasunto de lo que mi pensamiento tratara crear. La idea primitiva era un Anuario bibliográfico, que como semilla germinó, aunque con raquitismo, por falta de experiencia. Y si bien brotaron ramas algo fecundas, cual la de teatros y de prensa madrileña, fué poco lozana la del periodismo de provincias y de artículos que á cosas del año se dedicaran. Tómese este Anuario, pues, como prólogo de los que le sucederán, y cuya confección expondré. Mas antes debo consignar que la colaboración del Sr. Lustonó, dotando al libro de una tercera parte de las biografías, ha sido activa hasta la mitad de la tirada de sus pliegos, si bien por culpas que no son de él ni mías, resulta la «sección de colaboradores» saturada de artículos literarios que nada cuentan, ni tienen más novedad que la de la prestigiosa pluma que los firma, y el total del libro sin una completa sistematización en los asuntos intelectuales y artísticos.

Por ser más colaborador que el resto de los colaboradores hago figurar su retrato antes que ninguno, y aprovecho esta ocasión para consignar frases laudatorias en su honor, que si bien no las necesita un escritor como él, las dicta mi agradecimiento: No puedo olvidar su modestia diciendo á

todos que yo era el único director, cuando eso no interesaba á nadie, y teniendo que hacer esfuerzos grandes para que figurara en primer lugar, cuando nuestros nombres iban unidos.

Al promediar la obra, y por faltarme el concurso de su inteligencia y actividad, tuve que solicitar la ayuda de D. Felipe Pérez y González. Á él debo su rápida terminación, pues en quince días recogió datos é hizo más de cien biografías.

EL LIBRO DEL AÑO debe ser, y será, recopilación de todo lo ocurrido durante el mismo, y estará dividido en secciones; por ejemplo: libros, prensa, revistas científico-literarias, teatros, asociaciones científico-literarias, Bellas Artes, *sports*, la aristocracia, lo judicial, lo administrativo, lo religioso, lo militar, lo comercial, lo político, el extranjero en todos sus aspectos y, además, lo que por su extensión requiera juicio especial, como sucederá con los preparativos de España para la Exposición Universal de París. De cada una de esas secciones se encargará de hacer el juicio sintético un escritor conocido é imparcial; algunas necesitan varios, como sucede con la de libros.

En todas ellas irán fotograbados; v. gr.: en los centros científicos, los académicos fallecidos y los que los reemplacen, y estudio de sus discursos con la extensión que lo merezca; la apertura de curso en las universidades y las memorias premiadas. En los teatros, los estrenos habidos, juicio de ellos, principales intérpretes, etc. En las Bellas Artes, entre otras cosas, la reproducción de los cuadros premiados. En lo político, los ministros entrantes y salientes ó el personaje que adquiriese notabilidad en el año.

Los libros, inscriptos ó no en el Registro General de la Propiedad Intelectual, figurarán agrupados por materias, y además del análisis especial que merezcan, un escritor competente y conocido hará la síntesis de cada grupo. En los periódicos y revistas expondremos lo más notable que publiquen en el año. Estas tres secciones últimas tendrán mucha extensión.

Intento, por último, buscar elementos en la América latina para que me faciliten datos de lo más saliente que en el año ocurra en las Repúblicas que hablan nuestro idioma.

Este será el verdadero LIBRO DEL AÑO.

RICARDO RUIZ Y BENÍTEZ DE LUGO.

PRIMERA PARTE

COLABORADORES

Alas, Leopoldo.

«¿Quién no conoce á mi buen amigo? ¿Quién no ha oído su *clarín* de guerra, ya en són de batalla, ya entonando marcha triunfal? ¿Quién no sabe que D. Leopoldo Alas es escritor á la vez elegante y profundo, ya severo y preciso, ya agudo y epigramático, y siempre de levantado pensamiento, amante de la ciencia y noble en sus propósitos? Nadie que circule por las plazas ó callejuelas de la literatura moderna lo ignora, que en los sitios principales de la ciudad del arte se habrá encontrado con mi buen amigo.

»Á mi juicio, la serie de críticos que empieza en Larra y concluye en Balart está pidiendo con necesidad y urgencia gente que la continúe y amplíe, y el Sr. Alas no debe contentarse con menos que con ser uno de los insignes herederos de aquellos insignes críticos.»

En estos párrafos escritos hace diez y siete años por D. José Echegaray, queda retratado de cuerpo entero nuestro eximio colaborador Leopoldo Alas.

Por eso nuestra misión, después de lo dicho por uno de los hombres más eminentes de la España contemporánea, queda reducida á citar fechas y á consignar datos acerca del autor de *La Regenta*.



Nació éste en Zamora en 1852, donde era su padre Gobernador civil de la provincia. Á los diez y ocho años se hizo Abogado en Oviedo. Escribió desde niño, y tiene, según noticias, dos tomos de un periódico manuscrito, titulado *Juan Ruiz*, que redactó él solo

de los trece á los quince. Ya á los nueve años había dictado dramas y comedias, representados por aficionados en la capital de Asturias.

Á esa edad tenía multitud de cuadernos de versos, dramas, etc., y publicado verso y prosa en *La Estación* y *El Eco*, de Oviedo. Á los catorce años firmó, con el seudónimo de *Juan Ruiz*, versos en *El Cascabel*, de Frontaura; y *Gil Blas*, de Luis Rivera, le publicó entonces varias poesías breves, sin firma.

En Madrid estudió, de 1871 á 1873, Filosofía y Letras, y fué condiscípulo de Costa y Menéndez y Pelayo. En 1875 mandó prosa y verso á Sánchez Pérez para *El Solfeo*, firmando *Zoilito* y *Clarín*. *El Solfeo* se hizo diario, y entraron en su redacción, cobrando ya, Alas, Palacio Valdés, Sierra (Eusebio), Lezama y Sánchez Ramón. *El Solfeo* se transformó en la *La Unión* y otros periódicos, y en todos trabajó *Clarín*.

En 1878 tomó el grado de Doctor en Derecho, para hacer oposición en seguida á la cátedra de Economía de la Universidad de Salamanca. Obtuvo el primer lugar, pero la cátedra no. Por aquel mérito le dieron la de Economía de Zaragoza en 1882. Al año siguiente se trasladó á la de Derecho romano de Oviedo, que después cambió por la de Derecho natural que desempeña. En 1878 publicó *El derecho y la moralidad*, tesis doctoral. Luego *Programa de economía* y *Alcalá Galiano*, conferencia dada en el Ateneo actual de Madrid. En el *viejo* discutió muchas veces con Revilla, P. Sánchez, etc.; en la Sección de Literatura, y en el curso de 1897, dió conferencias en la de «Estudios superiores» sobre filosofía religiosa.

No pueden contarse los periódicos de que fué y es colaborador en España y América. Algunos son *El Imparcial* (en que está encargado hace muchos años de la revista literaria), *El Liberal*, *Correspondencia de España*, *Heraldo*, *Progreso*, *Porvenir*, *Opinión*, *Justicia*, *Madrid Cómico*, *Revista Ibérica*, *Publicidad*, de Barcelona, *Novedades*, de Nueva York, *Ilustración Española y Americana*, etc., etc.

Sus libros literarios son: *La Regenta*, *Su único hijo*, novelas; *Pipá*, *El Señor*, y lo demás son cuentos, *Cuentos morales*, cuentos; *Doña Berta*, tres novelas cortas; *Teresa*, drama; *Solos de Clarín*, *Sermón perdido*, *Mezclilla*, *Ensayos y revistas*, *Palique*, *La Literatura* en 1881, y ocho *Folletos literarios*, crítica.

Le han sido hechas proposiciones de Inglaterra, Francia é Italia para traducir sus novelas largas, pero él no ha facilitado este trabajo por no repasar tales obras. Muchos de sus cuentos se han traducido en francés, italiano, alemán, inglés, magiar, tcheco, etcétera.

Tiene preparadas algunas obras dramáticas y novelas, v. gr.: *La millonaria*, *Tambor y gaita*, *Juanito Reseco*, *Una medianía*, *Elegía*, *Por las Geórgicas*, etc., etc; pero su deseo sería publicar libros literarios de filosofía, según las tendencias no positivistas contemporáneas.



De entre el sin número de *Cavilaciones* que tiene escritas, y en las que se revela su ingenio agudo y epigramático, entresacamos las siguientes para solaz de los lectores:

«Cabe tanto mal en el espíritu humano, que cabe esta contradicción: la envidia y el desprecio.»

«Nuestros poetastros saben, á veces, medir las sílabas, pero nunca medir las palabras.»

«Es muy prudente el consejo de guardar muchos años en cartera las obras literarias. Cuando después se leen se juzgan mejor, y puede el autor librarse de publicar tonterías. Sin embargo, la receta no es muy segura, porque es posible el caso de que el autor siga siendo un necio.»

«Mucho más grande que no admirar nada es no despreciar nada.»

«En la filosofía del amor tiene razón el positivismo: sólo se conocen hechos.»

«La poetisa fea, cuando no llega á poeta, no suele ser más que una fea que se hace el amor en verso á sí misma. Las coplas de un galán, por malas que fuesen, le parecerían mejor que sus poesías y le harían olvidarlas.»

«Los imitadores en literatura son imágenes del maestro reflejadas en espejos convexos. Cuanto más se acerca el espejo, más deforme es la imagen.»

«El que tolera la vida, dejó escrito un suicida, es el que administra mal sus intereses y no lleva la cuenta de su debe y haber. El que se mata hace un balance y se declara francamente en quiebra.»

«Hay muchos literatos que, pretendiendo castigar el estilo, castigan á los lectores.»

«Los que opinan que ha pasado el tiempo de combatir con todas armas el poder del fanatismo y los absurdos de la superstición, son tan peligrosos para el progreso como los que piensan que ese tiempo no ha llegado.»

«Todos los mandamientos se encierran en dos: en amar á Dios sobre todas las cosas, y al Amor sobre todos los dioses.»

«Un entusiasta del gran trágico inglés decía:— ¡Cómo se parece la Naturaleza á Shakspeare!»

«Un sabio moderno ha dicho que la envidia no es un pecado, que es una pena. Yo creo que es un pecado..... que en el pecado lleva la penitencia.»



Invitado Alas por el periódico *El Globo* á que manifestase su opinión sobre los males que afligen á España y los medios que á su juicio podían aplicarse para su remedio, escribió un notabilísimo artículo, del cual entresacamos los siguientes párrafos, preñados de verdades como puños:

«Entre todos los españoles juntos no sabemos bastante *sociología aplicada* para poder precisar la gravedad del mal que padece España. Según el humor que tiene uno, le parece unas veces que esto no tiene cura, y otras que sí. Téngala ó no, hay que obrar como si la tuviera.

»Se impone el empirismo, porque ciencia cierta no la hay. ¿Por qué hemos venido tan á menos? ¿Por parecernos á las naciones modernas, ó por insistir en ser españoles á la antigua? Por esto. España se pierde por reaccionaria. Causa ocasional, no del daño en su fondo, sino de su aparición actual concreta: la política colonial *reaccionaria*.

»Hemos perdido á Puerto Rico. Probablemente la pérdida será real, positiva y definitiva. Cuba se ha perdido para los idealistas reaccionarios y por los explotadores *realistas*. Si Cuba se hace yanki de cuerpo y alma, se habrá perdido para todos. Si Cuba llega á ser independiente de veras, Cuba no se ha perdido del todo para España. Ahora más que nunca hace falta procurar una *Cuba española*.

»Nuestros políticos reaccionarios, monárquicos y *materialistas* están ciegos respecto al porvenir de las relaciones de España con la América española. Lo más sano é instruido de la juventud ilustrada que habla español en América, anhela unirse con esa España liberal, moderna, democrática. La juventud española debe salir al encuentro á esa noble tendencia. Dentro de pocos años, Cuba, si no se la asimilan los anglo-sajones, puede entrar, como las demás repúblicas hispano-americanas, en una estrecha alianza con la madre común, con esta pobre España que los americanos no confunden con nuestros miserables reaccionarios, feroces, injustos, necios ignorantes, ni con nuestros lamentables Gobiernos.»

.....

«Cogería el presupuesto y lo adjudicaría casi entero á lo que hoy llamamos fomento. Agricultura....., un dineral. Obras públicas....., un dineral. Industria....., un dineral. Instrucción pública, dos dinerales.

»¿Que se levantarían las piedras? No; los adoquines se estarían quietos. La nación, al ver de repente, de verdad, empleada su fuerza económica en lo reproductivo, haría callar á todos los parásitos que quisieran sublevarse. Los que no saben lo que es derecho, gritarían: ¡injusticia! Pero los que saben que no hay derecho contra el derecho, y saben que España tiene derecho á salvarse, responderían: ¡justicia!»

.....
«No se abrirían las Cortes hasta que fuera un hecho de conciencia pública que habían sido elegidas con la seriedad que reclama el derecho del sufragio. Se perseguiría, como á los anarquistas criminales, y como á los generales que aspiran á ser *Césares*, á los ministros, caciques, magistrados, gobernadores, alcaldes y demás gente ordinaria que quisieran seguir burlando la ley electoral. Se tomaría con tanto calor esto del sufragio verdadero, porque se veía que la vida política es imposible con la eterna falsedad electoral. Las inútiles declamaciones contra el Parlamento, indispensable, cesarían para dejar el puesto á la acción popular contra los ladrones de votos y de actas.»

Con lo inserto queda probado que Alas, en literatura como en política, no se muerde la lengua.

L.

Filosofía y Letras.

No sé si penetrado de toda la importancia de lo que decía, ó si por casualidad, por decir algo que sonara bien, el Sr. Gamazo daba en el clavo el día en que, discutiendo el presupuesto de Fomento en el Congreso, anunciaba que el Gobierno se proponía aumentar la enseñanza filosófica, porque reconocía que la modernísima tendencia de los estudios serios daba gran importancia á la restauración y al progreso de la Filosofía.

Así es la verdad: lo mismo en Europa que en la América del Norte, de cuyo nombre no quisiera acordarme, ya es cosa anticuada, para los espíritus de la verdadera aristocracia intelectual, cierto desdén con que en los tiempos en que florecía sin rivalidades serias el positivismo superficial y sensualista, se miraba la especulación metódica y profunda que tenía por objeto los capitales problemas de la conciencia y del mundo.

Entre nosotros, por desgracia, siempre vestidos á la penúltima, lo co-

rriente es repetir todavía que yace desacreditada la pura filosofía, y que sólo se debe cultivar la llamada *ciencia*, que se detiene en un prudente *relativismo*.

Va á hacer un año ahora, tuve que ir á Madrid, llamado por el Presidente del Ateneo, Sr. Moret, para dar un curso breve acerca de la filosofía religiosa en los pensadores de estos días; y con motivo de estas conferencias y sus incidentes, pude notar que lo más general, aun entre personas muy cultas, era desconocer el movimiento actual de la verdadera filosofía. Los más, confundían las nuevas tendencias idealistas y la crítica del conocimiento místico con las veleidades religiosas de ciertos literatos y *estetas* de los que escriben, en París principalmente, revistas *decadentes* y libros de verso ó de prosa, incomprensibles ó inmorales. Pocos eran los que, como el Sr. Giner de los Ríos, estaban al tanto de lo que producían los maestros modernos de la filosofía propiamente dicha, en Inglaterra, Alemania y Francia. Respecto de esta última, lo general era repetir la vieja cantinela de que los franceses sabían escribir libros de *diletantismo* filosófico, pero no filosofar profundamente. Costaba trabajo encontrar un González Serrano que supiera que de los filósofos franceses de ahora no se puede decir que sean ligeros, de un eclecticismo vulgar, y sólo distinguidos por lo brillante de la exposición y el buen orden del libro. Muchos creían que la filosofía presente francesa vivía de recuerdos de Cousín por un lado, y por otro de las consecuencias de la doctrina de un Taine; y en el sentido de novísima restauración idealista, que contaba como principales paladines á los ilustres literatos de Vogüé, Brunetière y otros por el estilo. Á Fouillée, en sus obras más vulgares, pero no más sustanciosas, llegaban algunos; pero en los oídos de los más sonaban á nuevos, á desconocidos, Lachelier, Boutroux, Bergson, Rauh y los más distinguidos discípulos de Renouvier.

No era la causa de esta general ignorancia, relativa al principal y más reciente movimiento del mundo intelectual, el abandono del estudio, la falta de curiosidad científica; pues me estoy refiriendo, no á la multitud perezosa, que de nada que conste en libros quiere enterarse, sino á los pocos españoles que estudian, piensan y muestran interés por algo que no sea ó material provecho ó frívola diversión ó superchería añeja. Las personas que pueden darse por aludidas en lo que he dicho respecto del desconocimiento de la filosofía verdadera de la actualidad, son ilustradas, especialistas, algunas de ellas, en este ó el otro ramo del saber; y si era común en este medio intelectual el ignorar los trabajos de tantos y tantos filósofos ya ilustres, consistía en esa preocupación, que aquí todavía subsiste, de confundir las llamadas ciencias con la real filosofía, y creer que ésta ya ha sido eclipsada por aquéllas. Muchos hay que piensan que los

pocos (!) filósofos que quedan son meros glosadores de los de antaño. Y ¿para qué enterarse de semejantes fiambres?

Unos, en redondo, niegan valor á esa novísima filosofía....., que desconocen por completo, y creen que lo único digno hoy de estudio, en punto á generalizaciones de conocimientos, son los trabajos de un Wundt, de un Spencer, hasta de un Hæckel, y la obra ya muy considerable de los llamados sociólogos. Otros, algo han oído, y aun leído, de ciertos filósofos populares, brillantes, vulgarizadores....., que acaso no son filósofos, por desgracia. Los jóvenes aficionados á las letras, y que las quieren profundas y trascendentales, son los que traen y llevan el nombre y las paradojas de Nietzsche, á quien pocos juzgan con prudencia, despreciándole algunos con notoria injusticia, siguiendo á Max Nordau, por ejemplo; y muchos, poniéndole en altura que no merece, como hace, v. gr., Estanislao Rzewuski. Tampoco falta quien aclame y por filósofo tenga al citado Max Nordau, de quien, sin las reservas que Nietzsche merece, se puede decir que nada tiene que ver con la Filosofía..... ni con la ciencia.

Por otra parte, tenemos á los juristas, que, tomando el positivismo por donde más quema, siguen á los corifeos italianos de la jurisprudencia improvisada y romancista, aplicándola principalmente al Derecho penal, y ahora un poco también al Derecho civil. Ni aquellos científicos, ni los literatos de que he hablado después, ni estos *jurisconsultos*, sospechan, por lo visto, que las cuestiones capitales á que en última instancia llegan los asuntos que traen entre manos, los tratan con método real, profundidad y sutil espíritu, los *verdaderos* filósofos actuales, que no son Ferri, Garófalo, el célebre Lombroso, ni Nietzsche, ni Max Nordau, ni Hæckel; ni siquiera, por lo que toca á lo último y más profundo, Taine, Wundt ó Spencer, los cuales, aunque valen mucho, si aquí son estudiados, lo son, más que por lo que tienen de filósofos verdaderos, por lo que tiene uno de crítico ó historiador, otro de fisiólogo, y otro de sabio y sociólogo.

Dejo ya, en este artículo á lo menos, de referirme en adelante á los científicos españoles que no ven más allá de las narices de Wundt ó de Spencer, y dejo de hablar de los *jurisconsultos* que siguen, como lo mejor y más racional, el positivismo jurídico de la escuela llamada, no se sabe por qué, antropológica; y voy á concretarme á los literatos que buscan mucha sustancia filosófica para las letras..... y se empeñan en ignorar la representación verdadera y autorizada de la presente filosofía.

Pero ¿qué mucho que nuestros literatos españoles ignoren que hay filósofos *del día* en Francia, por ejemplo, que podían servirles de maestros en las más hondas y fundamentales especulaciones, si los mismos literatos franceses, los de más pretensiones *didácticas*, desconocen también lo mucho bueno que tienen en casa?

Hay que ver, pongo por caso, la graciosísima frescura con que un Brunetière, literato muy erudito, improvisa filosofía pesimista, ordenancista y reaccionaria, volviéndose loco por acreditar su mucha lectura científica y filosófica, y demostrando, con los mediterráneos que descubre y con la copia de sus citas, que desconoce por completo las fuentes donde podía estudiar con toda seriedad esos mismos problemas que él resuelve á tontas y á locas. Paliza como la que al tal Brunetière ha dado Mr. Darlu, que sabe de veras filosofía, no la recuerdo yo, y la ofrezco en calidad de ejemplar, para enseñanza de literatos metidos, sin saberlo, á filósofos.

Esta ignorancia en que viven muchos críticos y novelistas franceses de ahora, de la filosofía verdadera de Europa, y en particular de su país, es más lamentable, por lo mismo que en esta época de evidente decadencia literaria, de imaginación fría y cansada, novelistas, poetas y críticos tienden otra vez á preferir el fondo á la forma, á juzgar en las obras lo principal la idea, el propósito docente ó el sugestivo. Léanse, v. gr., las novelitas de escritores jóvenes que más llamaron en estos últimos meses la atención en Francia, y léanse las críticas correspondientes de Faguet, Lemaitre y otros críticos, y se notará que novelas y artículos parecen tratados de sociología, de etnología filosófica, de muchas cosas muy graves, pero no materia estética y puramente estética. De modo, que lo que se consigue con estas *filosofías* indocumentadas é inoportunas, es desagradar al verdadero artista y al que sabe dónde puede encontrar la filosofía verdadera.

Me importa menos, naturalmente, lo que sucede en Francia que lo que pasa en España, y á esto quiero limitar mis observaciones; pero lo dicho de los literatos franceses puede servir de lección para los nuestros: si los de allá dejan de aprovechar la enseñanza de una filosofía que tienen, ¿qué harán los de acá sin tal filosofía? Por fortuna, en estas materias reina el racionalísimo libre cambio, y, sin pagar en las aduanas, pueden nuestras letras aprovecharse de la filosofía extranjera. Este es mi deseo, porque espero grandes bienes de un renacimiento filosófico en España. La utilidad de la Filosofía es letra que se cobra á muchos días vista, pero es riqueza segura. No influyen los buenos filósofos, á la corta, en los negocios y en el espíritu de los pueblos, pero influyen, á la larga, de manera definitiva, y aunque el vulgo ya no les agradezca el servicio de sus doctrinas, que atribuye á una revelación particular ó al sentido común.

Yo, que soy el primero en reconocer que necesitamos canales de riego y de navegación, no creo que nos sobre la instrucción *libresca*, como se dice con desdén. ¡Por Dios, no hablemos en España mal de los libros, que nos van á tomar el desdén al pie de la letra! En buen hora no se aspire á convertir en sabios á nuestros jornaleros ni aun á los burgneses

(porque no se puede, que si se pudiera.....); pero dejemos que haya buen número de ciudadanos que lean mucho, y sepan mucho; y unos cuantos, no demasiado pocos, que sean pensadores independientes de cosas sutiles, profundas y trascendentales, que posean, si no la sabiduría perfecta, que, según dicen que dijo ya Pitágoras, es cosa de los dioses, á lo menos el amor del saber á que el gran aristócrata intelectual atribuyó la filosofía.

Para hablar de las buenas consecuencias que para todos tendría un florecimiento filosófico no hay aquí espacio, pues sería materia bastante para un libro: mas, concretándome á los hombres de letras, insisto en recomendarles que estudien de veras la filosofía moderna, porque sacarán estas dos principales ventajas: primera, orientarse en la reflexión ordenada, constante y seria, de las cosas que más le importan al hombre; y después, librarse, en las obras puramente literarias, de *filosofías perezosas*, como se llaman; de esas que se improvisan, pecan de ligeras y todo casi lo deben á la pasión y á la fantasía.

Si hay ya ministros que reconocen el gran valor que hoy da lo más selecto del mundo intelectual á la filosofía propiamente dicha, hágase lo que se pueda por aclimatar y propagar su cultivo en nuestro país.

Algo ha intentado ya, á lo menos en la *Gaceta*, el Sr. Gamazo; pero es muy poco para lo que hace falta. El curso de Filosofía de la segunda enseñanza se ha dividido en tres, *ad kalendas græcas*; pero son los mismos perros con los mismos collares; las mismas asignaturas distintas y un solo licenciado, más ó menos verdadero, para explicarlas. En Facultad, en Filosofía y Letras, se aumentan las clases de Filosofía, pero se les imponen motes, nombres tradicionales que son otras tantas peticiones de principio. ¿Por qué no se imita á muchas Universidades extranjeras, donde el profesor lo es de filosofía, así, en general, y después escoge él, cada año, el asunto que prefiere? ; Y gracias si á los profesores de Facultad no se les exige también que expliquen en cada curso *toda la asignatura*, que es el *desiderátum* de muchos periodistas, que no se quedaron calvos en las cátedras de Filosofía de Facultad!

En la carrera de Derecho, en toda la licenciatura, no hay ninguna cátedra de Filosofía; y si el profesor de Derecho natural opina que su asunto propio es filosófico, habrá algo de filosofía jurídica; pero donde no, nada; es decir, que para el legislador el Derecho es cosa puramente histórica que no puede estudiarse filosóficamente. En el doctorado de Derecho, que pocos siguen, hay una cátedra de filosofía jurídica...., pero es voluntaria; no obliga la ley á cursarla; mientras es obligatoria la clase de literatura jurídica, que nadie sabe, á punto fijo, lo que es, y puede entenderse de muchos modos.

Si ahora pasamos á considerar el personal, brevemente, y el método de enseñanza que predomina, veremos que, con pocas excepciones, nuestros psicólogos de Instituto y nuestros metafísicos de Letras y nuestros Grocios de Derecho....., son escolásticos; verdaderas torres góticas de filosofía restaurada, en cierta parte, por propios méritos relativos, y principalmente por encíclicas pontificias. Casi todos nuestros profesores de Filosofía son reaccionarios, consideran la ciencia como *ancilla Theologiæ*, y se fundan en el *αυτος εφί* (*autos efi*), ó sea en el *magister dixit*. Así como el escolasticismo es uno de tantos legítimos beligerantes cuando se presenta sin privilegios de pretendida revelación ó de autoridad impuesta por tiranías académicas, es, sencillamente, una filosofía espuria cuando no reconoce el derecho igual de las demás escuelas y la suprema ley de la razón, como juez de todos. Y siendo evidente que los más de nuestros catedráticos de Filosofía son escolásticos autoritarios, y en general maestros apegados á la rutina, á la imposición dogmática; no educadores, sino sectarios, que procuran la sugestión autoritaria sobre el alumno, dicho se está que nada de lo que tales gentes hacen se puede considerar como verdadera filosofía española. No es á las cátedras ni á los libros (siempre de segunda mano) de tales gentes adonde yo quiero que nuestros escritores vayan á beber la jugosa filosofía modernisma, sino á libros que vienen de fuera, á otros que Dios quiera que se lleguen á escribir en casa, y á cátedras seriamente filosóficas, del todo independientes, que se deben crear en abundancia, si se quiere lograr un renacimiento filosófico, que el Sr. Gamazo, Ministro de Fomento, declaraba tan importante.

CLARÍN.

Azà, Vital.

En su infancia quiso ser cura; luego, perdida la vocación, dedicóse al estudio de las matemáticas, logrando al poco tiempo una plaza de delineante en el ferrocarril de Oviedo, entonces en construcción. Diez años más tarde,



Cansado de dibujar (1)
Y de tanto *cubicar*
En el campo y la oficina,
Vine á Madrid á estudiar
¿Qué diréis? Pues.... ¡medicina!

.....
Á *San Carlos* asistía
De ardor y entusiasmo lleno,
Y aunque el tiempo compartía
Entre Galeno y Talia,
Venció Talia á Galeno.

Mi amigo Ramos Carrión,
Que siempre fué para mí
Amigo del corazón,
Me dijo: «Quédate aquí,
Y no pienses en Gijón.

¡No seas un inocente!
Con la humanidad doliente
El negocio es problemático,
Tu porvenir, francamente,
Está en ser autor dramático.»

Siempre obediente y formal,
Seguí el consejo leal.
Hoy vivo de lo que escribo,
Y pues vivo como vivo,
No debo escribir tan mal.

(1) Habla el propio interesado.

¡No escribo mal, no, señor!
¡Vaya si soy escritor!
Créanme ustedes á mí.
Hay *eximios* por ahí
Que escriben mucho peor.
Tengo gracia y humorismo....
Me dirán que esto es cinismo.
Lo será, no lo discuto.
Pero no he de ser tan bruto
Que hable yo mal de mí mismo.



César del teatro, *llegó, vió y venció*, porque Vital, como afirma y demuestra el notable escritor Sánchez Pérez, es autor dramático genuinamente español, y también genuinamente contemporáneo; es de su país y de su tiempo, como lo son muy pocos de los que ahora escriben para nuestra escena, algunos de los cuales, acaso los más famosos, podrán ser dramaturgos de vuelos más elevados, de mayor fuerza en sus concepciones, pero no reflejan con toda fidelidad el mundo en que viven, porque buscan asuntos para sus cuadros en sociedades que no conocen ó piden inspiración á escritores extranjeros.

En todas sus obras maravilla el diálogo donoso y discreto, y la gracia, intención y agudeza, de la que hace verdadero derroche en cuantos tipos y situaciones concibe. Heredero directo de la fácil vena de Bretón y de Serra, tiene como éstos el dón de hacer desternillar de risa.

Rafael Comenge, su amigo y compañero, en la época en que ambos siendo estudiantes vivían juntos en la casa núm. 8 de la calle del Olivar, bajo el dominio de D.^a Pepa, servidos por la Isidra y la *señá* Fermína, hace de Vital la siguiente semblanza:

«Él era, lo mismo que ahora, alto, altísimo, fornido, barbudo, inmenso; lleno de bondad, con un corazón de niño, alegre, cantor, digno y caballeresco.

»Por la mañana se lavaba, cantando los mejores trozos del repertorio bufo, único en boga entonces, y su hermosa voz de barítono hacía algunas fermatas, algo románticas, es verdad, pero que hubiesen causado envidia al mismo Lasalle por la limpieza y afinación con que se ejecutaban.

»Pedía el almuerzo en endecasílabos, y sostenía en romance la conversación horas y horas, sin esfuerzo ni violencias.

»Una desdicha tenía el secreto de hacerle llorar, y una mala acción le enfurecía de un modo terrible.»

Ramos Carrión, por su parte, afirma que Vital no ejerciendo de médico tiene más tranquila su conciencia, porque así sus clientes no se mueren.... más que de risa.

—Debieras poner—le dice—á la puerta de tu domicilio, y para no ocultar tu condición científica, una plancha de bronce con este letrero:

VITAL AZA
licenciado en medicina y poeta cómico.
ESPECIALISTA
para curar hipocondrías.

Y por si dudan los lectores de esta especialidad, lean el *plan curativo* que el poeta ofrece á sus clientes:

No te levantes temprano
En invierno ni en verano.

Bebe cuando tengas sed;
Come cuando tengas hambre;
Duerme cuando tengas sueño,
¡Y no debas nada á nadie!

Abrígate interiormente
Del invierno en los rigores,
Y así no tendrás dolores
De costado..... ni de frente.

Si alguna mujer te atrapa,
Puedes, si es joven y guapa,
Hacer de tu capa un sayo.....
¡Mas nunca empeñes la capa
Hasta el último de Mayo!

Anda en coche por la noche
Desde Septiembre á Febrero;
Pero no abuses del coche
Si ha de costarte el dinero.

Busca el fresco apetecido,
Cuando aprietan los calores;
Mas no salgas atrevido,
De casa en paños menores,
Porque eso lo han prohibido
Todos los gobernadores.

Sé vago de profesión
Y vive siempre á tu modo,
Sin ninguna ocupación.....
(¡De estómago sobre todo!)

No te bañes en el mar.....
Si no te quieres mojar.

Si, por tu dicha, rebosas
Salud, y sientes calor,
Báñate en agua de rosas,
Que ese es el baño mejor.

Haz gimnasia, que es probado
Que sus pulmones ensancha
Todo el que la ha practicado.
Ten sólo mucho cuidado
De no hacer ninguna *plancha*.

Busca salud y pesetas;
Procúrate en tu comida
Buen vino y buenas chuletas,
Y déjate, por tu vida,
De menjurges y recetas.
Pues, á mi modo de ver,
Las recetas más famosas
Son hoy, lo mismo que ayer,
Ilusiones engañosas,
Livianas como el placer (1).

Imposible es tener ni más facilidad ni más gracia.



Para terminar.

Vital ha logrado en lo mejor de su vida, lo que muy pocos logran. En Sama de Langreo, por acuerdo del municipio, han puesto su nombre al teatro recientemente construído; y en Pola de Lena, su pueblo natal, han denominado á la calle Real, donde nació, calle de VITAL AZA.

Estos honores son tan espontáneos como merecidos.

La firma de Vital Aza es hoy una garantía para las empresas; ha ganado y gana bastante dinero, y vive contento y feliz, porque, como dice Comenge, Vital sabe que su fortuna es hija de su talento, y no ha costado más que risas y carcajadas, en un país en donde *las grandes fortunas están hechas con lágrimas*.

L.

Là Sequía.

Con tristeza el alcalde se decía:

—«Nunca se vió tan pertinaz sequía.

¡Tres meses en Asturias sin que llueva!

¡Esto es atroz! Si Dios no nos envía,

(1) Conste que digo estas cosas sin intención de ofender.

De su bondad en prueba,
Ocho días de lluvia bienhechora
Y sigue el sol quemando como ahora,
Queda el pueblo infeliz
Sin yerba, sin manzana y sin maíz.»

Y tenía razón más que sobrada
Para temer del hambre los rigores.
Los pobres labradores
Veían la cosecha malograda;
El río, en otro tiempo caudaloso,
Dejaba todo el cauce al descubierto;
El monte, antes verdoso,
Era un terruño requemado, muerto;
No encontraba el ganado
Pasto ninguno en el sediento prado,
Y se afligía con razón la gente
Al ver secarse la copiosa fuente.....

En esto, al más anciano de la aldea
Se le ocurrió una idea.
—«¡Fuera temores!—dijo.—¡Cese el llanto!
Yo conozco el remedio en las sequías.
Hay que sacar en procesión al Santo.....
—¿Á qué santo?
—¡Al patrono! ¡Á San Elías!
¡Santo más milagroso no es posible!
Hace unos cuarenta años, lo recuerdo,
Hubo en el pueblo una sequía horrible;
El párroco de entonces no era lerdo,
Y al ver llorar á la angustiada gente
Sacó al patrono en procesión, y en cuanto
Salió del templo el milagroso Santo,
Encapotóse el cielo de repente
Y comenzó á llover de tal manera
Que hubo, al fin, que pedir que no lloviera.»

Viendo todos su dicha ya segura,
Fueron sin dilación á ver al cura,
Que era un santo varón, listo y discreto
Y á quien todos trataban con respeto.

—«Señor cura— dijeron,—es forzoso
Sacar en procesión á San Elías,
Que es un Santo muy bueno y milagroso
Y remedio seguro en las sequías.

—¿Procesiones decís?

—Sí. Deseamos

Sacar al Santo en procesión mañana;
Que si él no hace un milagro, nos quedamos
Sin yerba, sin maíz y sin manzana.

—Poco á poco, hijos míos— dijo el cura
Con marcada dulzura.—

Comprendo que es muy justa vuestra queja;
Rezad, pedid á Dios que nos proteja
Y nos conceda el bien apetecido.

Para eso no hacen falta procesiones.
Yo también en mis santas oraciones
Con fervor se lo pido,

Pues el mal que presiento,
Tanto ó más que vosotros lo lamento.

—¡Queremos procesión!

—¡No hay procesiones!

—¿Por qué razón?

—Yo tengo mis razones.

Pedid amparo á la bondad divina;
Pero dejadme al Santo en su hornacina.»

Aquella negativa contundente
Produjo gran disgusto entre la gente,
Y no faltó un menguado
Que le fuera con quejas al prelado.
Llamó el obispo al cura, y diligente,
Acudió el señor cura puntualmente,
Y al oír la razón de ser llamado
Le contestó al obispo lo siguiente:
—«Tengo, señor, tranquila mi conciencia.
Si me han juzgado mal, yo les perdono;
Pero no vi, señor, la conveniencia
De pedirle milagros al patrono.
—¿No tienen fe en el Santo?

—Sí. ¡Muchísima!

Por eso mismo, por la fe que tienen

Creo que ciertos actos no convienen.

—No lo comprendo.

—Escuche Su Ilustrísima.

Le diré la razón que yo he tenido
Para negarles lo que me han pedido.
Implorando la lluvia el otro día
En el pueblo inmediato,
Sacaron de la iglesia á San Torcuato;
Y, según me asegura
Mi amigo y compañero el señor cura,
Al ver que continúa la sequía
Perdió el pueblo la fe que antes tenía,
Y no falta algún necio
Que hable de San Torcuato con desprecio.
Yo no quiero, señor, que en mi curato,
Donde las gentes son muy religiosas,
Mañana un mentecato
Diga de San Elías esas cosas
Que en el pueblo inmediato
Dicen hoy del bendito San Torcuato.
Tengo, señor, observaciones mías.
La lluvia ha de tardar. ¡Es evidente!
—Pero ¿en qué funda usted sus profecías?
—En que tengo un barómetro excelente
Que está subiendo mucho hace ocho días.
¡Mis creencias, señor, no son impías!
No quiero que á mi Santo se le ultraje,
Y mientras el barómetro no baje
No saco en procesión á San Elías.»

VITAL AZA.

Azcárate, Gumersindo.

«Publicista eminente, acaso el que en nuestro país ha cultivado con mayor competencia y fortuna los problemas y las cuestiones de derecho Constitucional; catedrático insigne, que ilustra con sus valiosas enseñanzas á la juventud universitaria; orador valiente, enérgico, acerado, notable; polemista temible, por el vigor de su talento y por el caudal de su doctrina; hombre de convicciones arraigadas, político sincero.....»

En las precedentes líneas sintetiza D. Miguel Moya el *perfil* del Sr. Azcárate, que vino á estudiar á Madrid el año 58, y hoy, á los mismos de edad, hace treinta que comenzó á explicar en la Universidad Central.

Enamorado de las ciencias fisico-matemáticas y del Derecho, *coqueteó* con ambos á los quince años, fué luego infiel al segundo, pero arrepintiéndose pronto, y su talento le ha proporcionado el título de gran jurisconsulto.

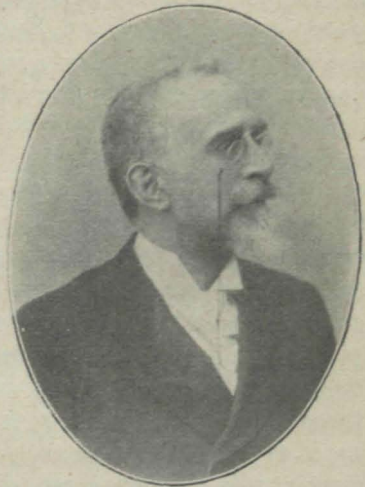
En reñidísimas oposiciones, presididas por el Sr. Cánovas del Castillo, ganó, en 1873, la cátedra de Legislación Comparada, que desde entonces explica, salvo los siete años que desterrado estuvo en Cáceres, por protestar contra un decreto y una circular del ministro de Fomento Sr. Orovio.

La Constitución inglesa y la política del Continente, los *Tratados de política*, la *Minuta de un testamento*, *El Régimen parlamentario en la práctica*, los *Estudios filosóficos y políticos*, *El Self-Government y la Monarquía doctrinaria* son las obras más notables de él, uno de los mejores discípulos de Sanz del Río por su estudio y por *ley de herencia*.

Sus discursos en el Congreso de los Diputados se oyen con la misma religiosidad que en el Ateneo ó en la Academia de Jurisprudencia, porque sólo usa de la palabra para asuntos previamente asimilados por su claro entendimiento, y porque su honradez, modestia y buena fe no pueden crearle enemigos.

He ahí cuanto podemos relatar del diputado por León, que dijo á sus electores: «No quiero llevar mi acta manchada con el vino de las comilonas y con la influencia oficial.»

A cualquier trabajo inédito que nos pudiese dar el Sr. Azcárate, preferimos el copiar



la protesta del 3 de Abril de 1875, que de seguro agradecerán los lectores por ser casi desconocida, toda vez que el Gobierno no toleró su inserción en la prensa, y porque en sus párrafos sostiene, con admirable dialéctica, lo que sólo pueden censurar *espíritus retrógrados*.

El objeto del Decreto del Sr. Orovio se comprende por lo que dice nuestro biografiado en algunos de los párrafos que copiamos de su

Protesta contra unas disposiciones.

Por lo que respecta á la doctrina, se pretende que en la cátedra no podrá exponerse principio alguno que no esté dentro del *dogma católico*, de la *sana moral* y de los fundamentos de la *Monarquía constitucional*, ni enseñarse nada de lo que conduzca á lo que la circular llama *funestos errores sociales*. Pues bien, Excmo. Sr.: el exponente estima que en conciencia no debe y, por tanto, no puede ajustarse á estos límites. No hay ciencia, cualquiera que ella sea, que deje de relacionarse, más ó menos inmediatamente, con alguno de los dogmas del catolicismo, dado que éste encierra dentro de sí todo un sistema de principios, con los que aspira á explicar todo: Dios, el hombre y el mundo; por tanto, el Profesor que tal límite aceptara, se vería obligado á dividir su tiempo y su trabajo entre el estudio del dogma y el de la ciencia que enseña; á hacer ante sus alumnos una combinación extraña de argumentos de autoridad con argumentos de razón, con que vendrían á la postre á caer en desprestigio la religión y la ciencia; á someter ésta á aquélla al cabo de dos siglos en que está en posesión de la independencia que para siempre le conquistaron el genio de Bacon y de Descartes, y á retroceder, por último, á aquellos tiempos, ya lejanos, y que de cierto no han de volver, en que la ciencia y la enseñanza estaban sujetas á la tutela de la Teología y á la censura de la Iglesia.

No es tampoco posible aceptar el límite de lo que se llama en la circular *sana moral*, mientras no se explique el sentido y valor de este término; porque si los principios que constituyen aquélla hubiesen de ser declarados por el Gobierno, dependerían de los que profesaran los encargados del mismo, cosa por extremo peligrosa; y si fuesen los supuestos en la organización y vida del Estado, el Profesor no podría, por ejemplo, condenar como inmoral el juego de azar, porque el Estado lo sanciona y

alienta en España, convirtiéndolo en fuente de su riqueza; ni podría anatematizar, también en nombre de la moral, la impunidad de la prostitución escandalosa, puesto que el Estado, no sólo no la castiga, sino que la reconoce al reglamentarla; ni podría decir del verdugo lo que por siglos ha dicho el mundo, porque el Estado paga y mantiene al verdugo y confiere á su vil oficio la dignidad de un ministerio público.

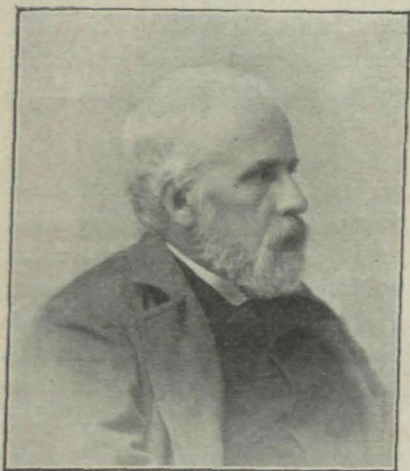
Menos aún debe aceptar el Profesor como límite la Monarquía constitucional, ni forma alguna de gobierno, porque, primeramente, ni en la esfera de la ciencia, ni en la de los hechos, hay en este punto un cuerpo de doctrina en el que, á modo de dogma, se consagren los principios esenciales de cada una de estas formas; dificultad que llega al extremo en los momentos actuales, puesto que el Profesor habría de adivinar las bases sobre que en España habrá de asentarse la Monarquía, dado que hoy no rige, al parecer, Constitución alguna de su integridad; porque, además, el Gobierno ni da ni puede dar un criterio para distinguir lo esencial de lo accidental en esta organización del Estado que se pretende hacer sagrada é indiscutible; y porque, finalmente, y sobre todo al aceptar este límite, no sólo renunciaría el Profesor á sus honradas convicciones, sino que habría de despojarse á cada momento de su dignidad ante sus alumnos, sustituyendo su propio criterio con el de la ley, y, lo que es todavía peor, cambiando, con la frecuencia con que muda la organización política de los Estados en nuestro tiempo, y más especialmente en nuestro infortunado país.

Y todavía menos, Excmo. Sr., cabe aceptar el veto que se pretende imponer á la propagación de los que se denominan *funestos errores sociales*. Esta traba es tal por su naturaleza, que bien puede asegurarse que, cualquiera que sea la suerte reservada á la circular en lo por venir, será, en este punto, letra muerta, pues es imposible que V. E. encuentre quien en este respecto secunde sus propósitos. Entre la vinculación y la desvinculación, la amortización y la desamortización, las legítimas y la libertad de testar, la propiedad individual y la propiedad social, la libertad de comercio y el sistema protector, la esclavitud y la libertad civil, la pena de muerte y el respeto á la vida, las penas correccionales y las afflictivas, la independendencia de la Iglesia y el sistema de regalías y concordatos, el individualismo y el socialismo, ¿cuáles de estas soluciones son verdades fecundas, y cuáles errores funestos? Hasta el presente no ha habido Iglesia ni escuela, pontífice ni filósofo que se haya propuesto la imposible é inútil tarea de redactar la lista de errores sociales que, para realizar los propósitos de V. E., sería de necesidad imprescindible.

Balart, Federico.

Modelos de corrección y de aticismo, de galanura en el lenguaje y de solidez en el concepto, fueron las primeras críticas de teatro con que se dió á conocer este insigne escritor y delicado poeta. Entró en el campo literario por la puerta grande, y en poco tiempo hizo célebre el seudónimo *Cualquiera* con que firmaba sus escritos. Desempe-

ñaba entonces en el Ministerio de Fomento una modesta plaza de *escribiente*, y esta circunstancia le impedía que su nombre apareciese, ni aun en concepto de redactor literario, en *La Democracia*, periódico fundado y dirigido por Castelar.



Declarado cesante por haberse negado á votar en las elecciones al candidato del Gobierno, comenzó á firmar sus críticas en el citado periódico, entrando poco después á formar parte de la redacción del semanario satírico *Gil Blas*. El primer artículo que escribió, titulado *Ejercicios de rasguo*, y que más adelante reproducimos, dió lugar á un lance de honor, de resultas del cual fué herido en un pie, herida de que ha conservado, aunque leve, constante cojera.

Los artículos de Balart no son meras crónicas hechas al correr de la pluma para colmar de elogios al amigo y censurar al

adversario; tienen gran fondo de doctrina y están nutridos de sólida y seria enseñanza.



Como poeta, Balart ha enriquecido nuestro Parnaso con dos libros á cual más sentidos é inspirados: *Dolores* y *Horizontes*.

La gestación del primero, según el propio Balart, fué la siguiente:

«Desde mi desgracia hasta el 23 de Octubre de 1879 (cuatro meses) viví como loco, sin darme cuenta de lo que me pasaba.

»La noche del 28 al 29 de Octubre, á media noche empezó á llover. Yo estaba desvelado, como de costumbre, y también, como de costumbre, sin poder llorar; en fin, ahogándome. El ruido de la lluvia en el silencio de la media noche me trajo el recuerdo de mi pobre Dolores, dormida en su sepultura, sobre la cual caería el agua con el mismo ritmo monótono que yo estaba oyendo allá en la calle. Aquello me arrancó las primeras lágrimas, y con ellas salieron de rondón, no sé cómo, sin corregirlas ni una sílaba, mis primeros versos, que son los que se titulan *Primer lamento*.

»Desde aquel día fueron saliendo los demás, casi en el orden que llevan y en las fechas indicadas al pie.

»Generalmente los componía de memoria, al volver del cementerio, adonde iba todas las tardes, y aun algunas veces en las altas horas de la noche, cuando no podía ir de día; y así fué el libro haciéndose solo.»

De *Horizontes* ha dicho *Clarín*:

«Uno de los mayores encantos en la poesía de Balart es la completa ausencia de todo amaneramiento, la noble y muy castiza naturalidad con que expresa su sentir, sus ideas, sus ensueños, sin buscar efectos, sin pretender sacar partido de ventajas ya demostradas en otra ocasión. Bien lo prueba *Horizontes*, donde no hay nada que pueda servir á la malicia para sospechar que el autor quiere así como explotar la general simpatía que despertó en el público aquella nota dolorosa, repetida, que era la dominante en la anterior colección de versos de nuestro poeta. Lo que hacía falta era ver si Balart había sido artista una vez nada más, el poeta de *una pena*, ó si continuaba siéndolo.

.....

»Español en el lenguaje y en el estilo; puro, correcto, claro, gráfico, más pintor que músico; español en la idea, en el sentir. Nadie podrá columbrar en los versos de Balart al crítico admirador de Víctor Hugo, al sabio amante de los clásicos griegos y latinos. Balart es español..... y es moderno. Es de su tiempo; así como no imita á los extranjeros que estudia y admira, no imita á los antiguos poetas españoles que se sabe de memoria. Cierta semejanza de alma se podría encontrar en la inspiración de Balart y en la de fray Luis de León.

.....

»Entre los poetas españoles modernos, ¿á quién se parece Balart? Á nadie.

»Hay dos notas en Balart que yo no he visto en ninguno de nuestros líricos modernos: la religiosidad íntima, no dogmática, exterior y apologética, y el sentimiento de la naturaleza que adivina y canta su hondo simbolismo moral y metafísico.»

L.

Ejercicios de rasgueo.

Antes de entrar á escribir largo y tendido sobre materias determinadas, permítanme ustedes hacer unos cuantos rasgos sueltos para ejercitar la muñeca y probar esta pluma que nunca he manejado.

Así como así, el rasgueo está de moda. En la prensa, en la tribuna, en el teatro, no se ve otra cosa: rasgo magnífico por aquí, rasgo sublime por allá. Con tanto rasgo, la *Gaceta* parece una muestra de Torío y cada periódico ministerial un cartel de memorialista.

Por otra parte, los diarios de oposición vienen también llenos de rasgos, aunque de especie distinta. Díganlo *Gil Blas* y *La Democracia* y *La Iberia*, que, por meterse á rasguear, están á pique de sufrir un rasguño.

¿De dónde procede este furor de rasgueo que todo lo invade?

Derramemos un rayo de luz sobre materia tan oscura: la luz es cosa que hoy pide todo el mundo.

Sin duda por esa razón hay tanto farol en el Congreso.

Y en el Senado.

Y en todas partes.

El faroleo, como la muerte, *æquo pulsat pede pauperum tabernas, regum que turres.*

Sí, la luz es hoy tan necesaria como el pan.

Más necesaria todavía: tan necesaria como los anticipos.

¡Necesaria como el pan! ¡Linda comparación! El pan ya no se cuenta entre los artículos de primera necesidad. Y si se contara, ¡pobre de los pobres!

¡Simbolismo profundo! Lo que antes era panadería es hoy Academia de la Historia. El pan va entrando en el número de los objetos arqueológicos.

De algún tiempo á esta parte, es cosa tan rara como las batallas del Duque de Valencia ó como el rostro del Ministro de Fomento (1).

(1) Don Antonio Alcalá Galiano, célebre tanto por su talento como por su gran fealdad.

Por fortuna, la Providencia, que siempre pone el remedio junto á la enfermedad, ha ensanchado notablemente en nuestros días la esfera de las sustancias alimenticias; sobre todo desde que los moderados desvanecieron la antiquísima preocupación que nos hacía considerar como manjares indigestos el carbón mineral y los cargos de piedra (1).

Pero no divaguemos.

Decíamos que conviene derramar un rayo de luz sobre este caos de rasgos. ¡Derramémoslo! Y, para proceder con método, empecemos por el principio.

En Palacio hay una Intendencia, y en la Intendencia de Palacio hay un Intendente.

El Intendente de Palacio, fiel á la etimología de su título (*intendens*, el que entiende), acaba de extenderse hasta salir del círculo de sus atribuciones, presentando á las Cortes un proyecto de ley para enajenar el Patrimonio.

Éste es el rasgo que ha dado origen á los demás.

Los diarios ministeriales han expuesto lo que piensan del rasgo (suponiendo que piensen los diarios ministeriales). El juez de imprenta no ha dicho: «Esta vara es mía.»

Por su parte, los diarios de oposición han dado su parecer sobre el rasgo. El juez de imprenta ha descargado su vara sobre *Gil Blas*, sobre *La Democracia* y sobre *La Iberia*.

En lo cual puede verse que todos los españoles somos iguales..... —¿Ante la ley?—No; ante la arbitrariedad.

¿De dónde nace la diferente conducta observada por el juez de imprenta con los diarios ministeriales y con los de oposición?—Del diferente juicio que á los diarios de oposición y á los ministeriales ha merecido el rasgo del Intendente de Palacio.

La empresa retrógrada lo encuentra grande.

En eso estamos conformes.

La prensa liberal, sin dejar de encontrarlo grande—y aun enorme,—lo ha juzgado inconveniente.

Si le preguntáis su opinión, os dirá que la Intendencia de Palacio trata de vender lo que no es suyo.

¡Vaya una candidez! ¡Como si para vender una cosa fuese menester poseerla!

La experiencia demuestra cada día lo contrario.—Don Pedro La Hoz,

(1) Alusión á los *chanchullos* de los empleados en Fomento, y por los cuales fué llevado á la barra el ministro del ramo Sr. Esteban Collantes.

que no espera, vende *Esperanzas*, y Gabino Tejado, que no piensa, vende *Pensamientos* (1).

Además, ¿qué tiene de particular la venta de un patrimonio, cuando tantos matrimonios están como vendidos?

Así, pues, el juez de imprenta tiene motivo sobrado para castigar á la prensa liberal por delito de lesa Intendencia, y el Intendente tiene razón para enorgullecerse con las felicitaciones que de todas partes le dirigen.

De Oriente á Occidente, de Norte á Mediodía, España entera se levanta, como un solo gobernador, para entonar himnos en alabanza de D. Francisco Goicoerrotea (2).

Él, entretanto, modesto en el triunfo, humilde en la gloria, tranquilo en la tempestad de vítores y aclamaciones que á todas horas zumban en sus oídos, acoge distraído las manifestaciones del entusiasmo nacional y aguarda impaciente la opinión de las naciones europeas.

Por eso cada tarde, al salir de su oficina, en vez de echar por la plaza de Oriente, se encamina, pensativo y preocupado, hacia la Estación del ferrocarril del Norte, principal lazo de unión entre España y el resto de Europa.

Allí espera el tren de la noche, y en cuanto ve llegar un viajero de aspecto poco español, lo coge aparte y le pregunta con vivo interés:

—¿De dónde viene usted?

—Mi estar venido de Londres.

—¿Ha llegado allá mi proyecto?

—Yes.

—¿Y qué dicen de él los hijos de Albión?

—Que la proyecta estar ona paaaapa.

—¡Qué lastima! —dice para sus adentros Goicoerrotea.—¿Por qué no entenderé yo el inglés? ¡Oh, si estuviera aquí mi hermano (3), que ha pasado entre ingleses tanto tiempo!

FEDERICO BALART.

4 Marzo 1865.

(1) Los Sres. La Hoz y Tejado eran directores de los periódicos carlistas *El Pensamiento Español* y *La Esperanza*, respectivamente.

(2) Nombre del Intendente de Palacio.

(3) Esta alusión fué la que dió lugar al lance de honor ya citado.

Blasco, Eusebio.

Yo soy un hombre moreno.
Algo más alto que bajo,
Con unos ojos muy grandes
Y unos carrillos muy flacos.
Llevo la barba corrida,
El pelo, crespo á los lados,
Y por en medio una calva
De cuatro dedos en cuadro.
El andar convaleciente,
Los movimientos pausados,
Semblante de Cristo viejo,
Cuerpo desennadernado.
Mi carácter es alegre
Visto por fuera y de paso,
Que si por dentro se viera
Se hallaría avinagrado.
Para los amigos, tierno;
Para las mujeres, blando;
Para mi familia dulce;
Para mi colete, amargo.
Todo lo tomo con calma,



Porque estoy bien enterado
De que las cosas del mundo
No merecen otro pago.

.....
Tal soy yo, que en Zaragoza
Nací, y el gusto me alabo,
Día veintiocho de Abril
Del año cuarenta y cuatro.
Referirle de mi vida
La historia abundante en casos
Que á otro le hubieran vencido
Y á mí no me han hecho daño,
Pareciera necio empeño
De contar muchos trabajos,

Muchas penas, muchos lios,
Muchas ansias, muchos palos,
Mucha bronca, mucha angustia,
Mucha risa y mucho llanto.
De mi muerte, si le anuncio
Que ha de ser sabe Dios cuándo,
Y ha de haber sobre mis huesos
Este sencillo epitafio:
«Aquí yace un caballero
Que nunca tuvo caballo,
Y que se murió de risa
Viendo á sus conciudadanos.»

EUSEBIO BLASCO.

Rápida.

Periodista, poeta, novelista, autor dramático, hombre político, gobernador de varias provincias, jefe de Hacienda, buscador de aventuras en diversas capitales de Europa, aragonés de la *Pilarica*, parisiense del *boulevard*, madrileño de la Carrera de San Jerónimo, revolucionario tremendo, aristócrata refinado, volteriano y creyente; anticlerical furibundo, místico sublime en himnos religiosos, que tiene la dulce sonora sencillez de un asceta; alma abierta á todas las sensaciones: á la pena que se disuelve en lágrimas y á la sana alegría que pide borbotones de risa; corazón de veinte años, que no hace caso de las canas de fuera ni de las que el gran dolor de la vida ha hecho brotar dentro; un trabajador que, como los buscadores de oro bajo las nieves de Alaska, saca sus imaginaciones siempre vivas y risueñas de entre los hielos cuajados por los años, las decepciones y la ingratitud de los hombres y del ideal; un niño en un viejo; un Boccaccio en un San Juan de la Cruz; un discípulo de Lope de Vega, derrochador de ingenio y escéptico, pero sumiso servidor del vulgo; un espíritu emocional y afectivo que responde como un eco á toda voz que su tiempo lanza y á toda angustia y á todo regocijo de la sociedad en que vive; y siempre un hombre dulce y bueno, sin odios ni rencores, pudiendo decir todos los días á Jesús:—Héme aquí tras las largas y abrumadoras jornadas.... Mis manos están puras de mala obra y vacías de criminal riqueza; el sudor de mi frente ha sido el precio de mi pan y del pan de mis hijos.... Como las aves del Evangelio, he esperado siempre en tu Providencia....

¿No es ese Blasco?

Poeta, quitanos esplines y amarguras con un dicho, con un chiste encerrado en cuatro juguetones y facilísimos versos; elevando el vuelo, cantos de fe, amor, amistad, de lugar y de esperanza en la vida comunican á nuestra alma el suave calor del verdadero sentimiento. Periodista, escritor de todas las horas, pluma que rasguea vertiginosa y febril sobre cualquier pedazo de papel que halla en su carrera, deléitanos con la *Crónica* de «vecindad», palique sabroso sobre nosotros mismos, y encántanos y hasta nos deslumbra (tal es la energía de la narración y tal el aire de su señoría cosmopolita) con el artículo mundano, por entre cuyas líneas pasan en actitudes familiares para el escri-

tor, reyes, presidentes, banqueros, periodistas, dramaturgos, cómicos y danzantes de toda Europa; Sara Bernhardt, Rochefort, Guillermo I, Bismarck, Faure, Nicolás II, Zola, Dumas, Boulanger, Severine..... ¡Qué sé yo! Hasta el mismo Colegio de Cardenales.

Y es una sorpresa cuyo encanto se reproduce con el amanecer de cada día. Á una crónica siguen cien crónicas, á un artículo cien artículos, y siempre frescos y siempre con sabor á cosa nueva y con color de cosas vistas.....

Es ese un secreto de este ingenio, para quien no tiene tarde ni noche la inspiración y el estilo. La fatiga de tanto esfuerzo, la trama de tejido tan rápido, el molde de tanta figura momentánea, hecha para la «exportación» á las tribus del vulgo, apenas si se denuncia con lunares graves ó amaneramiento enfermizo.

.....

JULIO BURELL.

Epigramas.

El día de Viernes Santo
Estaba enfermo de muerte
Un hombre, y bañada en llanto
Le ponderaba su suerte
Su mujer, con dulce encanto.
—Tu muerte, dicha será:
¡Mueres en el mismo día
En qué Dios muriendo está!
Y el moribundo decía:
—¡Pero él..... resucitará!

*
*
*

Un día de besamanos,
Viendo entrar los cortesanos
En el Alcázar Real,
Y asombrados los villanos
De ver tanto personal,
Dijo una chula aburrida,
Puesta en jarras, desabrida
Y echando *alante* los codos:
—Pues miá que si besan todos.....
¡Adiós, manos de mi vida!

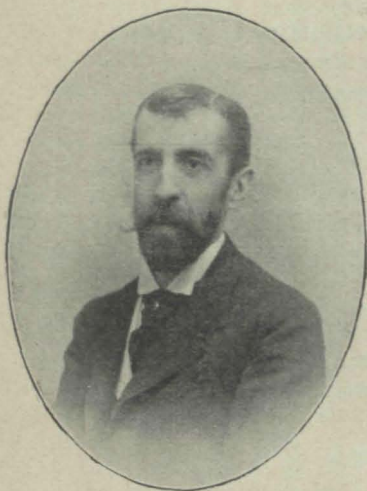
EUSEBIO BLASCO.



Blasco, Ricardo.

En una de las conferencias dadas en el Ateneo por Eusebio Blasco sobre *Madrid hace treinta años*, decía lo siguiente:

«Ramos y Lustonó han sido desde entonces (1865) hasta hoy, mis fieles y sinceros amigos; íntimos de mi casa, eran más que amigos, algo como la familia. Mi madre, doña Rosa, era para ellos la mejor amiga, todos ellos la consultaban sus amors, sus versos, sus artículos.»



Este recuerdo de una de las épocas más felices de mi juventud, viene á enlazarse con el de Ricardo Blasco, niño entonces que apenas levantaba dos palmos del suelo. En aquel cuarto de la calle de Cervantes, donde se escribió *El Joven Telémaco*, y donde el cariño de una santa madre alentaba á propios y á extraños, conocí al distinguido literato y periodista, secretario actualmente de la Redacción de *La Correspondencia de España*.

Travieso y despejado como pocos, Ricardo aprendió solo á leer; el hoy Excelentísimo Sr. D. Angel Avilés le enseñó á escribir, y en la atmósfera de literatura y periodismo que se respiraba en su casa, se fué desarrollando su inteligencia. Cuando tuvo la edad conveniente, le mandó su madre á un colegio, y á los tres años concluyó el bachillerato. Empezó luego á estudiar la carrera de ingeniero; pero Ricardo dejaba los números por

las letras, y en vez de hacer cálculos, hacía versos ó se iba á los ensayos de los teatros.

Á los doce años de edad, su hermano Eusebio, director entonces del semanario *El Garbanzo*, le enviaba á la imprenta á ajustar y poner epígrafes á las caricaturas.

Se fué Eusebio á Biarritz, prometiendo que á los ocho días estaría de vuelta, y dejó

á su hermano al cuidado de *El Día de Moda*, periódico que acabó por hacerse solo Ricardo y que sostuvo seis meses. Allí publicó sus primeros artículos.

¡Los ocho días de ausencia de Eusebio se convirtieron en CATORCE AÑOS!

A los veintidós, Ricardo entró á formar parte de *La Discusión*, propiedad entonces de Bernardo García, y allí hizo de todo: artículos de fondo, misceláneas, revistas de teatros, etc.

Escribió críticas de arte en *La Regencia* y *El Noticiero*, colaborando en *El Progreso*, de Martos y Solís.

Su primera producción teatral se representó en el teatro de la Comedia en 1884. ¡*Agua va!* obtuvo un éxito muy lisonjero, que le animó á dar luego en Lara el popular y graciosísimo juguete *El ratoncito Pérez*, *El último tranvía*, *Chocolate y mojicón*, *Los sinapismos*, *Aliquid chupatur*, *Servicio forzoso*, *Isidoro Pérez*, *La sonámbula*, *In articulo mortis*, etc., etc.

El fallecimiento de su querida é inolvidable madre D.^a Rosa, ocurrido en París en 1885, le obligó á marchar á la capital de Francia. París le agradó en extremo, y en 1887 volvió á la *gran ciudad*, viviendo en ella nueve años seguidos.

Ricardo llegó á París esta segunda vez con ¡*quince duros!* en el bolsillo, ayudándole en sus primeros pasos el banquero Adolfo Calzado.

Corresponsal de *La España Artística*, de *Los Madriles* y de *La Voz de Guipúzcoa*, dió cuenta en amenísimas revistas de cuantas novedades podían interesar al público.

Á fuerza de constancia y de laboriosidad logró salir adelante, alcanzando el puesto de Secretario del Sindicato de la prensa extranjera en París.

Sus campañas telegráficas en *La Correspondencia de España* durante siete años y sus notables cartas dirigidas al mismo periódico le han valido, al propio tiempo que el aprecio del público, el que el actual propietario del «eco imparcial de la opinión y de la prensa» le llamase á su lado para conferirle el puesto que hoy desempeña.

Ricardo Blasco, que á su larga estancia en París reúne el haber viajado por Suiza, Bélgica é Inglaterra, estudiando tipos y costumbres, es un periodista á la moderna, de sólida instrucción y de peregrino ingenio.

L.

El Teatro en Francia.

Período crítico.—Decadencia del género grande y prosperidad del género chico.—
El Teatro Libre.—Sarah Bernardt y Coquelin.—La temporada actual.

Para quien, de cerca ó de lejos, haya observado con alguna atención el movimiento de la literatura dramática en Francia durante estos últimos años, resulta evidente que en el teatro francés, cuya influencia se había dejado sentir, invadiendo con su producción rica y vigorosa todas las escenas de Europa, y muy especialmente la italiana y la española, sucedió á una época de gran esplendor un período de rápida decadencia, de la cual se esfuerzan por sacarle, en una crisis que aún no ha hecho su completa evolución, de un lado los poetas—á uno de los cuales se debe la obra más hermosa que en la escena francesa ha triunfado en los últimos doce meses;—de otra parte, los espíritus independientes, que, rompiendo los moldes antiguos para vaciar sus obras en los de una nueva estética, llevan á la escena en cada drama, en cada comedia, un pedazo de nuestra vida moderna, palpitante de interés en su intensa realidad, huyendo de efectismos convencionales y encontrando la grandeza del arte puro en la sencillez y la sobriedad.

Muerto Dumas, tras largo alejamiento de la escena; entregado casi por completo Sardou al género que pintorescamente llaman de *exportación* los críticos de allende el Pirineo; perezoso y dando apenas señales de vida literaria en algún ameno *vaudeville* Meilhac durante los últimos años de su vida; poco acertado Pailleron en sus últimas producciones; divorciado el público de mayor cultura literaria de la mercancía folletinesca que Onhet trasladaba de sus novelas á la escena; casi cerradas, si no cerradas por completo, las puertas de los principales teatros de París á la gente nueva, que podía—y está ya demostrándolo—dar vigor al arte dramático en Francia, hace cuatro ó cinco años la escena francesa, casi extinguidos por completo sus pasados esplendores, vivía del *vaudeville* ligero, ameno, chistoso, entretenido—género *chico*, al fin y al cabo, para valernos de la expresión corriente,—y del melodrama.

El arte, en su concepto más elevado, la alta comedia, el drama, la tragedia mucho menos, daban escasas y débiles manifestaciones de existencia en la Comedia Francesa, en el Odeón y los demás teatros de superior categoría.

Las causas de esa decadencia eran múltiples. Y hay que atribuir las, menos que á la escasez de autores dramáticos capaces de producir obras de verdadero valor artístico, al exagerado mercantilismo de las empresas y al acaparamiento de los teatros por los autores de nota, que, agotada su potencia creadora ó inmovilizados en los límites estrechos de determinada escuela, llevaban camino de matar de su propia anemia aquello mismo de que ansiaban ser exclusivos mantenedores.

El *vaudeville*, la opereta, géneros en los cuales la vena cómica y el ingenio de Gondinet, de Teodoro Barrière, de Alberto Millaud, de Blum y Toché, y tantos otros, han sido bastante ricos para sostener constante novedad y regocijo, no solamente en una docena de teatros de París, sino para prestársela á casi todos los que cultivan estos géneros en Italia, Austria, Alemania, Portugal y en nuestra misma España — donde, pagando la aduana unas veces, de contrabando la mayoría de ellas, se han introducido las más adaptables de sus producciones, — el *vaudeville* y la opereta habían llegado también á una gran decadencia.

Sea por penuria de inventiva, sea por exigencias de las empresas, á que se prestaban y siguen prestándose con harta docilidad muchos autores franceses, el mismo asunto, los mismos recursos cómicos, los mismos efectos escénicos se repetían, y aun vienen repitiéndose en cada obra cómica estrenada.

Aparte de Feydeau, Bisson y Gandillot, más originales en la invención cómica, más espontáneamente graciosos en el diálogo, los *vaudevillistas* franceses llevan algunos años girando alrededor del mismo asunto, sacando de las mismas fuentes sus *quid pro quos* inverosímiles y sus tipos de una desesperante semejanza, y plagiándose con la mayor frescura situaciones y enredos.

Durante largo tiempo era elemento escénico indispensable, en todo juguete cómico, una escalera, por la cual pasasen los personajes en descompuesta farándula de dementes; á tales desatinos los llevaba la pobre fantasía del *vaudevillista*.

Más tarde, parecía inadmisibile *vaudeville* ú opereta en los cuales no se desnudase á la vista del público una, por lo menos, de las más lindas actrices del teatro en que se representaba.

Y hoy mismo, la escalera, el *deshabillé* y la cama por donde la mitad de los personajes de la fábula burlesca van pasando, con la misma facilidad que se despeñaron por la escalera, siguen todavía siendo la

base y fundamento de casi todas las producciones cómicas ó bufonescas.

Y mientras tanto el café-concierto, aprovechando mercantilmente el hastío del público, que no encontraba en el teatro más que un alimento insulso y poco sustancioso, extendía su esfera de acción, y saliéndose de los límites tradicionales de la canción introducía en sus pequeños escenarios la pantomima sugestiva, la opereta canallesca, la revista de actualidad, amenizada con gran lujo de trajes, profusión de telones y exhibición de muchachas bonitas, y lo invadía todo.

Los cafés-conciertos se multiplicaron, tomando la forma de verdaderos teatros, y creando, como en España los teatros por horas, el *género chico*, que allí, como aquí, ha sido causa del rebajamiento y la perversión de las aficiones y los gustos del público, y una de las causas, no la más pequeña, de la crisis teatral.

Los espectadores llegaron á encontrar más arte—y lo había, en efecto— en la canción modernista de Ivette Guilbert, que en los cuatro ó cinco actos de viejas insulseces que les servían en los teatros del boulevard. El *género chico* triunfaba, mientras el verdadero teatro parecía por momentos.

El primer esfuerzo contra tal estado anémico del teatro, la primera protesta viva contra el forzoso alejamiento en que la torpeza y el mercantilismo de directores y empresarios, ó las intransigencias de la rutina, tenían á la gente nueva, á los apóstoles de nuevos ideales, á los revolucionarios del arte dramático, se debió—caso singular—á un modesto empleado de la Compañía del Gas, aficionado á comediante en sus ratos de ocio, y cuyo nombre ocupará lugar preferente, si ha de hacerse justicia á sus iniciativas y su inteligencia, en la historia del teatro francés de fines de este siglo.

Refiérome á Mr. Antoine, fundador del Teatro Libre, cuya influencia ha sido inmensa y cuya labor ha fructificado rápidamente.

Allá, en las alturas de Montmartre, sin más capital que su voluntad y su energía, reuniendo para ensayar en un destartalado taller, donde ellos mismos se pintaban las decoraciones, y á fuerza de mil trabajos acumulaban los elementos necesarios para servir la escena, á un puñado de actores y aficionados á quienes había comunicado su entusiasmo, dió forma Antoine á su concepción del Teatro Libre.

Teatro nuevo, en el cual iban á romperse por primera vez los viejos moldes, los procedimientos rutinarios, los convencionalismos gastados, sin más preocupación que hacer obra de arte. No teatro pornográfico, su-

gestivamente obsceno ó propenso al más abyecto naturalismo, como falsamente se ha creído, durante algún tiempo, por muchos de nuestros compatriotas, y aún siguen pensando algunos espíritus vulgares que, en arte como en todo, entienden por libertad licencia ó desbordamiento de bajas pasiones.

La primera velada del Teatro Libre, á la cual convidó su fundador á doscientos críticos, literatos y amantes sinceros del arte escénico, fué una revelación.

Antoine apareció como un director de condiciones excepcionales, bajo cuya férula actores modestísimos adquirirían proporciones de artistas notables y las figuras se movían con una naturalidad prodigiosamente arrancada á la vida real.

El desván, donde un puñado de gente nueva se había agrupado alrededor de un hombre de buena voluntad, en cuyo pecho palpitaba un corazón de artista independiente y animoso, transformóse en verdadero templo de Talía.

Aquella misma noche consiguió Antoine reunir los elementos indispensables para dar una representación cada mes en el teatrillo de Montmartre, en el cual pasó el primer año de su vida, quizá el más interesante, bajo el punto de vista artístico, el Teatro Libre.

Los autores, para quienes las puertas de la Comedia Francesa, del Odeón, del Gymnase ó del Vaudeville estaban implacablemente cerradas, llevaban á Antoine sus obras, sin esperanzas de lucro, puesto que allí no había derechos de autor, ni se daba de ellas más que una sola representación, más tarde dos, cuando, ensanchado el círculo de los abonados al Teatro Libre, éste pudo llegar al centro de París y dar en el de Menus Plaisirs dos representaciones consecutivas de cada uno de sus programas mensuales.

El éxito de Antoine como director y como actor fué rápido; la crítica de la gran prensa parisiense, con esa alteza de miras y esa amplitud de criterio que aumenta el prestigio de su autoridad, se interesó desde luego en la obra tan valientemente emprendida, y el Teatro Libre contó con un núcleo importante de adeptos para auxiliar su esfuerzo y el inteligente trabajo de su director.

Al mismo tiempo que daba á luz á los autores franceses nuevos, alternando con sus obras, dió á conocer Antoine las de los famosos dramaturgos del Norte.

Ibsen, Bjornstjerne Bjornson, Strindberg, Hauptman, Suderman, tomaron carta de naturaleza en Francia en el Teatro Libre; y así como allí nacieron para la escuela francesa Donnay, Curel, Courteline y tantos otros, que hoy ya triunfan por completo en los grandes teatros, allí formó sus

adeptos franceses el simbolismo del Norte, y la literatura de los países escandinavos sacudió con una ráfaga del aire puro y sano de aquellas regiones los espíritus adormecidos, llamando el gusto del público á una alimentación intelectual más sólida que las ñoñeces ó las vulgaridades que en los grandes teatros le servían á diario, y más sana que las decadentes desvergüenzas del género chico imperante.

En cuatro ó cinco años de trabajo incesante se dieron á luz un centenar de obras nuevas en el Teatro Libre, que retembló en más veladas al estruendo del triunfo que al estrépito del fracaso, y lanzó á la publicidad los nombres de más de cincuenta autores dramáticos hasta entonces desconocidos.

Los directores de los teatros iban á estudiar la rara perfección de la *mise en scène*, á conocer los actores formados por Antoine..... y á llevarse los para sus compañías.

Muchas obras pasaron pronto de la escena del Teatro Libre á los grandes escenarios parisienses.

Autores hasta entonces rechazados ó ignorados fueron solicitados por los mismos directores que antes los desdeñaban.

La influencia se extendió llegando hasta las alturas de los teatros subvencionados por el Estado, al Odeón, aún más que á la Comedia Francesa, á la cuál alcanzó también algo el beneficio de la nueva savia; y la obra de Antoine, á semejanza del hombre generoso que presta la sangre de sus venas para la transfusión á las de un anémico, perdiendo así su vigor y hasta su vida, estuvo á punto de perecer cuando los que sostenían el Teatro Libre como productores, intérpretes ó abonados encontraron el empleo á su actividad ó la satisfacción de su espíritu, que antes sólo podían hallar allí doce veces al año, en casi todos los teatros de París y á diario.

Á la sombra del éxito literario alcanzado por el Teatro Libre, animados de análogos propósitos artísticos, fundáronse otros. Lugne-Poé, actor muy estimable, fundó el teatro de l'Oeuvre, casi exclusivamente dedicado á hacer conocer las obras maestras del teatro extranjero.

Otros fundaron el Teatro de los Poetas, destinado, como su nombre lo indica, á provocar un movimiento de reacción á favor de la poesía y de la forma rimada, casi desterradas entonces de la escena francesa.

Otras empresas puramente artísticas, destinadas á la propaganda de determinadas escuelas modernas del arte dramático, tuvieron vida efímera las más de ellas; pero algún fruto dieron, y su parte han tenido en el movimiento iniciado.

El primer impulso se debió á Antoine, su Teatro Libre dió los frutos más lozanos, y la semilla por él lanzada ha fructificado.

El Teatro Libre, tras un corto período de crisis —dos años apenas,— en que llegó á abandonarle su director, contratado primeramente en la compañía del Gymnase, llamado luego á dirigir el Odeón, vive hoy del gran público.

La sala y el escenario que en tiempos le prestaron hospitalidad dos días al mes, han cambiado su nombre de *Menus Plaisirs* por el de Teatro Antoine, y las obras que entonces vivieron el espacio de una noche, alternan con las nuevas, contando por centenares sus representaciones.

Lo que fué simple y desinteresado esfuerzo artístico, es hoy un excelente negocio.

Justo premio á tanta constancia y digna recompensa á quien ha contribuído á salvar de la crisis, de que ya empieza á reponerse, el teatro en Francia.

En gran parte se debe también el movimiento favorable al gran arte dramático, que de dos años á esta parte presta calor y nueva vida á la escena francesa, al esfuerzo personal de dos artistas eminentes, tránsfugas de la Comedia Francesa: Sarah Bernardt y Constant Coquelin.

La ilustre actriz fué la primera que acometió la empresa de tomar por su cuenta un teatro, dirigirlo ella misma, organizar su compañía con elementos nuevos y ofrecer amplios horizontes á la producción dramática.

Claro es que, al obrar así, habría en el fondo una idea de lucro y un puntillo de amor propio, poniendo en competencia la escena del teatro de la Renaissance con la de la Comedia Francesa, de donde la había hecho salir, años atrás, el ansia de conquistar lauros y fortuna más allá de las fronteras de Francia.

Pero justo es decir también que Sarah Bernardt, como más tarde Coquelin en su empresa del teatro de la Puerta de San Martín, han procurado y procuran acuñar moneda con oro de la mejor ley: la del arte más puro.

Ambos artistas vieron desde luego á su lado á los poetas y á los dramaturgos modernistas.

Abriéronles amorosamente los brazos, y las armonías de la poesía lírica de Rostand, Haraucourt, Catulle Mendés y Deroulrole resonaron victoriosas en los teatros de Sarah Bernardt y Coquelin, alternando con la prosa clara, sobria, aguda y punzante de las comedias de Donnay, Curel y tantos otros.

La noble emulación repercutió en los demás teatros.

La Comedia Francesa se dignó abrir sus puertas á algún modernista, como Lavedan, que ya triunfaba en toda la línea en el Vaudeville —puesto, como el Gymnase, bajo nueva dirección inteligente, preocu-

pada de elevar el nivel artístico de su trabajo y accesible á los autores animados de un nuevo espíritu,—y se mostró menos implacable con los poetas.

Apareció en la escena francesa con tantos bríos literarios como había mostrado en la crítica y con una intensidad dramática excepcional, Jules Lemaitre.

El gusto del público—en país donde la cultura general es, para dicha suya, tan elevada—se mostró bien pronto inclinado á los manjares más sustanciosos y delicados con que en noble competencia se le incitaba, y el teatro francés volvió á marchar por buenas sendas, que, según todas las trazas, van á conducirle á un nuevo período de brillante florecimiento.

Ann Lucha, en esta reconquista del público, con esa tendencia intermitente al encanallamiento que han mostrado algunos pueblos al llegar al apogeo de su civilización y al período precursor de su decadencia, como le acontece al pueblo francés en el actual momento de su historia.

Halagan el vicioso refinamiento de sus costumbres una serie de espectáculos que constituyen el llamado Teatro de Cabaret, donde el arte decadente—á cuyas manifestaciones es imposible negar gran suma de talento é ingenio—da rienda suelta á las mayores exageraciones y las más delirantes extravagancias.

Pero la boga de este género *más chico*, que lleva cada noche á las alturas de Montmartre algunos centenares de espectadores distinguidos, no puede ya arrebatar su público á los teatros del boulevard.

Ante su esplendor palidece cuanto en el resto del año ha pasado por la escena francesa, que de su transitoria decadencia levántase con vigor extraordinario á la sola aparición de *Cyrano de Bergérac*.

Al impulso de Rostand, otros poetas han respondido. Recientemente, en las agonías del año que vió nacer á *Cyrano de Bergérac* en el teatro de la Puerta de San Martín, triunfa Catulle Mendés en la Renaissance con su tragedia *Medea*, de la cual hace portentosa creación Sarah Bernhardt, y triunfa en la Comedia Francesa Paul Meurice con su drama *Struensée*.

Y en la misma temporada en que el arte más puro gana estas tres victorias, el artificio que dió tanta fama á Victoriano Sardou fracasa. La *Pamela* del hábil dramaturgo sólo vive el corto tiempo que una curiosidad malsana lleva al público á recrearse en la exhibición de la desnudez de las más lindas comediantas del teatro del Vaudeville.

Los modernistas apuntan en su haber el buen éxito de *Nouveau Jeu*,

de Lavedan, en el teatro del Vaudeville—pocos días después, el mismo autor ve hundirse su *Catherine*, obra escrita según los preceptos clásicos en la Comedia Francesa;—de *Le Repas du Lion*, de Curel, en el Teatro Antoine; de *Les Mauvais Bergers*, de Octavio Mirbeau, en la Renaissance; *L'Ecole des belles mères*, de Brieux, en el Gymnase, tiene poca vida.

Jules Lemaitre conoce su primer fracaso con *L'Aveu*, en el Vaudeville, y no toma completo desquite con *L'Ainée*, que sólo alcanza éxito mediano en el Gymnase.

Maurice Donnay, que el año anterior triunfó en el teatro de Vaudeville con su hermosa comedia *La Dolorosa*, sufre completa derrota esta temporada en la Comedia Francesa con *L'Affranchie*.

La comedia de Bisson, *Jalouse*, en el Vaudeville, ha sido uno de los éxitos más completos de la temporada.

Del campo de los poetas hay que señalar un fracaso, el de *Don Juan de Mañara*, de Haraucourt, en el Odeón, teatro poco afortunado también en los demás estrenos.

En el género cómico, el éxito del año es el vaudeville, de Bisson, *Le Contrôleur des wagons-lits*, que se eterniza en el cartel del teatro de Novedades.

Trazado á grandes rasgos el estado actual del teatro en Francia — y hemos hecho caso omiso de cuanto á la música se refiere, dejándolo para hablar, con más autoridad y más conocimientos técnicos, pueda ó quiera hablar de la materia en este libro,—réstanos hacer un rápido balance de la producción dramática de nuestros vecinos en el año 1898.

Y ha de ser forzosamente rápido por no conocer sino de referencia la mayoría de las obras estrenadas—no impresas todavía,—y para encerrarnos en los límites concedidos al honrarnos con un espacio en esta publicación.

El triunfo mayor y más legítimo —y que por sí solo constituye el acontecimiento teatral del año—corresponde á un poeta, á Edmond Rostand, en quien saludó el público, en su delirante entusiasmo, la noche del estreno de *Cyrano de Bergérac*, un nuevo Víctor Hugo.

Rebajando lo que es razonable rebajar de tan hiperbólico juicio — emitido en los primeros momentos y bajo el dominio de la fascinación que obra por tantos conceptos admirable produce, por la masa inteligente que forma el habitual auditorio de las primeras representaciones en París — es indiscutible que *Cyrano de Bergérac* marca una fecha memorable en la historia del teatro contemporáneo francés.

No es sólo el triunfo de un poeta, hasta entonces poco conocido—aunque ya muy ventajosamente,—es la revelación de un autor dramático de primera fuerza.

En ésta que su autor llama comedia heroica, se juntan á una concepción de bellísima grandeza, cuantos elementos pueden producir la emoción artística en el teatro: interés, ternura, intensidad dramática, buen gusto, ingenio, gracia, visualidad, y una riqueza inagotable de armonía y sonoridad en la forma poética. Y todo en la justa medida, en su exacta ponderación, equilibrado de modo tan perfecto que no parece sino que al soplo mágico de la inspiración, la obra de arte, en toda su pureza, en su asombrosa grandiosidad, ha surgido de un solo rasgo de la pluma del poeta.

La profunda impresión que la lectura de *Cyrano de Bergérac* produce, ha de ser pálido reflejo de las emociones que esta hermosísima comedia haga sentir en su representación.

Se comprende que la legendaria figura de Cyrano, tan hermosamente concebida por Rostand, encarnando en actor del mérito de Coquelin, se imponga en toda su grandeza, y que el drama, viviendo en la escena, animado de las artes auxiliares que hacen del teatro la manifestación artística más completa, haga vibrar todas las cuerdas del alma, deleite, fascine y subyugue.

Hay que señalar en el mismo género los éxitos de *Place aux femmes*, de Albin Vallabroge y Hennequin, en el Palais-Royal, de *Les petites Barnett*, opereta de Gavault con música de Varney, en Variedades, y de *¿A qui l'enfant?* y *Charmant séjour*, en Cluny.

No es justo, tampoco, dejar en el olvido *Petites folles*, de Alfred Capus, estrenada en el Gymnase.

El melodrama triunfa en el teatro del Ambigú con *Papa la Vertu*, de Maizeroy.

Todas las demás obras estrenadas, incluso las dos más recientes: *Le Calice*, de Vanderem, en el Vaudeville, y *L'Amorceur*, primera comedia de ciertos vuelos del saladísimo vaudevillista Gandillot, en el Gymnase, han tenido vida muy efímera ó se han hundido en el fracaso.

Es interesante consignar también el mal éxito de *Ville Morte*, de Gabriel de Annunzio, en el teatro de Sarah Bernardt.

Y sería imperdonable terminar esta reseña sin agradecer á la ilustre actriz francesa su franca hospitalidad para María Guerrero y la compañía del teatro Español, que en el teatro de la Renaissance han dado al público francés gallarda muestra del arte dramático español.

RICARDO BLASCO.

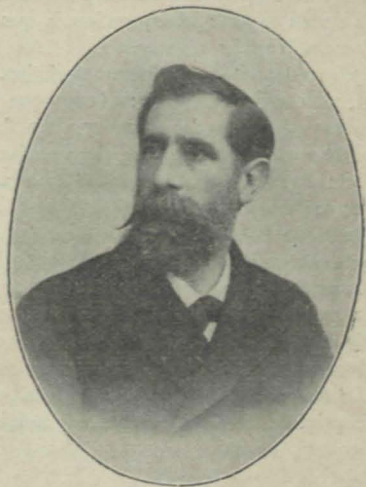
Bretón, Tomás.

Si el insigne é inolvidable maestro Barbieri era un carácter de cuerpo entero, su sucesor en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando no se queda en zaga.

Una persona tan perita en música como el Conde de Morphy, íntimo amigo de Bretón y que le ha seguido paso á paso en su carrera, lo comprueba en los siguientes párrafos:

«Llega Bretón á Madrid en la edad de la niñez, viniendo desde Salamanca, su patria, sin más elementos de trabajo que su violín, con el cual ha de ganarse el pan cotidiano, y poco á poco aumenta sus conocimientos, ensancha sus relaciones, trabajando sin cesar, ya como músico de orquesta, ya como maestro, dando lecciones, hasta que consigue llegar al puesto de director del Circo de Price. Allí, la práctica de la dirección y la necesidad de escribir continuamente piezas musicales para el servicio del espectáculo le proporcionan el conocimiento de la instrumentación, y aborda entonces el teatro, componiendo multitud de zarzuelas con bastante buen éxito; pero ya empieza á germinar en su mente la idea del drama lírico nacional, y emprende la composición de *Guzmán el Bueno*, cuya pintoresca overtura da clara idea del ideal poético y musical del compositor. Á pesar del buen éxito, no corresponde éste á sus esperanzas; y sea por insuficiencia de la interpretación ó por otras causas, siente el autor que no exista entre él y el público la corriente de simpatía que se impone, y dando un brusco cambio á su marcha, utiliza los años de trabajo y los conocimientos adquiridos en el Circo de Price para aparecer como excelente director de orquesta fundando en el teatro de Apolo la Sociedad Artístico-Musical, que se coloca desde el primer concierto á gran altura, compitiendo con la antigua y reputada Sociedad de Conciertos.

»En esta época conocí á Bretón, y desde luego nos unió franca y sincera amistad.



También yo había soñado en mi juventud con la ilusión de establecer la ópera nacional; pero el destino, más fuerte que la voluntad de los hombres, me había llevado por otro camino, colocándome en posición de no deber aspirar personalmente á tal fin, pero dándome ocasión de poder ser tal vez útil á los que vinieran detrás de mí con el mismo propósito. Creí, pues, cumplir un deber de conciencia ayudando á Bretón en la medida de mis fuerzas á emancipar el arte músico español de la tutela italiana; y conseguida la pensión, tan necesaria para que pudiera viajar por el Extranjero, medio el más eficaz y provechoso para abrir nuevos horizontes á su inteligencia, pude apreciar los progresos de la música en la correspondencia sostenida constantemente entre nosotros durante su estancia en Roma, Venecia, Viena y París.

»No he de pasar en silencio dos incidentes de esta época, que caracterizan la laboriosidad y tesón del artista, y responden al mismo tiempo á ciertas injustas acusaciones que se le han dirigido. Apremiaba el plazo para enviar los trabajos que, como pensionado de Roma, debía remitir, una ópera y un oratorio, y para los cuales no tenía Bretón ni libreto ni texto preparado.

»Constantemente nos escribía á su maestro, D. Emilio Arrieta, y á mí, rogándonos encarecidamente que se lo proporcionáramos; pero no era empresa fácil, y á pesar de habernos reunido varias veces y de haber dado varios pasos infructuosos, no pudimos satisfacer sus deseos. Entonces, acosado por el tiempo y la necesidad de remitir ambas obras, acometió Bretón la empresa de escribir, no sólo la música, sino el texto de la ópera *Los Amantes de Teruel* y del oratorio *La Apocalipsis*; no con la pretensión de pasar por gran poeta, sino con la energía y voluntad del hombre á quien no detienen obstáculos. El éxito le ha dado la razón, y por esto ha continuado después escribiendo los textos de sus óperas, tendencia que se va generalizando después de haber dado el ejemplo Wagner.

»Otro detalle, también característico. Desde Venecia, donde trabajaba en *Los Amantes*, me escribía diciendo: «Tengo que ir á Viena, y quisiera aprender algo de alemán para poderme hacer entender allí.» Pocos meses después, recibí carta suya en alemán desde aquella ciudad, que, si no perfectamente correcto, bastaba para entender cuanto decía. Para el que conozca las dificultades de esta lengua, no necesito encarecer tal esfuerzo de voluntad é inteligencia.

»Desde el estreno de *Los Amantes*, cambió por completo de aspecto la vida para el antes atribulado compositor. Triunfos, aplausos, ovaciones, coronas, regalos, banquetes, discursos y cuantas manifestaciones acompañan á la celebridad, se han venido repitiendo en cada una de sus obras. Se cantaron *Los Amantes de Teruel*, no solamente en toda España, sino en Praga y en Viena, y el *Garín* enloqueció á los catalanes, siendo aplaudido en Madrid y en la capital de Bohemia, y, por último, *La Verbena de la Paloma* y *La Dolores*, demostrando la variedad y flexibilidad de su talento, vinieron á colocarlo en la primera línea del movimiento músico español.»



El sueño dorado de Bretón ha sido y es la creación de la ópera nacional, causa que ha defendido con gran calor y energía en Memorias y folletos.

Según él, no son los autores, compositores y músicos españoles los únicos responsables de la baja en que nos hallamos; causa es también de ella el ambiente materialista que nos rodea, el utilitarismo que nos invade y la indiferencia con que es mirado todo lo que al arte patrio interesa por la sociedad española.

Y para probarlo, en su discurso de recepción en la Academia de San Fernando decía en 14 de Mayo de 1896:

«Después de componer, bien ó mal aconsejado, con más ó menos acierto, dos óperas de asunto español (1), á cuya música di todo el carácter nacional que yo podía y consentían sus situaciones—las cuales se han ejecutado con general aplauso y buen resultado económico en muchos teatros de España en italiano, aunque á veces los cantores eran españoles,—quiso el azar que mi antiguo y querido amigo, el famoso sainetero D. Ricardo de la Vega, me buscara para poner en música uno de sus más celebrados sainetes. No poco preocupado y agradecido al par acepté el encargo....., y aquí entra lo bueno. En cuanto el caso se hizo público, fueron de ver y oír el sinnúmero de plácemes y felicitaciones que recibí *a priori* de todos los que en estas cosas se preocupan, desde el modesto acomodador hasta el aristócrata linajudo, desde el pacientísimo copista al autor más celebrado: «Cuánto me alegro, decían; ese es el camino....., por ahí, por ahí....; verá usted cómo ahora gana mucho dinero....; eso es lo que debía usted haber hecho antes; todo lo demás es tontería....., etc., etc.»

»Yo había compuesto mis pobres óperas con la mejor intención y el ideal que me ha animado siempre, tal vez equivocado, pero artístico y nacional hasta más no poder....» Pues en el concepto general, ¡todo eso no eran más que libros de caballería, sueños, nonadas!.... Llegóse á escribir que yo entraba por fin en un terreno verdaderamente, español—como si *Los Amantes* y *Garin* fueran rusos,—y á repetir, en diversas formas las frases antes transcritas. ¡Quedé anonadado al ver materialmente que todas las simpatías, todas las aspiraciones é ideales de la numerosa é inteligente clase que alimenta el Teatro y de él vive, exceptuadas contadísimas personas, se limita, cifra y ciñe, casi exclusivamente, al cultivo del sainete, de la pieza en un acto! Y es tan verdad, señores, lo que digo, que á pocas circunstancias especiales que concurren en el estreno de una pieza en un acto, ya por la calidad de los autores ó por la índole del asunto, observará que su extremo y éxito, si lo tiene, conmueve de arriba abajo á todo el público español.....»



Entre los rasgos de su vida, no se deben dejar en el olvido los siguientes:

Pertenecía á la clase de violín del Conservatorio de Música y Declamación cuando llegó la época de los exámenes. Bretón, en unión de otros estudiantes, aspiraba á alcanzar el primer premio. Al ejecutar de repente el segundo concierto de Beriot, se rompió la prima del instrumento antes de la mitad de la pieza, no obstante lo cual Bretón continuó su ejecución con verdadero asombro del público, Jurado y profesores. El suyo, D. Juan Díez, le riñó luego, pero sin ocultar su entusiasmo. Don Jesús de Monasterio le felicitó porque, á su juicio, era indudable que se llevaría el primer premio; mas vino la votación y le faltó un voto para conseguirlo, otorgándosele por unanimidad el segundo. Su maestro D. Juan le dijo, muy descompuesto, que no tendría vergüenza si volvía á aquella casa. Los señores del Jurado manifestaron que Bretón era muy joven, y por eso convenía que siguiera en la enseñanza bajo la dirección de Monasterio, porque Díez cesaba aquel año.

Tomás Bretón no volvió al Conservatorio.



Durante diez temporadas consecutivas dirigió la orquesta del Circo de Price.

En alguna de ellas tocaba el cornetín el GRAN Chapí. (Frase de Bretón.)

En cierta ocasión ensayaban los artistas ecuestres y gimnásticos la famosa pantomima

(1) *Los Amantes de Teruel* y *Garin*.

Los Brigantes. Bretón no tenía la música de dicha pantomima; pero como Secchi, uno de los clowns, la conocía y tocaba en el acordeón y pensaba utilizarlo llegado el caso, en esta confianza, y juzgando que le sobraba tiempo, se descuidó por tener además noticia de que la sastrería tampoco estaba preparada. El sastre, D. Manuel Tormo, sabía á su vez que faltaba la música y no se daba prisa á terminar el vestuario. Mas un día se produjo una discusión acaloradísima entre sir Thomas Price y el sastre, y éste, estrechado por el empresario, se disculpó diciendo que á él le constaba que la música de la pantomima no estaba hecha, y que cuando lo estuviera estarían los trajes. Furioso Price, volvióse á Bretón y le preguntó qué había de la música. El maestro le contestó que estaba corriente y que cuando quisiera se podía ensayar la pantomima con la orquesta. «Pues esta noche, después de la función—dijo Price.—Corriente—repuso Bretón.» El sastre Tormo quedóse helado. Al terminar el ensayo fué Bretón en compañía del encargado de la orquesta, Sr. Castaños, á la calle del Cid, donde vivían los clowns Wythone, Secchi y Alfano. Allí tomó al oído la melodía de los veintitantos números que componen la música de *Los Brigantes*; encargó á Castaños buscarse la overtura de *La Gazza Ladra*, que se ejecuta (!) también en dicha pantomima, y encerrándose en su casa, se escribió—sin partitura naturalmente—la orquesta de aquellos números, que con la premura parecía inacabable. A las once de la noche, aún no concluida la función, el maestro se presentó en el Circo muy satisfecho y muy rendido, pudiendo ensayarse minutos después, de cabo á rabo, la famosa pantomima.



Ensayábase por el año 1867 en el teatro de Santander la ópera *La campana de la Ermita*. Era director de la orquesta Luis N. Bonoris, y Bretón violín concertino. La overtura de la ópera impresionó tanto á éste, que habiéndola repetido Bonoris tres ó cuatro veces, Bretón, por apuesta con sus compañeros, escribió con lápiz de memoria, después del ensayo, la parte de violín principal, que era la que había tenido á la vista. Dicha ópera, que es un poquito verde, se pondría en aquella temporada á lo sumo tres veces en Santander y otras tantas en Valladolid. Pasaron algunos años, y siendo Bretón ya director en Price, pensando en la brillantez de algunos motivos de la citada obra, de la cual no había tenido más noticia, con un esfuerzo grandísimo de memoria recordó los necesarios para componer una *Quadrille* que se tocó años y años en el Circo.



Otro caso de buena memoria.

Barbieri dejó la dirección de *Sueños de oro* en la Zarzuela á la sexta representación, encargándose Bretón de ella, como concertino que era en dicho teatro. El cambio no se notó en nada, dirigiendo nuestro biografiado desde la primera noche la obra sin mirar una hoja de la partitura.



Para que los lectores de EL LIBRO DEL AÑO conozcan por completo al eminente compositor, lean las *Declaraciones íntimas* que, á excitación de la Empresa de la revista *Blanco y Negro*, hizo hace años el autor de *La Verbena de la Paloma*, de *Garin* y de *La Dolores*:

| | |
|---|--|
| Rasgo principal de mi carácter..... | La tenacidad. |
| Cualidad que prefiero en el hombre..... | La honradez. |
| Cualidad que prefiero en la mujer..... | Idem id. |
| Mi principal defecto..... | Decir lo que siento. |
| Ocupación que prefiero..... | Trabajar con ilusión. |
| Mi sueño dorado..... | Imponer la ópera nacional. |
| Lo que constituiría mi desgracia..... | Morirme sin conseguirlo. |
| Lo que quisiera ser..... | Rico. |
| País en que desearía vivir..... | Cualquiera de España. |
| Color que prefiero..... | Verde mar. |
| Flor que prefiero..... | La rosa. |
| Animal que prefiero..... | El perro. |
| Mis prosistas favoritos..... | Cervantes y Solís. |
| Mis poetas favoritos..... | Lope y Tirso. |
| Mis pintores favoritos..... | Velázquez y Ribera. |
| Mis compositores favoritos..... | Beethoven y Haydn. |
| Mis políticos favoritos..... | Ninguno. |
| Héroes novelescos que más admiro..... | Don Quijote y Amadís. |
| Héroes que más admiro en la vida real... | Régulo y Guzmán. |
| Manjares y bebidas que prefiero..... | Comer pan y vino buenos. |
| Nombres que más me gustan..... | Los de los buenos. |
| Lo que más detesto..... | El vil. |
| Hecho histórico que más admiro..... | La conquista de Méjico. |
| Reforma que creo más necesaria..... | Pagar á los maestros de escuela y aumentarlos. |
| El don de la Naturaleza que desearía tener. | Buena dentadura, de que carezco. |
| Cómo quiero morirme..... | Rodeado de mi familia y mis amigos. |
| Estado actual de mi espíritu..... | Tranquilísimo. |
| Faltas que me inspiran más indulgencia. | Las cometidas por el hambre. |



Para terminar estos apuntes es justo consignar que su última ópera *La Dolores* figuró sesenta y tres noches seguidas en el cartel; que en Barcelona alcanzó éxito tan extraordinario que á la CIENTO DOCE representación se interrumpió por cansancio de los artistas, y que pasados algunos días volvió á ponerse en escena, dándose veinticinco representaciones más.

Es creador de la Sociedad de Conciertos Unión-Artístico-Musical, y durante siete años figuró al frente de la de Madrid. En Praga, después de dirigir *Los Amantes de Teruel*, le brindó el empresario el puesto de director del Teatro alemán, siendo considerado cuando estuvo en Londres, por los principales críticos musicales ingleses, á la altura de los mejores directores extranjeros que han visitado la Gran Bretaña.

L.

La Ópera en España.

No voy á escribir la historia de la ópera en España, aunque no estorbara, por ser poco conocida, ni á hacer gala de barata erudición: sólo voy á limitarme al actual estado de opinión y vida en nuestro país, del más hermoso de los espectáculos modernos; punto que puede ofrecer algún interés, apartando el ánimo un momento del cuadro de desventuras que afligen á nuestra pobre patria.

¿Qué piensa el público español de la ópera que constantemente oye? ¿Es para él la más alta manifestación del arte lírico-dramático ó elegante y costoso pasatiempo? Su actual estado, ¿es sólido y duradero, ó débil y fugaz?

Para responder á estas preguntas hay que dividir el público español en tres grupos, que corresponden á Madrid, Barcelona y al resto de las ciudades que oye óperas alguna vez.

En Madrid hay poca afición al espectáculo en sí. La mayor parte del público va á la ópera por moda y por rutina. (En España somos rutinarios á tal extremo, que aún hay comarcas enteras en las que se vive como en el siglo xvi.)

Ha sido en la corte de buen tono ir al teatro Real, como tener coche, y el público madrileño hace, si es preciso, verdaderos sacrificios de economía para mantener ambas cosas.

Que el espectáculo le importa poco, lo demuestran multitud de hechos. He aquí algunos:

En el Real coliseo, de los asientos de palco para abajo, así principie la función á las ocho, no acude el público sino desde las nueve y media en adelante, y muy paulatinamente. Entre las diez y media y las once de la noche es cuando el teatro alcanza todo su esplendor. La obra que se representa le interesa mucho menos que los artistas. Cuanto más caro sea uno de éstos, más halagada se siente la vanidad del público elegante y más á cubierto está aquél de las censuras á que su descuido ó falta de medios vocales pudiera dar lugar en la ejecución. Por esto á veces da más crédito á la fama que al mérito positivo. Recuerdo que hace algunos años vino al

teatro Real la Sra. Fides-Dèvries, una de las artistas más eminentes que han pisado su escena. Procedía de la *Grande Opéra*, teatro extranjero que, aunque está más cerca del nuestro que los italianos, parece estar más lejos por la absoluta falta de relaciones artísticas entre uno y otro. Eran casi desconocidos su fama y méritos: artista seria, dentro y fuera del teatro, no cuidó de anunciarse y bombearse por los medios que suelen poner en juego los *prácticos*, y pasó..... bien....., mas sin entusiasmo, en *Faust* y *Hamlet*. Algunos opinaban que el público pecaba de frío con artista tan correcta y delicada y de tan exquisito y depurado gusto. Por buena fortuna de ella y mayor del público, acertó á cantar después *Rigoletto*, que ejecutaba tan primorosamente como las antes citadas, con cuya ópera rompió el hielo y causó la admiración general, mas no por la pureza de su expresión, sobriedad y elocuente acción escénica, sino por la limpieza de los trinos en el *aria* del segundo acto. Hasta aquel momento no se dignó dar cuenta nuestro público del mérito de aquella cantatriz y artista consumada.

Cuando se estrenó en Madrid *Otello*, de Verdi, el maestro más famoso y venerable hoy en el género, el más popular y siempre aplaudido, no se vendieron en todos los almacenes de música de la corte media docena de ejemplares. Cuando se estrenó *Sanson et Dalila*, ópera primera en España del insigne Saint-Saëns, maestro aplaudidísimo en los conciertos, pensó el señor empresario que á sus intereses convendría ponerla en el turno menos concurrido para forzar la entrada. Cualquiera hubiera pensado lo mismo..... Pero ¡cómo se equivocó! No acudió al teatro más público que el que hubiera asistido poniendo una ópera de *relleno*. Como dicha obra, si desigual, contiene bellezas de primísimo orden en gran número, impúsose al cabo poco á poco, y llegó á dar resultado; pero inferior y más tardío que si se hubiese estrenado en mejor turno, porque de este modo la propaganda hubiera sido más rápida.

Partidaria acérrima todavía buena parte de nuestro público de la *dolce lingua italiana*, ignora que *Guglielmo Tell*, *Favorita*, *Roberto*, *Ugonotti*, *Affricana*, *Profeta*, *Faust*, *Amleto*, *Lohengrin* y otras las oye traducidas, y si se le dice, le disgusta. Muchos creen también que en todas las ciudades importantes de Europa hay ópera italiana, y no es raro oír hablar á alguno del teatro italiano de París como si aún existiera.

No obstante el predominio que concede nuestro público al intérprete sobre la obra, muestra por algunas de éstas marcada predilección, como, por ejemplo, *Gli Ugonotti*; mas, á pesar de esto, es tan leve su voluntad en este punto, que aunque *La Gioconda* no le interesó poco ni mucho en su estreno, ha resistido con valor, heroico verdaderamente, más de ciento

cincuenta representaciones de la desventurada doncella veneciana. (Creo oportuno hacer notar que esta ópera no ha logrado adquirir carta de naturaleza en Francia, Austria, Alemania, Inglaterra, etc., etc.)

De palcos por asientos para arriba, en nuestro teatro varía muy sensiblemente la decoración. En el público que acude á estas alturas hay más afición, más interés y más vida por tanto. ¡Lástima que las formas que usa en determinados y no escasos momentos sean tan rudas y descompuestas, que convierten lo que debiera ser templo del arte en plaza de toros! Culpa de ello es las costumbres que el público adquiere en las corridas, las cuales no puede reprimir ni en el teatro cuando le provoca la *claque* con sus frecuentes intemperancias.

Pues bien: este tribunal tan heterogéneo, frío é indiferente abajo, vehementemente y entusiasta arriba, cuando quiere, cuando el espectáculo ha logrado interesarle, llega á ser de tan fino y delicado instinto, como yo no he observado en parte alguna. Con una constante, mesurada y razonada crítica, podría ser el mejor público del mundo.

Fuera del teatro Real se cultiva poco la ópera en Madrid. En primavera y verano organizanse á veces—y digo así porque no han llegado á ser periódicas—compañías de ópera italiana en el Príncipe Alfonso y Jardines del Buen Retiro, respectivamente, con suerte varia. El público y sus manifestaciones vienen á ser muy semejantes al del Real. Como los precios son más módicos, se impone un poco más de benevolencia, no mucha; pero siempre predomina en el gusto del público lo particular sobre lo general, el artista sobre la ópera. Así somos en Castilla. ¡Cuándo cambiaremos!

*
* *

En Barcelona puede llamarse más bien pasión que no afición lo que siente el público por la ópera. Interesa á todas las clases, desde la más elevada á la más humilde, y hay, con respecto á Madrid, la diferencia de que si bien estima y aplaude tanto y más que éste al artista de mérito extraordinario, tolera con relativa tranquilidad deficiencias de ejecución con tal de oír buena música. Teatro hay allí en el que cuesta la entrada 25 céntimos y se cantan *Ugonotti*, *Affricana* y *piececillas* de este vuelo. ¡Qué tenores, qué tiples y qué.... todo será aquello!..... Pero es, y su especial público va y oye lo que le cantan y tocan, para aplacar su insaciable sed de oír música de ópera.

La organización del Gran Teatro del Liceo tiene más puntos de relación con la del *Teatro della Scala*, que con el Real de Madrid. En todo se parece más el público barcelonés al italiano que al madrileño,

hasta en lo que ha tardado en normalizar los conciertos instrumentales.

En Barcelona, la *claque* y el grupo de periodistas que rodea á los artistas y se ocupa en la revista de las representaciones de ópera, no alcanza ni la cuarta parte de importancia que ha alcanzado en Madrid. El público es más soberano é independiente, y la Comisión de señores propietarios y abonados del Liceo bastante más temible que la inspectora del Real. La razón es obvia: aquella Comisión es ejecutiva. Artista que á su juicio no debe cantar en el Gran Teatro, aunque no lo haya rechazado el público de una manera ostensible y *ruidosa*, no canta más, así sea preciso interrumpir las funciones. Ejerce el mayor celo y vigilancia en todos los servicios del teatro, interviniendo hasta en los menores detalles. La Comisión de Madrid se limita á opinar y proponer....., siendo el Sr. Ministro de Fomento el que decide generalmente que sigan las cosas como antes estaban.

Casi siempre el Liceo precede al Real en el estreno de las óperas, por los que aquel público muestra extraordinario interés. Aunque el *tenor* es, como en Madrid, la base principal del éxito en Barcelona—circunscribiéndonos á lo que á la ejecución atañe,—se aprecia allí mucho más que entre nosotros á la *soprano*, hasta el punto de haber dado dinero (como suele decirse), en Barcelona, muchas *tiplés* que en Madrid pasaron sin pena ni gloria, por altas ó bajas, delgadas ó gordas.

No falta quien cree que en Barcelona hay prurito de contestar y discutir los éxitos que se hacen en Madrid. Nada de eso. Lo que hay es que, por repetidos ejemplos, ha llegado á comprender aquel público que el de Madrid se deja influenciar por agentes extraños á la bondad positiva de las obras ó los artistas, y no se fía sino de su propio criterio. Tal sucedió con la célebre Emma Nevada, artista de indiscutible mérito, pero exagerado, sin duda, por la Empresa y reventa del teatro Real y la Prensa madrileña. Ejecutándose aquí *La Sonámbula* por la Nevada (sería ya la décima representación), decía yo á un importante revendedor que me sorprendía en gran manera tan inusitado éxito, y él me respondió: «Todo esto ha sido artificial; el año que viene no da un cuarto esta señora»; y así fué; pero antes dejó de darlo en Barcelona, cuyo público estaba soliviantado con los estrepitosos bombos de la Prensa de Madrid. Previnieronse, pues, los catalanes á aplaudirla en efecto si, como los periódicos de la corte decían, superaba á todo lo hasta entonces oído; pero si, por el contrario, había exageración, como sospechaban, á protestarla sin piedad, y de esta manera sucedió, que no de aquélla. Otro tanto puede decirse de las obras estrenadas en Madrid. ¡Cuántas que entre nosotros obtuvieron delirante éxito, cayeron en Barcelona, faltas de la atmósfera artificial que aquí les dió vida!

En el Liceo hay marcada división de clases en el público, no por la diferencia de fortuna ó posición particulares, sino por el lugar que cada una ocupa en el teatro. Muchas veces habrá ocurrido hablar dos ó más personas, ya en la Rambla ú otro sitio público, de negocios ó cosas ajenas al teatro, saludar á uno del grupo alguno que pasa, preguntar otro de aquéllos: *¿Quién es?*, y contestar el interpelado, entre los detalles más seguros para el conocimiento de la persona: *Es del tercer piso, ó del cuarto, etc.*, sin decir más de ópera ni de teatro, pero á éste se refiere.

El Liceo no es un teatro de lujo como el Real; es indispensable á la vida de Barcelona. El que había antes del actual se incendió totalmente, y el día que cumplía un año del siniestro se verificó la solemne inauguración con magnífica compañía de ópera italiana, reedificado espléndidamente y en tan brevísimo término. Esto sólo puede hacerlo la iniciativa particular cuando es tan activa y vigorosa como la del barcelonés. En la empresa económica de la reedificación tomó parte gran cantidad de público; por eso hay tanta propiedad en aquel teatro, que si es inconveniente por un lado para su explotación, por otro asegura á las empresas una subvención anual que alguna vez ha excedido de 150.000 pesetas. Y ¡cuánto valor se concederá allí al Liceo, lo revela el hecho de haberse pagado por la propiedad de un palco la suma de 24.000 duros!

El teatro Principal gozó del favor del público muchos años y mantuvo luchas memorables con el Liceo. Hoy la población de Barcelona se extiende en dirección á la montaña, y ha perdido aquel teatro la importancia ó la vida que han adquirido Novedades, el Lírico y el popularísimo Tivoli, situados en el paseo de Gracia; teatros que rara vez dejan de funcionar con espectáculos de diverso género, pero ninguno puede luchar con el de la ópera. Novedades y El Tivoli están dirigidos desde hace muchos años, creo que desde que los edificaron, por el inteligente empresario D. Ignacio Elías, y en ellos, en El Tivoli, ha podido darse el caso, seguramente no ocurrido en parte alguna, de poner 70 veces seguidas la ópera *Carmen*, y 112 *La Dolores*. Por el Ensanche está también el teatro de la Gran Vía, en el que se suele dar grande ópera, ¡á 25 céntimos la entrada!..... No será, no puede ser buena, pero contribuye poderosamente á la educación de aquel pueblo entusiasta, serio y laborioso.

Aunque nada tenga que ver con la ópera, creo conveniente apuntar el siguiente detalle: en Barcelona no se ha logrado imponer hasta ahora el espectáculo dividido en secciones, que tanto desarrollo ha adquirido en Madrid y otras ciudades de España. El llamado *género chico* se cultiva comúnmente en un solo teatro, pero como función entera para los

efectos de la entrada. ¡Ah, Cataluña, cuánto vales, y cuánto valiera esta querida patria si te imitaran todas sus regiones!

*
* *

Después de Madrid y Barcelona, son Valencia, Málaga y Pamplona las ciudades que cuentan más elementos de orquesta. En las demás de España no se puede organizar una con sus propios medios, y aun en aquellas, difícilmente se llega á lo que la ópera moderna exige. De aquí se puede inferir que no es la afición á la música la que más abunda en nuestras populosas capitales; porque si la hubiese, si se sintiera la necesidad del gran espectáculo en Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Granada, Valladolid, Coruña, Santander, Palma, las antes citadas y otras, se revelaría en la cantidad de los elementos de que hablaba, y no sería preciso llevarlos de fuera, las contadas veces que en ellas funcionan compañías de ópera, con sensible aumento de gasto en el presupuesto total. Pero lo curioso del caso es que, no hace aún muchos años, había ó parecía haber más afición á la ópera, puesto que ciudades como Valencia, Sevilla y todas las arriba nombradas mantenían anualmente su temporada de ópera italiana, más larga ó más corta, y allí en donde no había ópera, había generalmente zarzuela. Hoy es raro lo uno y lo otro. Alguna vez, por vanidad ó imitación, suelen hacerse breves temporadas en capitales de provincia, en las que invariablemente pierden su dinero las empresas, porque el coste es excesivo y no aguijonean al público ni la afición ni el entusiasmo. ¿Cómo se explica que éstos hayan, al parecer, disminuído en vez de aumentar, como tan culto espectáculo merece? La explicación es, á mi juicio, como sigue:

Antes no había más afición, porque no había más cultura musical ni tanta como hoy; pero el público tenía más ideal; el ambiente que reinaba en la atmósfera artística estaba saturado de romanticismo, y nada podía responder á aquella disposición del espíritu como la música, la más espiritual de las bellas artes. Entonces las jóvenes tomaban *bebedizos* para devenir pálidas y ojerosas, y los jóvenes se sabían de memoria *Werther* y declamaban como loros algunos cantos de *La Divina Comedia*. Hoy, en las clases que forman el público elegante, se suicidan pocos por amor, y las señoritas procuran engordar cuanto pueden, y la que no tiene buenos colores naturales, los compra y se los pinta. La época es muy otra. Hace cincuenta años, la música proporcionaba á nuestro público un deleite parecido al del opio, y hasta la circunstancia de no comprender las palabras del canto en italiano, prestaba al arte más misterioso atractivo. Hoy, el

público se aburre de no comprender el texto en italiano, y además le humilla, aunque no lo diga, su ignorancia. Si á esto se agrega que ahora es más caro que antes el espectáculo de la ópera, la invasión del género por secciones, con la multiplicación de teatros á él dedicados, de baratura tan increíble que en ciudades de primera clase, como Sevilla, hay teatros tan magníficos como el de Cervantes en el que la entrada sólo cuesta *diez céntimos de peseta* (!), y á más la constante y activa propaganda de cierta parte del clero católico contra el teatro, que en provincias alcanza proporciones verdaderamente alarmantes para los que de él vivimos, nos explicaremos el por qué ha disminuído tan sensiblemente, más que la afición, la práctica de la ópera en España, hasta amenazar su extinción completa. Pero esto no puede suceder. Tiene el arte, por su propia naturaleza, sobrada virtualidad para resistir y vencer crisis como la presente y más graves. Lo que ocurrirá, lo que está ocurriendo puede decirse, es que la ópera italiana va por momentos terminando en España su misión y cediendo forzosamente el puesto á la nueva forma que ha de sustituirla, la cual no puede ser otra, siguiendo el ejemplo de las demás naciones de Europa, que la ópera nacional. Esta idea, que un tiempo pudo parecer á muchos quimérica y utópica, va tomando cuerpo y realidad. El teatro Real, baluarte el más fortísimo de la ópera italiana, apréstase á cantar en castellano algunas obras extranjeras y á estrenar otras nacionales en la misma lengua; el de Parish, en el que se cultiva la zarzuela, género que pudo creerse por algunos rival y enemigo del de la ópera por la exclusión en éste de toda parte declamada, le abre también sus puertas, habiendo ya representado con aplauso algunas óperas españolas y otras traducidas, y preparando para la temporada próxima óperas nuevas de jóvenes compositores españoles también. En Barcelona, ciudad que por su particular dialecto siente por la lengua castellana más respeto que entusiasmo, se anuncia asimismo una temporada de ópera española en el teatro de Novedades para el mes de Enero del 99, que puede ser fecunda y trascendental á juzgar por los grandes preparativos que hace la Empresa, y..... todo, en fin, parece demostrar que estamos en la aurora de una brillante etapa musical, que redimiéndonos ante el mundo de los pecados del famoso *género chico*, dé personalidad artística á nuestra patria en la música, como de antiguo la tienen la poesía, la pintura y demás artes afines.

Si los proyectos á que aludo obtienen el éxito que deseo, la ópera nacional puede considerarse establecida; si los resultados no correspondieran todavía á tan legítimas esperanzas, será cuestión de tiempo; pero ella se impondrá, ocupando el lugar, y aun mayor, que hasta aquí ocupó la ópera italiana, como se ha impuesto en las más importantes naciones

européas. Público, Gobiernos y Prensa deben coadyuvar á fin tan meritorio y trascendental, así en el orden artístico como en el económico.

¡Obra de redención será, de las que andamos bien necesitados! Una iniciativa engendra otras, y sólo por medio de altos ideales y procedimientos enérgicos, extendidos á toda la actividad nacional, podremos recobrar ante el mundo la consideración y respeto que hemos perdido por nuestros muchos pecados.

T. BRETÓN.

Madrid, 21 de Septiembre de 1898.

Campillo, Narciso.

Entusiasta admirador de la escuela clásica sevillana, el actual Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto del Cardenal Cisneros es, además de un verdadero erudito, un



poeta de varia, elegante y espléndida inspiración. Su afición á Herrera no es mayor que la que profesa á fray Luis de León por un lado, y por otro á Zorrilla, Espronceda y Arolas, recorriendo — como dice el padre agustino Blanco García (1) — los tramos todos de una escala que comienza en el sensualismo erótico y concluye en la silenciosa y mística contemplación. Sus escritos en prosa brillan por su lenguaje castizo, y pueden servir de modelos de bien decir. Pero la cualidad más sobresaliente de Campillo es la de cuentista. Con rasgos dignos de Boccaccio comunica á sus cuentos la gracia y travesura del ingenio español, y del andaluz en particular. Su desenfado se parece mucho al de su amigo y colaborador D. Juan Valera, aunque en este parecido más entra la coincidencia espontánea que la imitación.

(1) *La literatura española en el siglo XIX*. Madrid, 1891.

Soneto.

¡Oh nación infeliz! ¡Oh pobre España,
Donde obispos levantan batallones,
Y van llevando vela en procesiones
Los militares con paciencia extraña!
¡Donde reina el error, donde el que engaña
Impune triunfa y luce sus millones,
Donde se da tormento en las prisiones,
Y la justicia es vil tela de araña!
¡Donde el torero es Dios, la hipocresía
Un medio de vivir, la fe un delito,
Y el hombre mercader ó mercancía!
¡Oh locura común, rumbo maldito!
Si no lo cambias pronto, España mía,
Perecerás clamando:—¡Estaba escrito!

NARCISO CAMPILLO.

Abril, 1898.

Canals, Salvador.

—La verdad es, estimado amigo, que no sé cómo contestar á la petición que me hace. ¡Que le dé mis apuntes biográficos! Si yo no tengo biografía, ni puede tenerla quien apenas ha vivido.

—Ya sé que es usted muy joven, pero eso no le exime del compromiso.

—Puesto que no hay escape, sepa que tengo treinta y un años; que después de estudiar unas cuantas cosas sin sacar título alguno, me dediqué al periodismo en 1889, entrando á formar parte de la redacción de *La Patria*, periódico de Pando y Valle. Á los tres días de ser meritorio pasé á escribir los artículos de fondo.

—Corto fué el aprendizaje.

—Luego he trabajado mucho en *El Demócrata* y *El Popular*, siendo más tarde corresponsal en París del *Heraldo*. Á mi vuelta á España fundé, con Burell, *El Nuevo Herald*.

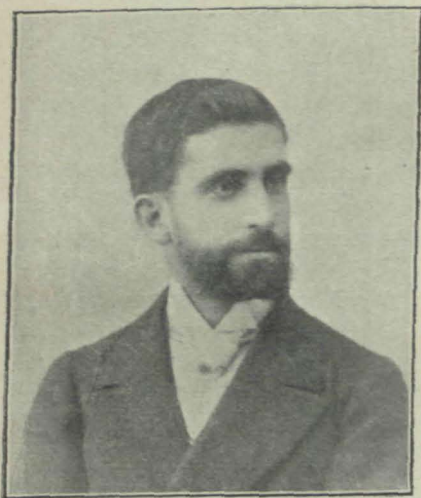
—En cuya redacción nos conocimos.

—Es cierto, y desde entonces data nuestra amistad. Cuando compró Canalejas el *Heraldo*, usted y yo contribuimos á darle nueva vida.

—Sobre todo usted, que con su talento y laboriosidad, y bajo la dirección de nuestro querido amigo Augusto Suárez de Figueroa, contribuyó al lanzamiento definitivo del gran diario.

—Á mi salida del *Heraldo* intenté un periódico nuevo, *El Diario del Teatro*; luego ayudé á dar los primeros pasos al *Nuevo Mundo*, y por último, estoy en *El Nacional* desde hace tres años. He trabajado mucho, y no me quejo. Bien poca cosa, como usted ve, para una biografía.

—Se olvida usted del precioso libro de teatros que publicó en 1896, así como de la *Gramática francesa* que compuso, tan útil y práctica, y de la que apenas quedan ejemplares.



—Es verdad.

—Ahora sólo me resta decir á usted, amigo Canals, que como del periodista no se puede hablar á conciencia sino cuando se ha visto al herrero sobre el yunque, y yo conozco á usted por haber ambos batido el hierro juntos, voy á fotografiarle con las mismas palabras que ha empleado usted no ha mucho definiendo á la clase:

«No está el periodista en el artículo firmado, sino también, y principalmente, en el artículo anónimo, en el asunto elegido, en la interpretación fiel del sentimiento público, en la información bien dirigida, en la traducción acertada del telegrama interesante, en la confección que sugestiona los ojos, en la artística combinación de los recursos de imprenta, en la organización administrativa que da eficacia á la pluma; en una cabeza, en fin, que concibe de una vez todo el periódico, en todas sus partes y en toda su evolución, desde que es idea en germen, hasta diez horas después; cuando es hoja que azota las calles de Madrid y vuela á toda España y á todo el mundo, llevando á unos el halago, el agravio á otros, y á todos la idea que influye y la sensación que embarga para todo el día el espíritu del ignorado lector.»

Ese es usted, amigo Canals, un verdadero periodista.

L.

El Año Teatral.

El año á cuya historia se dedica este libro no es ni puede ser, por el aspecto teatral, más próspero ni más feliz que por otros aspectos. La carencia absoluta de ideales que se revela en la historia de esta abrumadora decadencia había de hacerse notoria en la literatura, y más singularmente en esta literatura dramática, que sólo puede vivir rica y floreciente cuando hay en autores y espectadores ideales comunes, sentimientos colectivos que resplandecen á la luz de las baterías. Ocurre en el teatro lo mismo que en la política. Bueno que en el ardor de la batalla se culpe á tales ó cuales gobernantes, ó á estos ó aquellos organismos, de todas las inclemencias que los dioses y los hombres desencadenan sobre nosotros; pero en una crítica serena y elevada, en la crítica que mañana haga la Historia, ¿será posible negar que no se viene á tan grande ruina sino por vicios y defectos de todos los ciudadanos, de la Nación entera?

Pues algo semejante ocurre con la decadencia teatral, íntimamente ligada á la general de la sociedad española.

Pueden, al fragor de la lucha por la vida, decir los autores que no producen más y mejor porque no tienen actores en que encarnar sus producciones, necesitando cortarlas á la medida de histriones deplorables; y pueden los cómicos, por el contrario, escudar sus deficiencias notorias con las de una producción dramática artificiosa, vana, paupérrima, que no les da ocasión de lucimiento; y puede el público decir que no es él quien se retrae del teatro serio, sino que son las musas quienes de él han desertado; y puede la crítica revolverse contra todos, autores y actores y público, y unos críticos morder á otros, diputándolos cómplices, ya que no agentes principales, de tanto estrago; pero tomándolo desde lo alto, severamente, ¿no es de justicia proclamar que crítica y público, poetas y cómicos, se corresponden y se igualan en una evidente incapacidad para producir y sentir la emoción escénica?

¿En el altar de qué ideal ni de cuál sentimiento pueden comulgar á un tiempo tantas y tan diversas almas?

¿Será en el ideal religioso que en otros tiempos nos llevara á glorias espirituales y suicidas, pero glorias que al fin y al cabo nos dieron las más fastuosas apariencias que ha revestido nuestra historia? No, porque la bancarrota de la fe es una de las más palmarias á que asistimos. Ciertamente que en la superficie parece que presenciemos una restauración religiosa; cierto que la Iglesia prospera entre nosotros, singularmente la encarnada en comunidades omnipotentes; cierto que en los últimos quince años se han construido casi tantos templos y conventos como echó abajo la desamortización; cierto que los Gobiernos más liberales y positivistas son los que con más sumisión conducen las relaciones del Estado con la Iglesia; cierto que los periódicos más liberales son los más timoratos y comedidos en materia religiosa; cierto que ha reaparecido sin alarma de nadie aquel título de «Confesor de S. M.», que en otros tiempos produjera hondo sobresalto; cierto es todo esto; pero certísimo también que nada de ello pasa de una apariencia engañosa. En el fondo de todo sólo hay escepticismo y menosprecio de las cosas de ultratumba; egoísmo refinado que huye de las molestias de la polémica; intereses bastardos que se disimulan bajo hipócrita religiosidad; formas tal vez del hastío inmenso en que nos ahogamos, ó de la neurostenia implacable que nos martiriza; pero nunca la fe viva, razonada, absoluta, sin vacilaciones ni recelos, que encendiera corazones, y refrenara conciencias, y armara brazos para la conquista de la gloria.....

¿Será en el ideal político, en los sentimientos de democracia y libertad, en lo que puedan la sala y la escena encontrar el punto de contacto mis-

terioso de las dos corrientes que aseguran el éxito y la vida de los grandes teatros? ¡Libertad y democracia! ¿Quién no está ya al cabo de la calle respecto de la virginidad á pique de esas señoras? ¿Quién no las ha visto torpemente mancilladas en las antecámaras de los Ministros y en los escaños de las Cortes? ¿Quién no ha oído cantar su deshonra y su ruina al criminal absuelto por un Jurado en cohecho; al contribuyente empobrecido para regalo del poderoso que burla el fisco; á la familia en lutos por el soldado que reemplazó á un rico; al leñador furtivo en cadenas que echó á sus pies el cacique usurpador de montes y bosques enteros; al elector encarcelado por pretender votar donde sólo votan los muertos? Tan bajo ha caído el ideal político, á cuyo ímpetu se conmovieron un día nuestras montañas y se incendiaron nuestros valles, que ya ni siquiera en la sátira podemos tolerarlo.....

¿Será en el sentimiento del honor donde se pueda encontrar esa fuente de inspiraciones fecundas? Y ¿dónde está el honor, muerto á manos de los honores? ¿No removemos á cada paso montañas de lodo para desplomarnos sobre tantos ó cuantos hombres? ¿Cuál de nosotros vuelve la cara al tropezar con los de tal suerte deshonrados?

¿Será el culto de la familia el refugio de la inspiración dramática? Sería menester primero encontrar la familia tal y tan poderosa que á todos se impusiera. Haylas, ciertamente, á salvo de toda murmuración; pero ¿dónde está el padre reverenciado y acatado como señor y dios? Donde el adulterio no ha sentado sus reales ostentadamente ni deslizado la sigilosa amenaza, ¿no se advierte alejamiento más ó menos profundo y grave entre el hombre y la mujer? Lo que en el hogar rico hacen la educación y las diversiones, verifícalo en el hogar laborioso, de una parte, el tráfigo de la vida contemporánea, que absorbe al marido, y de otra parte, la vanidad, que, por inofensiva que sea, late en el alma de la mujer solicitada por una sociedad en que las formas vanas privan, y en que no hay virtud que resplandezca si la cobija un sombrero cursi ó un traje mal cortado.

¿Será siquiera el amor, el sentimiento universal y eterno, lo que puede dar al teatro auras de triunfo? No, porque también el amor ha hecho bancarrota, porque el amor es cálculo ó es grosería. Al Tenorio en perpetuo riesgo por la mujer, ha sucedido el chulo en perpetua explotación de la hembra. Se explota su carne ó se explota su espíritu. Un suicidio por amor es hoy soberanamente ridículo. Ni en Citea ni en Lesbos— al culto de cuya Venus se encienden ya entre nosotros no pocas lámparas—cabe el drama de amor.

¿Será la patria, el sentimiento de patria, lo que pueda alimentar el teatro? No, por desgracia, que también eso ha muerto entre nosotros. Se

han acumulado los desastres; podriase alumbrar ahora con una cerilla la nación que antes no podía iluminar por completo el sol, y nadie siente en medio de tanta sombra angustia ni tristeza. Por esto, si la patria pretende aparecér en la escena en formas serias y angustas, todos nos burlamos de la «patriotería sensiblera». Pase que se tolere un ¡olé por España! entre notas de tango y exhibición de piernas.

Claro es que al lado de esta falta de ideales, que constituye la causa general de la decadencia de nuestro Teatro, se juntan otras causas especiales y dependientes, en realidad, de cómicos y poetas. ¿Qué teatro serio *completo* ha podido frecuentar en estos últimos años el público de Madrid? Alguna vez se ha logrado reunir un cuadro uniforme, pero nada más. Una compañía de la que puedan salir dos ó tres cuadros buenos para representar obras distintas, es cosa que no hemos conocido. Hay tantas compañías como buenos actores. Cada cual quiere vivir y trabajar de propia cuenta. Pare la actriz, ó tiene un divieso el actor, y es preciso cerrar el teatro, ó fiarlo á cómicos de la legua. Si no ocurre ninguna de aquellas calamidades, es lo mismo; porque la *estrella* tiene que lucir cada noche en una obra distinta, resultando que acaba por no lucir en ninguna. No puede un poeta discurrir libremente una obra, sino que necesita ajustarse á la tropa disponible en tal ó cual casa.

Por parte de los autores hay también muy graves faltas. No tienen un plan, una idea fija, una inspiración constante. Desconocen al público, y no tienen seguridad de sí mismos. Acertó Dicenta en *Juan José*; creyó que el éxito era un triunfo de eso que aquí se llama socialismo, y quiso repetir la suerte en *El Señor feudal*. Venció Felú y Codina con *La Dolores*; parecióle un triunfo de la vida de provincia, y sus dramas sucesivos fueron el drama de Murcia y el drama de Granada. Guimerá nos da *María Rosa*, y en seguida una variación de *María Rosa*, *Tierra baja*, y en seguida otra variante en *El Padre Juanico*. Como ésta gustó menos que las anteriores, es posible que Guimerá abandone esa cantera.

Pérez Galdós, á pesar de su gran talento dramático, ¿no lo sacrifica al afán de desarrollar ideas tan sutiles que el público no puede cogerlas ni sentir las? ¿A qué pueden obedecer los fracasos ó el silencio de Sellés, sino á vacilaciones del espíritu, que no ve rumbos por dónde encaminarse? ¿Qué, sino falta de horizontes espirituales, revelan los tanteos de Echegaray en sus últimas obras? El vulgo no ve claro; pero aún aparece todo más turbio é incierto para los grandes cerebros.

Se presiente grandes dramas bajo las apariencias regocijadas de una sociedad sin preocupaciones; se advierte nubes que anuncian tempestades deshechas; se siente palpar en las entrañas sociales grandes problemas de odio; pero nadie se reconoce con bríos para echar la sonda en el abis-

mo, porque nadie tiene seguridad en el propio brazo para recogerla. Como el caminante que canta para espantar el miedo, todos reímos para no asustarnos de la realidad, cuyo estallido se adivina. Más de una vez he señalado esta coincidencia literaria entre nuestro tiempo y los que precedieron á la Revolución francesa. Análoga situación social, igual desorientación intelectual, y el mismo culto enternecido é irreflexivo hacia el pueblo cantado por la literatura.

Y es que los problemas de hoy no son problemas de inteligencias en pugna con ideas encontradas, ni problemas de conciencias disputadas por enemigas tendencias, ni problemas de corazones martirizados por amores en guerra civil, sino simple y groseramente problemas de estómago. Ese tópico de los oradores hueros que empiezan sus discursos «sentando la tesis» de que el espíritu contemporáneo pertenece por completo á los problemas económicos, es una verdad de cada día. El dinero, la necesidad de dinero y la carencia de él, son las grandes preocupaciones contemporáneas, lo mismo en el que ha menester de 10 céntimos para un panecillo, que en el que necesita 10.000 duros para la satisfacción de un antojo fastuoso. Tanto como puede sufrir una chullilla por no tener una falda de percal, sufre una aristócrata pobre por no poder adquirir suntuosa *rivière*.

Pero ¿pueden estos problemas, ni estos sentimientos, producir un teatro, dar un ideal á la escena? Ese es un sentimiento colectivo, una preocupación de todos; pero no es teatral, ó no se ha dado hasta ahora con el Colón descubridor de tan vasto y tan negro continente. Para que esa miseria pueda interesar, es preciso enlazarla á otro drama más levantado. Drama de la miseria es *Juan José*; drama de la codicia, *Tierra baja*; drama de un grave apuro financiero, *Mancha que limpia*; pero no interesan por esto, sino por las deslealtades de amor, por las luchas ó por los crímenes que originan aquellas cuestiones de ochavos.

Y como esto no es lo corriente, el drama económico, por decirlo así, no puede triunfar. No hay lucha de sentimientos más encarnizada, ni intensidad dramática comparable á la de los apuros crematísticos en un hogar mesocrático. Imagínese un marido que regresa á su casa bajo la amenaza de la cesantía ó con la amargura de las humillaciones sufridas para ahuyentarla, y que se encuentra á la mujer en coloquio con amigas que le hablan de las últimas modas ó del último espectáculo, y á los hijos que le piden una bicicleta como la que vieron en paseo. ¿Hay drama comparable al de ese hombre, que se despierta de sus preocupaciones por el dinero, para caer en la evidencia de que necesita buscar más si quiere tener contentos sus grandes cariños? Pues ese drama no interesa en la escena, ó no hay quien á ella sepa llevarlo, como

no tenga el aditamento de que el marido robe ó de que la mujer busque en el adulterio remedio al conflicto; y como esto es la excepción, hay que renunciar al drama palpitante en la mayoría de los hogares españoles; y así como la mayor parte de los que lo padecen acude á olvidarlo en la cháchara insustancial del café ó del círculo, en la frívola y mentida alegría de los paseos, toda la sociedad acude, para descargarse de preocupaciones, á la embriaguez chispeante del teatro por horas.

Se pretende acudir á tiempos pasados, buscando formas nuevas para los dramas viejos, y el resultado es el mismo que obtendría quien pretendiese poner vino viejo en odres nuevos. Sellés y Zeferino Palencia acuden al *Antonio* y *Cleopatra* de Shakspeare, y á la *Madame Sans-Gêne*, de Sardou, y, aparte los méritos ó defectos propios de cada obra, *La Corte de Napoleón* triunfa por lo que en ella hay de género chico, de efectismo vano y de *mise en scène* lujosa, mientras *Cleopatra* se hunde entre las carcajadas de un público hartado para la clásica tragedia. Galdós busca en *Doña Perfecta* y *La Fiera* las emociones de nuestras luchas políticas y religiosas durante el siglo que agoniza, y el público no las siente porque las ha olvidado, á pesar de la huella de sangre y de ruina que dejaron en el país. El mismo Galdós intenta en *Voluntad*, la obra más hondamente pensada de estos tiempos, el estudio de la enfermedad característica de todos nosotros, y nos encogemos de hombros porque no es esa la enfermedad que nos preocupa, ni nos damos cuenta de ella.

Tales son las razones, aparte otras que pudiéramos llamar específicas, del éxito del *género chico* y de su victoria completa sobre el drama y la comedia. El *género chico* distrae y no hace pensar ni sentir más que aquellas plácidas y superficiales emociones que no perturban la serenidad angusta de la digestión material, ni la bendita indolencia del ayuno moral. El arte, además, y aunque parezca mentira, resulta en esas obras más natural y más llano. Autores, cómicos y público coinciden fácilmente, y la inteligencia se efectúa sencillamente. Nada de conceptos inabordable. Todo á flor de tierra y entre gente á nuestra imagen. Por esto los actores están en su terreno, y todo el mundo los comprende. La generalidad de nuestras actrices tienen más de *golfas*—palabra de moda—que de señoritas, y por esto llevan mejor que el tocado de éstas, el trapío de aquéllas.

Y, además, toda esa literatura pequeña se dedica á la pintura y al canto del pueblo. *La Verbena de la Paloma*, *Los Golfos*, *Los Descamisados*, *Las Bravías*, *La Revoltosa*, *El Santo de la Isidra*, etc., son las obras maestras del género. López Silva es el poeta verbo de la actual generación. Ya no hay imitadores de Campoamor, sino de López Silva. La sal ática que agrada á nuestros paladares es la sal negra de algún merendero del

Puente de Vallecas. Señoritas muy perfiladas y remilgadas, aun las educadas por una *miss* que les enseñó á decir *shocking*, recitan entre carcajadas esos versos picarescos. Periódicos de autoridad política entregan columna y media á los regüeldos del «tío Gandumbas», el más filósofo entre los personajes de López Silva, quien, sin pretenderlo seguramente, ha logrado degradar á los de arriba poniendo en su conversación giros y palabras groseros, y enaltecer á los de abajo falsificándoles un sentimentalismo y una delicadeza moral poco conformes á la realidad de las cosas.

Claro es que nadie, en su sano juicio, puede culpar á este genialísimo poeta, que harto hace con haber dado una expresión de ingenio indudable á la frivolidad y á la grosería de nuestro tiempo, víctima inocente de cuantas calamidades le legaron los pasados, porque esta decadencia vergonzosa fruto es fatal é inevitable de aquellas artificiosas glorias que ¡sarcasmo siniestro! aún hoy constituyen nuestro orgullo.

SALVADOR CANALS.

Carvajal y Hue, José de

Huérfano de padre en muy temprana edad, este ilustre malagueño recibió una educación esmeradísima, gracias á la idolatría que le profesaba la que le llevó en su seno. Carvajal comenzó sus estudios en Burdeos, y aprendió más tarde diferentes idiomas, que hoy domina con toda perfección.

Aunque su historia política empieza realmente en 1872, año en que el distrito de Gaucín le eligió Diputado, sus opiniones republicanas datan de su juventud, así como sus relaciones, hijas de la comunidad de ideas con los Sres. Rivero (D. Nicolás), ya difunto, y Castelar (D. Emilio).

Carvajal, como refiere uno de sus biógrafos, no apareció en la vida pública sino al llegar al apogeo de sus facultades intelectuales y al colmo de su experiencia. Desdeñó lo que aquí ha dado en llamarse, con no poco cinismo, la carrera política, y dedicó su claro talento á la dirección de empresas industriales ó financieras.

Su primer triunfo parlamentario va unido al primer discurso que pronunció en las Cortes defendiendo su acta.

Un escritor tan notable como independiente, el afamado novelista Sr. Palacio Valdés, al ocuparse en uno de sus hermosos libros de Carvajal, como orador, afirma que por el vigor de su pensamiento, siempre fino é intencionado, por la solidez de sus conocimientos, y más que por esto,

por la pasmosa corrección y sonoridad con que maneja el habla castellana, debe colocarse entre los oradores de primera línea. La energía de sus convicciones no se revela, como en la mayor parte de los oradores demócratas, por la exaltación y la intransigencia. Manifiéstase, al contrario, por el lógico encadenamiento de sus ideas, y por algunas concesiones hechas á los representantes de la tradición, que no dejan de irritar



al elemento más impetuoso del partido extremo liberal. Carvajal, al obrar así, añade el ya citado novelista, prueba que tiene más seso y más amor á la libertad que los que á cada minuto la ponen á dos dedos del abismo.

Al proclamarse la República en 1873 Carvajal aceptó la subsecretaría de Gobernación, puesto que le ofreció Pi Margall, poseedor de dicha cartera. Cuando Pi se encargó de la Presidencia del Consejo de Ministros, Carvajal obtuvo la cartera de Hacienda, demostrando en el tiempo que la desempeñó que conocía á fondo los asuntos económicos y financieros y que sobre los mismos tenía ideas propias. Uno de los más importantes servicios que prestó en aquel Ministerio, fué el de lograr que no se agravase la triste situación por que atravesaba el Tesoro, é intentando además la nivelación de los presupuestos.

En el Gabinete presidido por D. Emilio Castelar, el que se había acreditado de sabio hacendista pasó á Estado. Surgió entonces el conflicto internacional con los Estados Unidos por haber apresado nuestros marinos el *Virginus*, y cuando todos los Ministros no encontraban salida decorosa, Carvajal, con un tacto y una energía nada común, terminó cuestión tan difícil sin menoscabo de nuestro nombre.

Al caer la República el 3 de Enero de 1874, Carvajal cayó con ella, no aceptando la cartera que el Duque de la Torre le ofrecía con insistencia al formar el nuevo Ministerio.

Triunfante luego la Restauración, Carvajal ha representado durante muchos años el distrito de Gaucín y la circunscripción de Málaga. Como defensor de las ideas republicanas ha sido en el Parlamento un terrible adversario para todos los Gobiernos monárquicos, distinguiéndose en las contiendas, no sólo por las cualidades ya expuestas, sino por el empleo de la sátira, que maneja con rara habilidad.

Separado de su jefe y amigo D. Emilio Castelar desde que éste afirmó su política de benevolencia á la Monarquía, Carvajal ha defendido desde los comienzos de la Restauración la necesidad de la unión republicana.

Hoy vive apartado de la política consagrado á las atenciones de su bufete, uno de los más acreditados de Madrid. Ha sido Presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación y Decano del Colegio de Abogados de Madrid por la mayor votación que se ha conocido en esta Asamblea. También ha presidido el Congreso de los Jurisconsultos españoles. Tiene la representación de importantes casas de comercio nacionales y extranjeras, siendo una lumbrera del foro como antes lo fué del Parlamento. Hombre de erudición vastísima, posee un carácter enérgico en el fondo, aunque suave y delicado en la forma. Más que orador, es pintor y escultor de la palabra.



Al reunir en siete voluminosos tomos sus *Discursos parlamentarios*, Carvajal los ha precedido de una carta dedicatoria á su hijo, en la que se revela al gran pensador, al hombre de erudición vastísima, y al padre amante y cariñoso. Lean nuestros lectores algunos fragmentos de tan maravilloso trabajo:

«Hijo mío: No se publican estos tomos por el pueril desahogo del amor propio, ni por la presunción de que contengan enseñanza, sea artística, sea política; ya al declinar de la vida estas vanidades, si quizás tuvieron realidad, se van apagando como luz en el aire enrarecido de la vejez; pero tú te quedarás por acá, y para ti y para seguir labrando en tu enseñanza, después que yo me haya ido, consiento en que mis ideas y mis palabras, cuanto han contribuido al movimiento de la época, se materialicen por medio de la imprenta.

»No cuento yo la vida desde el tiempo en que nací, ni por los años que van, sino por los que quedan de esta comunidad de amor que nos solaza. En las generaciones son los linajes como los árboles de las selvas vírgenes; cada una primavera produce el ansia del retoño, hasta que llega un día en que se pára el crecimiento; pero ya entonces, cuando el árbol ó el linaje mueren, la simiente, sacudida por el aire y atesorada en el suelo, ha dado de sí nuevos troncos, por donde se perpetúa y aumenta la espesura; pero mientras el árbol subsiste, el vástago de hoy es uno con la rama ó con el tronco añoso, y la savia no se interrumpe de las raíces á la copa. Así la vibración del espíritu sube y baja entre padres é hijos, como el eco que va de un cóncavo á otro cóncavo, siendo uno sólo el sonido; así las generaciones se ensartan, se distinguen y se confunden unas con otras; así también los linajes mueren, y, antes de morir, dejan sembrados en la tierra otros linajes, por donde en las alternativas de la muerte y de la vida, vencedora ésta siempre, crece el bosque y la especie humana se multiplica.

.....
»Los que tenemos fe en la inmortalidad, creemos que el linaje es una refracción en la tierra de aquella que nos espera en los espacios, y que los hijos son la continuación de los padres, en tales términos y con tan estrecha alianza que si el cuerpo perece y el espíritu vuela, así como queda de aquél el parecido, así queda de éste la esencia y el aroma en las series de generaciones. Este es un convencimiento que consuela de la separación, y que en la indiferencia viril de la muerte pone un delicado toque de perpetuidad natural y de fragancia religiosa. No muere del todo quien deja tras de sí estela permanente y quien con sus despojos hace testamento en favor de los que ama; desaparece de la vista, pero sigue viviendo en la conciencia y en el carácter. Yo te he educado para eso y para que acrescieras á tu vez ese caudal, y así le heredes tus hijos.

»Si el hijo no tuviese todo lo del padre, y, en general, no enriqueciera su acervo, fuera falsa la ley de la perfección y del progreso intelectual y moral, y en vez de irse acercando cada día más la humanidad á su fin, permanecería estanca ó volvería á sus orígenes. Yo tendría en la tierra como un anuncio de las celestes satisfacciones, si de la misma manera que hoy se confunden nuestras personas cuando dicen las gentes: «Ese es el hijo de Carvajal», oyera yo decir de mí en adelante: «Ese es el padre de Carvajal». ¡Dichosos aquellos que oyen voces tales y tienen la certidumbre de haber contribuido á la variación de los términos! Ésta es mi manera de entender la paternidad: lo que yo he aprendido lo he aprendido para tí, para que tú y yo, y los que vengan detrás, trabajemos en taller misterioso y callado, con trabajo perseverante, que algún día pueda producir espléndida flor y sabroso fruto.»

Las indicaciones que hace acerca de la experiencia y de la significación que ésta tiene en la vida, son profundísimas y están inspiradas en una gran sabiduría.

«La experiencia es un término científico, resultado del método inductivo de la observación, por donde la suma de casos particulares nos conduce á un concepto general; y de la misma manera que la Filosofía tiene el significado vulgar y práctico en que he hablado antes, así pasa con la experiencia, y se dice que es experto quien ha reunido un cúmulo de observaciones capaz de generalizar su opinión sobre determinados actos. La experiencia así definida no es rigurosamente científica, en cuanto á que éstos no toman, por lo regular, tal carácter, sino que su mayoría conserva el sello de lo afectivo y se refiere al amor, al interés, á las pasiones todas, sirviendo, por consiguiente, la experiencia para considerar las cosas conforme son, y para juzgar de sus consecuencias tal como debieran ser. Opimos frutos recogería quien la logre, si según corren los años no fuera con pausa acumulándose, en vez de venir de golpe; por manera que al llegar á determinarse claramente su influjo en los juicios y en las determinaciones, queda al hombre poco tiempo para aprovecharla, y más entristece por lo desabrido del proceso que regocija por la po-

sesión y ayuda al remedio. Así se desperdician y extinguen sus excelencias; está hecha de hieles, y no hay proporción entre la amargura de la labranza con la cordedad de la cosecha y su disfrute. La suma de la experiencia perdida, siquiera en una generación, si se recobrase, tendría eficacia para variar el mundo.

»El espíritu de observación de los hechos no se excita sino aguijado por ellos mismos, y aun no son bastantes para conseguirlo en las primeras edades de la vida; obra por inevitable repetición, varía en accidentes, que sólo adelante, conforme la percepción se aclara, originan espontáneas clasificaciones. Así como el niño no sabe que ha llorado antes, en cuanto una novedad le distrae, y vuelve á llorar, pasajeras sus impresiones y olvidadas, así de hombre, el primer desengaño se borra ó deja ínfimo sedimento, ligera marca que apenas estimula la sensibilidad, y viene otro y luego otro á avivarla con progresión irritante, hasta que queda grabado el sello de la enseñanza, apretando y apremiando con la fuerza, que se excita al sentir que se allega otro hecho análogo. El primer coágulo suele deshacerse, el segundo tiene más aguante, y al continuo caer de los copos va cuajando la nieve sobre la tierra que los sorbió en un principio.

»Como solamente por la repetición de los hechos se alcanza la experiencia y se corrige la conducta, esto obliga á que sean muchos y análogos en determinadas direcciones; ya interiores, para la belleza y perfección subjetivas, la cual obra de inmenso trabajo se comienza por el aviso de un error ó de una falta, donde le escuece el remindimiento; ya externas, como las del amor, la amistad y el interés, que son con motivo los campos más abonados por donde traza sus líneas la regla inflexible del desencanto.

»Los hechos introducen en el alma especies agradables ó desagradables; de los primeros no se junta caudal, porque siempre aparecen nuevos y no dejan marca que dure más allá del tiempo que tarda en imprimirse otra; cuya sucesión en la juventud aprieta la venda de las ilusiones, que es lo contrario de la experiencia; mientras que pasan casi inadvertidos en la edad madura, de donde viene su propia melancolía, aunque los hechos en sustancia no hayan variado, en razón de que el sujeto carece de los jugos necesarios para que se imprima esta manera del bien. Las sensaciones de la juventud son más agradables que desagradables; en la vejez ocurre lo contrario, y esto no consiste en que el mundo exterior haya cambiado, sino que lo grato y lo ingrato son una relación entre el hecho y el sujeto que se trastorna cuando varía uno de los términos, y con el tiempo la condición del hombre cambia semblantes, sin que yo pueda atestiguar si realmente la impresión es más verdadera en la juventud que en la vejez; pero tengo para mí, quizá porque estoy ya dentro de ésta, que la observación y la experiencia por ella conseguida, aun contribuyendo á acorchar la sensibilidad para lo agradable y á avivar la percepción de lo desagradable, forman un estado de ánimo más acomodado con la verdad, aminoran la violencia de los efectos, y una paz dulce y triste se subroga en los arrebatos y altercaciones de los primeros años.

.....

»Un tratado sobre la experiencia, siquiera no contuviese sino un número de ejemplos relativamente corto, requeriría un pensador que hubiese pasado siempre observando por todas las penas y por todas las alegrías, y hubiese gustado alternativamente las dulzuras y el amargor de la existencia terrestre; tanto que dudo haya quien corriendo estos temporales y navegando placidamente por mares tranquilos, en cuya alternación está la atmósfera propia para tales estudios, tuviera el vagar de coordinarlos.

»Mas si la ciencia está todavía por escribir y no ha encontrado su Bacon ó el arte de la experiencia, con ser, en proporción, tan incompleto, como que cada uno que muere se lleva al sepulcro su caudal, es, sin embargo, abundantísimo en las obras de mera literatura que contienen pocos conceptos sobre las ideas fundamentales y las relaciones primarias de la naturaleza y del alma; pero abarcan en la pintura y en el encuentro de

los afectos como en la narración de los hechos un sinnúmero de soluciones para los casos prácticos, que constituyen perenne y cada día más copiosa corriente de experiencia; sólo que como estos libros retratan además el estado psíquico del individuo, la lección no puede calcarse y aplicarse sin modificaciones. Para entender de estas diferencias y sacar verdadera utilidad de la aplicación, se necesita que el hombre sea ya experto y que no tome al pie de la letra las observaciones ajenas.

»La historia es fuente purísima, una vez metida en su cauce y desprendidos los gases de lo imaginativo y prestigioso.

»Las producciones literarias que no se dirigen más que á la finalidad suprema de crear la belleza por el arte mismo, son inútiles á la experiencia, cuando no son nocivas para adquirirla.

»De la novela, del drama, de la comedia, de la sátira, en atinando á cribar y distinguir, se saca provechoso partido: porque aunque los hechos son inventados, no son falsos de falsedad ingénita, ni falsos los caracteres, ni falsas las pasiones, como el autor sea de aquéllos que merecen leerse, porque juntan la belleza de la forma y de su expresión con la verdad en la transcendencia de su obra, y así es que la opinión ganada por el escritor es la garantía de su autoridad.

»Pocos hombres han sido capaces, con generosa audacia, de poner su vida al descubierto ante la sociedad, como San Agustín, nuestro patrono. Leer sus *Confesiones* y meditar largamente acerca de ellas, es de inapreciable provecho para la experiencia, así como de salud para el alma.

»Aunque en las de Juan Jacobo Rousseau hay mucho que desgranar, y la sinceridad no resplandece tan intensa, su lectura, bien digerida, aventaja para el buen consejo en la formación del criterio propio que ha de dominar á la postre.

»Las Memorias más ó menos íntimas de otros, valen para echar luz sobre puntos oscuros de la historia y aun para la experiencia de la cosa pública, pero algo menos en el orden de las costumbres personales y su corrección, porque más tratan de lo ajeno que de lo propio.

»Si me dieran á escoger obras de experiencia para fortalecer el ánimo y trazar voluntariamente un rumbo, iría á buscar el agua en cuatro manantiales diversos: á las *Confesiones* del Obispo cristiano, á las del filósofo ginebrino, á la *Imitación de Cristo* del asceta, y á las *Sátiras* y *Epístolas* del incomparable Horacio.

.....

»Ya es sazón que enderece estas observaciones á un fin determinado, que es afirmar cómo habiendo de ganarse la experiencia por el propio individuo, pudiera dársela un lugar en la educación para que le lastimase menos esta faena..... El dolor no se extingue, pero se prepara juiciosamente al enfermo para que no sufra en demasia, ablandando la dureza del choque.

.....

»Si la experiencia es, á no dudarlo, un arte necesario y propio de todos los humanos, no acierto que haya motivo de razón para romper con la regla y dejarlos abandonados á sus personales esfuerzos, al punto de que cada individuo le reconstruya desde sus rudimentos; porque siendo verdad que integra no se comunica y traspasa, la educación previa facilitaría su adquisición, aun cuando no fuera más sino porque prevendría la conciencia á la novedad de las impresiones.

.....

»Yo no me he propuesto hablarte de la experiencia para la mejora interior del sér consciente, sino de la que ha de servirte en tu manejo y trato con los demás hombres. Infundirla sin el concurso del desengaño personal lo tendría por sueño irrealizable, en

cuanto á que, si tomase cuerpo, fuera habiéndose fundido la experiencia en el ajuste de la realidad con lo abstracto de lo bueno y de lo malo.

.....
»Es exactísimo el dicho de Saavedra Fajardo en la Empresa 30: «Las experiencias en el daño ajeno son felices; no persuaden tanto como las propias»; si persuadieran al igual, repito que matarian por de contado las ilusiones y quitarían á la vida su mayor encanto.

»El escepticismo suele vulgarmente confundirse con la experiencia; pero eso, hijo mio, no lo quiero para ti, y fervorosamente pido á Dios que aparte de tus labios la copa de acibar. Adquirir la experiencia y seguir, sin embargo, amando la virtud y la belleza, conservando los entusiasmos para todo lo ideal en medio del conocimiento de la realidad de la vida, como un refugio del alma, aquí en la tierra, maltratada y dolorida, es paz del espíritu y guarda en la urna de la materia el purificado perfume de lo eterno. En llegando la hora que se rasguen delante de tus ojos los velos de las ilusiones, aspiro á que el influjo de la experiencia te induzca al desdén de lo malo, cuyo sentimiento ocupe el lugar de la confianza primitiva que ya hayas perdido, y de la indignación que no has debido sentir nunca; porque la ignorancia se trueca á bondad, y la bondad á condescendencia, y ésta va tomando sabor y colores de justificación por el imperio de la naturaleza humana, que llegando hasta la indiferencia y el menosprecio del mal, no ahoga las simpatías que inspira la desgracia por la lesión causada en el bien. Cesa la indignación; todo parece humano, y para corregir el error, la ridiculez y la maldad, no hay más remedio que la práctica del bien por el bien mismo; de tal manera que, cuando se llega en estas condiciones del alma á las cumbres áridas de la experiencia, no se cuida ya uno de la falta de verdor en el suelo, y no se tuerce el camino del lograr; porque más allá está el cielo azul de lo infinito que atrae la mirada y la ascensión; cóbranse alas para recorrer sus ámbitos; es preciso subir, y fuera desmayo y cobardía dar por acabado el camino, por cumplida la finalidad, trocándola al conocimiento de la vida terrestre, cuando, en verdad, aquí sólo se la entrevé, y sin velos no se la contempla sino más allá, desgarradas y desvanecidas las ilusiones que nos han alentado hasta ese día, sin tener dentro los mismos impetus para seguir andando. La experiencia las reemplaza como un báculo que nos ayuda en las últimas horas del viaje; ella va, poco á poco, labrando su acción, y yo no puedo dártela, así, de pronto y en conjunto, que fuera quizás crueldad ó inadvertencia; mas puedo ayudarte á que la adquieras, no con máximas y preceptos, que sonarían á visperas en horas de maitines, sino con los ejemplos vivos de cómo he ido yo alcanzando la que poseo.»



El hacendista, el hombre de Estado y el orador que cuando habla tiene por lengua un buril que va esculpiendo sus frases, es, además, un gran poeta. Su soneto *Cómo quiero morir*, que corre de boca en boca de sus admiradores, y el fragmento *inédito* del poema *EL ENAMORADO DE LA LUNA*, con que á continuación se honran estas páginas, son dos verdaderas joyas de nuestro Parnaso.

L.

Cómo quiero morir.

Quiero morir, tranquila mi conciencia
De no haber hecho daño voluntario,
Con lágrimas bruñendo el relicario
Del alma en el altar de mi creencia.

Labran sufrir y amar mística esencia
Que redime la culpa en el Calvario.
Pequé; mas padecí signo contrario
Y amé á Dios, á mi patria y á la ciencia.

Quiero morir en brazos de mi hijo,
Siendo mi sepultura en el sendero
De la fe y del honor su rumbo fijo;

Quiero morir cristiano y caballero;
Quiero morir besando un crucifijo,
¡Y sé que no es morir esto que quiero!

El Enamorado de la Luna.

I.

En apacible noche de Septiembre,
Del mar de Myrtos por la suave orilla,
Vaga el amante de la triste Luna,
Cual sombra fugitiva del Cocito,

Suelto al aire el cabello perfumado
Con esencia aromática de Oriente,
Desceñida la túnica de grana,
Como doncel que al tálamo se acerca,
Ávido de apretar junto á su pecho
Virgen sumisa á su liviano gusto.
El vaivén cadencioso de la ola
Aduerme por el bosque los ruidos
De su risa espumosa, al revolcarse
En la mansa resaca del playazo,
Con la que viene á festejar las flores,
Requerida también por el anhelo
De la linde lamer con leve lengua.

II.

El beso de la brisa cortejaba,
Celosa con el mar y su murmullo,
De las adelfas el penacho rojo,
Deshojando á su tiento las corolas
Que el agua al retirarse recogía.
Nubes y cielo y mar, todo indistinto
Se mostraba á los ojos del mancebo,
De lo insondable negra semejanza,
La obscuridad desvaneciendo el toque
De lo vario, que vive por imagen,
En la certeza del eterno Uno.
Se penetran los entes y los entes:
El vaho sutil del agua hace la nube
Que en lluvia se convierte por la altura
Y vuelve á los caudales de su origen.
Lábrese abajo ó se deshaga arriba
Todo se junta y nada se disgrega.
Sean los mares alberca de los astros,
Sean los cielos el toldo de los mares,
Pan se baña en los unos, y otros mueve
Al compás de su aliento poderoso.

III.

El silencio y la noche se abrazaron
Con amoroso afán en la espesura,
Y sus caricias vigiló prudente
La soledad, haciendo centinela.
Sin compañía, sin luz y sin sonido,
Un sepulcro la vida semejara,
Si la vida no fuese en el sepulcro
El baldón de la muerte presunciosa.
Tinieblas, soledad, silencio jarcano!
Si en lo obscuro no hay luz, ¿cómo lo veo,
Pardo telón que finge lo infinito,
Cuyos pliegues reparo que se corren
Por invisibles dedos sobre el mundo,
Y en cuyo fondo que se aleja á veces
Y se torna á acercar para aturdirme,
Amagan el fantasma y la quimera
Líneas quebradas y revueltos trazos?
Si las ondas del aire no sacude
La vibración de la materia viva,
¿Cómo escucho los íntimos arpegios
Que del silvano dios siguen el tono,
La cadencia y el número y el ritmo,
Conforme inspira la silvestre flauta?
Si el concepto de solo no se aviene
Más que con la unidad plena y absorta
De su contemplación en el recreo,
¿Cómo le infiere el hombre, puesto al lado
De la vida total que le circunda,
Más la que late con alterno pulso
En lo interior de su vivienda propia,
Nervios que le producen impresiones,
Músculos que los actos subordinan,
Espíritu que siente, alma que aguarda,
Sangre que fluye, corazón que gime,
Del cerebro incesante controversia,
La verdad y el error forcejeando,

Sombra que pasa, claridad que alumbra,
Y, remate de todo, el pensamiento?
Uno es cualquiera; único no hay nada
De cuanto aguda la razón percibe;
La muchedumbre de los seres mira,
Dentro de sí englobados, otros seres
Que conciertan cortejo innumerable,
Y así no se comprende nunca solo
Al hombre que se aparta del tumulto
Y, aspirando á ser Dios, al menos logra,
Sin semejante de su misma esencia,
Solitario vivir y acompañado.
Tinieblas, soledad, silencio, ¡muerte!
Exclama el servidor de los sentidos,
Trocando del espíritu las alas
Con que recorre la extensión del cielo
Y recibe del mundo vasallaje,
A postrer eslabón de la cadena
Que forjan los objetos exteriores,
De su conciencia en el mezquino yunque,
Y le obliga á pisar el propio rastro
Que en el círculo ayer dejó la planta,
Por más que tire con el pie convulso
De las prisiones que su andar limitan.
Miserero esclavo de eficacia ajena,
Su impresión es un eco que repite
De otro distinto sér las energías;
Á lástima piadosa del acaso
Debe el sentir, pensar y conocerse,
Y sin empuje suyo para el vuelo,
Sabe que existe, porque existe aparte
Lo que ve, lo que toca y lo que oye.
Pero el que aplica la tenaz mirada
En contemplarse y contemplar el mundo,
Vigilante sin tregua ni descanso,
Lámpara que reluce á la continua
En la solemne nave del cerebro,
Ese aparta las sombras de la duda,
Como fúlgidas miran las estrellas
Que curiosas inquietan el abismo
Entre desgarros de vapor nubloso,

La rueda acompasada de los orbes;
Ese tiene su antorcha en la pupila;
Ése distingue lo que está más lejos;
Vuelve á ver su memoria lo pasado;
Con la meditación ve lo existente,
Con el presentimiento lo futuro,
Y todo ante su vista reproduce;
Ese obtendrá en hoguera deleitosa
Con la lumbre calor, luz con la llama,
Y arrojará para nutrir el fuego
La leña verde de su propia vida,
Sarmientos de los focos otoñales,
Hálito, sangre, corazón, ideas.
El hombre tiene un sol que no se ponè,
Que le acalora siempre y que le alumbrá
Por donde quiera que sus ojos vagan,
Sol más puro que el sol de los espacios,
Sol sin eclipse, en la conciencia fijo,
Cuyo calor y claridad no huyen
Al desprender la noche su cortina;
Sol para cada cual, sol para uno,
Cuya lengua de fuego le enardece,
A cuyo faro su timón dirige,
Que calienta su hogar dentro del pecho
Y que enciende su luz dentro del alma!
¡Ah! quien escucha el eco de sus pasos
Por la amplitud de cóncavo sonoro
En bóveda sin fin, cripta secreta;
Quien las leyes armónicas descubre
De número, de luz y de sonido;
Quien la verdad, el bien y la hermosura
Obsequia con incienso y con aloe;
Quien por magia convierte á realidades
La breve soñación y sus matices,
Ése lleva en las palmas un psalterio,
Ese jamás va solo en despoblado;
El roce le delicia de las ondas
Que el espíritu mueve por el aire,
Batiéndole sus alas invisibles;
En los vagos rumores del silencio
Oye latir naturaleza activa

Y el corazón universal golpea
Con la sangre del suyo caldeada.
La esclavitud ignora de la ruta;
No existen las tinieblas á sus ojos;
Como de la creación la muchedumbre
Calle y no le corteje, es por respeto.
Solo, insensible al delicado punto
Que en su cántiga suave y misteriosa
El universo pone adormilado,
No está el liberto que pagó rescate,
Manumiso del mal, con la moneda
Fundida en los crisoles de la lucha,
Que tiene por insignia de su cuño
El dolor y el placer en cantiverio
De la paz, coronando la victoria,
Y por leyenda de su limpio bronce
Palabras que repiten las alturas
Y van de un astro con su luz á otro,
Alertas de atalaya en atalaya
Por los lejos del éter insondable,
Eco que cunde, á cuya voz de aviso
La aridez se remoza con las flores,
El duro tronco de verdor se viste,
Con vibración más clara centellea
El hogar de las lámparas celestes,
Y la chispa recóndita del cráneo
Que da luz y calor al pensamiento
Se sale fuera del retiro oculto,
Crece, sube y alumbra otras regiones
Más dilatadas que el profundo caos;
Tinieblas, soledad, silencio ¡vida!

.....
JOSÉ DE CARVAJAL Y HUÉ.

Chapí, Ruperto.

Desde muy pequeño mostró grandes aficiones por la música: tanto, que en 1858, ó sea á los siete años de edad, había terminado sus estudios de solfeo y ocupaba una plaza de primer flautín en la Corporación municipal que, con el nombre de «Música nueva», acababa de fundarse en Villena (Alicante), su ciudad natal.

Á los nueve años empezó á componer piececitas, que se ejecutaban unas en la banda á que pertenecía, y otras en reuniones familiares, y á los diez ya había alcanzado el puesto de director de «Música nueva».



Una de sus más caras ilusiones era la de escribir una obra para el teatro, viéndola al fin realizada en 1867. El hijo del boticario había terminado el libreto de una zarzuela en un acto, titulada *La estrella del bosque*, y *el chiquet de Villena*, nombre por el que era conocido Chapí en los pueblos de los alrededores, fué el encargado de ponerle música. Lleno de entusiasmo el novel compositor, tardó bien poco en hacer la partitura. Pero *La estrella del bosque* nació con tan mala estrella, que aún no ha llegado á estrenarse; lo que no quita para que Chapí, que la profesa gran cariño, la guarde como oro en paño.

Con sólo treinta duros, que en seguida se redujeron á diez, salió de Villena el futuro autor de *La Tempestad*, el 11 de Septiembre de 1867, llegando á Madrid el 12, donde debía continuar sus estudios matriculándose en el Conservatorio en las clases de piano y

armonía. Desde el primer día que asistió á clase hizo amistad con dos muchachos, Domingo Linazasoro é Hilario Galán, que andando el tiempo, y en más de una ocasión, oficiaron de Providencia con Chapí.

Éste desde su llegada á la villa y corte no pensaba más que en el Conservatorio: allí dirigía siempre sus pasos y allí tenía puestas todas sus esperanzas; pero sus escasos recursos iban aminorando, hasta que al fin se agotaron por completo. De su padre, pobre

barbero, que tenía que atender á las necesidades de otras seis personas, era inútil que esperase ninguna ayuda, y sólo á fuerza de privaciones, y gracias á sus buenos amigos Domingo é Hilario, pudo llegar hasta fin de curso.

En situación tan calamitosa le sorprendió una grave enfermedad de su hermano mayor, que también residía en Madrid, en posición nada holgada. Dicha enfermedad le obligó á abandonar la corte precipitadamente para acompañar al enfermo al seno de la familia.

Ya en Villena, dedicóse á estudiar segundo año de armonía; mas el exceso de trabajo y las privaciones y sufrimientos pasados en Madrid quebrantaron su salud hasta el punto de postrarle en cama, gravemente amenazado por una congestión cerebral.

Una vez repuesto, reanudó sus estudios escribiendo otra zarzuela en un acto, titulada *Doble engaño*, del mismo autor que *La estrella del bosque*. Tampoco dicha obra se llegó á representar.

¿Puede darse un hijo de boticario con más mala suerte? Yo creo que no.



En Octubre de 1868 volvió de nuevo á la villa y corte *el chiquet de Villena*. En esta segunda venida logró Chapí colocación segura, con lo cual su vida, si no buena, comparada con la anterior era la misma gloria. Al año siguiente se examinó de segundo y tercer año de armonía, y en el concurso obtuvo el primer premio de dicha asignatura.

Veintiuna primaveras contaba Chapí cuando terminó sus estudios de composición, ganando en reñida lid otro primer premio. Sus obras de concurso, ejecutadas ante numeroso é inteligente público en el teatro de la Zarzuela, obtuvieron un éxito tal, que aquella misma noche el popular Arderius le encargaba la composición de una ópera, *Vasco Núñez de Balboa*, cuya letra debía escribir Marcos Zapata.

Ya por entonces era músico mayor de Artillería nuestro joven maestro, plaza que había ganado también por oposición á fines de Abril del año 1872. La holgazanería de Zapata hizo que Chapí, faltándole el libreto de la ópera, se dedicase á otros trabajos. Entre éstos merece citarse una sinfonía sobre episodios del *Quijote*; pero sus *corcheas* no le satisficieron por completo, y suspendió la sinfonía, no conservando de ella más que un *scherzo* escrito años antes.

Su *Fantasia morisca*, compuesta en 1873, tuvo que dormir seis años el sueño de los justos en uno de los cajones de su mesa de despacho, hasta que el maestro Bretón (D. Tomás), Director de la Sociedad de Profesores, la dió á conocer al público madrileño en el concierto celebrado en el teatro de Apolo el 27 de Abril de 1879. De tan inspirada como notabilísima composición decía un reputado crítico:

«En cuanto á la sinfonía del Sr. Chapí, baste saber que ese trabajo vastísimo, para cuya composición hay en la actualidad muy pocas aptitudes, ha revelado en el joven pensionado de Roma verdaderas condiciones geniales, un talento sólido, una maestría notabilísima, un aplomo que parece reñido con la edad y la experiencia de quien está en los albores de su carrera; dotes, en fin, que son ya, puede decirse, una realidad halagüeña para la Patria, lisonjera para nuestra Escuela Nacional de Música y honrosa para el eminente maestro que ha dirigido con tanto acierto la educación musical del señor Chapí y tan primorosamente ha desarrollado sus gérmenes artísticos.»

El mismo año 73 el joven maestro vió realizado su empeño de escribir y estrenar una obra teatral. Fué ésta *Abel y Cain*, zarzuela en dos actos, letra de Salvador María Granes, estrenada la noche del 14 de Mayo, y que obtuvo un éxito por demás lisonjero.

En 1874 pasó á Roma como pensionado de número de la Academia de Bellas Artes

establecida en aquella capital. Como trabajos de primer año compuso: una *Polaca de concierto*, para orquesta; un *Motete á siete voces*, estilo siglo XVI, y *La hija de Jefté*, ópera en un acto. Mientras viajaba por las principales capitales de Italia compuso como trabajos de segundo año de pensionado: *La muerte de Garcilaso*, ópera en un acto; otro *Motete*, á voces solas, y un poema sinfónico, *Escenas de capa y espada*. Y como últimos trabajos envió la ópera en tres actos *Roger de Flor* y una *Sinfonía* en cuatro tiempos.

Segunda vez volvió á Roma en 1878 como pensionado de mérito de la expresada Academia de Bellas Artes, y luego, en este concepto, pasó á París á estudiar la Exposición universal de aquel año. Entonces compuso el oratorio *Los ángeles*.

Habiendo renunciado á su pensión, regresó á Madrid, dedicándose en cuerpo y alma á la zarzuela.

—¡Ya era hora!—decía Peña y Goñi. Como Diógenes buscaba un hombre á la luz de su linterna legendaria; como Arquímedes pedía un punto de apoyo para remover el mundo; como Goëthe clamaba ansioso *luz, mucha luz*, en el lecho de muerte, con iguales deseos, con solicitud semejante volvíase Chapí á los poetas madrileños en demanda de un libreto que ofreciese ancho campo á su rica fantasía y á su talento, cada vez más elevado.

Tardío, pero seguro, el maestro encontró al poeta, y del choque de esas dos inteligencias afines nació *La Tempestad*. Con esta partitura Chapí consiguió colocar de un golpe á la Zarzuela donde debiera haber estado colocada desde hace muchos años.

El gigantesco paso dado por el joven maestro asombró á todos, hasta el punto de que el crítico antes citado escribía á raíz del estreno del drama lírico de Ramos Carrión y Chapí:

«En el arte de componer, Chapí es mayor de edad. Tiene un objetivo, y dispara sobre él con seguridad y firmeza. Es la realidad más consoladora de nuestra ópera cómica y la esperanza más sólida para la ópera nacional. Joven y lleno de entusiasmo por el arte su nombre es hoy garantía segura de éxito; tiene autoridad é impone respeto.»

Si esto decía hace diez y seis años uno de los críticos más descontentadizos de la época, ¿qué diría hoy si viviera y hubiese asistido á los últimos éxitos de Chapí?

Porque es verdaderamente asombroso tanto el genio musical como la laboriosidad de este compositor. Para probar ambas cualidades, basta este dato: desde Mayo de 1873, que estrenó su primera producción, á Octubre de 1898, en que se escriben estos apuntes, Chapí ha compuesto y estrenado OCHENTA Y DOS obras dramáticas, que suman un total de CIENTO VEINTIDÓS actos; NUEVE de concierto; CINCO religiosas; CUATRO himnos, y SIETE para canto y piano.



He aquí sus declaraciones íntimas, que figuran en el excelente semanario *Blanco y Negro*:

| | |
|---|--|
| Rasgo principal de mi carácter..... | No doy con él. |
| Cualidad que prefiero en el hombre..... | Que sea buen <i>libretista</i> . |
| Cualidad que prefiero en la mujer..... | Que si canta ó toca, lo haga bien. |
| Mi principal defecto..... | ¡Si; en seguidita iba yo á decirlo, aunque lo supiera....! |
| Ocupación que prefiero..... | La de escribir música sin esfuerzo. |
| Mi sueño dorado..... | Llegar á escribirla siempre así. |
| Lo que constituiría mi desgracia..... | Sentirme torpe para eso. |

| | |
|---|---|
| Lo que quisiera ser..... | Un compositor extraordinario..... Pero ¡ay! |
| País en que desearía vivir..... | Vivo aquí muy á gusto. |
| Color que prefiero..... | El de la esperanza. |
| Flor que prefiero..... | Que me digan..... ¡hermoso! |
| Animal que prefiero..... | El que lo sea menos. |
| Mis prosistas favoritos..... | No cabrían en este rengloncito. |
| Mis poetas favoritos..... | Ni éstos tampoco. |
| Mis pintores favoritos..... | Ni tampoco éstos. |
| Mis compositores favoritos..... | Pues ¿y éstos? Á ratos lo son todos..... los que <i>lo son</i> . |
| Mis políticos favoritos..... | No entiendo de eso. |
| Héroes novelescos que más admiro..... | Los que llevan más coscorrónes. |
| Héroes que más admiró en la vida real... | Los héroes por fuerza. |
| Manjares y bebidas que prefiero..... | Los que como cuando tengo apetito, los que bebo cuando tengo sed. |
| Nombres que más me gustan..... | Los de las personas que me quieren. |
| Lo que más detesto..... | La pedantería. |
| Hecho histórico que más admiro..... | El del Alcalde de Móstoles. |
| Reforma que creo más necesaria..... | Como músico, una que no quiero decir por no enfadar á nadie. |
| El dón de la Naturaleza que desearía tener. | El de gentes. |
| Cómo quiero morirme..... | Ya que no hay más remedio, con cierta dignidad..... |
| Estado actual de mi espíritu..... | Algo intranquilo por la falta de buenos cantantes. |
| Faltas que me inspiran más indulgencia.. | Las que cometen los músicos en la primera lectura. |

Y para completar la semblanza del eximio maestro, lean estas anécdotas y episodios de su vida.

No contaba Chapí cinco años de edad cuando ya envidiaba á sus hermanos porque éstos, según él, tenían la *inmensa fortuna* de estudiar música con el maestro de capilla de Villena.

Muchas veces había suplicado que le permitieran aprender el solfeo, pero nunca lo pudo conseguir. Su padre le decía:

—Tú eres muy pequeño. Cuando sepas leer entonces aprenderás música.

Chapí lloraba, y diariamente plantábase ante sus hermanos cuando estaban entregados al estudio, molestándoles con *incesantes preguntas y ruegos*. Por fin, uno de ellos accedió á enseñarle los nombres de las notas y las primeras nociones de entonación.

Una noche, mientras la familia reunida esperaba la cena, el padre se puso á repasar la lección de solfeo á sus hijos. Cuando hubo terminado, Chapí, dirigiéndose al autor de sus días, y con acento suplicante, le dijo:

—Padre, ¿quiere usted que yo cante también mi lección?

Riéronse todos de la salida del rapaz, pero como su hermano asegurase que sabía las primeras lecciones, le subieron con gran acompañamiento de risas y algazara sobre una silla para que alcanzase á la mesa, y todos, esperando pasar un rato de broma, prestaron atención.

Chapí entonó su lección con toda seguridad, y el éxito fué extraordinario.

Pero su padre, inexorable, le hizo esperar á que supiera leer para empezar el solfeo.

En 1889 se publicó el programa de las fiestas que habían de celebrarse en Granada para la coronación de D. José Zorrilla. En este programa figuraba la ejecución de una obra musical inspirada en el poema fantástico del célebre poeta, *Los gnomos de la Alhambra*, primera parte del libro titulado *Gnomos y mujeres*. La obra musical sería premiada con 5.000 pesetas y ejecutada por la Sociedad de Conciertos de Madrid.

Chapí no pensaba concurrir al certamen, pero su profesor, el ilustre Arrieta, le animó á presentarse; resistióse el discípulo, discutió con el maestro, y para no desengañarle completamente, díjole que quizá se decidiera á trabajar; pero lo cierto es que nada estaba más lejos de su ánimo.

Marchó Chapí con Ramos Carrión á Barcelona, sin dar contestación definitiva á don Emilio; mas éste no cejó en su empeño é insistió tenazmente. Viendo que nada conseguía, escribió á Ramos Carrión rogándole influyese hasta reducir al rebelde á la obediencia.

Ramos, más afortunado que Arrieta, logró convencerle.

Corría la primera quincena de Mayo, y el plazo para la admisión de la obra expiraba el 20 del expresado mes. Faltaba tiempo material para componer un poema en tres tiempos, como se exigía; pero trabajó con tanta fe, que al cabo de seis días vió terminada su obra. En componerla y en estudiar el libro de Zorrilla tardó *cinco días*, y para instrumentarla trabajó sin descanso durante *veintiuna* horas, durante las cuales tomó como único alimento un chocolate. Según confesión de Chapí, no tenía aquel día más que espíritu y nervios.

Apenas terminada la obra, entró Ramos en su cuarto; y viendo el estado nervioso en que se encontraba su compañero llevósele al muelle, lo embarcó en una lancha, y así consiguió calmar un poco su excitación.

Cuando al anochecer se acostó Chapí, quitóse los quevedos y apagó la luz. Ramos, al recogerse á la una de la madrugada, vió, con la natural sorpresa, que la vela colocada en la mesa de noche de Chapí estaba ardiendo, casi consumida, y que su amigo dormía profundamente con los quevedos puestos.

Tal era el terrible cansancio del compositor después de aquel tremendo esfuerzo, que al acostarse creyó que había apagado realmente la vela y que se había quitado los lentes.



Chapí, según confesión propia, toca muy mal el piano, y la mayoría de lo que escribe va al teatro según se le ocurre, distribuido sólo el instrumental.

Más de uno le ha oído decir:

—Yo sé el efecto que produce mi música cuando se la oigo á las partes en el piano, y en ocasiones hasta que no baja la partitura á la orquesta no puedo apreciarla.



Iriarte, el gran fabulista, parece que presintió la música de Chapí cuando, en cierta poesía dirigida á una dama, se expresó de este modo:

La música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio,
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido:
Es poesía sin palabras
Y retórica con ritmo.

L.

Sr. D. Eduardo de Lustonó.

Mi querido amigo: En la imposibilidad de mandarle otra cosa menos árida y más artística, pues me falta tiempo para ello, le remito estas *Observaciones* que, como individuo de la Comisión inspectora del teatro Real, he presentado á la misma para que se tengan en cuenta al redactar la comunicación anual que dicha Comisión dirige al Ministro de Fomento.

Si esto le sirve á usted para su objeto, tendré, además del gusto de complacerle, la satisfacción de dejar consignadas en letras de molde algunas ideas, sustentadas por mí desde hace mucho tiempo y que ahora tienen alguna oportunidad.

De usted siempre afectísimo amigo y S. S.,

Q. B. S. M.

RUPERTO CHAPÍ.

Observaciones.

Ó el teatro Real se considera como un edificio que alquila el Estado á un particular para la explotación de la ópera *en italiano*, ó de otro modo, y por medio de un plan prudente y meditado, se plantea el problema de una evolución que suavemente, y en plazo relativamente breve, nos conduzca á la institución de un Teatro Nacional de la Ópera.

En el primer caso, que en realidad es el que se viene practicando, está de más la inspección de toda Junta con carácter artístico, pues al fin y al cabo el empresario paga un alquiler, defiende como puede su negocio, y por su propio interés procurará complacer al público, ó éste, con su censura, le obligará á ello ó á abandonar el negocio. Claro es que el Estado puede imponer las condiciones que estime oportunas; pero no parece lógico que, en los tiempos que corren, el Estado español se preocupe del

perfeccionamiento de un espectáculo de ópera en italiano. Esto es verdaderamente absurdo. Por otra parte, los compositores españoles, por un sentimiento de decoro y de patriotismo, deben negar su concurso á semejante institución, oponiéndose en absoluto á formar parte de tales Comisiones ni Juntas si no han de ir encaminadas á un fin patriótico.

Al contrario. Deben alzar su voz para que el Estado no favorezca un espectáculo extranjero en perjuicio de los nacionales, como se viene haciendo, y como puede deducirse fácilmente por los siguiente datos de algunos teatros de Madrid en relación con el Real :

El alquiler del teatro Eslava cuesta de 30 á 35.000 pesetas por temporada, y 140 diarias en concepto de derechos de autor. El precio de las localidades es el de tres pesetas la butaca, y relativamente las demás. El maximum de entrada por noche es de 2.000 pesetas.

El teatro de Apolo cuesta, poco más, poco menos, unas 75.000 pesetas al año. Paga 180 diarias por derechos de autor, y hace un total de entrada de 3.500 pesetas al precio regulador de tres pesetas la butaca.

El teatro de la Zarzuela cuesta por diversos conceptos más de 100.000 pesetas. Paga 180 por derechos de autor, ó el 10 por 100 de la entrada total en otros casos, y da una entrada de 3.750 pesetas á tres la butaca, y aun bastante menos de entrada y de precio cuando el espectáculo no es por horas, como en la actualidad.

El circo de Parish cuesta 50.000 pesetas por seis meses, paga de propiedad 45 pesetas por acto, ó el 10 por 100 de la entrada, y hace un total de entrada de 3.000 pesetas á 1,50 la butaca.

Los derechos de autor son dobles en todos estos teatros las tres primeras representaciones de toda obra nueva.

Pues bien : el teatro Real, que hace una entrada de 15.000 pesetas á 15 pesetas la butaca, es decir, tres veces más que la Zarzuela, cuatro más que Parish y seis más que Eslava, paga 50.000 pesetas de alquiler, ó sean 50.000 menos que la Zarzuela, lo mismo que Parish, y sólo 15.000 más que Eslava. Además, ó no paga propiedad, ó la paga relativamente insignificante, pues ¿qué representan 20 ó 25.000 pesetas, echando muy por alto, para un teatro que debería pagar con arreglo á lo que pagan todos los teatros de España, ó el 10 por 100, y 20 en las tres primeras de toda obra nueva, ó unas 100.000 pesetas á tanto alzado por sólo 120 representaciones?

De modo que el Real debería pagar, relativamente á la Zarzuela, un alquiler de 400.000 pesetas, y además, si se tratara de favorecer las demás manifestaciones del arte nacional, la importante cifra de lo que no paga por derechos de autor, censo que afecta, en cambio, hasta al más humilde de los teatros españoles.

Alguien objetará que los gastos del Real son mucho mayores que los de Parish, por ejemplo; pero esta observación no es argumento aceptable. Hemos visto que el teatro Real hace una entrada cuatro veces superior á la del teatro de Parish. De modo que, soportando éste un presupuesto de 2.000 pesetas diarias, el teatro Real debería soportar uno cuatro veces superior, que sería de 10.000, lo cual no es posible, ni sería difícil probar que en *conjunto* y en el *total de representaciones* no excederá mucho de 5.000, pues no paga la propiedad que Parish, y el alquiler del local resulta, en proporción, cuatro veces menor. Lo demás está en relación con los precios (1).

De modo que comparado, no con la Zarzuela, en cuyo caso debería pagar el Real 400.000 pesetas de alquiler, sino con Parish, por ser su temporada también de seis meses, debería pagar el Real 200.000 pesetas por alquiler, y 50.000 por lo que deja de pagar de derechos de autor. Hacen un total ambas cantidades de 250.000 pesetas, que nos parece pueden compensar la condición de no funcionar lunes ni viernes.

No reportando ningún beneficio al arte nacional el actual sistema, lo natural sería que, si el Estado no piensa en variarlo, por lo menos equiparase esa especulación á las nacionales, exigiendo el alquiler debido y dejando en completa libertad al especulador, sin otras trabas que las que todo propietario impone generalmente á sus inquilinos. En este caso, el precio debería ser de 350.000 pesetas al año, comparado y en relación con el de la Zarzuela, más las 50.000 que, aun tratándose sólo de 120 representaciones, deja de pagar por derechos de autor que pagan todos los demás teatros de España. De este modo, el Estado se encontraría con una cantidad de 350.000 pesetas, de las cuales podría destinar 50.000 para la conservación del edificio, y las 300.000 restantes para proteger en la forma más conveniente las manifestaciones todas del arte musical y del Teatro lírico nacional español.

Si en estas condiciones el teatro Real no pudiera defenderse, sería prueba evidente de que el espectáculo no podía vivir sin la protección del Estado, y el Estado español no debe hacer por un espectáculo extranjero lo que no hace por ningún español. Si hay un público especial que no puede vivir sin el espectáculo de la ópera en italiano, que se lo pague, y si no puede pagárselo, que prescindamos de él.

(1) No estará de más advertir que las cifras que suelen lanzarse al público respecto á los emolumentos del personal, no son casi nunca verdaderas. Aun en los más humildes se altera la verdad; de alguna de las temporadas anteriores sabemos que un maestro (hoy emancipado de esas músicas) y un infeliz partiquino, que figuraban en nómina con 1.000 pesetas mensuales cada uno, sólo cobraban 300. ¿Qué sucederá con los que figuran cobrar cantidades mucho más importantes?

Ahora bien: si el Estado, cumpliendo la misión que parece serle propia, pusiera sus miras en la prosecución que condujera al segundo de los dos casos propuestos, es decir, á la institución de un Teatro Nacional de la Ópera, no sólo los compositores podríamos, sino que deberíamos prestarle un concurso decidido y entusiasta dentro ó fuera de la Junta inspectora, la cual, naturalmente, habría de estar investida de otras atribuciones y cumplir otros fines que en la actualidad.

El primer inconveniente de la actual desorganización, llamémoslo así, del teatro Real, consiste en la inestabilidad del personal de las compañías, no sólo de una temporada para otra, sino aun dentro de la misma temporada.

Las consecuencias de tal inestabilidad son:

1.^a La imposibilidad de que la Empresa pueda disponer el trabajo con un plan previamente dispuesto, tanto para la reproducción regular de las obras de repertorio, como para el ensayo de las nuevas en la forma ordenada y reposada necesarias para una ejecución conveniente.

2.^a La dificultad de que no sólo las obras nuevas ya estrenadas, sino las de repertorio, después de reproducidas, puedan volverse á representar, no ya en las temporadas siguientes, sino aun dentro de una misma temporada, haciendo de este modo el trabajo atropellado, molesto, perjudicial, y, después de todo, infructuoso. Es el eterno tejer y destejer.

De este modo, las obras más importantes son las que corren más peligro de no verse reproducidas, y las intermitencias en su reproducción, el inconveniente más grave para la progresiva cultura del público, principal misión de todo teatro nacional.

Para que este inconveniente fuera desapareciendo, habría que empezar por reclutar el personal de las compañías con el mayor número posible de artistas españoles.

Al mismo tiempo, y así como se ha impuesto otras veces la condición de establecer una escuela de baile, hacerlo de una escuela práctica de canto y declamación lírica, en donde pudieran perfeccionarse los artistas ya formados en otras escuelas ó enseñanzas, reglamentado sus servicios obligaciones y retribuciones.

Seguramente que de este modo desaparecería en un plazo relativamente corto la necesidad de recurrir á artistas extranjeros, y esto, unido á la reglamentación formal del teatro, aseguraría la estabilidad suficiente del personal y una economía en el presupuesto que viniese á redundar en beneficio del público.

Paralelamente á estos trabajos, deberían iniciarse otros encaminados á la definitiva desaparición del idioma extranjero en nuestro Teatro,

exigiendo que toda obra nueva fuera cantada en castellano, é instaurando en la forma que se creyera conveniente la obligación del estreno de obras de autores españoles, promoviendo y estimulando por todos los medios posibles este movimiento.

Por de pronto, y aun dentro de la marcha actual del teatro, podrían establecerse ciertas obligaciones que en algo remediarían el desconcierto y la imprevisión que hasta ahora han venido imponiéndose.

Para ello debería obligarse á la Empresa á que, un mes despnes de terminada cada temporada, diera el plan de trabajo para la siguiente, haciendo constar las obras de repertorio que pensara reproducir y las nuevas que se propusiese estrenar.

Una vez aprobado el plan por la Junta, ó modificado por ella si lo estimase conveniente, la Empresa debería contratar los artistas necesarios en cantidad y calidad, y con las obligaciones determinadas, para realizar el plan de un modo ordenado, y para que, dentro de la temporada, toda obra ya puesta en escena pudiera reproducirse en todo momento, salvo accidente ajeno á toda previsión.

Hecho esto para una temporada, incluir en el plan para la siguiente lo que llamamos *el trabajo montado* ya en la anterior, y así en las temporadas sucesivas, descontando, como es natural, aquellas obras nuevas sobre las cuales se estimara justo el juicio desfavorable del público.

Aquellos artistas verdaderamente excepcionales que suelen exigir y aun cobrar cuatro, cinco y seis mil francos por representación, y que por las condiciones especiales de sus contratos no es fácil que puedan incluirse en este plan general, ni cooperar á su desarrollo, deberían considerarse como una especulación aparte y excluirse del mismo.

El plan y marcha del trabajo no podría modificarse sin la autorización de la Junta.

No se procedería á la apertura de una temporada sin la previa autorización de la Junta declarando hallarse cumplidas todas las formalidades precisas y dispuestos todos los elementos necesarios para el comienzo y prosecución regular de los espectáculos.

La Junta debería estar facultada para imponer multas y correcciones, y se deberían precisar los casos de rescisión.

Pero siendo ya todo esto cuestión de detalle, no he de extenderme más. Lo esencial de mi humilde pero arraigada opinión, dicho queda.

Según llega á mi noticia en estos momentos, algo se intenta para la próxima temporada, que en lo más trascendental y grave viene á ser lo que queda expuesto. Si es así, ¡que el éxito corone esos propósitos!

RUPERTO CHAPÍ.

12 Septiembre 1898.

Chueca, Federico.

Cada triunfo de Chueca es una oleada de aire fresco y primaveral que entra por todas partes, por puertas y ventanas. Madrid entero es la jaula que este pájaro peregrino, de armonías imprevistas y geniales, llena con su música no aprendida. ¿Por qué canta? ¿Cómo canta? Él mismo no podría explicarlo. Tampoco saben las aves de los bosques por qué, cuando se alegran, no dan paz á sus menudos picos. Un rayo de sol

que ríe, una ráfaga de viento que riza juguetera el plumaje, la sorpresa brindada por el grano de mijo que en el borde del surco quedó olvidado, cualquier cosa sin nombre y sin motivo, pueden hacer cantar á los pájaros del campo.

Como ellos, Chueca, hiriendo con dedos agilísimos las teclas del piano, saca del fondo cavernoso de la informe caja la jota y el tango de *La Gran Vía*, la marcha de *Cádiz*, el vals de las golondrinas y el terceto de las cigarreras de *Madrid á Paris*, el dúo de los tímidos de *El Arca de Noé*, el coro de las lavanderas de *El chaleco blanco*, el dúo de las aguadoras de *Agua, azucarillos y aguardiente*, toda esa música, en fin, sin parecido y sin antecedentes, sin reglas ni filiación posible, nerviosa y juvenil, chispeante como el dorado *Champagne*, que salva con sus inquietas burbujas la prisión del trasparente vaso.



Según los íntimos del maestro, compone siempre Chueca sentado al piano; no escribe, no ordena, no instrumenta; frente al teclado es una especie de pródigo, que va arrojando notas y más notas al aire, como en ciertos pueblos los padrinos pudientes arrojan monedas de á cinco céntimos á la turba de chicos que grita: ¡*Bateo!*

No hay comienzos como los de Chueca, tan extraños al arte musical. No sé si lo he oído de sus propios labios; es posible. El hecho, empero, tiene la misma exactitud de cualquier modo referido.

Á la edad en que el artista siente el primer anuncio de la vocación, el primer deseo de dominar la forma y dar el primer paso para conquistarla, era Chueca un estudiante de Medicina, decidor y ruidoso, alegre y francote, como son siempre los honrados hijos de San Carlos.... Aburrióse un día el estudiante de disecciones y anfiteatro; des-
esperóle la disciplina académica, y cuéntase que, saliendo al medio de la calle de Atocha, tiró los poco usados libros á diestro y siniestro, tan alto y tan lejos como permitió el esfuerzo de su brazo.

.....
Este maestro Chueca, que cobra trimestres que representan una fortuna; este maestro Chueca, á quien libretistas y empresas solicitan de hinojos; este maestro Chueca, que ha hecho sentir y alegrarse á todos los españoles, pasó años de su juventud en obscura, mortal tarea.... Pianista de café, entre el ruido infernal de cucharillas que caen sobre la taza, de vasos que chocan contra las botellas, de voces que disputan, de palmadas que ñaman, tuvo necesidad de dejar que dormitaran entristecidas su juventud y su inspiración.

¡Cómo recuerdan estas caídas y estos trabajos del alma las arpas mudas de Bécquer!

.....
La primera zarzuela de Chueca, *Un maestro de obra prima*, representada en el Buen Retiro en la primera temporada de Felipe Ducazcal, fué desde luego un buen éxito. Después, dirigiendo la orquesta de Variedades y dando obras á éste y á otros teatros, sentó el pie en tierra firme: tuvo dinero y fué popular.

.....
La representación de *La Gran Via* fué para Chueca la victoria definitiva, ¡y qué victoria!

Representaciones en todos los teatros de todos los órdenes y de todas las regiones españolas; TREINTA Y CINCO mil duros de beneficios líquidos para el empresario y para los autores en Madrid, y otro río de oro corriendo por provincias.

¡La fortuna habíase detenido, evidentemente, á las puertas del maestro Chueca!

Puede decirse que desde tal fecha no ha querido moverse.

Y es que Chueca representa en la música lo que el cantar del pueblo en la poesía.



Allá, en lo más alto de la calle de Alcalá, hacia el núm. 114, podéis ver muchas tardes á la puerta de una botica, en regocijada charla con el farmacéutico y el alcalde de barrio, á un hombre de baja estatura, rehecho, fuerte, vestido con la popular cazadora y cubierto con sombrero de anchas alas.

Si atendéis á los adminículos que le rodean, lo tomaréis por un fotógrafo; no hay vecino á quien no enfoque, ni balcón ó grupo callejero que no traslade á la negativa de su *fotografía* ambulante é instantánea. Si escucháis su conversación, salpimentada de modismos y madrileñismos graciosos, adornada de caídas y aun de caireles, direis al punto: «sin duda es un simpático chispero disfrazado»; si os fijáis en el rostro, entre inocente y burlón, de expresión picaresca, pero dulce, y al cual en vano trata de dar aspereza y severidad el poblado y ya ¡ay! blanco mostacho, posible es que digáis: «He aquí el tipo del buen burgués, que no ha luchado jamás, y deja pasar los días satisfecho de vivir y de haber nacido.»

Mas si examinarais los ojos pequeños, vivos, centelleantes, cuyas dos niñas semejan dos puntas de acero enrojecido y que parecen acompañar con ritmo de luz la movilidad expresiva y la natural gracia del rostro, comprenderíais que aquel hombre no es un

burgués, ni un chispero disfrazado, ni un extravagante fotógrafo; aquel hombre es Chueca, el producto de un beso que un cascabel dió á una guitarra.

La cara de Chueca llena de vida, de picardía é inquietud; su cuerpo con abandonos de indumentaria; su lenguaje chusco, zumbón, cortado y al mismo tiempo inofensivo, son el reflejo de su música, cuyas notas, que parecen escapadas de todas partes —del salón de las calles, de los campos,—vibran siempre con un sonido que va derecho al alma.

JULIO BURELL.

Federico Chueca, el más popular de los compositores españoles, nació en Madrid el 5 de Mayo de 1846, en la histórica casa de los Lujanes, cuya torre sirvió de prisión al rey Francisco I de Francia. Desde muy niño reveló decidida vocación por la música, y á los ocho años ingresó en el Conservatorio, donde estudió solfeo bajo la dirección de don Juan Castellanos, piano con D. José Miró y armonía con D. Antonio Aguado. Cursó después el bachillerato, pero su afición á la música le llevó á organizar, durante las vacaciones, una orquesta, formada por jóvenes de buen humor, entre los que se contaba el inolvidable Felipe Ducazal. Dicha orquesta daba conciertos gratuitos al aire libre muchas tardes de verano á los paseantes por los alrededores de Madrid.

Es cierto, como asegura Burell en su primorosa semblanza, que los padres de Chueca tenían gran empeño en que cursara la Medicina; pero más que de asistir á cátedra gustaba Federico de concurrir al café de la Sartén, establecido en la calle de Atocha, frente á San Carlos, y allí, casi á diario, improvisaba al piano alegres composiciones que hacían las delicias del auditorio.

La primera composición que dió al público fué una tanda de vales titulada *Lamentos de un preso*, que ejecutó la Sociedad de Conciertos, bajo la dirección del maestro Barbieri, en los Campos Eliseos. El éxito brillante que la tanda obtuvo, decidió á Chueca á abandonar el estudio de la Medicina, consagrándose desde aquel día por completo á la Música.

Antes que *Un maestro de obra prima*, zarzuela citada por Burell, compuso los juguetes *El sobrino del difunto* y *Tres ruinas artísticas*. Barbieri, que llamaba á Chueca *su hijo*, colaboró con él en la partitura de *¡Hoy sale, hoy!*

Todos los críticos están conformes en que Chueca posee una organización melódica de primer orden y es un músico lleno de travesura y gracia. Cada obra que escribe es una sangría de oro que da á la inagotable mina de su inspiración.

Con objeto de apremiarle para que, como me había prometido, hiciese algo para EL LIBRO DEL AÑO, estuve el otro día en su casa. Acababa de salir, según me dijeron. Quise saludar á su señora y pasé á la sala: sobre el atril del piano había un magnífico retrato de Chueca con una dedicatoria en verso.

¡Versos de Chueca!

Y escritos el mismo día, porque la tinta estaba fresca y la fecha que llevaba al pie así lo confirmaba.

Leerlos dos veces y retenerlos en la memoria, todo fué uno.

Y á falta de música ahí va lo último que ha producido el genio poético de Chueca, tan espontáneo y tan alegre como su genio musical.

L.

A Don Jesús Monasterio.

Si juegas tan bien al mus
Como tocas el violín,
Me río yo de Merlín,
Incomparable Jesús.

Eres clásico, genial,
Eres todo corazón,
Y eres por tu inspiración
Una *gloria nacional*.

Y aunque de Ceca á la Meca
Por el mundo haya de ir,
Al mundo sabré decir
Que eres un genio.

F. CHUECA.

Echegaray, José.

Aunque haya de ofender la modestia, connatural á mi patrocinado y amigo, tengo que decirlo sin mayores preámbulos y prescindiendo de todo circunloquio: Echegaray es lo que llamamos, á usanza contemporánea y en habla familiar, un verdadero genio. Y lo es, no solamente por lo mucho que descuella en las letras, donde nuestra compañía, verdadero Senado, legisla; por lo mucho que descuella en otros dominios del espíritu,

como las ciencias físico-matemáticas, como las ciencias exactas, como las ciencias políticas, como las ciencias económicas, como las aplicaciones del cálculo al trabajo material en obras públicas é industriales, trabajo, cuyo poder tiraniza la materia, descomponiéndola y recomponiéndola con sus mazos que la majan, y con sus cilindros que la extienden y laminan, hasta constituir la, rehecha y transformada luego por operaciones varias, en una especie de organismo viviente, á quien animan la electricidad y el vapor, los cuales de suyo se acercan, en lo tenues y en lo etéreos, al vivificante lumínar, que es el alma, y al supremo activo motor, que es el pensamiento, robádoles la palabra; por todo lo cual enseñóse nuestro colega de los abismos y de los cielos; emplea el telescopio, que columbra los soles invisibles á los ojos en lo infinitamente grande; con el microscopio, que atisba los átomos invisibles á los ojos en lo infinitamente pequeño;

pone sobre un teorema positivo algebraico, demandado á la Razón pura, un drama demandado á la pasión y al estro, de nudo tan difícil y de complicación tan ingeniosa y de argumento tan complicado como cualquier obra del antiguo teatro con sus rebotadas señoras y con sus espadachines galanes; pronuncia una oración de tribuno en las Asambleas populares, una grande arenga de polémica en el difícilísimo Parlamento, una conferencia de sabio en la cátedra, después de haber escrito la comedia que os ha regocijado



en risas continuas y la tragedia que os ha conmovido haciéndoos deshacer en lágrimas, ambas á dos llenas de diálogos ingeniosos y de copiosas cadencias, en que suben las escalas de ideas y de frases desde los dicharachos de la taberna y del mercado hasta los picos del raciocinio y desde los resuellos feroces y los juramentos execratorios del combate hasta las efusiones y los deliquios espirituales del éxtasis. Decidme dónde hallaréis un hombre, así por América y Europa, que trace ante sus discípulos el binomio newtoniano en la pizarra, y luego componga el himno de Arminio en las selvas; que baje al pozo de las minas dirigiendo perforaciones y excavas en busca del aire subterráneo, y suba luego al empiro de la metafísica taladrando con agujeros de luz el eterno misterio; que componga un drama, en el cual representen á maravilla sus respectivos papeles todos cuantos prototipos le sugiere su pensador cerebro, animados por el fuego que le prestan las emociones con los afectos de su corazón enardecido, y luego discurra sobre los cambios, la concurrencia, el Tesoro, con la frialdad y la maestría de un economista sajón; que combine y componga *La Esposa del Vengador*, valiéndose á su albedrío y antojo de la misma pluma y de la misma tinta con las cuales ha escrito los decretos estableciendo el Banco único nacional; que presida pesada Comisión de mercantiles tratados ó desempeño con grandísima competencia un Ministerio tan prosaico y atormentador como el Ministerio de Hacienda, y luego monte al carro de que tiran las horas y en torno de cuyas ruedas bailan las musas, despidiendo, poco después de los cálculos y los números alineados en papelotes de covachuelistas, desde su áurea cítara, compuesta con cuerdas de luminosos rayos, cual un Dios Apolo descendido del Parnaso, las más dulces y más concertadas armonías, en unas metamorfosis, como nunca Ovidio las soñara, y con un cambio de formas y de aspectos y de fines, que lo proclaman el más vario y más múltiple y más universal y más misterioso y más indescifrable de cuantos genios é ingenios constan en los ricos anales de nuestras gloriosas historias.

Para no dejar ningún lado de alma y naturaleza tan extraordinaria en la obscuridad, precisaría representar á Echegaray sabio matemático, gran orador popular y gran orador parlamentario, economista consumado, Ministro acertadísimo, poeta de primer orden. ¿Cómo trazar este poema cíclico, semejante á los frescos vaticanos en extensión, dentro de una humilde acuarela?.....

EMILIO CASTELAR.

En oración tan grandilocuente sintetizó el primero de nuestros oradores las singulares y contradictorias dotes de D. José Echegaray, cuando hace cinco años abrió sus puertas la Academia Española al poseedor de una de las organizaciones intelectuales más extraordinarias de la época.

Después de lo dicho por el eminente tribuno, sólo otra personalidad ilustre puede completar la semblanza de Echegaray: el propio D. José.

Y á él recurrimos.

Son fragmentos de su vida que, bajo el título de *Recuerdos*, está escribiendo el insigne autor de *Locura ó Santidad*, á excitación de su amigo el Sr. Lázaro, director de la notable revista *La España Moderna*.

Evocando recuerdos antiguos, el primero con que tropiezo entre todos los de mi existencia, se refiere al teatro. ¿A qué teatro? No lo sé. Pero era un teatro de Madrid, por-

que en Madrid nací y en él estuve hasta los tres años. ¿A qué función, comedia ó drama se enlaza esta lejana memoria? Tampoco lo sé.

Imagínese una noche negra, muy negra: toda igual, toda oscura. Y de repente, un punto de luz. Y después la misma sombra de antes.

En las tinieblas de lo inconsciente apareció un instante una estrellita, que luego se apagó. Es que la conciencia brotaba por vez primera; y, como fatigada del esfuerzo, se extinguía luego por mucho tiempo; no sé cuánto. Yo me ví, que apenas tendría tres años, como he dicho, en los brazos de una mujer; delante de mí, á poca distancia, una barandilla; más lejos un escenario; y, por el fondo del escenario, cruzaba una actriz vestida de negro.

Me desprendí de los brazos de la niñera—porque supongo que lo sería la que en los suyos me llevaba;—pugué por acercarme á la barandilla, y miré á la figura vestida de negro que atravesaba el foro.

Y nada más. Cesó la sensación, ó al menos perdió la fuerza necesaria para quedar grabada en forma de recuerdo.

¡Quién sabe si de aquella primera impresión han podido nacer mis aficiones al teatro! Pero la impresión debió ser enérgica, porque muchos años han pasado, que yo no quiero contar porque nadie me los cuente, y aun hoy mismo veo, con asombrosa claridad, *la barandilla, el escenario y la mujer alta y esbelta, y vestida de negro, que cruza por el fondo.*

Está en mi naturaleza y no puedo dominarme: me gusta que los dramas acaben tristemente.

Sin embargo, ni soy sanguinario ni soy cruel por naturaleza. Quizá peco por el extremo opuesto. El tono dramático de mis obras no responde á mi manera de ser y sentir; más bien representa una verdadera *acción complementaria*, y en esto falla el juicio crítico que Max Nordau hace de ciertos literatos. Supone que determinados escritores naturalistas son de instintos libidinosos, que otros escritores son de instintos sanguinarios; pero que, no teniendo energía ó acometividad unos y otros para practicar el vicio ó para consumir el crimen, buscan en la novela y en el drama algo así como un desahogo ó derivativo á sus torpes ó viciosos instintos.

Falsa, completamente falsa es la pretendida ley del célebre crítico.

Yo, por ejemplo, soy en el teatro más sanguinario que nadie, y en la vida real soy el más pacífico de los hombres.

Cierto día, yendo unos compañeros de caza, empeñáronse en que había de acompañarles, y cuando ya estuvimos en el campo, para ver qué tal era mi puntería diéronme una escopeta y me hicieron disparar sobre un pajarillo que en la copa de un árbol no lejano saltaba de una á otra rama alegremente. Disparé, y el pobre animalito cayó hecho pedazos. Muerto del todo estaba, con los ojitos cerrados, doblada la cabeza y ensangrentada la pluma.

¡Qué pena y qué remordimiento sentí! Pocos momentos antes, revoloteaba el pobre animal lleno de vida sobre la copa del árbol; ningún daño me había hecho; ninguna utilidad podía prestarme su muerte; disparé contra él la escopeta como hubiera podido disparar sobre un blanco: sólo para probar la puntería.

Y el infeliz pajarillo estaba ya en tierra como un pequeño andrajo, sin alegrías ni revoloteos, con las plumitas finas del pecho pegadas á cuajarones de sangre.

Juré no cazar más, y he cumplido hasta hoy lealmente mi palabra. Aquel pájaro es para mí siempre la sombra de un crimen.

Pequeños dramas los compuse toda mi vida, casi desde los primeros años de mi infancia. Quiero decir, que siempre tuve una tendencia irresistible á combinar sucesos imaginarios, con cierto plan más ó menos cándido, y hasta con cierta finalidad dramática.

Recuerdo que desde que tuve uso de razón, siempre que un suceso cualquiera excitaba con cierta viveza mi sistema nervioso, sobre aquel suceso forjaba yo una fábula, infantil y disparatada por de contado, pero que no por serlo despertaba menos mi interés: como que en ella era yo el principal personaje.

.....

Nunca forjé dramas vengativos contra el que me hizo algún mal sin intención, y hé aquí la prueba:

Asistía yo desde las ocho á las diez de la noche á una academia de dibujo sumamente concurrida: quizá acudían á ella ciento cincuenta ó doscientos chicos. Al acercarse la hora de la salida, venía la criada á buscarme, y abriendo la puerta del salón, decía en voz alta: «Echegaray.» Recogía yo mis trebejos, guardaba mi tablero y me marchaba. Pero los chicos, que estaban ya impacientes y buscando en todo motivo de broma, dieron en repetir mi apellido tan luego como la criada lo pronunciaba en la puerta de la clase, y al decir ella «Echegaray», corría como un reguero de pólvora por todas las mesas «¡Echegaray, Echegaray; Chegaray, Chegaray!» Y como si mi nombre fuera perdiendo letras en el camino, gritaban otros, «Garay, Garay», y en lo último de la sala resonaban, á manera de lamentos de dolor, «¡Ay, Ay, Ay!»

Con la repetición se fué perfeccionando esta especie de coro ó eco prolongado, y concluyó por hacerse ó cantarse con una regularidad perfecta y con un estrépito de risas y tableros verdaderamente infernal.

Llegó un día en que el profesor, D. Santiago, que así se llamaba, se incomodó de veras, y emprendiéndola con la primera fila de mesas que encontró, recorrióla toda de punta á punta propinando á cada chico un pescozón formidable.

En aquella fila de mesas estaba yo, y como no nos veía la cara, cuando me llegó mi turno en aquel reparto general, sufrí mi pescozón correspondiente.

Al volver yo la cabeza me conoció, y conoció su error, y diciéndome con dulzura: «¡Pobrecillo!, no sabía que eras tú»; siguió adelante con su faena.

Pues bien; en este caso, á pesar de que el golpe había sido más que mediano y que la cabeza me estuvo doliendo un rato, ni sentí enojo contra el profesor de dibujo, ni forjé ningún drama de los que acostumbraba á forjar por mucho menos.

Un vestido verde oscuro fué la desesperación de mi infancia.

Era muy ancho, tenía muchos pliegues y adornos, y los calzones estaban cosidos á la chaquetilla; quiero decir, que calzones y chaqueta formaban una sola pieza. Pues bien; jamás he sufrido mayores tormentos que los que sufrí al meterme en aquel saco ó en aquella armadura infantil; jamás he visto invención más diabólica. Él sería elegante, hasta lujoso y de moda por de contado; pero aquella unidad brutal y artificiosamente

obtenida entre los calzones y el cuerpo amargaron mi existencia mientras el infernal traje no quedó vencido, y roto, y deshecho, y desechado.

Todavía tengo presente el último día que me lo puse y el momento en que me lo quité para siempre: ésta fué mi más gloriosa emancipación y una de mis mayores alegrías.

Si mal no recuerdo, coincidió el memorable suceso con la caída de los moderados y de María Cristina y con el triunfo de los progresistas y la regencia de Espartero.

Yo creo que esto ha debido influir mucho en mis ideas políticas. *El traje verde de una pieza*, aquel traje en que no sabía qué meter antes, si los brazos, en cuyo caso ya no podía meter las piernas, ó si éstas, con lo cual era difícilísimo introducir los brazos por sus mangas correspondientes; aquel traje en que tiránicamente se unían y sujetaban los organismos más opuestos; aquel traje, que al ponérmelo me tiraba de un lado y me tiraba de otro, y me obligaba á doblarme y á retorcerme, buscando con mil sudores los enchufes de las extremidades; aquel malaventurado traje verde oscuro, con los ahuecadores de los brazos y los pliegues del pecho, y el número infinito de sus corchetes y su apretado cinturón, fué siempre para mí el símbolo de todas las tiranías, siempre se enlazó en mi imaginación al gobierno de los partidos reaccionarios, como su destrucción definitiva vino á unirse en las regiones de mi conciencia infantil al triunfo de Espartero en España, del Marqués de Camacho en Murcia y de mi propia persona en mi casa; momento de sublime independencia, en que yo pisoteaba el vencido *traje verde de una pieza*, como el esclavo pisotea sus cadenas. ¡Por eso he amado tanto la libertad!

Hay quien funda su memoria en las *palabras escritas*; hay quien la apoya en *los sonidos*; yo la afito en *las imágenes*.

Cuando me acuerdo de algo, ó es porque lo veo en forma de cuadro, ó, mejor dicho, de bulto, si se trata de algo material, ó es porque lo veo en sus líneas totales ó simbólicas.

Yo, *individualista* sempiterno, tengo la memoria esencialmente *socialista*: jamás se me borran las figuras, las decoraciones, los argumentos, la relación múltiple, ni la multiplicidad formando un todo. Olvido, en cambio, con facilidad suma el accidente; lo que está aislado; el individuo, en una palabra; es decir, el hecho sencillo. Para que yo no olvide los hechos es preciso que los vea dentro de una ley ó de un gran escenario á manera de final de drama.

Yo no recuerdo ni cuántos años tengo, lo cual prueba que voy siendo prudente, ni qué día nací; ni recuerdo el nombre de casi ninguno de los personajes de mis obras. Pero, en cambio, recuerdo los argumentos de la mayor parte de los dramas que he visto y de los centenares y casi me atrevería á decir del millar de novelas que he leído.

Porque mi afición al teatro iba acompañada, y aun hoy mismo lo va, de desenfundadas aficiones por la lectura de novelas buenas ó malas, pesadas ó ligeras, que por entonces poco me importaba lo que fuesen. Lo mismo leía *Persiles y Segismunda*, que las *Visiones del Castillo de los Pirineos*; el *Quijote de la Mancha*, que *Numa Pompilio*, de Florián.

Sólo que yo convertía las novelas, por un procedimiento algo extraño, en dramas representables y de gran espectáculo, enlazando de esta suerte mis amores dramáticos con mis novelescos amores.

Es el caso que entonces dominaba en Murcia, como en otras muchas regiones de Es-

pañá, la fiebre por las minas, y no había casa en que no se viesen muestras y ejemplares de la riqueza minera, ya de la provincia, ya de las provincias limítrofes.

En mi casa, como en todas, había multitud de estas muestras, y de estos pedazos de mineral hacía yo los personajes principales para mis novelas convertidas en dramas. El resto del personal, comparsas y ejércitos, los representaba yo por pajaritas de papel de diferentes tamaños y colores.

De esta suerte y por este artificio, mi novela predilecta, que era el *Numa Pompilio*, la convertía en el más interesante drama de cuantos he visto representar después.

Un pedazo de galena representaba á Rómulo, y sus oscuros y metálicos reflejos simbolizaban, á mi entender, la obscura y brufida armadura del rey de Roma.

Un mineral de cobre representaba asimismo al propio Numa Pompilio, con armadura de oro, porque yo á todos los personajes les daba su respectiva armadura, como si se tratara de los siglos de hierro de la Edad Media.

Hersilia, que me parece que éste era el nombre de una hija del Rey, estaba simbolizada por un grupo de cristales de roca; y el macizo y formidable Leonte por un enorme trozo de cinabrio.

Claro es que entonces no conocía yo estos nombres de galena, cobre y cinabrio; pero tales como los veo hoy, porque hoy los veo, éstos debían ser los trozos de mineral por mi fantasía transformados en personajes dramáticos.

Siempre que había que dar alguna batalla, ponía frente á frente los dos ejércitos de pajaritas, con sus respectivos reyes y capitanes, representados por otros tantos pedruscos, á modo de héroes homéricos; y fabricándome un arco de caña, tendido por un bramante, y unas cuantas flecha del mismo material, que de cañaverales están rodeadas las acequias de la huerta, disparaba con perfecta regularidad y equidad escrupulosísima sobre una y otra hueste. Los soldados caían todos; los jefes permanecían valerosos sobre el campo de batalla y rodeados de cadáveres; pero al llegar á este punto, les hacía yo choear con mis propias manos y con encarnizamiento tal, que pedazos enteros de la metálica armadura saltaban hechos polvo al empuje de la heroica embestida.

Por aquéllos años nos reunimos varios chicos para representar una comedia, la única que he representado en mi vida: y, rubor me causa confesar la índole de aquella obra desdichadísima en que yo quise probar mis facultades y talentos de actor.

Los que hoy me conozcan imaginarán que la tal obra fué del género romántico puro, con sus cuchilladas, venenos y muertes; y esto hubiera sido lo digno y á esto me inclinaba yo. Pero eran mis compañeros de naturaleza más prosaica, y por sufragio universal se me impuso una piececita andaluza, que fué, si mal no recuerdo, *La feria de Mairena*, ó, por lo menos, algo de este género; porque allá andaban jitanos que venden jacos; mozas juncales que se enamoran, y mozos crúos que se enamoran también de las mozas juncales. Pues bien; yo representé, para eterna humillación mía y eterno remordimiento, un gitano que vendía un jaco. Otro compañero, llamado Fresneda, que después fué cura, representaba el papel de Foragatas: es decir el enamorado. ¡Bien supo el futuro seminarista repartir los papeles!

Yo, á mi paso por la vida, me he encontrado con bastantes animales domésticos y con muchísimas personas más ó menos domesticadas. De muchas de éstas no me acuer-

do: de la plancha fotográfica de mis memorias sus imágenes se borraron para siempre; pero de aquéllos no me he olvidado nunca: puedo irlos enumerando uno por uno. Los veo; recuerdo sus nombres, y casi me atrevería á decir que recuerdo sus fisonomías: porque, digan lo que quieran los vanidosos y los secos de corazón, un perro, un gato, un caballo, un macho, hasta un pájaro, todo sér tiene en el mundo su fisonomía, y á veces muy expresiva.

Yo recuerdo el primer perro que tuvimos en Murcia; aquel perro, uno de mis primeros cariños y uno de mis primeros dolores.

Era un hermoso perro de aguas, blanco, gallardo, fuerte, feroz con todo el mundo menos con nosotros; se llamaba Adonis.

Era preciso tenerle en casa, y atado casi siempre, porque, como se fuese solo á la calle, había de dar algún disgusto á los que pasaban.

En el portal estaba casi de continuo sujeto con una cadena, y en los días de Navidad y en los días de San José, en que entraban en casa, casi me atraveré á decir que centenares de regalos, demostraba con su conducta su buen talento y el cariño que nos profesaba.

Sentado gravemente sobre su cuarto trasero, luciendo su noble hocico cuidadosamente trasquilado, y las blancas y espléndidas madejas de su pelambre, veía entrar grandes platos de dulce, que llaman *platos montados*, con dos y tres pisos de tostados arcos de caramelo, anchas bandejas con docenas y docenas de colosales merengues rellenos y de cónicos pechos de monja; ya grandes cestos de fruta; ya palomas, perdices, pavos y gallinas; algún cochinillo que otro, y á veces objetos de más valor, aunque no tan gustosos: pues bien, Adonis veía entrar por el portón y subir por la escalera aquella regalada procesión sin dar la menor señal de enojo, sin un ladrido, sin un tirón de la cadena, sin un gruñido siquiera.

Pero ¡ah! cuando mujeres, hombres y chicos bajaban llevándose cestos y bandejas, entonces su cólera estallaba, sacudía ferozmente la cadena y lanzaba lamentos aterradores que ponían en precipitada fuga á la pobre gente.

.....
¡Pobre Adonis! ¡Su fin fué trágico! Le sacaron un día á la calle, pasó un perro corriendo, y al pasar le mordió; le mordió cruelmente. El perro estaba rabioso.

Á los pocos días notó mi padre que Adonis presentaba síntomas alarmantes. No cabía duda: el pobre animal rabiaría muy pronto. Entonces se celebró consejo de familia; tristísimo, cruel, doloroso. Era caso de conciencia, y se le condenó á muerte casi por unanimidad de votos. Por unanimidad, porque no contaron con el mío, que yo no le hubiera sentenciado.

Bernardo se encargó de llevarle fuera de puertas y de dispararle un balazo.

La despedida fué trágica. Bernardo tiraba de la cadena: el animal, que siempre salía gozoso á la calle, aquella vez se resistía á salir; se echaba en tierra; á todos nos miraba y á todos nos quería lamer. Yo, hecho un mar de lágrimas, pugnaba por abrazar al pobre Adonis; pero mi madre, que lloraba también, me contuvo diciendo: «No, hijo, no; que te va á morder»; y mi padre, frunciendo el entrecejo y fingiendo mal humor, porque estaba muy conmovido, repetía volviendo la espalda para no ver al infeliz animal: «Pero llévatelo, Bernardo, llévatelo»; y Bernardo, con la escopeta en una mano y tirando de mala gana de la cadena, contestaba: «¡Pero si no quiere, señor; si no quiere venir!»

Al fin se lo llevó.

Yo vi salir por el portal á mi querido Adonis: después no volvió nunca. Volvió Bernardo sólo, diciendo á modo de consuelo: «No ha sufrido nada; se tumbó panza arriba

él mismo, y yo le acerté en el corazón. Pero era preciso, señor, era preciso; ya le colgaba la baba».

Luego dicen que yo en mis dramas escribo escenas terribles. Ninguna más terrible ni más dolorosa que aquélla. Por mis dramas nunca he llorado: por Adonis lloré mucho.

Cien y cien veces, miles de veces, mejor dicho, he asistido yo al que fué teatro del Príncipe y hoy es teatro Español. Todas las localidades las he recorrido: galerías, anfiteatros, una galería baja que hubo en otro tiempo, ocupando el sitio que ocupan los palcos de platea; butacas, balconcillo, que ya no existe; palcos bajos y principales, en fin, el teatro en toda su extensión, pliegues y repliegues; y, sin embargo, me acuerdo, con recuerdo vivísimo, como si ahora mismo lo estuviese viendo, que la noche del estreno de *El hombre de Estado* ocupaba yo un asiento en la galería de la derecha.

.....Exceptuando los envidiosos, que no faltaron ni en la Prensa ni fuera de ella, todos reconocieron en este primer ensayo que Ayala era un poeta de grandes vuelos y de anchuras calderonianas; pero negáronle la mayor parte que pudiera ser autor dramático: juicio, como se ve acertadísimo, tratándose del autor de *El Tanto por ciento*, *El Tejado de vidrio* y de *Consuelo*.

Yo, sin embargo, en mi pequeño círculo estudiantil sostenía que Ayala tenía masa de autor dramático; y es que yo he tenido siempre muy buena sangre para los demás; en cambio, cuánta sangre, inficionada de bacterias, circula por las gentes y por los mundos.

Dejadla, que ella se pudrirá á sí misma.

También asistí al primer triunfo ruidoso de Tamayo con el estreno de *Ángela*, que se verificó, si mal no recuerdo, en el teatro de Variedades.

Lo que sí recuerdo bien es que ocupaba yo un asiento de galería baja, bastante lejos del escenario y á la izquierda del espectador: dato interesante.

Hermosa noche y gran entusiasmo, al cual contribuí en la medida de mi voz y del esfuerzo de mis manos, ó si se quiere, de las palmas de dichas manos, que batí con delirio.

No bastaron los gritos, ni los bravos, sino que muchos sombreros fueron á parar á la escena.

Yo dudé, sin embargo, si arrojaría ó no mi propio sombrero, que, por más señas, era de copa; porque para las personas decentes, y aun para los jóvenes de mi edad, no había llegado la era del sombrero hongo.

Yo llevé sombrero de copa desde los quince años, dato importantísimo para la historia, y que no he podido pasar en silencio, á pesar de mi acostumbrada modestia.

Pues bien; largo rato estuve pasando el sombrero de una mano á otra y discutiendo conmigo mismo si debería ó no arrojarlo al escenario.

Al fin no lo arrojé.

En primer lugar, porque, como he dicho antes, estaba bastante lejos del proscenio y no tenía seguridad de que el proyectil llegase á su destino, es decir, á los pies ó á la cabeza de los actores. Y además, ¿por qué no confesarlo lealmente, aunque la confesión me ruborice y me haga desmerecer un tanto en la opinión de mis lectores? Además, digo,

el sombrero era nuevo, y calculaba yo que se me iba á estropear si, cediendo al impulso de la pasión, le hacía describir por los aires la clásica parábola para que fuese á caer, como mensajero de triunfo, en aquel sublime y para mí maravilloso tablado de la escena.

En fin, que me quedé con el sombrero, eso sí, sobre las piernas, á fin de que, libres las manos, dieran ruidosa muestra de mi juvenil entusiasmo.

Acto de interesado egoísmo, si el egoísmo pudo ser jamás desinteresado, es este que acabo de mencionar y de que aun hoy mismo me avergüenzo. Pero así es el mundo, así es la raza de Adán.

Llámesse usted Tamayo, escriba usted un hermoso drama, busque usted intérpretes como Teodora y Arjona, enloquezca usted á un público entero, enloquezca usted más que á nadie á un joven delirante por el teatro, y al llegar el instante supremo, ese joven no arrojará su sombrero á la escena, porque pensará con el juicio, la prudencia y la frialdad de los cincuenta años, que el sombrero es nuevo y puede estropearse. Un sombrero de copa, más ó menos lustroso, sirviendo de freno á un entusiasmo dramático, ¡he aquí el símbolo más acabado, si no el más artístico, de la miseria humana!

¡Escribir versos! Nunca, ni por casualidad lo intenté.... Los versos me admiraban; los leía con deleite; sabía de memoria tiradas enteras de Zorrilla, Espronceda, Hartzenbusch, García Gutiérrez y aun muchos otros del teatro antiguo; pero jamás soñé con escribirlos por mi cuenta.

Decirme que escribiera versos, era como decirme que cogiese una estrella del cielo levantando las manos hacia el espacio.

Y, ¡quién sabe si escribir buenos versos no será también coger con las manos estrellas del cielo!



Hasta aquí ha llevado la palabra el Sr. Echegaray, genio creador, original y prodigioso que engrandece cuanto toca, que nunca se mueve en la esfera de lo vulgar, y que en todo imprime el sello de su personalidad acentuada, llena de relieve y de fuerza.

Ahora sólo resta referir cómo fué autor dramático.

En París, donde se hallaba desempeñando una ardua comisión financiera que le había encomendado el Poder Ejecutivo de la República, concibió la idea de *El Libro Talonario*, comedia en un acto, que terminó al regresar á Madrid. Entrególa á Matilde Díez, que actuaba en el teatro de Apolo, suponiendo que era la primera producción de un amigo suyo.

Alguien sospechó que *El Libro Talonario* era del Sr. Echegaray, Ministro de Hacienda á la sazón, y la noticia circuló por la villa y corte, causando tanta mayor sorpresa cuanto que, hasta entonces, el ingeniero, el hacendista, no había dejado conocer por manera alguna sus aficiones literarias.

Además, concurrió en el caso otra circunstancia: un Ministro, compañero y amigo del autor, opinó que era una imprudencia aquel ensayo dramático.

—Sí le silban á usted—le dijo,—silban á todo el Gobierno.

—Pues en ese caso, como yo no he de renunciar á mi pretensión en el teatro, presentaré la dimisión de Ministro.

La noche del 18 de Febrero de 1874 se estrenó *El Libro Talonario*; aclamado por los concurrentes el autor, adelantóse Vico al proscenio y dijo que era un *D. Jorge Hayesecca*, que residía en el Extranjero. Nadie lo creyó, y como este nombre es el anagrama de José Echegaray, de nada le sirvió querer guardar el incógnito.

El 14 de Noviembre del mismo año se representaba por primera vez en el teatro Español su drama *La Esposa del Vengador*, y al finalizar el estreno, el público saludó, poseído de entusiasmo, la aparición de un nuevo príncipe de la escena.

Desde aquella noche, el Sr. Echegaray dejó de ser político para convertirse definitivamente en autor dramático.

Pocos ejemplos se habrán dado de amor á las letras tan grande y hermoso como éste.

El ex ministro renunció á los halagos de una posición importante para consagrarse por entero á la literatura dramática.

Y es que la inteligencia del Sr. Echegaray, como afirmaba el malogrado Revilla, no se ha fundido en el vulgar hornillo en que se funde la del común de los mortales, sino en aquel en que se elaboran los genios excepcionales que, aun en sus errores, son gloria y orgullo de la humanidad.

L.

Pen^samientos.

La muerte será siempre el momento más sublime de la vida, con su grandeza sombría, con sus misterios profundos, con sus inmensos problemas, con sus desesperadas esperanzas.

En pleno día, con cielo despejado, vemos claramente cuanto nos rodea; los objetos tienen sus contornos, su forma y su color; por hermosos que sean, son lo que son, y no son más.

En cambio, mirando por el agujero negro de la sepultura, no se ve nada, pero se puede suponer todo; es un abismo infinito de tinieblas, pero el alma humana protesta con trágica desesperación, diciendo: «¿Por qué ha de haber un abismo sin fondo, de negruras, y no ha de haber por encima un abismo infinito de luz? ¿Qué privilegio tiene lo negro sobre lo luminoso, para que lo negro no tenga barreras, sino que allá se extienda sin término por el espacio y por el tiempo, y tenga barreras mezquinas y brutales todo lo que brilla, todo lo que piensa, todo lo que ama?»

¡Qué pocas veces la felicidad tranquila y reposada, el desenlace feliz, la boda alegre, me parecen notas artísticas!

Lo sublime del arte está en el llanto, en el dolor y en la muerte. Porque la felicidad tiene límites, se mezcla con lo prosaico, se codea con lo vulgar. En una palabra, la felicidad es algo finito y bien determinado en sus contornos; la tristeza, las lágrimas y el dolor suponen una felicidad perdida, tan grande, tan sublime como se quiera.

Una felicidad cualquiera es la felicidad determinada y finita, como decía antes; el dolor por la felicidad perdida ó no realizada puede representar una felicidad infinita.

En la felicidad encarnada en un sér, los contornos se marcan sin vacilación alguna, es lo que es, la ilusión es imposible; por el contrario, en las grandes tristezas y en los grandes dolores, la ilusión imposible tiene lejanías y horizontes que no acaban nunca.

* *

El teatro es eminentemente plástico; hay que dar forma visible y artística á las ideas, á los sentimientos, á las luchas interiores del alma y de la conciencia.

Que un personaje exprese en un monólogo las encontradas corrientes que chocan contra su voluntad, y acaso el público no comprenda aquel conflicto tremendo, si lo es, que en la esfera interna del personaje de la obra se desarrolla. Pero que la lucha se materialice y se haga visible con arte é inteligencia, y el público la comprenderá y la aplaudirá entusiasmado.

* *

Creo, y Dios me perdone si me equivoco, que burlar la ley es el placer supremo de todo el que lleva sangre española. Será acaso que el hecho de burlar *una fuerza superior á la nuestra* encierra en sí elementos estéticos, como los hay en el torero cuando gallardamente esquiva la embestida del toro, y será que los españoles tenemos tan arraigado en nuestra naturaleza el sentimiento artístico, que cuando no podemos mostrarlo de otro modo, lo mostramos dando quiebros á la feroz embestida de la ley.

* *

Aunque me esté mal el decirlo, y aunque muchos no lo crean, soy el hombre más respetuoso con toda autoridad y el más atento á toda disciplina.

Yo el demócrata, yo el individualista intransigente, yo, no diré coau-

tor, pero en mi modesta esfera cómplice al menos de la revolución de Septiembre; yo, para quien el derecho individual más amplio es condición ineludible de vida y de progreso; yo soy, sin embargo, uno de los seres más subordinados de la creación.

No hay hombre que respete *el principio de autoridad* más de lo que yo lo respeto. Como buen demócrata, me gusta limitarlo; pero el que queda, me inspira un respeto casi religioso.

*
* *

Suelen acusarme los críticos de exagerado y artificioso; suelen tachar mis combinaciones dramáticas de poco verosímiles, y no saben mis respetables censores que la mayor parte de esas combinaciones que critican *han sido tomadas*, al menos en su esencia, de la realidad.

Yo he vivido bastante, he visto mucho, y ha almacenado mi memoria, numerosos incidentes y pormenores de que luego me he servido cuando ha llegado, á mi entender, la ocasión oportuna.

*
* *

Á cierta edad se vuelve la vista con cariño á los años que pasaron, y cuanto más lejanos están con más cariño se les mira, y más poéticos aparecen allá á lo lejos, entre las brumas de un horizonte que fué el horizonte rosado de la mañana, y sobre el cual han de caer — borrándolo para siempre — los crespones de una noche eterna.

*
* *

Nada más pequeño, en verdad, que *un punto*; y, no obstante, determinando el astrónomo varios puntos, determina también la curva que describe un astro y las que describen muchos, y los movimientos de todo un sistema solar y las leyes sublimes del mundo de los espacios. Y de esta suerte se ha pasado de lo más pequeño, que es el punto, á lo más sublime, que es la ley de la gravitación.

Pues en los métodos modernos de la Sociología, con muchos documentos humanos, relativos á muchos hombres, se pueden ir trazando las íntimas y misteriosas trayectorias que en una generación han seguido las costumbres, las ideas, los sentimientos, los ocultos impulsos de toda una raza ó de toda una época.

Más dice á veces una insignificancia espontánea é íntima, que una manifestación aparatosa y artificial; un latido del corazón, si pudiera observarse, valdría más que todo un discurso adornado con las brillantes y falsas galas de la retórica.

·JOSÉ ECHEGARAY.

Echegaray, Miguel.

La venida al mundo, en 1848, de este celebrado autor cómico, dió motivo á su hermano D. José, que hallábase en Almería, para escribir á sus padres dos ó tres romances referentes al inesperado nacimiento de Miguel en Quintanar de la Orden.

Fueron los primero ciento cincuenta ó doscientos versos que como ensayo escribió el famoso ingeniero, quien hasta entonces ni por casualidad había intentado evocar á las Musas, estando como estaba en la persuasión de que escribir buenos versos era lo mismo que *coger con las manos estrellitas del cielo*.

Hacían los padres de Echegaray un viaje de Madrid á Murcia, y habiendo acometido á la madre los dolores del alumbramiento, tuvieron que detenerse en Quintanar, donde vió la luz Miguel, como ya hemos dicho.

Gran precocidad demostró éste, pues á los diez y seis años había ya escrito una comedia titulada *Cara y Cruz*, que se estrenó en el teatro del Circo, y de la cual hizo la prensa grandes elogios, augurando á su autor un porvenir muy lisonjero. No por esto Miguel se envaneció, como sucede á tantos principiantes, y buena prueba de ello fué que entre su primera obra y la segunda transcurrieron diez años, que consagró á estudios más serios.

En 1869 terminó con gran lucimiento las carreras de Derecho y Filosofía y Letras.

Durante tres años ejerció la abogacía, y en la Academia de Jurisprudencia su espíritu batallador le hizo defender las ideas más radicales en elocuentes discursos, midiendo sus armas con Silvela (Francisco), Nocedal (Ramón) y Villaverde (Raimundo.)

Cuando su hermano desempeñó las carteras de Fomento y de Hacienda, Miguel le sirvió de secretario particular, siendo nombrado luego Jefe de Administración, y, en 1873, elegido Diputado á Cortes.



Triunfante la Restauración, Miguel, que no sentía gran cariño por la carrera del foro, y á quien sus ideas políticas le obligaban á retirarse por entonces de la vida pública, volvió de nuevo al teatro, donde le esperaban envidiables triunfos.

La Alhambra, la Comedia, Lara, Apolo y la Zarzuela le abrieron de par en par sus puertas, y en el transcurso de veintidós años, ó sea de 1876 á 1898, se consagró única y exclusivamente al teatro, habiendo estrenado ochenta obras, la mayor parte en tres y dos actos, de ellas seis zarzuelas.

De ingenio agudísimo y de una vis cómica inagotable, Miguel Echegaray se distingue, además, por su gran conocimiento de los recursos dramáticos y acabada pintura de caracteres. Sus mayores éxitos los obtuvo en las comedias *Servir para algo*, *Cuarse de un nido*, *En plena luna de miel*, *Los demonios en el cuerpo*, *Inocencia*, *El Octavo no mentir*, *Contra viento y marea*, *El Enemigo*, *Vivir en grande*, *Echar la llave*, *Los Hugonotes*, *Sin familia*, y en las zarzuelas *El dúo de la Africana* y *Gigantes y cabezudos*.

Aficiones: las tiene grandes á los ejercicios corporales, como la gimnasia y la esgrima. En cuanto á los viajes, viajó mucho de soltero. Hoy, con cinco hijos á cuestas, afirma que no puede dar un paso.

Idiomas: posee el francés, el inglés, el alemán, el italiano y, sobre todo, el hebreo.

Ha practicado todos los *sports*, sobresaliendo en la esgrima.

Particularidades: no fuma.

Combina sus escenas en la calle, en el paseo, andando siempre, y cuando ha terminado dos ó tres, que retiene en la memoria, vuelve á casa y las escribe.

Una anécdota de su vida:

Hace años, al visitar la sinagoga de Ginebra, el judío que se la enseñaba le dijo:

—¡Cosa singular! Treinta años hace que estoy aquí, y todavía no ha entrado por esa puerta un viajero que conozca mi idioma.

Miguel entonces, sonriendo, le pidió un libro en hebreo, leyó una ó dos páginas y el judío se quedó asombrado.

—¿De dónde es usted?—le preguntó.

—Español—le contestó Miguel;—en España lo sabemos todo. España es el pueblo más ilustrado del mundo.

Esto sería una gran verdad si todos los españoles se llamasen Echegaray.

L.

¡Pobres niños!

La calle obscura,
La noche fría,
Triste, lluviosa,
Negra y sombría;
Cogiendo el ala
De mi sombrero,
Sufro las iras
Del aguacero.
Viento furioso,
Que me destapa,
Quiere llevarse
Lejos mi capa.
Me pára el aire,
Voy despacito,
Y aunque abrigado,
Casi tiritito.
De pronto, un niño
Corre á mi lado,
Y una limosna
Pide angustiado;
Su voz me hiere,
Lanzo un suspiro,
Detengo el paso,
Le hablo, y le miro.
Sus ojos grandes
Y transparentes,
Rubio el cabello,
Blancos los dientes.
Sería hermoso,
Bello ha nacido,
Si fuera el pobre

Limpio y vestido.
Lleva una blusa
Muy destrozada,
Y en la cabeza
No lleva nada.
Los pies desnudos
Y hechos jirones,
Y á media pierna,
Los pantalones.
La lluvia juega
Con su cabello;
En gruesas gotas
Baja á su cuello,
Cruza su cuerpo,
Que está temblando,
Y en los arroyos
Cae goteando.
Á tales horas,
Y con tal frío,
¿Quién á la calle
Te lanza impío?
Será tu madre,
La que ahí sentada
Te espera, y riñe
Si no dan nada.
¡Ah, no es tu madre!
Si madre fuera,
Tú la esperarás
Y ella pidiera.
Tú la esperases
En la guardilla,
Sobre una estera,
Sobre una silla.
En ti pensando,
Por ti sufriendo,
Madrid corriera
Sola pidiendo.
Y si un pedazo
De pan cogiera,
Si era uno solo,
Para ti fuera.

Al ver que el frío
Llega á tus huesos,
Calor te diera
Con muchos besos.
Y entre sus brazos,
Por tu fortuna,
Encontrarías
Caliente cuna.
Contemplo al niño
Con ira y miedo;
Le digo: Toma;
Doy lo que puedo.
Á ver si al cabo,
Ya satisfecha,
Aquella infame
Que allí te acecha,
Y con tus penas
Saca provecho,
Quiere llevarte
Bajo algún techo.
Sigo adelante,
Triste, sin calma,
Pienso en mis hijos,
Pártese mi alma.
¡Vivir hambrientos,
Temprano al hoyo!
¡Ay, pobres niños
Los del arroyo!

MIGUEL ECHEGARAY.

Escosura, Julio de la.

Existen familias en las que parecen estar vinculadas las más privilegiadas dotes de la inteligencia: una de estas familias es la de Escosura, á la que pertenece nuestro biografiado.

Nieto del eximio escritor y académico de la Española, al par que gran matemático y profundo humanista D. Jerónimo, é hijo del ilustre y sabio ingeniero de Minas D. Luis, Julio de la Escosura ha heredado de sus progenitores el entendimiento clarísimo y el amor á la ciencia y al trabajo.

Aun no cumplidos los diez y siete años entró de *Ensayador tercero interino* de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre, y su afición á los estudios químicos y su laboriosidad probada durante los veintisiete años de servicios que, día por día, lleva prestados en dicha dependencia, le han elevado al puesto de *Ensayador Mayor* que hoy desempeña.

Cuanto á diario visitan el grandioso edificio que contemplamos en la Castellana, edificio que se debe á la poderosa é inteligente iniciativa de su padre cuando ejercía el cargo de Superintendente de la Casa de la Moneda, salen encantados del laboratorio donde se verifican, con paciencia y escrupulosidad suma, los ensayos de los metales, no sabiendo qué alabar más, si los pesos y balanzas, de los mejores sistemas conocidos, que allí se emplean, ó la sencillez y claridad con que expone el mecanismo de todo el ensayador.

Hombre de mundo, Julio de la Escosura tuvo una época en que rindió culto, como todos, al placer y la alegría, no habiendo fiesta pública ó privada á la que no asistiese, ni círculo de recreo en que su nombre dejase de figurar.

Y ¡caso raro! No una, sino muchas veces, le hemos visto retirarse ya de mañana,



bien de un baile, bien del Veloz ó de la Farmacia (1), muerto de cansancio; y en lugar de ir á su casa y de meterse en la cama, como hacian los demás, darse un baño, y, terminado éste, marchar á la Casa de la Moneda á proseguir sus ensayos metalúrgicos.

Para Julio de la Escosura era punto de honra no faltar ni un día á su obligación, y jamás faltó á ella.

Hijo idólatra, hace quince años que vive consagrado exclusivamente á cuidar á su padre y á cumplir con sus deberes de funcionario público.

Carácter desconocedor del egoísmo, la experiencia adquirida durante los cinco lustros y pico que lleva de Ensayador, lejos de reservársela, quiere que participen de ella sus compañeros, para lo cual está dando la última mano á un *Manual del Ensayador*, el primero que se escribe y publica en castellano.

Á tan instructiva obra pertenece el trabajo cuyas primicias ofrecemos á los lectores de EL LIBRO DEL AÑO.

L.

Licuación.

Se llama *licuación* á la propiedad que tienen algunos metales, como el cobre y la plata fundidos juntos, de no alearse con homogeneidad en la barra, riel, tejo, culata, etc., que resulta de su fundición.

Este fenómeno, que se acentúa más en las fundiciones en que entran metales como antimonio, bismuto, estaño, etc., se verifica solamente en el momento de enfriarse los metales fundidos, sin que haya hasta ahora una razón científica que pueda explicarle.

Monsieur Levol hizo varios estudios sobre la separación del cobre y la plata en el momento de solidificarse la aleación, dando por resultado sus

(1) Sociedad muy en boga hace veinte años.

experiencias diversidad de leyes, de las que copiamos algunas en el cuadro siguiente:

| Ley de la aleación. | Ley del centro. | Ley de la periferia. | DIFERENCIA. |
|---------------------|-----------------|----------------------|-------------|
| 631,92 | 619 | 634 | 15 |
| 672,90 | 671,80 | 673,75 | 1,95 |
| 773,15 | 783,18 | 770,15 | 15,03 |
| 873 | 881,78 | 872,50 | 9,28 |
| 901 | 907,31 | 898,43 | 8,88 |
| 947 | 950 | 946,50 | 3,50 |

De estas experiencias pueden deducirse las conclusiones siguientes:

1.^a *Que las aleaciones de baja ley tienen menos ley en la parte central que en las exteriores.*

2.^a *Que las aleaciones de ley superior tienen más ley en el centro que en las partes exteriores.*

3.^a *Que en la aleación á 718,32 milésimas de plata fina no se verifica la licuación, pues la diferencia que se ha encontrado en varios ensayos verificados con esta aleación ha sido de media milésima próximamente.*

Esta aleación homogénea representa el límite entre el aumento y disminución de ley del centro á los bordes.

Algunos creen que este fenómeno es debido á la absorción de calórico de la rielera (molde de hierro) donde se vierte la aleación fundida que solidifica la parte de metal que está en contacto con el hierro, antes que la central, que queda fluída por algún tiempo y es donde se aglomera la plata á lo largo de la barra (riel), y que acusa por esto más ley en la línea central que en los bordes.

Según lo indicado, cuando se vierta una aleación fundida de plata y cobre en una lingotera (molde abierto), el metal fino, la plata, debe separarse hacia la parte abierta; no es así: la plata se aglomera en el centro, como antes, y la ley de la periferia en la parte abierta es próximamente la misma que la del fondo, que está en contacto con el hierro de la lingotera, y la ley superior se reúne en el centro interior de la barra en aleaciones de 800 milésimas en adelante.

En aleaciones de plata y cobre inferiores á 700 milésimas el fenómeno se verifica al contrario; el cobre queda en la línea longitudinal del centro de la barra, y la plata se separa hacia los bordes.

En las aleaciones de oro y cobre, cuando está bien fundida y mezclada en el crisol, no se verifica la licuación. Lo mismo sucede en las aleaciones de oro y plata; de lo que resulta que la licuación se verifica solamente (tratándose de estos tres metales) en las aleaciones de plata y cobre.

¿Cuál de estos dos metales es el que tiende á separarse del otro?

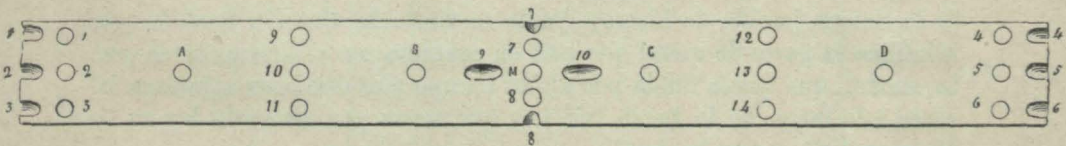
En leyes ricas en plata, el cobre que entra en menos cantidad es el que se separa, puesto que la plata queda en el centro. En cambio, en leyes inferiores, en las que el cobre abunda, éste se reúne en el centro y la plata se separa hacia los bordes.

Así resulta en la práctica; sin embargo, en los ensayos por copelación de oro y cobre, que es una fundición en pequeña escala, para separar el cobre del oro es precisa mucha más cantidad de plomo que para separar el cobre de la plata, lo cual prueba que la afinidad del oro por el cobre es bastante mayor que la de la plata por dicho metal, y explica la homogeneidad de las aleaciones de oro y cobre.

La explicación que damos sería exacta, respecto á la plata, si nos encontrásemos con que siempre fueran heterogéneas las aleaciones de plata y cobre, como sucede comúnmente; pero cuando la plata entra en la proporción de 718,32 por 1.000 en la aleación con cobre, la ley resulta homogénea, como hemos dicho anteriormente.

Se han obtenido, en varios ensayos verificados en el laboratorio de mi cargo, en un riel de plata de

54 centímetros de longitud,
4 » de ancho
y 1 » de espesor,



procedente de fundición para moneda de cinco pesetas, cuya ley al justo es la de 900 milésimas, los resultados siguientes:

| | | | | |
|------------|---------------------|-----------|-------------|---------------------------|
| | Núm. | 1..... | Ley 0,897,8 | borde de la barra. |
| PERIFERIA. | { Izquierda..... | » 2..... | » 0,903,1 | id. id. |
| | | » 3..... | » 0,896,9 | id. id. |
| | | » 4..... | » 0,896,9 | id. id. |
| | { Derecha..... | » 5..... | » 0,897,8 | id. id. |
| | | » 6..... | » 0,896,9 | id. id. |
| | | » 7..... | » 0,896,9 | id. id. |
| | { Centro superior.. | » 8..... | » 0,896,9 | id. id. |
| | | » 9..... | » 0,896,6 | línea central á lo largo. |
| | | » 10..... | » 0,899,5 | id. id. |

| | | | | | |
|-----------------------|--------------------------|---|-------------|--|--|
| TALADROS (CILINDROS). | Izquierda..... | } | Núm. 1..... | Ley 0,195,6 | |
| | | | » 2..... | » 0,900,3 línea, parte central á lo largo. | |
| | Derecha..... | } | » 3..... | » 0,896,8 | |
| | | | » 4..... | » 0,896,8 | |
| | Centro superior..... | } | » 5..... | » 0,899 línea, parte central á lo largo. | |
| | | | » 6..... | » 0,897 | |
| | Centro inferior..... | } | » 7..... | » 0,897,6 | |
| | | | » 8..... | » 0,898,6 | |
| | Cilindros izquierda..... | } | » 9..... | » 0,896,4 | |
| | | | » 10..... | » 0,899,5 línea, parte central á lo largo. | |
| | Cilindros derecha..... | } | » 11..... | » 0,896,4 | |
| | | | » 12..... | » 0,896,4 | |
| | | | | » 13..... | » 0,901,3 línea, parte central á lo largo. |
| | | | | » 14..... | » 0,896,9 |

| | | | | |
|---|---|---|--------|-------------|
| Centros interiores de la barra. (LÍNEA CENTRAL.) | Izquierda..... | } | A..... | Ley 0,900,5 |
| | | | B..... | » 0,901 |
| | Derecha..... | } | C..... | » 0,902,5 |
| | | | D..... | » 0,903,5 |
| | Centro interior en la mitad de la barra. | } | M..... | » 0,904 |

Fijándonos detenidamente, observaremos :

1.º Que en los ensayos de la periferia, los números 2 y 5, que corresponden á los centros extremos de la barra, acusan más ley, esto es, 0,903,1 y 0,897,8 que los otros, y que los de la línea central á lo largo, números 9 y 10 de ley de 0,898,6 y 0,899,5, respectivamente, tienen más ley que los números 7 y 8 de los bordes, que es en ambos de 0,896,9.

2.º Que en los taladros cilíndricos (ensayada toda la pieza), los números 2 y 5, que corresponden á la línea central, tienen las leyes de 0,900,3 y 0,899, mayores que las de los centros superiores é inferiores números 7 y 8, y de 0,897,6 y 0,898,6 de ley.

3.º Que los cilindros de izquierda y derecha, correspondientes á la parte central á lo largo, números 10 y 13, tienen leyes de 0,899,5 y 0,901,3, superiores á las de los bordes.

4.º Que en los centros internos *A*, *B*, *C* y *D*, las leyes son inferiores á la del centro justo interior de la barra.

En efecto, las leyes

$$A = 0,900,5$$

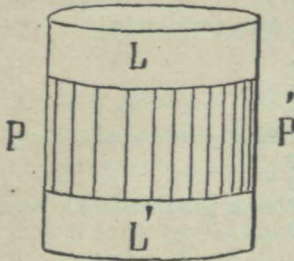
$$B = 0,900,1$$

$$C = 0,902,5$$

$$D = 0,903,5 \text{ acusan menos ley que la del centro.}$$

$$M = 0,904,$$

lo que comprueba una vez más las observaciones que antes indicamos. Para estos ensayos de *A, B, C, D* y *M*, solamente se ha tomado la parte central *P, P'* de los cilindros, desechando los extremos *L* y *L'*, que se representan en la figura de un tamaño mucho mayor que el verdadero con objeto de exponerla con más claridad:



5.º La diferencia entre la ley superior é inferior alcanza la cifra de 8 milésimas próximamente.

En efecto:

| | |
|---------------------------------------|----------------|
| Ley superior..... | $M = 0,904,$ |
| Ley inferior números 11, 13 y 14..... | $= 0,896,4$ |
| Diferencia..... | <u>0,007,6</u> |

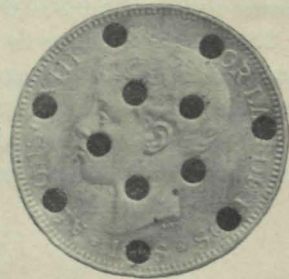
Como se ve, es difícil obtener la ley al justo de la aleación que se ensaya, lo que ha dado motivo á emplear el procedimiento de ensayo *á la gota* con objeto de obtener resultados más exactos.

Ensayo á la gota.—Se introduce en el crisol que contiene la aleación bien fundida un cacillo de hierro provisto de un mango de hierro también, y se deja enrojecer, revolviendo al mismo tiempo el contenido del crisol.

Se saca lleno de aleación fundida y se vierte en un molde á propósito (lingotera) y se deja enfriar.

Las partes extremas se separan y sólo se ensaya la que queda, teniendo cuidado de ensayar todo el trozo, ó si no los extremos de esta porción.

Cuando se trata de ensayar una moneda, por ejemplo, la de 5 pesetas, que es la de más superficie, se cortan trozos por medio de un taladro con doce punzones de acero que taladran la moneda, y se obtienen unos cilindros cuyo peso total es de gramo y medio ó dos gramos, cantidad suficiente para la pesada del ensayo. La ley que resulta del ensayo verificado con dichos trozos será igual, ó muy aproximada, á la que se hubiera obtenido ensayando toda la moneda.



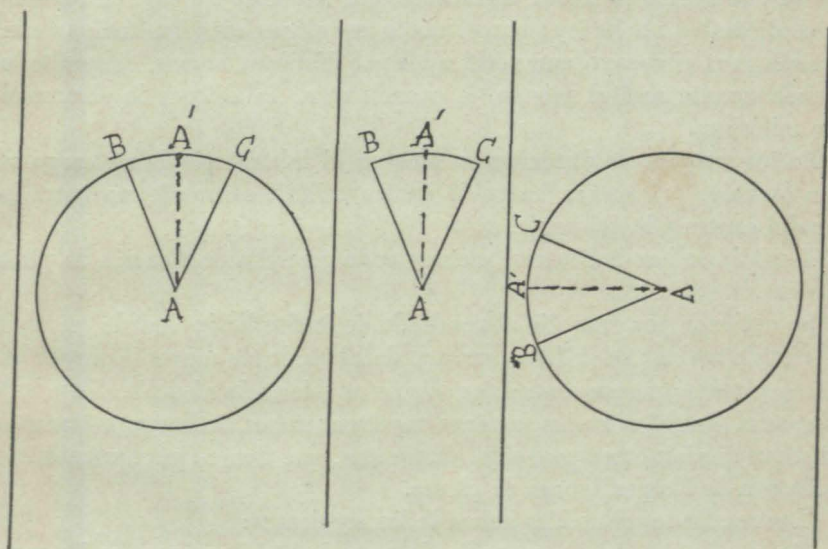
La mayor parte de los errores que se cometen en los ensayos en el comercio, son debidos casi siempre á que el ensayador no se fija bien en el

fenómeno de la licuación. Generalmente, cuando ensayan una barra, lingote, culata, etc., sólo toman para su ensayo un trozo de uno de los extremos, y el resultado que obtienen lo dan como si fuese la ley verdadera de la aleación, sin contar con que en el centro ó partes más próximas á él la ley es mayor que en los bordes en aleaciones de 800 milésimas en adelante, como hemos dicho.

Figura 1.^a

Figura 2.^a

Figura 3.^a



Cuando ensayan una moneda suelen utilizar con este objeto la parte de metal comprendida en el triángulo B, A, C , indicado en la figura 1.^a, que tiene el vértice del ángulo A en el extremo de la moneda próximamente, y creen que el término medio de las leyes obtenidas en los ensayos verificados con este trozo acusan la ley verdadera de la moneda. Es un error, y lo vamos á demostrar.

Supongamos que se trata de una moneda de 5 pesetas; si la parte B, A, C , separada para el ensayo, corresponde con la línea central de la barra de donde se ha cortado el duro, claro es que acusará el ensayo más ley que la verdadera, puesto que la línea $A A'$ (fig. 2.^a) coincide con la central de la barra, que es la parte más rica en ley, como hemos indicado anteriormente, y los ensayos que se verifiquen con dicha parte tendrán todos, con corta diferencia, la misma ley superior á la verdadera de la moneda.



Pero supongamos ahora que la parte cortada del duro no coincide más que en el vértice del ángulo *A* con la línea de la barra (fig. 3.^a); entonces los ensayos verificados con las diferentes partes de *B*, *A*, *C* tendrán menos ley que en el caso anterior, y ésta aumentará cuanto más se acerque á la línea central la porción ensayada, y disminuirá cuanto más se aproxime á los bordes. Por lo que se ve, que en ninguno de los dos casos las leyes obtenidas son la verdadera de la moneda ensayada, prueba evidente de lo erróneo del procedimiento, que puede dar lugar á que ensayos de una misma moneda, verificados por dos ensayadores, den resultados distantes en la ley; pero cuando se eligen bien los trozos de la moneda para el ensayo, aun verificados por distintas manos, el resultado probablemente será el mismo, ó, cuando más, la diferencia alcanzará una milésima.

En los ensayos de duros verificados en el laboratorio de mi cargo se han obtenido diferencias hasta de cuatro milésimas en alguno entre la ley del centro y la del borde.

También se han hecho varios ensayos de granalla de aleación de plata y cobre.

Se entiende por granalla el resultado de la fundición vertida en agua en vez de molde; se obtienen trozos de aleación de mayor ó menor tamaño y más ó menos compactos, según se vierta la aleación de prisa ó despacio. De todos modos, aunque resulten trozos de bastante tamaño, siempre quedan otros pequeños, diminutos, que tienen próximamente el volumen de los perdigones de plomo.

Los resultados obtenidos han sido los siguientes:

De una crisolada de granalla de peso de 14 kilogramos se ha separado una parte, ensayando el centro y los bordes; después se han ensayado varios botones de granalla menuda, y, por último, se han hecho otros ensayos con trozos de granalla cogidos al azar. Las leyes obtenidas, como se verá en el cuadro adjunto, son casi iguales, pues la diferencia entre la ley superior é inferior, esto es, entre 0,897,8 y 0,897,4, es de 0,000,4.

| | | | |
|----------------------|---|-------------|-------------|
| Granalla borde..... | { | Núm. 1..... | Ley 0,897,4 |
| | | » 2..... | » 0,897,4 |
| | | » 3..... | » 0,897,4 |
| Granalla centro..... | { | » 4..... | » 0,897,8 |
| | | » 5..... | » 0,897,4 |
| | | » 6..... | » 0,897,4 |
| Granalla menuda... | { | » 1..... | » 0,897,4 |
| | | » 2..... | » 0,897,8 |
| | | » 3..... | » 0,897,4 |

| | | | |
|--|---|-------------|-------------|
| Trozos de granalla cogidos al azar... | } | Núm. 1..... | Ley 0,897,8 |
| | | » 2..... | » 0,897,5 |
| | | » 3..... | » 0,897,5 |
| | | » 4..... | » 0,897,8 |
| | | » 5..... | » 0,897,8 |
| | | » 6..... | » 0,897,4 |
| | | » 7..... | » 0,897,5 |
| | | » 8..... | » 0,897,4 |

El término medio de la aleación es 0,897,5.

Por consiguiente, el fenómeno de la licuación no se verifica en la granalla de estas aleaciones.

Terminaremos diciendo:

1.º Que la licuación está en razón directa de la masa é inversa de la ley en aleaciones de 800 milésimas en adelante, esto es:

La licuación es tanto mayor cuanto más espesor tiene la barra barrón, etcétera, y viceversa, y tanto menor cuanto menos cobre entra en la aleación.

2.º Que el ensayador debe tener muy presente el fenómeno de la licuación cuando ensaya aleaciones de plata y cobre, arreglándose, si no puede hacer el ensayo, á la gota, de modo de tomar bocados de distintas partes de la materia que vaya á ensayar, y el término medio de las leyes que obtenga será la ley, si no del todo justa, por lo menos muy aproximada.

JULIO DE LA ESCOSURA.

Escosura, Luis de la.

Al inaugurarse, á principios del año 1844, las clases de Química analítica en la Escuela especial de Ingenieros de Minas, donde por primera vez ibase á enseñar en España esta asignatura como cuerpo completo de doctrina científica, ocupó la cátedra un joven casi imberbe, de unos veintitrés años de edad, que al dar los primeros pasos en una carrera tan difícil y compleja se mostraba ya á la altura de un profesor eminente, reuniendo cuantas condiciones exige tan espinoso cargo: instrucción sólida y profunda, claridad y seguridad en la exposición, y palabra fácil y elocuente.

Aquel joven que tres años antes había terminado la carrera, y que, deseando perfeccionar sus estudios de Química y Metalurgia, ciencias á las que tenía gran afición, fué por consejo de sus padres, y á sus expensas, á París, en donde concurrió á las cátedras de la Sorbona, del Colegio de Francia, del Jardín de Plantas y de la Escuela de Minas, que en aquella época desempeñaban los célebres Ebelmen, Dumas, Pelouce, Gay-Lussac y nuestro compatriota Orfila; aquel joven que, no satisfecho aún con lo aprendido, marchó luego á Alemania á completar sus estudios teóricos y prácticos en la célebre escuela de Freyberg y en las minas y fábricas de fundición de Sajonia y de Bohemia; aquel joven, repetimos, no era otro que el hoy director de la Escuela de Minas, Excmo. Sr. D. Luis de la Escosura.

¿Qué extraño es, dada su ciencia, que al regresar á España fuese nombrado á tan temprana edad profesor de Química analítica en la Escuela especial del Cuerpo á que pertenecía? Desempeñó este cargo una docena de años, durante los cuales estableció un laboratorio de ensayos y de análisis para el público, explicando también algunos cursos de Química general. Por orden superior hizo dos viajes metalúrgicos, uno á Linares, San Juan de Alcaraz, Marbella y Málaga, y otro á las provincias de Murcia y Almería, redactando luminosas Memorias que fueron publicadas en los *Anales de Minas* y en la *Revista Minera*.

En 1855 fué nombrado Superintendente de la Casa de Moneda de Madrid, con el propósito de encargarle de la construcción de un nuevo edificio, en el que debían instalarse las máquinas, hornos y aparatos propios del objeto á que se destinaban. Para que pudiera sin dificultades llenar su cometido, se le confirieron además los cargos de Ensayador Mayor y de Jefe del Departamento de Grabado, que sirvió sin sobresueldo ni gratificación de especie alguna, consiguiendo en 1859 ver terminada la Casa actual de la Moneda.

Al volver á ocupar su puesto en el Cuerpo de Minas, le nombraron Ingeniero Jefe del distrito de Madrid hasta 1865, en que ascendió á Inspector general de segunda

clase. Entonces pasó á prestar sus servicios en la Junta superior de Minería. En 1877 ascendió á Inspector general de primera clase, y á los pocos meses ocupaba la presidencia de la citada Junta. Actualmente es el Ingeniero decano del Cuerpo.

En 1870 el Ministro de Hacienda le nombró Presidente de la Comisión tasadora de las célebres minas de Riotinto, minas que nada producían al Estado y que, según de público se aseguraba, no se encontraría quien diese por ellas la suma de nueve millones, en que habían sido valuadas por *cincuenta* ingenieros. Escosura y sus compañeros de Comisión, después de haberlas reconocido y apreciado su portentosa riqueza, presentaron á la Dirección de Propiedades una Memoria ilustrada con nueve planos, en la que describiendo los criaderos, y poniendo de manifiesto su potencia en longitud y riqueza, demostraban que las minas que el Gobierno pretendía vender valían CUATROCIENTOS DOCE MILLONES DE REALES. El ministro D. Servando Ruiz Gómez, sin razón en que fundarse, rebajó el 10 por 100 de esta cantidad, y las minas fueron enajenadas poco tiempo después en *doscientos noventa y dos millones* de reales.

En 1873 el Sr. Escosura fué nombrado Presidente de otra Comisión para comparar los sistemas que seguían en Almadén para el beneficio de minerales de azogue, con otro inventado por el ingeniero francés M. Pellet, y durante su estancia en aquellas minas hizo varios experimentos y recogió multitud de datos que le sirvieron más tarde para redactar una Memoria, que fué premiada en público concurso por la Escuela de Minas, é impresa por cuenta del legado que hizo el difunto D. José Gómez Pardo. Esta obra es la historia más completa que se ha escrito hasta el día del tratamiento metalúrgico del azogue en España.

El Sr. Escosura, además de sus cargos oficiales, ha prestado eminentes servicios á la industria particular. Ha sido director de las ricas minas de plata de Hiendelaencina desde su descubrimiento en 1844 hasta 1851; ha desempeñado durante muchos años el cargo de Ingeniero de la Sociedad Metalúrgica de San Juan de Alcaraz, é hizo los estudios y obras de alumbramiento de aguas de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante. Es autor de los proyectos de conducción de aguas á Cádiz, Valladolid y Ávila, y bajo su dirección se han hecho las obras de la conducción de aguas de la fuente del Cardenal á Toledo, las de Andújar, Valdepeñas y otras poblaciones. Hace unos cuarenta años que estableció en Chamberí una fábrica de albayalde, de su propiedad, fábrica que llegó á ser la más importante de su clase en España y que ha estado funcionando hasta hace poco tiempo.

Como químico y metalurgista, goza de una reputación europea; sus extensos conocimientos en estos ramos y su rara y escrupulosa habilidad para la análisis, y los ensayos docimásticos, le han constituido en autoridad, siempre consultada con fruto, en los casos más difíciles. Sus trabajos analíticos son numerosos y de notable valor, y ellos le abrieron las puertas de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.



A tantos méritos y servicios hay que añadir los que hoy presta el sabio ingeniero á los menesterosos. Desde que preside la Junta directiva de los Asilos del Pardo, este benéfico establecimiento está tenido como una casa particular bien administrada. Los géneros, como se compran con el dinero en la mano, se buscan y escogen en las mejores condiciones de bondad y baratura, encargándose directamente á los puntos productores de cada uno de ellos.

En cuanto á la vida en común de tanto desvalido, se procura que, separados por sexos, edades y condiciones, puedan tener la individualidad é independencia que recuerde

todo lo menos posible lo legendario de las Casas de beneficencia, mezcla de prisión y de cuartel, que hace tan odiosa la vida á los pobres asilados, habiéndolos, como los hay, procedentes de todas las clases sociales, y sin que sufra menoscabo la dignidad de los que recibieron una educación esmerada. Todos trabajan, y cada cual, en la medida de sus fuerzas y condiciones, coopera al sostenimiento del conjunto.

Sólo hay dependientes pagados para estar al frente de la cocina, de la tahona y de algunos talleres donde se hacen todos los trabajos de los respectivos oficios que el Establecimiento necesita: sastrería, costurero, zapatería, etc.; y todos los acogidos tienen una pequeña remuneración mensual, que contribuye á su bienestar, y que facilita ahorros á los que se albergaron en un mal tiempo, y han de emprender viaje, ó empezar á vivir de su trabajo, después de haber prestado temporalmente sus servicios de albañiles, carpinteros, herreros, vidrieros, impresores, etc.

La nota que se procura sea la dominante, es la higiene en la ventilación y la limpieza.

Independiente del aseo diario en los locales preparados al efecto, funcionan en las primeras horas de la mañana excelentes balnearios dotados con cuanta agua caliente necesitan, y allí acuden á bañarse y lavarse, á lo menos una vez por semana, todos los acogidos.

Los pequeños de ambos sexos, fuera de las horas de sus respectivas escuelas, juegan en jardines y al aire libre siempre, y sus dormitorios, constantemente abiertos, tienen gran cantidad de ventiladores para que durante la noche se renueve convenientemente el aire.

Los enfermos están asistidos con el mayor esmero por el Director de los Asilos, don Alberto Giner, que es á la vez reputado doctor en Medicina. Las enfermerías son amplias y ventiladas, y la farmacia está surtida de todo lo necesario.

Las ropas de los que ingresan y las de los enfermos se desinfectan en una estufa acompañada de su generador de vapor, en cuya estufa, después de hecho el vacío, se puede elevar la temperatura á voluntad para hacerla incompatible con la vida de toda clase de gérmenes patógenos, en ropas de cuerpo, de cama, colchones, etc. Para las habitaciones se emplea el pulverizador modelo grande de aire comprimido, que esteriliza debidamente con las disoluciones antisépticas.

La colada se hace á vapor, y el generador que se emplea con este objeto mueve una máquina cuya fuerza se aplica á una amasadora y cilindros de laminar y suavizar las masas del pan. Este mismo generador eleva la temperatura de una estufa que sirve para secar la ropa cuando, por causa de la lluvia, no puede colocarse en los tenderos de alambre galvanizado que están rodeados de macizos de césped contiguos al lavadero.

Todas estas instalaciones han sido encargadas, estudiadas y colocadas por el mismo Presidente, que ha hecho los planos y dirigido los trabajos, en los que ha pasado días enteros y consecutivos, sufriendo los malos tiempos de calor y de frío á pesar de su avanzada edad. Igual constancia y celo sin ejemplo ha consagrado á las obras, que son constantes dada la extensión de los edificios, y su antigüedad, techos, armaduras, recalzo casi general de cimientos, todo ha sido calculado, medido y ajustado por su mano; pudiéndose decir que se han renovado todos los edificios, á pesar de lo cual ha sido tanta su previsión y economía que le han permitido invertir en papel del Estado cantidades que aumentan anualmente los ingresos en seis ú ocho mil pesetas.

El Sr. Escosura, que está considerado como uno de los más distinguidos hombres de ciencia con que se honra el ilustre Cuerpo de Ingenieros de Minas, es tenido en algo más por los pobres asilados del Pardo: es la Providencia que vela por ellos hace muchos años.

El huevo de Juanelo.

En alguna ocasión, que yo desconozco, Juanelo consiguió que un huevo se tuviese en pie sobre una mesa, dándole un golpe para que la punta únicamente se rompiera y se formara base suficiente para mantenerle en equilibrio. Así lo explica Calderón en la jornada segunda de su comedia *La dama duende* :

- BEATRIZ. —Otra duda:
¿Cómo es posible que alabes
De tan entendido un hombre
Que no ha dado en casos tales
En el secreto común
De la alhacena?
- ANGELA. —¿Ahora sabes
Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingenios más grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pie, y Juanelo
Con sólo llegar y darle
Un golpecillo le tuvo?
Las grandes dificultades
Hasta saberse lo son;
Que sabido todo es fácil.

Y la Academia, generalizando el caso, define el huevo de Juanelo de conformidad con la explicación de Ángela, en los términos siguientes: «Cosa, al parecer, que tiene mucha dificultad, y es facilísima después de sabido en qué consiste.» (Undécima edición.)

Realmente, tiene escasísima importancia y no poco de vulgar el pro-

blema de sostener en pie un huevo rompiéndole y cambiando su forma; pero como del hecho ha resultado un refrán que lleva el nombre del autor del artificio, y como todavía hay quien sostiene que Colón fué el descubridor de tan pueril acertijo, he creído que no estaba fuera de lugar lo apuntado, ni parecía extraño que aquí se diera alguna explicación acerca de esta competencia, de la que, en lo referente á Colón, trata extensamente y con su autorizada opinión D. Martín Fernández de Navarrete en su *Colección de viajes*.

Bossi, que escribió en italiano la vida de Colón, guiado por una estampa del grabador y dibujante Bry, establecido en 1570 en Francfort, refiere que entre las fiestas con que le obsequiaron los grandes de la Corte al descubridor del Nuevo Mundo cuando volvió de su primer viaje, fué una el banquete que le dió el cardenal Mendoza. Durante la comida, uno de los grandes sostuvo que si Colón no hubiera descubierto la América, no hubieran faltado en España hombres de talento y habilidad para ejecutar la misma empresa. Entonces Colón tomó un huevo y preguntó si alguno de los que estaban presentes sabía hacer que se mantuviese derecho sin ningún apoyo. Nadie pudo conseguirlo, y Colón, aplastando de un golpe uno de los extremos del huevo, logró que se mantuviese sobre la mesa. El Sr. Fernández de Navarrete, que *califica esta narración de fábula insípida é inverosímil*, demuestra que no tiene apoyo alguno, pues no hablan de semejante convite ni suceso los historiadores de Colón, ni los de Indias, ni el del cardenal Mendoza.

LUIS DE LA ESCOSURA Y MORROGH.

España y Capo, Antonio.

En el año que promedió el siglo XIX nació en Ocaña (Toledo), concluyendo la carrera de Medicina á los veintidós de edad. Dejó el Cuerpo de Sanidad Militar, al que perteneció en un principio, y labróse con su constancia y actividad un puesto honroso en la ciencia médica de España. Para contar los escalones que cada año ha subido, basta leer su Hoja de Méritos y Servicios. El último peldaño ha sido la ocupación, hace pocos meses, de una plaza vacante en la Real Academia de Medicina de Madrid.

Muchas son las recompensas alcanzadas, los trabajos originales publicados, las numerosas traducciones hechas y los discursos pronunciados.

Y para no retardar más el natural deseo que tendrán los lectores de estudiar su importante artículo, nos limitaremos á decir que sus *Lecciones teórico-prácticas acerca de las enfermedades del corazón; Medicación y medicamentos cardio-motores, y Tratamiento de las complicaciones de la tuberculosis laringo-pulmonar*, figuran en las bibliotecas de los más afamados médicos.



Là plàga fin de siglo.

Dos hechos capitales marcan lo que pudiéramos llamar el año médico: uno, que nos interesa directamente por la honra recibida y por el resultado obtenido, y otro que honra á Francia por la constancia con que viene persiguiendo una idea, á todas luces salvadora de la humanidad. Me refiero á la celebración en Madrid del primer Congreso Internacional Científico habido en nuestra Nación (Congreso de Higiene y Demografía), y á la celebración en París del cuarto Congreso para el estudio de la tuberculosis.

Parece á primera vista que hay incongruencia ó poca relación entre ambos hechos, y sin embargo, de tal manera están enlazados que puedo decir que han de ser la base de estos ligeros apuntes.

Tuvieron algunos el temor de que no pudiéramos reunir dignamente en esta capital un Congreso Internacional Científico, y cuantas proposiciones se nos hicieron en los de Ciencias, Química, Medicina, etc., fueron sistemáticamente rechazadas ante este temor; pero el Congreso de Budapest acordó que el de Higiene se celebrara en Madrid; y con efecto, sólo alegrías hemos recogido, sin tener una sola decepción; y nosotros, que ya somos algo viejos en estas lides, podemos asegurar, sin temor á tener que rectificar, que el nuestro ha estado á la altura de cualquiera de los demás celebrados en las naciones más cultas.

Pero dejando aparte este hecho, digno de señalarse para el porvenir, mi objeto al citar el Congreso de Higiene es el de llamar la atención sobre un fenómeno verdaderamente notable. Multitud de asuntos reclamaban el estudio de los congresistas que acudieron á esta reunión, y sin embargo, á ninguno se aportó mayor atención, ni se trajeron tantos trabajos, ni se reunió más número de datos, ni se discutió más detenidamente, que el referente á la tuberculosis en sus múltiples aspectos, pero sobre todo en el aspecto profiláctico. La razón es obvia: según las estadísticas presentadas, se llegó á demostrar que, ó los Gobiernos toman una parte activa en la lucha contra la tuberculosis, siendo menos platónicos y

siguiendo más el ejemplo de Suiza, ó la pandemia tuberculosa en breve plazo agotará todas las fuentes de riqueza, y la humanidad será un mundo de tuberculosos, pues ya se extiende esta plaga por sitios y lugares hasta ahora respetados y creídos inmunes.

Así, pues, la profilaxia de la tuberculosis fué ampliamente discutida en todas las secciones de este Congreso, pero principalmente en la sección de Climatología, de Higiene de la infancia, de Higiene escolar y de Demografía.

En el Congreso de París, que pertenece á los que yo llamo *Congresos chicos*, también se ha tratado la tuberculosis en todos sus aspectos, pero principalmente el profiláctico y el curativo por los sanatorios, hospitalización y aislamiento racional, caritativo y beneficioso para todos, de los tuberculosos, tanto en la infancia, como en la vejez, pues esta enfermedad no respeta sexo, edad, ni clase social, por elevada que sea. Y en esta discusión encuentro yo el lazo de unión entre ambos Congresos que apunté al principiar, es decir, la necesidad y urgencia que representa esta cuestión cuando en ambas reuniones casi ha constituido la orden del día.

Sin ser para nosotros consuelo el que «en todas partes cuecen habas», debemos ser imparciales y confesar que en Francia el Sr. L. H. Petit, Secretario, se lamentó en su discurso de que las conclusiones votadas en los Congresos anteriores, para ser elevadas á los Poderes públicos, con objeto de que se convirtieran en Proyectos de ley ó en Ordenanzas municipales, han encontrado apatías y resistencias en estos Poderes; pero algunas de estas conclusiones se han aceptado, y ¡ojalá nosotros hubiéramos siquiera empezado con la fuerza y el éxito de Francia, aun con la limitación de que se lamentaba el Secretario del cuarto Congreso celebrado para el estudio de la tuberculosis!

Decimos que en ambos Congresos el problema principalmente estudiado ha sido la profilaxia de la tuberculosis; y como el libro en que aparece este artículo no es un libro dedicado exclusivamente á la Medicina y para médicos, lo que nos alegramos, por si este artículo anima á alguien á hacer algo nos creemos obligados á decir cuatro palabras referentes á lo que se entiende por profilaxia de la tuberculosis.

No pertenece la profilaxia al campo de la Terapéutica en el estricto sentido de la palabra, es decir, del tratamiento de una enfermedad por las prescripciones y consejos médicos, sino al campo de la ciencia de la Higiene general y pública, que trata de *evitar una enfermedad*, ya por los consejos de los médicos, ya por las costumbres de los ciudadanos, ya por leyes más ó menos coercitivas, ya por Ordenanzas municipales mejor ó peor estudiadas. Esto sólo basta como programa para el artículo que vamos á escribir.

Los consejos de los médicos constituyen la parte científica de la profilaxia, que es técnica en alto grado, puesto que nadie como el médico conoce el mecanismo de producción de cualquier enfermedad endémica ó epidémica. La tuberculosis es una enfermedad eminentemente contagiosa, pues aun en los casos más aparentemente espontáneos, en aquellos en que tanto se ha abusado del socorrido papel de la predisposición, innata ó adquirida, hay siempre hechos, recogidos con la minuciosidad que exige la moderna clínica, basada en el criterio experimental, en los que la infección por contagio se ve con bastante claridad en los antecedentes del enfermo.

No es posible admitir la herencia por infección concepcional, pues aun la herencia materna por infección ovular hay que desecharla, por que sólo se registra un caso verdaderamente demostrativo, que es el de Wartin, recogido en 1896 y comunicado á la *Asociación Médica* del Estado de Michigán, caso que, por ir seguido de autopsia, le admitimos como posiblemente hereditario, á pesar de que no hubo inoculaciones de los productos del feto, pero, en cambio, se demostraron bacilos en la placenta.

No obsta el que neguemos la herencia directa de la tuberculosis por infección concepcional para que, estando seguros de la heredo-contagio de la tuberculosis, creamos que la profilaxia debe ser tan enérgica como sea posible, desde la primera infancia, durante el embarazo y durante la lactancia, por madres ó nodrizas tuberculosas, y que pidamos la educación y cuidados físicos de los niños de antecedentes sospechosos, por medio del aislamiento y en sanatorios apropiados, para evitar que, heredada ó adquirida, empiece sus rachas terribles la tuberculosis al pie de la cuna y no deje de hacerlas hasta el borde del sepulcro por senilidad.

Dos elementos concurren al contagio: el germen y el terreno, y en ambos el consejo del médico tiene un alcance decisivo. En el Congreso de Higiene, y en el Congreso para el estudio de la tuberculosis, celebrado en París, se discutió ampliamente el concepto de germen y de terreno, dividiéndose los médicos en dos grandes grupos: los que daban una importancia capital al germen, sin despreciar por esto el terreno, y los que daban una importancia capital al terreno casi despreciando al germen.

No me duelen prendas; pertenezco á los primeros. Creo que el germen es la causa eficiente, *sine qua non*, de todo desarrollo de tuberculosis, porque he visto, en una práctica bastante larga, tuberculizarse á toda clase de sujetos de ambos sexos y de todas las edades, sin que atletas é individuos de resistencias aparentemente inexpugnables no hayan caído, como las torres de nuestro Rioja, á los golpes decisivos, no ya del tiempo, sino del germen tuberculoso.

Los que reconocen ó dan más importancia al terreno que al germen,

pueden ser una rémora en la adopción de medidas preventivas para evitar la tuberculosis, pues confiando en la resistencia del individuo, y pensando que esto basta para evitar la tuberculosis, desprecian cuanto pueda hacerse y cuantas medidas preventivas é higiénicas se piden para destruir el bacilo, mientras que nosotros los partidarios del germen como elemento principal le perseguimos con encarnizamiento, y no por esto descuidamos la resistencia de los organismos contra los embates de este sér infinitamente pequeño. El germen bacilo de Koch no está verdaderamente en el aire espirado, pero sí pulula en el aire después de una transformación de los productos excretados, esputos y pus principalmente, que al caer en el suelo, en las piezas de cura ó en otros sitios distintos, se desecan y forman como partículas impalpables de los polvos que flotan en la atmósfera, ó mejor dicho, de los organismos que flotan en el polvo atmosférico. Una vez allí, penetra en nuestro organismo por todas las vías de comunicación, y entonces, en los terrenos abonados pulula con gran facilidad (*candidatos á la tuberculosis*); en los menos abonados da lugar á tuberculosis locales, siempre graves (*tuberculosis lentas*), y en aquellos de grandes resistencias, según estadísticas muy favorables, se salvan muchos, pero caen algunos (*tuberculosis latentes*), pero de tal evidencia que es imposible dudarlas.

Este hecho ha quedado fuera de duda en el Congreso de Higiene, y los contagionistas hemos derrotado en toda la línea á los anticontagionistas; asunto de transcendental importancia, confirmado también en el Congreso para el estudio de la tuberculosis celebrado en París.

Otro de los medios indiscutiblemente admitidos como vehículo de propagación de la tuberculosis, es la leche de los animales tuberculosos. Antes del descubrimiento de la tuberculina de Koch, la tuberculosis animal, sobre todo en los bovinos, era muy difícil de diagnosticar; pero desde este dichoso descubrimiento, la tuberculinización es un medio precioso y seguro de diagnóstico precoz de la tuberculosis.

En la lucha contra la tuberculosis animal, instituida en toda Europa menos aquí, se ha probado que en el año 94 la reacción por la tuberculina dió una proporción de 40 por 100, y desde que se adoptaron las medidas profilácticas en Dinamarca, Suecia y hasta en Finlandia, se ha conseguido que en Mayo de 1898 la proporción sea de 23,9 por 100.

La carne de estos animales tuberculosos es peligrosa, pero el mayor peligro procede de su leche, y Bang, en el Congreso de la tuberculosis, se ha pronunciado abiertamente en favor de la transmisión y del peligro de la tuberculosis por la leche, al extremo de decir: «Hay que hacer una guerra encarnizada contra la tuberculosis mamaria, como se hace en Dinamarca, en donde, por nuestra nueva ley de 23 de Marzo de 1898, se sacri-

fica, mediante indemnización, toda vaca que reaccione á la tuberculina.»

Este mismo eminente fisiólogo propone también la cocción á 85°, y afirma que la ley de 1898 y los trabajos que desde 1893 se vienen haciendo han dado el resultado ya dicho de bajar del 40 por 100 al 23,9 el número de vacas tuberculosas.

En el Congreso de Higiene sólo una voz, y sentimos que sea la de un ilustrado y joven médico, se ha levantado contra la unanimidad de las opiniones más comunes, defendiendo la inocuidad de la leche cruda, y hasta de la transmisión de la tuberculosis por la leche de los animales tuberculosos; pero predicó en desierto, porque todos los que han trabajado *experimentalmente* en este asunto por medio de las inoculaciones en serie, se mostraron partidarios de la transmisión de los gérmenes de la tuberculosis por la leche.

También se ha discutido ampliamente la hospitalización de los tuberculosos, y, como siempre, en el mapa de Europa la mancha negra en esta cuestión cae sobre España, único país que nada ha hecho en tal asunto, subsistiendo todavía la vergüenza de esa informe mezcla de enfermos tuberculosos con los de otras afecciones en nuestros anticuados hospitales. Estos tres puntos, esputos y materias tuberculosas, leche y hospitalización, han marcado el concepto médico de las discusiones habidas en aquellos Congresos.

Otro de los hechos que entran también dentro del consejo de los médicos, ha sido el asunto de la climatología en la tuberculosis; pero éste merece capítulo aparte, y tal vez el año que viene podamos sentar alguna conclusión de los trabajos emprendidos.

La segunda cuestión de la profilaxia se refiere á las costumbres del ciudadano, y nos pertenece á todos y todos estamos obligados á activa propaganda.

Si por el hecho de la reunión del Congreso nos felicitábamos al empezar este trabajo, en cambio en este asunto concreto tenemos que lamentar amargamente el que nuestros trabajos acerca de la profilaxia de la tuberculosis, no solamente se presentaran en una deficiencia enorme, sino que no pudimos ni aun competir con los realizados en Turquía y en las naciones más atrasadas. No hay, ni ha habido en este Congreso un sólo trabajo oficial, una sola disposición legislativa, ni un solo Ayuntamiento que pudieran vanagloriarse, no ya de marchar á la cabeza, sino de seguir á la zaga de los grandes progresos realizados en Europa respecto de la profilaxia de la tuberculosis.

Aun siendo muy desconsoladoras estas noticias dadas en conjunto, lo son todavía más en multitud de detalles, principalmente comparando lo nuestro con lo presentado en este Congreso de Higiene respecto á sana-

torios, pues además de la profilaxia no hay que olvidar que, *siendo curable la tuberculosis*, deben intentarse también los tratamientos tenidos hasta ahora por más eficaces, cuales son el aire libre y el clima de altura.

Desde que la Higiene y la Terapéutica demostraron que en ambos recursos está nuestra esperanza respecto á la tuberculosis, y que en su profilaxia y terapéutica hay que buscar los recursos, Alemania ha construído 25 sanatorios con 2.500 camas, donde se pueden tratar 10.000 tísicos pobres; Francia sólo tiene 104 camas disponibles para estos tratamientos, y España ni para éstos ni para ninguno tiene camas disponibles en condiciones abonadas, persistiendo la vergüenza de que todavía estén informemente mezclados los tuberculosos en nuestros hospitales con los enfermos comunes; vergüenza que nos cuesta muy cara y es perjudicial al tísico y á los demás pacientes, y que sólo queda en España como uno de tantos baldones de nuestra ignorancia y apatía individual, colectiva, privada y oficial, desde las más altas jerarquías á las clases más inferiores.

La segunda cuestión de profilaxia que incumbe al ciudadano es ser limpio. Oída ya nuestra opinión, y sabiendo el peligro del esputo, hay que empezar por inculcar en todas las clases sociales la idea de que la expectoración es, entre nuestras secreciones, la más sucia y la más peligrosa; y así como para las deposiciones que pudiéramos llamar grandes hay en las calles lugares reservados y gabinetes de aseo, se hace preciso que también se coloque para esta secreción pequeña, pero peligrosa, de la expectoración, escupideras en todos los locales donde se reúnen las personas, desde aquel en que el niño recibe los primeros cuidados de su madre y en el que se abren los primeros surcos de su inteligencia, hasta aquellos otros en que el ciudadano armado se reúne para defender la integridad del territorio, ó el criminal, recluído por la sociedad, encuentra en la penitenciaría, no el castigo del antiguo Código, sino la saludable influencia de la corrección de la moderna criminalología; desde el lugar sano de recreo al aire libre ó en espacios cerrados, hasta el triste lecho del hospital, donde va la pobreza á buscar asilo y remedio á sus dolencias; así en el coche del tren donde viaja el gran señor, como en el modesto coche común de tercera ó del tranvía; en el *sleeping* donde muellemente se recorre hoy la Europa entera, hasta el barco que surca los mares llevando la civilización ó al obrero que se expatría en busca de trabajo y alimento. En todas partes, como en Suiza, espejo de costumbres y ejemplo de ciudadanos, hay que poner *una escupidera y un cartel*, y educándose en estas ideas y en estas prácticas, el ciudadano pedirá después al legislador que implante en las leyes lo que ya es ley en las costumbres.

El tercer hecho, ó sea la legislación y las ordenanzas, ha de venir más tarde, pues no hay ley que pueda hacerse si no está hecha la costumbre; pero no está de más el que allí donde se pueda mandar sin que la costumbre esté hecha, se busquen los medios de disminuir esta plaga. Uno de los medios profilácticos que no exige costumbre previa, es la hospitalización de los tuberculosos. Los temores pueriles de aparecer menos valientes y mejor defendidos, han traído nuestras catástrofes político-sociales; el temor pueril á un diagnóstico verdad, ha hecho que todavía no haya hospitales de tuberculosos en España, en cuyos frontispicios se escriban estas saludables palabras: *la tuberculosis es curable*; pero en aquellos pueblos adelantados en que no se teme el peligro, sino que se le evita, hay ya hospitales para tuberculosos pobres, instalados desde las orillas del mar (*sanatorios para niños*) hasta en los altos picos en que antes sólo anidaba el águila; pero no pedimos tanto, y nos conformamos con que en este LIBRO DEL AÑO se viera en la próxima tirada un estudio y la agradable noticia de que, no ya hospitales de tuberculosos, sino siquiera que se habían establecido salas de tuberculosos en nuestros hospitales. Si así no lo hacemos, la cifra enorme de 3.000 víctimas anuales que causa sólo en Madrid la tuberculosis, será cada vez mayor; y contando con que Barcelona, Bilbao, Cádiz, Sevilla, Valencia y todas las grandes capitales de España están minadas por esta plaga fin de siglo, no hay que dormirse y salir de nuestra apatía aprestándonos al combate contra esta plaga.

Sería de desear también la reunión de un Congreso español para el estudio de la tuberculosis, que, ampliando estos términos, nos igualara con Portugal, donde ya en Coimbra tuvo su primera reunión, llegando á formular conclusiones que se elevaron al Gobierno portugués, de las cuales algunas se han adoptado.

Respecto á la tuberculosis animal, sobre todo de los bovinos, el asunto se presta á consideraciones sumamente desagradables para nosotros. En el informe ya citado, hecho por Bang, de Copenhague, en el Congreso de París, da la cifra de animales tuberculosos que se han presentado en los diversos mataderos; y aun cuando son muy deficientes todavía estas estadísticas, sin embargo, se recoge una cifra media que espanta, de animales tuberculosos sacrificados en los mataderos.

De lo dicho se deduce que la característica en este año en Medicina ha sido el estudio de la profilaxia de la tuberculosis. ¡Ojalá el año que viene la característica sea la de la aplicación de estos estudios, y, sobre todo, de la creación en España de la Asociación contra la tuberculosis, que es la aspiración constante de mi vida, y cuya realización quisiera lograr antes de retirarme por completo de las luchas á que me han llevado mis aficiones!

No terminaré este trabajo sin afirmar que dentro de los estudios acerca de la tuberculosis no ha sido sólo la profilaxia la que se ha llevado la palma en estos trabajos, sino que el diagnóstico ha dado un paso de gigante con la radiografía; pero no podemos entrar en consideraciones técnicas de este hecho porque alargaría mucho este trabajo. Baste decir que hoy ya se ha aceptado que uno de los mejores y más seguros medios para el diagnóstico precoz de la tuberculosis es la radiografía y la fluoroscopia, puestas en manos del médico por el criterio experimental, mar sin orillas de los conocimientos en Medicina.

ANTONIO ESPINA.

De la Real Academia de Medicina.

España y Capo, Juan.

Sr. D. Eduardo de Lustonó.

Mi querido amigo:

Me honra usted con la petición de algunos apuntes biográficos y, realmente, no sé qué decirle acerca de tan modesta existencia.

Ya sabe usted que los que con más ó menos razón nos llamamos artistas, no tenemos en nuestra carrera esa cronología de méritos, sujeta, por serlo, á fechas y actos que describan la gloria ó la utilidad adquirida ó prestada durante la vida.

Es esta última de tal naturaleza, que apenas si nos enteramos nosotros mismos de lo que hacemos ni para lo que servimos; pasan nuestros actos, que deberemos llamar obras, completamente desapercibidas de la generalidad, y sólo apreciadas por puro placer momentáneo por algunos que las olvidan bien pronto.

Trabajamos sin duda alguna para venideras generaciones, y éstas se conforman con apreciar la obra en sí misma, sin tomarse la molestia de indagar lo anterior y lo posterior que informó el trabajo que admiran.

Vida de contemplación que desconoce toda realidad y *todo positivismo*, se desliza sin ser vista en estos tiempos que corremos, en los cuales el ruido de las armas, las ambiciones injustificadas, la sed de oro, de notoriedad, todo lo arrasa, destruye y desprecia.

¿Qué le importa á la sociedad actual que un artista haya nacido en éste ó en el otro pueblo, tal ó cual día?

¿Qué le importa á un país como el nuestro que el mérito haya obtenido muchas ó pocas recompensas?



Además, y esto es lo más grave, cuando se mide todo con el mismo rasero, y éste consiste en el favor, la injusticia y la infamia, debe uno librarse muy bien de hacer públicas las recompensas obtenidas, porque cada una de ellas trae á la memoria tal cúmulo de maldades que vale mucho más callar, y de este modo no exponerse á ser confundido en ese revoltiño que tan poco honra y para tan poco sirve.

..... Pero ahí van esas notas por complacerle.

Muchos años duró el temor y la duda entre los que bien me han querido, de que mi porvenir fuera una serie de desdichas..... ¡No me dedicaba en mis años juveniles á nada!

Este fué el concepto que merecieron mis primeros pasos.

En aquellos tiempos—y quizá en éstos,—el no frecuentar las universidades, las escuelas militares, en una palabra, el no dedicarse á la sabiduría oficial, era y es algo así como perder el tiempo.

¡Dedicarse un hijo de *buena familia* á un honroso oficio, á una industria, era bochorno!

¡Ver un doctor en cualquier materia á un hijo suyo de tallista, dorador, carpintero, etc., etc., era un dolor!

¡Verle dedicado á las Bellas Artes causaba lástima!.....

Pero ello es que yo sentí esta última inclinación, y abandonando las asignaturas del bachillerato díme por completo al arte, á esa extraña sensación que aparta de todo lo rutinario, y de la noche á la mañana cambié mi manera de ser de mal estudiante por la que todo el mundo estima cómoda, por su aspecto de *no hacer nada*, de artista.

No he logrado serlo; pero puedo decirle lo que me ha sucedido.

Pasé algunos años (desde el 60 al 66) en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado; en aquel año 66 inolvidable cumplí diez y ocho, y en él también, por circunstancias especiales, el día 22 de Junio por la noche salía de Madrid, en unión de un hermano—hoy médico mayor de la Armada—y dos amigos, hacia el pueblo de Olmedilla de Alarcón (provincia de Cuenca).

Por primera vez salía de casa de mis padres para sentirme hombre, admirar la Naturaleza y ser esclavo del afán, aún no saciado, de los viajes, empezando á sentir una admiración infinita por el campo, á estudiar del natural, é idolatrar la soledad de los valles, las sierras, los ríos, y tantas y tantas maravillas como encierra la Naturaleza para el aficionado, para el artista, para el enemigo de la sociedad y del bullicio.

Á mi regreso de tan pintoresca como extraña expedición resolvíme á escuchar y seguir única y exclusivamente los consejos del que desde entonces fué siempre mi admirado maestro, D. Carlos de Haes, y en compañía de mis íntimos Pepe Jiménez, Manolo Ramos y otros, fueron mi campo de operaciones la Casa de Campo, El Pardo, la Sierra de Guadarrama, y otros bellísimos alrededores de Madrid, todo esto sin perjuicio de *iluminar estampas, dibujar aleluyas, vender tablitas*, y cultivando el género dicho, poder pasar la vida *regularmente*, y soñar con mejores tiempos; así llegué al año 72 (y los veinticuatro míos), en que resolví mi primer viaje nada menos que á París; como lo pensé lo hice, y con Ramos salí de Madrid, sin más equipaje que la caja de colores y la mar de ilusiones, pues, adelantadito en todo, ya el amor había herido mi alma.

Hízome sentir esta primera expedición tanto, que renunció á la larga tarea de una que sería interminable narración.

¿Qué se sabía entonces en España de este bellissimo género de pintura?

Nada, absolutamente nada; únicamente los que, por afición al campo, sentíamos la influencia de su belleza, comprendimos la gran misión que estaba realizando el maestro Haes, y le seguimos entonces más por la simpatía que supo siempre inspirar, que por conocer el fin que después ha realizado de manera tan brillante y completa.

Ramos, Morera, Lhardy, Ferriz, Jiménez, Sáinz (Casimiro), y apenas tres ó cuatro más, formamos entonces la primera guerrilla, batiendo añejas costumbres; y aunque no hayamos logrado más que llevar, por aquel entonces, el natural, la luz de *verdad*, el sol, la vaguedad encantadora del gris, y tantas otras novedades, á los pintores *llamados de historia*, habremos hecho bastante.

Hoy todo artista se lanza al campo....., pero los primeros fuimos nosotros; los *figuristas* fueron siempre en España los dueños del pensamiento, de la composición, de todas cuantas dificultades se quieran, pero los paisajistas les hemos entregado la luz, el ambiente, la poesía, la realidad bajo su aspecto más grande, cualidades desconocidas por completo de todos. Un estudio anterior á la época á que me refiero demostraria, sin dejar lugar á una sola excepción, mi aserto.

Fuimos los que derrotamos y rompimos los moldes del *antiguo estudio*..... obscuro con su orientación al Norte, su luz cansada, difusa y falsa.....

Pero observo que, hablando de estas cosas, me pierdo para, abandonando mi propósito, caer en mi eterna monomanía. ¡El campo, la vaguedad!..... ¡El no sé qué, que ni se enfria ni adormece con los años!

Era el año 74; y así como no me he explicado nunca cómo y por qué fui el 66 á La Olmedilla, ni el 72 á París, no me he dado razón por qué me fui en aquella época á Cartagena.....; solo....., sin relaciones, sin compromisos políticos, sin conocer allí á nadie, allí me fui..... ¡Inolvidables días de mi vida!..... Con un álbum y un lápiz *me cargué* todo aquel sitio, regresando á Madrid por milagro, sin haber conocido á nadie....., y hasta sin álbum y sin lápiz..... Dudo vuelva á ocurrir nada como aquello, y tengo la seguridad de que jamás he de sentir lo que entonces y como entonces....! Lo grande es tan escaso, que apenas se ve ni pinta, sino después de transcurrir muchos siglos.

La moda.... sin duda, esta intransigente señora impuso en el mismo año á los artistas españoles la necesidad (que lo era) de ir á Roma ¡Qué había de hacer.....,irme á Roma....., y me fui, sin permitirme siquiera el natural descanso de mi anterior viaje.....; y fui y vine....., y nada más! Repetí el viaje al siguiente año por Barcelona, Marsella, Niza y Pisa, hasta que, habiendo sido pensionado por la Diputación provincial de Madrid, me aprendí Italia de memoria, yendo y viniendo continuamente para hacerla compatible con otros cargos y obligaciones de Madrid.

Sin conocer el cansancio visité la Exposición de Viena el año 1882, haciendo un largo viaje por Alemania y Austria, saliendo de Madrid para París, y haciendo escalas en las ciudades de Metz, Strassburg, Baden, Karlsruhe, Stuttgart, Augsburg, München á Wien, conociendo entonces las espléndidas riberas del Rhin, como conocia las del Tiber y el Sena, que siempre en las orillas de los ríos se muestra pródiga la Naturaleza.

Como no se me ha ocurrido nunca volver de mis expediciones por el mismo camino, regresé á España con ánimo de atravesar los Alpes por Trieste á Venecia, Milán, Turin, y atravesando la referida y célebre cordillera llegar á Lyon, París y Madrid. No me era desconocida esta imponente cadena de montañas, pues ya tuve el infinito placer de atravesarla en Diciembre en uno de mis viajes á Roma, y es un verdadero milagro que pueda contarlo ahora.

En viajes que podemos llamar normales he visitado Portugal de punta á punta y las principales ciudades de España, llegando así el año 93. En este año, de eterno recuerdo, se celebraba la Exposición internacional de Chicago, y desde el primer anuncio *puse los puntos* á este viaje.

No he de decir aquí el trabajo que me costó lograr representar á los artistas españoles en aquella Exposición, puesto solicitado por la mitad de los españoles; sólo si consignaré que fui nombrado Delegado técnico para la instalación de las obras correspondientes á Bellas Artes, y mi agradecimiento al Círculo de Bellas Artes, del que era

Presidente Bernardo Rico, á mi amigo de siempre Aureliano de Berruete, y al entonces Ministro de Fomento Sr. Moret.

Sin más dinero que 5.000 pesetas, que cambiadas al 25 por 100 quedaron reducidas á unas 3.700, y con la obligación de ir, regresar y permanecer allí cuarenta y cinco días, salí de Madrid seguro de no tener, como decimos aquí, ni *para empezar*....; sin embargo, aún me permití acceder á los deseos de otro íntimo amigo, Pepe Iglesias (Barbuchi), que ya en París me manifestó su deseo de ir á Chicago, y pagué los gastos de su viaje con verdadero placer por tratarse de un hombre útil, vivo y simpático, que había de portarse bien, como lo hizo, devolviéndome lo prestado con la honradez que le caracterizaba y hacía querer de cuantos le tratábamos; así es que llegué á Chicago casi casi con las manos en los bolsillos, á fin de que éstos resultasen útiles para algo.

Reunidos en París Iglesias y yo, resolvimos hacer el viaje, después de la travesía mediana que hicimos en la *Gascogne*, por el New York Central, &.^a Hudson River Rail Road, ó sea la línea directa á las Cataratas del Niágara, para, tomando allí la de Michigán Central, llegar á Chicago después de haber visitado Albani, Roma, Siracusa y Rochester, del Estado de New York, hasta el Niágara, siempre por la orilla izquierda del Lago Ontario.

Desde el mismo Niágara, y por la orilla derecha, remontamos el Lago Erie hasta Toledo, llegando á Chicago sanos y resueltos.

Allí permanecí, no los cuarenta y cinco días, sino nueve meses y medio.

Claro es que no era cosa de volver por el mismo camino, y á mi regreso atravesé los Estados de Illinois, Indiana, Ohio y Pensilvania, hasta Búfalo, que entré de nuevo en el de New York, embarcándome para Inglaterra y conocer Londres; recorrí además algunas poblaciones, formé parte del Jurado internacional y regresé á España con 6.000 francos.

Dicho como va esto á la ligera, parece un paseo; pero significa un capital gastado y una actividad asombrosa, pues en el transcurso de unos treinta y tres ó treinta y cuatro años he visto, y con detención, 40 grandes ciudades, entre Europa y América del Norte; visitado los principales Museos, conocido á los grandes maestros y las grandes obras, todo á fuerza de entusiasmo y de sacrificios inmensos, puesto que, habiéndome casado el año 78, tenía que atender, ante todo, á los seres queridos que formaron siempre parte integrante de mis ambiciones y ensueños, realizados al cumplir los cuarenta y nueve años....

Como dejo para otro lugar mis opiniones artísticas y el fruto obtenido de mis observaciones, termino aquí estos apuntes con lo siguiente:

Vengo figurando en las Exposiciones hace veinticinco años, habiendo producido, además de los estudios, cuadros y dibujos que no es fácil recordar, los siguientes, todos grandes y expuestos: *Orillas del Alberche*, *Recuerdos de Bretaña*, *Luz de Madrid*, *El Valle de Tornavacas*, *Oriente*, *Occidente*, *Puesta de sol en el Tajo*, *Estribaciones del Guadarrama*, *Siluetas de Toledo*, *Orillas del Rhin*, *El Tiber*, *Orillas del Manzanares*, *El Pardo*, *Brumas del Norte*, *La Fuente de Pasajes*, *Siluetas de Segovia*, *La Nieve*, *Arroyo mayor (Guadarrama)*, *El Bosque de Cernay-la-Ville*, *Orillas del Sena*, *El Pico de Peña Lara*, todos mayores de tres metros en una de sus dimensiones. Una usted, amigo mío, á esta actividad artística el haber desempeñado el cargo de Secretario general del Circulo de Bellas Artes, con pequeños intervalos (en los que he figurado en otros puestos de su Junta directiva), diez y ocho años; el haber desempeñado también, desde el año 72 (veintiséis años), mi cargo en la Secretaría del Congreso de los Diputados; mi afán á gastar y pasar la vida lo mejor posible, y verá el movimiento á que he estado predestinado desde los dieciséis años

hasta los cincuenta que cumpliré los primeros; treinta y cuatro años de afanes.....! y vengan los que quieran.

JUAN ESPINA Y CAPO.

Pintura, Escultura y Grabado.

I

Hablar, escribir, ocuparse de algún modo de estas divinas manifestaciones en los tiempos que corremos; decir á un país tan desdichado como el nuestro que son una necesidad del espíritu, un elemento indispensable de la vida moral de los pueblos, es una verdadera inocentada.

Un cuadro, una escultura, una obra de arte pensada, sentida y ejecutada con el alma, es, cuando más, un pasatiempo.

De tal modo está hoy impregnado en nuestra atmósfera el desbarajuste y la desdicha, que hasta el artista, dejándose dominar por esta influencia, ha renunciado á las virtudes que le caracterizaron, carece de la constancia y del temple necesarios para soportar el sufrimiento, y, lejos de vivir soñando con la idealidad, las grandes concepciones, la pureza en la forma y en el fondo de la obra artística, quiere, desea y consigue hacer la vida positiva, negación absoluta de toda emoción estética.

Olvidándose del fundamento de lo que es, cambia los términos del problema que está llamado á resolver, y lejos de servir á su Patria cumpliendo su deber civilizador, se deja arrastrar, renuncia á la gloria de exclamar: «¡Esto debe ser!», y pregunta, esclavo servil: «¿Qué queréis de mí?»

No es éste el camino. El que tiene la misión altísima de educar, ha de encontrarse siempre resuelto al sacrificio; pues de otra manera sólo conseguirá contribuir á que continuemos en el estado desastroso en que nos encontramos.

Estas reflexiones traen á mi memoria los nombres de dos ilustres artistas que representan en toda su grandeza lo que yo creo que debe ser el arte y su objeto: Carlos de Haes y Casimiro Sáinz, desaparecidos en el espacio de pocos días y en este año inolvidable.

Los dos fueron creadores, los dos cultivaron el mismo género de pintura, los dos consiguieron el mismo fin, si bien por caminos diametralmente opuestos.

Llevó *D. Carlos*, con la distinción de su porte y la delicadeza de su pintura, el gusto y la ilustración artística á los salones de la aristocracia, distinción que imprimía á sus obras, arrancando al natural y al elegir los asuntos, todo lo que éste tiene de fino y distinguido; hacía lo que podríamos llamar el paisaje de frac, cumpliendo su fin artístico dentro de la más alta sociedad; conocía su propio mérito y se imponía por su privilegiado talento.

Llevó *Casimiro* al pueblo su alma en la sencilla y pasmosa verdad de su pintura, sin hacerse cargo jamás de lo interesante del papel que desempeñaba en la sociedad en que vivió.

Sus obras son..... el mismo aire, la misma encantadora poesía del natural, cuando no se busca asunto determinado porque se encuentra en cuanto nos rodea; son el reflejo de esa melancolía que ha dominado al pueblo español durante estos tristísimos años; horizontes apenas perceptibles, que, uniéndose al cielo vaga y confusamente, dejan la duda de en dónde termina lo real y positivo y empieza lo ideal; segundos y primeros términos en los que jamás dejó dominar, *por dureza en el contorno*, las líneas duras de unas cosas sobre otras.

Su sentimiento se impuso siempre á su razón, como las grandes ideas inquietas y poco definidas, por su afán al *más allá*, se sobreponen á las pequeñas, definidas y al alcance de todos.

Si el artista es el medio ambiente de su tiempo, nadie como Casimiro ha interpretado su época, encontrando en el alma de la Naturaleza el estado en que se encuentra la de esta pobre España, siempre soñadora, grande y buena, aun cuando, por necesidad de los contrastes en la vida, véase hoy dominada momentáneamente por lo chico y rastroso, llevando, á semejanza de los paisajes de Casimiro, impresa en su frente la dulce y poética impresión del dolor en toda su belleza.

La influencia de estos maestros en la familia artística ha sido grande; nadie que de justo se precie negará que han depositado con mano generosa, en la presente generación de artistas, la semilla de ese género de pintura llamado paisaje, hoy naciente y lleno de vida y esperanza.

II

La índole de este trabajo no se presta á largas consideraciones sobre tema determinado; antes bien debe ser objeto de concisas indicaciones, de lo más saliente que dentro del año haya ocurrido y pueda tener influencia en los venideros.

Consagrado el debido y cariñoso recuerdo al maestro y al amigo, únicas verdaderas personalidades artísticas que han dejado de existir dentro del espacio de tiempo de que me ocupo, sigue en importancia la manifestación hecha por el Círculo de Bellas Artes en su Exposición, realizada en el Palacio de Cristal del Parque de Madrid.

Son las Exposiciones el acto más solemne é importante que pueden realizar los artistas.

Es una lucha entablada con un enemigo siempre invencible, llamado *público*, que ataca sin piedad, hace y deshace reputaciones á su antojo y ocúpase de todo menos de proteger el adelanto; España es el país de Europa en que menos se compra lo español por los que pueden hacerlo, siendo también el país que tiene mayor número de personas enriquecidas por la casualidad ó por el delito, única razón tristísima que explica esa indiferencia criminal hacia lo propio, hija de la ignorancia, de la pobreza de espíritu, de la ninguna educación intelectual de nuestras clases ricas.

¡En España hace años que no se compran ni libros, ni cuadros, ni música!

Pero prescindamos de todas estas pequeñeces, que en día próximo justificarán hasta lo injustificable, y volvamos á la Exposición del Círculo de Bellas Artes considerada como acontecimiento artístico.

Ha sido, indudablemente, la mejor que la referida Sociedad ha hecho, dando con verdadero valor el primer paso en el camino de la regeneración del arte español, dando la pauta que ha de seguirse si los artistas verdaderos quieren algún día atraer, en defecto de los españoles, á los extranjeros, y formar un mercado á semejanza de los de París, München, Londres y otras capitales. Se han desechado muchos cuadros, dando esta medida por resultado que el aspecto, la entonación general sea simpática, la colocación fácil, y las obras de arte expuestas con alguna más consideración que hasta hoy lo habían sido; sin embargo, ha estado muy lejos de ser lo que debiera, pues hay que convencerse de que las Exposi-

ciones han de obedecer á distinto criterio del presente; las Exposiciones numerosas van pasando de moda, van resultando pesadas, y, lejos de cumplir la misión que tienen de refinar el gusto, lo estancan ó hacen retroceder, por tratarse de un público, como he dicho, poco entusiasta y menos inteligente para distinguir lo malo de lo mediano, lo mediano de lo bueno, y mucho menos esto de lo sobresaliente; si el Círculo de Bellas Artes hubiera acentuado su energía, mucho tendrían que agradecerle los artistas, y cumpliendo por entero su deber, que no es otro que patrocinar el arte ya hecho en sus Exposiciones, el arte que se está formando en sus clases, el progreso material con su propaganda, y contra viento y marea amparar el mérito y rendir culto al talento, hubiera ganado la batalla y establecido sin consideraciones la única jerarquía respetable y eterna: la de la superioridad gradual del mérito.

Esto ha empezado á hacer el Círculo, y si no varía de frente, muchos serán los resentidos, infinitos los enemigos, porque hoy todo el mundo pinta, esculpe ó dibuja; pero en plazo corto los que tengan vocación, los que lleven en sí la luz, el color y la forma, al encontrarse heridos, al propio tiempo que sufren y se defienden, estudiarán, irán convenciéndose de la verdad de que, tanto como disminuyan sus locas pretensiones, aumentará su valer, su importancia artística, hasta llegar, por medio de estos equilibrados y contrarios movimientos, á contarse entre los que siempre han de ser pocos: los verdaderos artistas.

Este es el derrotero por el que algún día llegarán al sitio preferente que envidiaron en la instalación que ha hecho el Círculo en su último certamen, y que con tan buen acuerdo dedicó á Villegas, Domingo, Sorolla, Sala, Moreno Carbonero, Ruiz Guerrero, Ferrant, Marinas, Muñoz Degrain, Sáinz (Casimiro), Souto, los Benlliures, Graner, Llaneces, Martínez Cubells, Menéndez Pidal y Simonet.

Grande es la lucha, pero dígame lo que se quiera, cuando más se ha creído á los artistas separados del Círculo, es cuando han aparecido ante el público en mayor número y más escogidos, dándose el caso de que la Escultura, representada por Mariano Benlliure, y el Grabado por otros artistas, lo hayan estado como no lo estuvieron nunca.

El día que esta Asociación presente tan sólo un centenar de obras de todos los géneros y organice por completo sus clases, habrá cumplido como buena, habrá designado á cada uno el lugar que le corresponde, é inaugurado una época de grandeza para el arte que no podrá menos de influir en las costumbres y en la delicadeza de éstas, que buena falta nos hace.

Téngase en cuenta que las Bellas Artes, llamadas á abrir el corazón y los ojos para sentir y ver lo bello, dejan esa puerta del progreso abierta

para que pueda entrar por ella la belleza moral constituida por las buenas costumbres, basadas en el sentimiento del amor al prójimo.

.....
.....
Mi enhorabuena al Círculo y mi consejo de que siga ese camino, descartando todo género de preocupaciones, ideas bastardas y opiniones de advenedizos, que viven entre los artistas, por esas inverosimilitudes de la vida, media docena de días de su existencia.

Adelante, que bien puede sacrificarse la vida por un amigo sin perjuicio de desecharle una obra.

III

La última Exposición del Círculo de Bellas Artes, sin embargo de haber sido tan importante, no ha merecido los honores de la crítica, que, lejos de rechazar los artistas, tanto desean, considerándola una verdadera necesidad, no sólo relacionada con una sola obra, sino relacionándolas todas entre sí.

No desconoce el artista al realizar su obra, lo mucho que le falta para lograr en ella lo que se propone, y desea el consejo ilustrado, la indicación oportuna, la censura y el aplauso.

Esta ausencia de la crítica ha tiempo viene haciéndose notar, y consiste sencillamente en que no tenemos críticos, ó, más en honor de la verdad, en que los que lo son no se ocupan de semejante cosa, abandonando el cumplimiento de tan sagrado ministerio á unos cuantos señores que estiman cumplida esta misión diciendo unas cuantas vulgaridades.

Por muchos cuadros y esculturas que se hayan visto, no se pueden juzgar cuadros y esculturas: es necesario algo más, es preciso estudiar la Naturaleza para juzgar de su imitación; una vez hecho esto, estudiar las obras maestras, el carácter de las pasiones y el lugar de la acción, para con estos elementos ponerse en estado de criticar la imitación y el modelo á un mismo tiempo, teniendo en cuenta los manantiales en que el artista tomó la idea de su obra.

Es la crítica una función tan grande, que Mr. Mallet la llamó la judicatura de las Letras y de las Bellas Artes; esto es lo que, dicho en cuatro palabras, han entendido todos los tratadistas por fundamento de la crítica.

¿Quién será, de estos señores que hoy la ejercen, el que pretenda conocer la Naturaleza hasta el punto de poder criticar su imitación, cuando el artista, después de emplear su vida entera, no se fia de lo que almacenó en su imaginación y recurre constantemente al natural?

Todos conocemos á los que hoy se dedican á este género de trabajo, y rara vez los hemos encontrado en el Museo del Prado, en el de Reproducciones, en la Academia de San Fernando ni en lugar alguno en que se coleccionen obras de Pintura y de Escultura; y no hablemos de Museos extranjeros, porque de éstos..... nada.

Del estudio que hay que hacer del natural; de las impresiones que los cambios de luz ejercen, según su disposición, en los objetos y seres que pueblan la Naturaleza, para tener idea siquiera de la multitud y divinidad de los matices, luces y sombras que producen; de la emoción estética de esos conjuntos que el artista sorprende pocas de las muchas veces que busca, de eso..... menos, siendo precisamente lo esencial y lo que no se encuentra en el despacho del que escribe, ni en los cuadros, ni en las esculturas, ni en los libros, porque sólo está en la Naturaleza y en el alma de la humanidad.

Si la índole de este trabajo, repito, me permitiera más licencias de las que ya me voy tomando, copiaría aquí algunos párrafos de nuestros críticos de Bellas Artes de última hora, comparándolos con los de otros que pasaron, como Balart, Pi y Margall, Octavio Picón, Fernández Flórez, Riaño, Madrazo (D. Pedro) y Giner de los Ríos, críticos y tratadistas de Bellas Artes á quienes, aprovechando la ocasión, me permito recordar lo que entiendo su deber ante los artistas y el público, porque estimo que los hombres que logran con justicia llegar á las grandes alturas, en cualquier manifestación de la sabiduría, no son dueños de su voluntad, no se deben á sí mismos, se deben al progreso intelectual de su patria, base de toda riqueza, de todo adelanto material.

Podrán no creerlo, y valga esta digresión, pero yo les aseguro el deseo unánime de los artistas, manifestado en conversaciones, clases y círculos, de que vuelvan, los que aún pueden hacerlo, á la lucha, titánica, sí, pero honrosa para ellos y necesaria para todos, de educar á los artistas y al público en los sanos principios del verdadero arte.

Saben demasiado estos señores la importancia de este trabajo, y no desconocen esa verdad universal aún no desmentida, de que las Bellas Artes, como dice Batteus, hacen al hombre, inspirándole el gusto de la belleza, amar la armonía, la dulzura, el orden, la exactitud, la majestad de la perfección y de la simetría, haciéndole apacible, humano, benéfico, recto, equitativo, amable, hombre de bien y buen ciudadano.

De que este amor se extiende igualmente á las costumbres que á las

obras del espíritu, porque nuestra alma ha sido creada para conocer lo verdadero y amar lo bueno.

Doctrina es ésta irrefutable, creo, para ellos como para mí, pues registrando la historia de las naciones, y sigue Bateus, veránse siempre la humanidad y las virtudes civiles de que ella es madre, en pos de las Bellas Artes. Por ellas fué Atenas la escuela de la delicadeza y del juicio; dulcificó Roma sus costumbres á pesar de su ferocidad originaria, y todos los pueblos, á proporción del comercio que tuvieron con las Musas, se hicieron benéficos y sensibles.

Es imposible, continúa, que los ojos más groseros, viendo diariamente las obras maestras de la Pintura y Escultura, teniendo á la vista edificios soberbios; que los genios menos dispuestos á la virtud, á fuerza de leer obras noblemente pensadas y expresadas delicadamente, no tomen cierto hábito al orden, á la nobleza.

El público se deja cautivar poco á poco por medio de los ejemplos, y el hombre, á fuerza de ver, se forma insensiblemente sobre lo que ha visto. Los grandes artistas presentan en sus obras los rasgos de la belleza natural, y los que han tenido alguna educación los aprueban inmediatamente, y el pueblo mismo siente esta impresión.....; y basta, digo yo, porque me dirijo á convencidos, esperando no han de desairarme persistiendo en un silencio tan injustificado como perjudicial para tan grandes intereses.

Dispuesto á decir la verdad á grandes rasgos, tengo que confesar y aun permitirme dar un consejo al único que, de los que se ocupan de Bellas Artes, merece un lugar en la familia artística.

Balsa de la Vega, aunque no lo sé me lo figuro, pretende ser un crítico de estas materias; y si eso le sucede, si persiste en seguir por ese camino, logrará sin duda distinguirse de sus colegas por su forma en el decir, pero no conseguirá una gran diferencia en el fondo.

Por eso, y aquí del modesto consejo, he de indicarle que nuestro Diccionario de la Academia dice:

Crítico. El que juzga las cosas fundándose en los principios de la ciencia ó reglas del arte.

Erudito. Instruido en varias ciencias, artes y otras materias.

Erudición. Variada lectura con aprovechamiento.

¿No es cierto que está Balsa distanciado de la primera y dentro por completo, como nadie, de lo segundo?

La cátedra al fin le arrancará de los brazos de la crítica para bien de la crítica y de la cátedra.

IV

Al tratar de la representación del Grabado he de recordar otra vez la última Exposición del Círculo, y bien estará que asegure y pruebe que esta manifestación artística deberá mucho al año que afortunadamente nos acaba de dejar.

La ilustración de libros y periódicos es uno de los medios más rápidos de divulgar el arte, pero también lo es de extraviarle.

Estamos en el momento crítico en que los grabados en dulce y en madera despiertan de un largo sueño, viéndose sustituidos por el fotograbado y tantos otros procedimientos mecánicos, invadido su campo de tal modo, que como no les ayuden los verdaderos amantes del arte, bien pueden contarse entre los muertos.

Afortunadamente han despertado y se aprestan á la lucha con todos esos procedimientos, especie de *moldura alemana* de la reproducción de las obras y actualidades que publican ese ya insostenible número de periódicos del género chico, cuya monotonía fatiga y molesta, se hace insostenible y demuestra un lamentable retroceso en el arte.

Es de gran importancia decir algo en defensa de los procedimientos artísticos.

Hoy cualquiera coge una máquina fotográfica, y sin la menor noción de lo que puede llamarse verdadera actualidad, ni mucho menos página artística, se lanza por esas calles, sorprende una tontería, *la hace*, y por la vanidad de verla reproducida la cede gratis á este ó al otro periódico ilustrado, quedando tan satisfecho como el mismo director, á quien le sale por una friolera dar al público una cosa que no le importa.

Menos mal si se empleasen estos procedimientos sólo de vez en cuando, sobre todo en dibujos ejecutados á la línea, en tal ó cual suceso importante y momentáneo; pero hacer uso constante de semejante cosa para todo, siempre, cometer el crimen de reproducir obras de arte de tal manera, es simplemente un negocio.

Puede formarse una idea de cómo se entiende la ilustración artística en España teniendo en cuenta que, el que se tiene por el primer periódico artístico, ha hecho la siguiente labor en desprestigio del arte español:

Ha publicado en el primer semestre del año 1898, en lo que llama *Bellas Artes*, quince obras extranjeras y veintinueve españolas.

De las primeras, once son magníficos grabados en madera, debidos, en

su mayor parte, nada menos que á Baude. De las segundas veintinueve, veinticinco son fotograbados, y las cuatro restantes buenos grabados de Carretero, Sampietro y Matute.

Es decir, que suprimiendo por el procedimiento del fotograbado, aun con retoque, la brillantez de las obras, mientras los cuadros y dibujos españoles aparecen sordos y grises, los extranjeros se presentan frescos y enérgicos merced al blanco y negro puros, que jamás se podrán lograr más que por el grabado en madera y para otra clase de publicaciones por el grabado en dulce y al agua fuerte.

Lleva al ánimo el convencimiento de lo que digo la comparación de los cuadros y dibujos de Saubert, Roussin, Degrave, Godward, Persi Morán, Czachorski, Vollon, Aureli, Linden, Agnette y Lambert, publicados en el aludido periódico, con los de, por ejemplo, Palmaroli, García Ramos, Alcázar (M.), Moreno Carbonero, Vázquez, Muñoz Lucena, Viniestra, Sala y Mestres, los primeros grabados en madera, y los segundos reproducidos por medio de ese desdichado fotograbado.

¿No quiere decir nada eso de que los extranjeros usen todavía el grabado en madera en las obras maestras, dominando como dominan más que nosotros el fotograbado y demás procedimientos *inferiores y económicos*, y el que aquí los periódicos que marchan al frente del arte español usen el fotograbado, no dominado aún, teniendo como tienen grabadores en madera tan diestros, tan inteligentes, como Carretero, Sampietro y Matute?

Pues dice sencillamente que los intereses de empresa se sobreponen á los artísticos; demuestra que la dirección artística no existe en ninguno de ellos, y recuerda que con Bernardo Rico murió el grabado en madera.

Así se explica también el retraimiento de los verdaderos artistas que sueñan, que aspiran á la fundación de un periódico que represente el arte de España en el Extranjero.

Como mi propósito es tan sólo ocuparme de las cosas de aquí, suprimo, fuera de lo dicho, toda comparación con lo extraño, evitando decir algo más amargo que lo referido.

Ó el procedimiento de ilustración se modifica, dando á cada sistema lo suyo, ó la ilustración de libros y periódicos muere en plazo muy corto.

V

La necesidad de escribir estos apuntes con gran antelación á la fecha en que han de leerse, efecto del tiempo que es necesario para confeccionar el libro, puede hacer que resulten inoportunos en este caso concreto, ó sea el de dar cuenta de la apertura del Museo de Arte Moderno.

¡Ojalá sea así y la instalación haya variado!

Mejor es que yo peque de inoportuno, que el que continúe como está el Museo de Arte Moderno.

No es posible que quien de buen gusto se precie haya presidido, dirigido ni autorizado semejante instalación.

Fué el primer Director el Sr. D. Pedro de Madrazo, y lo es hoy interinamente el Sr. D. Agustín Querol; todos sabemos que, por gran desgracia, el primero pasó los últimos años de su existencia luchando con la muerte, y muerto para las artes, que tanto le deben y admiran; yo supongo que las infinitas ocupaciones del Sr. Querol le habrán distraído de las funciones de su cargo, pues reconociendo como reconozco en él á un verdadero artista, no concibo que se haya enterado de cómo está aquello.

¿Quién, pues, ha hecho la instalación?

¿Quién ó quiénes han consentido aquellos cordones *azules*, aquellos bancos del centro de las salas, *azules*, y de tal crudeza de color, tal *cursería de forma*, que, como yo *he visto*, excitan la hilaridad de propios y extraños?

Esas cosas se hacen bien, con lujo, con grandeza, con arte....., ó no se hacen.

De estos detalles, incluyendo la mesa del celador de entrada, que recuerda la de petitorio de una iglesia de villorrio, todo está lleno á manera de casa de huéspedes económica.

El alma se cae á los pies desde que se entra; las claraboyas sucias, los cuadros hacinados desde la línea del piso hasta la del techo, el pavimento como el de una tienda de comestibles....., ¡todo raquíto, pobre y tristísimo!

En la colocación de los cuadros, por más que esto es cuestión de apreciación, ha debido tenerse en cuenta, más que el orden cronológico, que *casi* preside, el orden de escuela.

No estamos ya en aquellos tiempos en que la Española tenía su filiación gloriosa y legítima en las Veneciana, Bolonesa y Flamenca, no;

estamos emancipados con arte grande, original, majestuoso y bello, según reconoció el mismo primer Director; por consecuencia, y existiendo dentro de España bien definidas las escuelas Castellana, Andalúza y Valenciana, y estando próxima la Catalana, que tiende á divorciarse de la Francesa, ha debido seguirse este orden, colgando sólo las obras maestras de estas escuelas, y cuando más algunas dignas de representar la cronología del mérito dentro de cada escuela particular, empezando por lo bueno para concluir en lo típico y sobresaliente.

De este modo no se daría el caso de ver en las salas juntos, como, por ejemplo, en la segunda, un cuadro de Domingo Marqués, de pura sangre valenciana, con los de Bécquer, castellanos de montera, y cosas por el estilo que serán muy cronológicas, pero aún más absurdas.

Tengo la esperanza fundada de que todo ha de variar, de que han de adquirirse obras de algunos de los que honran hoy el arte y no figuran en ese Museo, que ha de mejorarse la representación de otros que han adelantado muchísimo, y han de desaparecer, pero muchas, de las colocadas, dejando espacio para una buena instalación.

Hacen honor mientras tanto al Museo, repartidos entre sus cinco salas, cuadros firmados por J. Rivera, Vicente López, Federico de Madrazo, Alenza, Sans, Valdivieso, Bécquer, Fortuny, Pradilla, Domingo, Casado, Cano, Gisbert, Vera, Rosales, Mercadé, Sala, Viniegra, Martínez Cubells, Moreno Carbonero, Ferrant, Muñoz Degrain, Domínguez, Ruiz Luna, Plasencia, Haes, Morera, Urgel, Sáinz (Casimiro), Sorolla, Pla y Rubio, Checa (Ulpiano), Gessa y otros.

De los extranjeros Beers, R. Bonheur, Carpintier, Orsel, Alma Tadmara, C. Birnier, Lebrum y Perin, algunas esculturas, dibujos y acuarelas.

VI

Ocupémonos de las obras artísticas que quedarán y hemos tenido la dicha de conocer en el pasado año.

Dice Martínez de la Rosa en sus *Anotaciones á la Poética*, que la cualidad característica del *poeta* y la que le distingue del *versista*, es que el primero inventa y crea, y el segundo expone meramente los pensamientos comunes, ensartando palabras arregladas á cierta medida.

Esta es precisamente la diferencia que existe también entre el *pintor* ó escultor y el *artista*.

El monumento á Gayarre, de Benlliure, no es la obra de un escultor; es la creación de un artista, que se ha valido del bronce y del mármol para representar la elevación del canto á su natural morada; recordando á Martínez de la Rosa podemos asegurar que no es su autor versista entre los escultores, pero ¡qué le importa! Su obra no es una tumba vulgar que encierra á un muerto, es una elegía, porque.....

Con blanda voz y pecho entristecido,
Los casos llora de la suerte impía:
En su lánguido tono, en su descuido,
Descubre su dolor y su ternura,
Sin humillarse nunca torpemente,
Ni presumir de ingenio y hermosura.
Mísera y sola, en sus amargas quejas
Alivio busca al ánimo doliente;
Sus cantos son gemidos,
Y sus ecos sentidos
Nacen del corazón, no de la mente.

Y siendo ésta la definición de la elegía dada por Martínez de la Rosa, ¿no es verdad que nos inspira el monumento de Mariano esta tranquila y poética idea?

Admirémosla, porque, si no lo hacemos ahora, nuestro silencio nos acusará en los tiempos venideros de envidiosos ó de ignorantes.

Además, los artistas tienen el deber de juzgar esta obra, no en el sitio que la han visto por primera vez, ó sea honrando, entre otras, la Exposición última del Círculo de Bellas Artes, no, sino imaginándosela en el lugar para que ha sido pensada, allá en el Romeral, en el centro de aquel cementerio solitario, teniendo por fondo la inmensidad, por marco el follaje, por concepto la idealidad, y por fin el misterio de lo inmortal, de lo imperecedero.

El brillante no debe ni puede admirarse en el escaparate de una joyería, sino en la mano ó la garganta de una mujer hermosa.....; ¡para qué decir más!

¡Ferrant y Domínguez! Hablar de estos dos artistas es completamente inútil; no ya entre sus compañeros, sino entre el *todo Madrid* son conocidos, y su popularidad es tan completa como envidiable. En la pintura mural, en la decorativa, son dos maestros, y su estudio y su cultivo ha sido hace ya muchos años el objetivo de su vida; con su talento y su aplicación han llegado á ser los *Tiépolos* de nuestros días.

San Francisco, el palacio del Marqués de Linares, el de Anglada, otros muchos, y últimamente las obras del Ministerio de Fomento, los irán transportando íntegros de generación en generación hasta la última.

Lo mismo Ferrant que Domínguez, han llenado, como ellos saben hacerlo, la misión de tan interesante como difícil y hermosísimo género de pintura, y dominado por completo la idea fundamental de este género.

Anstera, de manera larga, de ritmos fuertes y marcados, vigoroso concepto, instinto vivo y efectos más naturales que artificiosos, unión apenas perceptible entre sus distintas composiciones, altiva y desdénosa de adornos, la pintura de estos dos maestros en la cúpula y *panneaux* de la escalera principal y el gabinete del Ministro, es algo así como un discurso salmeroniano sobre el trabajo, la agricultura, el comercio, las ciencias y las artes.

Representa la cúpula de Ferrant, á España apoyada sobre los atributos del escudo; recibe la luz la coronación del Genio, vese la Industria y el Comercio representados por la navegación, los ferrocarriles, la topografía y las minas. La Agricultura representada por el campo de Madrid, en el que se destaca la figura de San Isidro en actitud de orante, y en el fondo el ángel conduciendo la yunta de bueyes. Siguen las industrias, las artes, la orfebrería, cerámica, esmalte, repujado y cincelado. La Literatura está representada por las Facultades, que son tres doctores; Derecho, Ciencias, Filosofía y Letras, Farmacia y Medicina, cobijados bajo el estandarte del Cardenal Cisneros, sirviendo de fondo la Universidad de Alcalá; á continuación las Artes, la Música, la Pintura, la Escultura y la Agricultura envueltas en un grupo de nubes.

Los *panneaux* de Domínguez representan la Literatura, el Estudio, las Artes plásticas, los trabajos públicos, la Agricultura, el Comercio, la Abundancia, la Geodesia y las Ciencias.

Entre el gabinete del Ministro y la escalera se abraza todo lo inmenso que supone la misión de este Centro, que por su extensión jamás veremos bien gobernado ni desarrollado suficientemente más que en esas pinturas admirables.

Cambiando de especie, he de manifestar también mi opinión de que no son los Ministros, ni mucho menos, tan dueños del dinero del contribuyente que puedan disponer de él á su antojo, y cuando ocurra gastarlo, deben hacerlo buscando todo género de garantías para que su empleo sea justo y equitativo; en materia de arte esta garantía está en los concursos, en las oposiciones ó en cualquiera otra forma que, además de ser pública, esté conforme con la opinión.

Los funcionarios del Estado, Ministros inclusive, deben ser *absoluta-*

mente esclavos del deber, de la conveniencia y del «qué dirán», reservándose para cuando se trate de su propio dinero gastarlo caprichosamente.

Conste, para terminar, que hago esta observación en gracia á lo justo y natural; pues tratándose de pintura decorativa, poco ó nada tienen que temer ni Ferrant ni Domínguez á estas luchas.

VII

Habría para volverse loco si se intentase llevar al ánimo cuál era la justa, la verdadera teoría de la belleza; la vida de un hombre no dispone del tiempo suficiente para leer cuanto se ha escrito sobre esta eterna soberana del mundo, y por consecuencia, mucho menos para discurrir sobre lo leído.

No he de aconsejar por esto que no se lea ni piense sobre lo pensado; pero sí he de manifestar mi creencia de que cada artista, por serlo, lleva en sí su opinión, y sin darse cuenta de ello, por mucho que lea, que estudie, acaba por imprimir á sus obras el sello de su propio modo de pensar, que en arte se llama personalidad.

Tenemos en España para las Bellas Artes, así como para tantas otras producciones, unas primeras materias sin rival, sol en el Mediodía, penumbra en el Norte; retina privilegiada para ver el color, disposición natural para el dibujo, genio y atrevimiento para acometer con la misma tranquilidad á lo chico que á lo grande, todo, todo cuanto es necesario para realizar la obra artística..... Pero ¿y pensar?..... En eso somos especialistas y formamos la única excepción del género humano.

¡Qué felicidad; todo lo tenemos siempre resuelto!

Nuestros actuales grandes maestros en Bellas Artes, con la prodigiosa magia del color, seductora cualidad que les dió esta bendita tierra de España en que nacieron; la gracia en la línea y en la expresión, cualidades que deben también á su madre, que generosa transporta, como el color, de su sangre á la del hijo en el momento mismo del nacimiento, *piensan* que tienen suficiente, y ufanos creen haber logrado por su solo esfuerzo lo que constituye un precioso legado de la Naturaleza.

No es eso: la madre Naturaleza no nos da las cosas pensadas, y sí sólo la facultad de pensarlas, que consiste en Bellas Artes precisamente, en

esa nativa facilidad para los procedimientos, que siempre está en este país resuelta y dominada, indicándonos que sólo nos falta emplearla bien para conseguir el fin, dejándonos libres de toda preocupación para dedicarnos en cuerpo y alma á pensar en lo grande, en lo inmenso, en lo ilimitado de nuestra misión, que no es otra que engrandecer nuestra historia, encauzar por el camino del buen gusto nuestras costumbres, y llevar al alma de nuestros semejantes esa placidez, esa felicidad, esos momentos de éxtasis que nos consuelan y hacen vivideras las horas tristes y menguadas de la existencia.

JUAN ESPINA Y CAPO.

20 Septiembre 1898.

Fernández Bremón, José.

—Me pide usted mis apuntes biográficos. ¿Y qué voy á decir? Ó idealizarme de una manera extraordinaria, ó echarme por tierra en un exceso de modestia, ó decir, por ejemplo:

«Todas las gracias del cuerpo y del espíritu las acumuló Naturaleza en su persona. Á los tres años era un angelito rubio, como se puede comprobar con cartas de su familia. Á los veinte un hermoso joven de barba y pelo negro y ojos claros, etc.»

Ó siguiendo el sistema contrario:

«Escribió en hojas de periódicos tomos y tomos, que no creyó merecían la pena de coleccionarse. Hijo de un militar, no heredó nada, y nada dejará con el producto de su trabajo, que sólo le da para vivir modestamente.»

Como ve usted, no puede uno hablar de sí propio sin elevarse hasta las nubes ó deprimirse. ¿Qué hacer?

—Darme datos para que yo los aderece.

—Pues escriba usted. Nací en Gerona, donde mi padre, D. Domingo Fernández Delgado, comandante graduado de coronel, residía y había casado con D.^a Mariana Bremón, hija del Intendente de la provincia. Mi padre y ascendencia paterna, gallegos; mi madre y mi abuela materna, extremeñas; mi abuelo paterno, gaditano;

yo catalán, y criado en Madrid desde los tres años. Soy una ensalada de aires nacionales con una ligera procedencia francesa, pues el segundo apellido es Bremond, españolizado por mi abuelo en la guerra de la Independencia, que hizo contra sus intereses de familia.

—¡Qué coincidencia! Igual ocurre con mi apellido. Mi abuelo era francés y se apellidaba Loustauneau. Mi padre tuvo que españolizarlo, porque no había en su época nadie que lo pronunciara como era debido.



—Á los tres años me trajeron á Madrid; repito esto para justificar que, naciendo en Gerona, no hable catalán. Tuve dos hermanos menores: Eduardo, que murió de coronel en Filipinas, y Eloísa, que vive, viuda de Silva y con un hijo.

—En vida de mi madre, de quien era amiga, tuve el gusto de tratarla.

—Ha dicho un biógrafo mío que á los diez y seis años vine de Gerona á Madrid para dedicarme al comercio. Es un error; cuando cumplí esa edad quería ser militar, y mi tío D. José y mi abuela D.^a Cayetana creyeron que sería mejor dedicarme á los negocios; como no tenía otro remedio cedi é interrumpí la segunda enseñanza para matricularme en la Escuela de Comercio, pero sólo cursé el primer año; el segundo fingí cursarle en casa. El proyecto de mi tío era enviarme á Londres á una casa de banca, pero no se realizó. Entré en la Compañía de Seguros *La Unión* para practicar partida doble con el que hoy es banquero, D. Luis Fernández Heredia; ascendimos pronto; pasé á la Habana, siendo casi muchacho, en una Comisión, de donde fui tenedor de libros, y estuve tres años é hice un viaje á Matamoros (Méjico). En la Habana publiqué mis primeros artículos. Á mi regreso á España me encontré hecho periodista á un amigo de la niñez, Fernández Flórez, que con Fernández Heredia, y otros ya muertos, habíamos formado un núcleo de muchachos aficionados á las chicas y á las letras.

—Entonces nos conocimos en casa de su tío, D. José Bremón, donde, para diferenciarle de éste, le llamábamos á usted Pepín.

—Justamente. Escribí varias piezas para el teatro, que por cierto no me admitieron. Pensé en el periodismo y alterné mi oficina con la gacetilla de *La España*, periódico que dirigí á última hora, porque vino la revolución del 68 y murió el diario. Aunque yo no debía nada á la monarquía caída me consideré entre los vencidos, y al poco tiempo fundamos *La Gorda* Santiago Liniers, Juan José Herránz, Pepe Cavanilles y yo, agregándonos luego Esteban Garrido, José Selgas, y desde fuera Zeferino Suárez Bravo, que eran de otra edad é influyeron en el giro que tomó el periódico. Estaban sólo en el secreto Silvela, á quien entonces llamábamos Paco, y el malogrado Ramón Chico de Guzmán.

—Joven de claro ingenio, y á cuya casa concurría yo muchas noches en unión de Juan Valero de Tornos.

—Descubiertos quiénes éramos los redactores de *La Gorda* tuvimos que poner pies en polvorosa, y yo hube de renunciar á mi destino de Inspector de *La Unión*, muy bueno para mi edad y, sobre todo, muy seguro.

—Creo recordar que marchó usted á Bayona.

—Tiene usted buena memoria. Á mi regreso escribí en varios periódicos antirrevolucionarios, entre ellos *El Diario del Pueblo*, de Valero de Tornos, y *La Gaceta Popular*, de Julio Nombela, donde firmaba un artículo en días alternos. Por entonces publiqué en *La Ilustración Española* y en otras revistas algunos de los cuentos que tengo coleccionados.

—Y que son preciosos.

—Vino la Restauración; era natural que se compensasen de alguna manera mis trabajos en pro de ella; pero al saber que eran preferidos los que procedían del campo contrario, no solicité ni pedí nada. Algunos amigos, entre ellos Chico de Guzmán, abogaron por mí, y entonces Romero Robledo me nombró Jefe de Negociado de primera clase, con veinte mil reales, en Gobernación. Siete meses después ascendí á Oficial de Secretaría á las órdenes del Sr. Cánovas del Castillo, que me eligió, sin conocerme personalmente, en una terna que había pedido al Ministerio.

—¿No perteneció usted por entonces á la redacción de *La Época*?

—Don Ignacio Escobar me solicitó para articulista de fondo, y allí estuve dos años. Á los veinte días de pertenecer á la Presidencia del Consejo de Ministros hice dimisión.

de mi destino por diferencias de carácter con D. Antonio. Admitida mi dimisión, dejé la política para quedar independiente, sin pasarme á otro partido.

—¿En qué época se encargó usted de las crónicas de *La Ilustración Española y Americana*?

—En Febrero de 1876. Si se quitasen grabados y anuncios, y si se reuniesen, fuera de los trabajos políticos, que ocuparían más, los puramente literarios harían muchos tomos. No me glorío de la abundancia, sino en cuanto demuestra que no he sido un vago. No tengo títulos ni condecoraciones, pues no admití una encomienda que me dieron, y está satisfecha mi ambición con no ser nada, porque prueba que no he sido pedigüeño.

—*Rara avis in terris*, querido Pepín. ¡Cuántos conozco yo que cambiarían sus títulos y condecoraciones por ser lo que es usted, un consecuente político y un eximio literato, honra y prez de las letras españolas!

L.

Rey, verdugo y antropófago.

En las regiones del África Central, en que tienen puestas las manos ó los ojos belgas, franceses, ingleses y alemanes, separan del resto del mundo al país de los mumbutos varias tribus de negros que dicen llamarse zandes, y los geógrafos se empeñan en nombrar niams-niams, como si, por mucho que sepan los geógrafos, pudiera nadie mejor que uno mismo saber cómo se llama.

Son los mumbutos buenos herreros y grandes arquitectos, y comparado con el de sus vecinos, su color es relativamente claro, como un vaso de café entre dos frascos de tinta; su gobierno es monárquico, su industria adelantada, y sólo tienen el disculpable defecto de preferir la carne humana á la del perro, única que les proporcionan sus rebaños; y como es entre ellos la antropofagía muy antigua, sólo revela su conservación un piadoso celo por no alterar las tradiciones.

Podremos recriminarlos por esas prácticas fúnebres en nombre de las nuestras, aunque éstas no excluyen, en rigor, para el remoto porvenir que se anuncia de un hambre universal, someter á discusión, llegado ese caso, si es lícita la antropofagía á falta de otros alimentos, no matando y res-

petando las vigiliat. Y aun parece probable que resulte tan buen ó mejor sepulcro una olla bendita, que uno de esos museos en que se alinean esqueletos de cristianos; que se puede comer la carne humana sin gula y con respeto, y aun alternada con responsos y oraciones por el muerto.

Si en el orden puramente culinario repugna á nuestro estómago ese alimento, la verdad es que, no habiéndole probado á sabiendas, no tenemos autoridad para negar su suculencia. Y sería peligroso afirmarla, porque siendo costumbre que nos destroceinos los unos á los otros, ¿qué sucedería si fuéramos comestibles? ¿Qué parientes ó amigos estarían libres de la mesa del amigo ó del pariente?

Digámoslo en honor de los mumbutos: si se comen al prisionero, al rival, á los criminales y deudores, hacen el sacrificio de sepultar á los demás, adornando sus túmulos con cuernos honoríficos.

1

¡Qué animación en la orilla izquierda del Uellé y en las calles de plátanos que conducen al palacio del sublime y omnipotente Makaraka, rey de los mumbutos! Nobles seguidos de sus escoltas y escuderos; mujeres sin más adornos que el delantal de piel y sus aretes; chicos desnudos saltando por la hierba; soldados que parecían panoplias ambulantes; músicos con platillos de cobre y otros instrumentos africanos; elegantes de piel brillante é ilustrada de arabescos, y poetas cabelludos de aspecto entre académico y selvático: todos, engalanados con sus mejores plumas, peinados, pieles, anillos y collares, marchaban muy de prisa hacia Palacio, como si temiesen llegar tarde á una fiesta.

Pocas palabras bastarán para explicar el interés de tantas gentes; se trataba de ver cortar la cabeza al primer ministro de aquel reino.

Entre los mumbutos, el rey asume todas las funciones de la justicia: emplaza, juzga, condena, ejecuta, y luego se come al sentenciado.

La circunstancia de ser el reo el poderoso y odiado Mamey, á quien todos atribuían la gran escasez y carestía de alimentos, atraía á las gentes no menos que la destreza con que el rey decapitaba, ya de un golpe, con su cimitarra más afilada y fina, ó lentamente, con otras melladas á manera de serrucho. A veces Makaraka dejaba la elección al condenado, por haber estimado en el delito circunstancias atenuantes, explicándole

los inconvenientes y ventajas de las armas con que debía ser ejecutado, en estos términos bondadosos:

—Con esta más delgada y lisa, la muerte se debe sentir menos; con esta otra, la operación es más larga, pero al fin y al cabo se disfruta de la vida un poco más. Elige á tu capricho; me es indiferente un arma ú otra, y no tengo más interés que darte gusto.

II

Makaraka había dicho un día al jefe de su gobierno:

—Mamey, mis súbditos enflaquecen y tú engordas.

—¡Señor!

—Nos estamos descontentos de tu administración. Las carnes que se nos sirven á la mesa son piltrafas; mis vasallos sólo tienen huesos que roer.

Mamey quedó aterrado, más que por la reprensión, por el uso de aquel plural ceremonioso, y dijo con respeto:

—Dígnese escuchar vuestra sublime omnipotencia. Cierto es que la escasez pública no permite echar carnes al pueblo, pero en cambio produce otras ventajas; como no pueden los pobres satisfacer los impuestos, y todo deudor paga con su cuerpo, la carne es floja, pero abunda.

—Sí, pero antes con una sola persona comía yo con todas mis mujeres, y ahora para quedar hartos no nos basta una familia.

—¿No puede ser mala elección del cocinero? Si vuestra sublime omnipotencia me permite proveer mañana su mesa, quedará satisfecho. Los extranjeros nos pertenecen, y le serviré el cuerpo de ese inglés que vino hace dos años.

—Nos te lo prohibimos. Es nuestro maestro de ajedrez, y el único que sabe ese juego y nos hace la partida. Entiendo; quieres deshacerte de un rival echándole en mi hornilla.

—Señor, no tuve intención de ofender, sino de honrar á ese extranjero, elevándole á vuestro plato. Y volviendo á demostrar las ventajas de la miseria pública, diré que ésta nos va á proporcionar el goce de fundar una institución benéfica, un asilo donde recoger y comprar los niños de que sus padres quieran desprenderse; con su precio pagarán éstos los impuestos, y con los niños bien cebados tendrá en su mesa vuestra sublime omnipotencia bocados exquisitos.

—Sea lo que quieras, Mamey. Siempre has de tener razón. Hace unos años te alababas de la abundancia y alegría que tu gobierno difundía en el país; hoy te envaneces y me ponderas las excelencias de su ruina.

El asilo benéfico de niños fué creado, y el estómago del Rey era el torno de la Inclusa.

III

Por apartada que sea, no hay región en el mundo que no posea un inglés: esa pequeña mancha se extiende y concluye por el protectorado de Inglaterra. Mister Cham había llegado á Mambucia sin más equipaje que una caja de ajedrez, una bolsa de mostaza y su estuche de afeitar. Sin medios para introducir algún vicio con que explotar británicamente á los indígenas, enseñó y envició en el ajedrez á Makaraka, con quien privaba dejándose ganar. Había adoptado el barniz, el picado de la piel y la semidesnudez de los mumbutos, y hasta la cocina, haciendo pasar la carne humana á fuerza de mostaza. Sólo conservaba el sombrero de copa en recuerdo y honor de su nación.

Makaraka le confió un día en secreto la proposición que le había hecho Mamey de regalarle con sus carnes. Mister Cham, asustado por aquel peligro, respondió con rapidez:

—Señor, hubiera sido una desgracia; mis carnes son inmundas; estoy vacunado, y todo el que coma de mi cuerpo muere de viruelas.

Y le explicó el misterio de la vacuna de la manera que más le convenía.

—De modo—repuso el Rey—que si yo regalara tu cuerpo á un enemigo mío, ¿moriría de esa enfermedad?

Aquella pregunta le pareció á Mr. Cham muy desagradable y peligrosa, y se apresuró á contestar:

—Sí; moriría de viruelas; pero las más son tan contagiosas que des-poblarían todo el reino.

Mister Cham, al concluir la conferencia, determinó espiar y perder á Mamey: al pasar por el palacio de su rival husmeó y reconoció bien la cocina, y de pronto se dió un golpe en la frente, como si se le ocurriera una idea feliz. Ello es que, al llegar á su choza, devoró con gran apetito su sopa de hipopótamo y se comió un riñón entero de elefante.

IV

Míster Cham entró en Palacio pocos días después acompañado de una viuda.

—Señor—dijo llorando la mujer,—ayer enterré á mi esposo y esta noche han abierto su sepulcro y robado su cuerpo.

—¿Á quién acusas?

—Á Mamey.

—¿Tienes testigos?

—Yo lo soy—dijo Mr. Cham.

—No basta uno solo.

—Hay otras pruebas: el cuerpo en estos momentos hierve en las vasijas del acusado.

El Rey, los acusadores y la corte se trasladaron á la cocina del privado. La viuda, con ademán trágico, dijo señalando un trozo de pierna que volteaba en el asador:

—Señor, reconozco el muslo de mi esposo; no había otro tan gordo en la ciudad.

—Eso es un indicio nada más; es un cuerpo bien mantenido; un muslo de persona decente; pero no es una prueba—dijo el Rey.

—¿Y ésta, señor?—repuso Mr. Cham sacando una piel del basurero y extendiéndola por tierra.

La cara con las facciones, las verrugas y las picaduras y adornos de la piel, identificaba de tal modo al difunto, que Makaraka dictó sentencia en el momento.

—Mamey, entrégame el anillo del poder; mañana te decapitaré con toda pompa: ahora conduzcamos esta comida á su sepulcro.

Se organizó el entierro, presidido por el Rey, en esta forma: primero iba la piel; después la olla del cocido; en seguida la vasija del guisado, y detrás los muslos, atravesados por sus respectivos asadores; luego la corte y la familia.

—Míster Cham—añadió el Rey,—horádate esta noche las narices para que te coloque mañana el anillo del gobierno.

V

Los altos dignatarios, la orquesta real, el harén y la grandeza llenaban el magnífico salón de las grandes ceremonias, y el pueblo, agolpándose por fuera, miraba con ansiedad por entre las columnas de las abiertas paredes del Palacio. Cuando apareció el reo, todos los pescuezos se alargaron para verle. Makaraka, sentado en su trono, le dijo con tono afable:

—Mamey, eres criminal y vas á morir; pero, en pago de tus servicios, te permitimos que toques por última vez la trompa.

Un esclavo entregó al reo el cuerno de marfil, y Mamey tocó un aire melancólico que nunca concluía.

—¡Basta!—exclamó Makaraka.—Tu música nos enternece; pero nadie pide tu perdón. Baila por última vez.

El ex ministro, que había sido un gran danzante, improvisó un baile fúnebre inspirado, fantástico, prodigioso, que el pueblo no aplaudió.

—Ya lo ves—dijo el ilustre Makaraka;—mi pueblo calla porque desea tu muerte: acerca tu cabeza.

—Señor—contestó Mamey,—tengo que hacer una revelación secreta á vuestra sublime omnipotencia.

—Acércate, y que todos se aparten para no oír. Se suspende la ejecución por un momento.

Cuando los cortesanos ensancharon el corro, dijo Mamey en voz baja:

—Señor, compro mi vida.

—Todo lo que posees es mío.

—Tengo riquezas ocultas.

—Ha descubierto Mr. Cham el escondite.

—¡Perdón!

—Lo siento; el pueblo espera, y no le puedo quitar su diversión.

—¡Misericordia!

—Imposible; tu cuerpo reventando de grasa y de salud me abre el apetito.

Denegado el indulto, á una señal del Rey, el reo inclinó el pescuezo en actitud respetuosa, como buen cortesano; Makaraka blandió la cimitarra,

y de un solo sablazo echó á rodar la cabeza del ministro, saludado por la orquesta y las aclamaciones populares.

—¡Vasallos!—dijo el Soberano.—Podrán en otros países engordar los ministros á costa de los pueblos; pero no en mi reino. Ved ahí lo que hago con los ministros que engordan cuando los pueblos enflaquecen. Vengan mis cocineros; recojan esos restos, y que me guisen al presidente del Consejo de Ministros.

La ceremonia terminó invistiendo el anillo á Mr. Cham. Éste pronunció algunas palabras en inglés.

—¿Qué has dicho?—preguntó el Rey.

—He rezado una oración en acción de gracias.

Lo que había dicho al meterse el anillo en las narices, traducido del inglés, era lo siguiente:

—Yo, Mr. Cham, agente británico, tomo posesión de este gobierno en nombre de Inglaterra.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Fernández Flórez, Isidoro.

No había tomado posesión nuestro antiguo amigo de su plaza de académico, ni conocíamos el tema del discurso; hoy llegamos tarde para decir algo nuevo después de agotados los elogios por la prensa, que le ha aclamado con ovación desusada, formando ese coro de alabanzas un espléndido ramo vistoso y perfumado que recoge y le presenta

El Liberal. Aunque no haya en él una flor nuestra, tenemos la presunción de estar representados allí donde se aplaude el mérito del ilustre periodista; le reconocimos antes de que le demostrase, con sólo ver los primeros trazos de su pluma cuando, siendo niños aún, formábamos otra academia de aprendizaje poético, en que considerábamos el escribir en prosa ejercicio vil y detestable; aplaudimos sus primeras é ingeniosas gacetillas; sus revistas teatrales, de amplio estilo y pensamiento; las deliciosas *Cartas á mi tío*, en que el agudo epigrama y la idea tierna alternaban en una narración poética y amena, llena de exuberante juventud; sus crónicas ligeras y elegantes, sus inimitables y variados cuentos, sus brillantes y profundos estudios de Zorrilla y de Tamayo, asistiendo con placer al desarrollo de todo su talento y á la improvisación de casi toda su obra literaria, que si se reuniese en tomos, como está diseminada en hojas de periódicos, ocuparía muchísimos volúmenes, llenos de calor, ideas, rasgos poéticos y chistes acerados que, escociendo al que hieren, le hacen sonreír. Entró en la política porque el



torbellino le arrastraba, y fué gobernador muy joven; dirigió *El Imparcial*, é influyó en la formación y marcha de *El Liberal* llevado por sus compromisos y su historia. De esa parte de su vida sólo conozco algunas confidencias y desahogos del amigo á otro que no participaba de su manera de sentir. Pero es cierto que la política, si á veces le apasionó,

le disgustaba por lo que le distraía de sus verdaderas aficiones, y con razón se vanagloriaba de haber contribuido principalmente á que el periódico tenga un asilo neutral donde puedan escribir todos los que cultivan las letras, sustituyendo esta aproximación á la antigua intransigencia en beneficio mutuo de los escritores y el periódico. Ha entrado, pues, en la Academia con perfecto derecho, es decir, habiéndolo probado á la luz del día con su pluma gallarda y sus servicios á las letras. Así lo ha reconocido la Academia, no sólo con su elección, entresacándole de la turba periodística para representación de la prensa, sino legitimando con la aprobación de su discurso, que es una brillante y larga crónica, el género literario que cultivó con preferencia y que esparció como rocío intelectual de ingenio y poesía sobre tantos cerebros incultos y prosaicos. Cuando le vimos recibir la medalla académica y el abrazo del presidente Sr. Valera y del secretario Sr. Catalina, sentimos á la vez dos impresiones en que se mezclaban la alegría y la tristeza: la una por el triunfo de Isidoro Flórez; la otra considerando la ruina de aquella alegre y desinteresada juventud tan llena de ilusiones con que empezábamos la vida, cantando desengaños ficticios, sin sospechar que vendrían amargas verdaderas y prosaicas, que en vez de inspirarnos versos, ocultaríamos á todos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

¡Mientras haya rosas!....

.....

Pocos días después se la llevaban á la quinta del pueblo. Creían que de este modo no podríamos vernos. Pero no fué así. Dejé pasar una semana, y al octavo día tomé el caballo, y á las dos horas estaba yo en los alrededores de la quinta.

Bonito edificio, recién levantado, blanco y lindo como un jarrón de porcelana. Sobre la cúpula del mirador se alza una veleta que figura un gallo. Jazmines, enredaderas y madreselvas son ligeros marcos de las ventanas y balcones. La entrada central tiene cuatro peldaños de granito. La verja es de hierro. Hay pocas flores. En cambio está rodeada de grandes árboles.

Empecé á dar vueltas con precaución en derredor de la verja. «¡Si se asomase! ¡Si pudiese hacer que supiese mi llegada!» Esto decía yo cuando

sentí que me tiraban de la cazadora. Me volví trémulo como un ladrón cogido en el robo. Un chiquillo me presentaba una cartita.

La carta decía:

«¡Al fin has venido! ¡Te esperaba! Todos los días subo muchas veces al mirador, y me paso las horas muertas mirando hacia el camino de Madrid.

»Te esperaba, sí..... Por aquella cinta blanca que se pierde entre dos llanuras verdes he visto un punto negro que nadie sino yo, querido Juan, hubiese conocido que era un hombre á caballo.

»¡Has estado avanzando un siglo sin moverte, alma de mi alma! ¡Debías comprar otro caballo más ligero!

»¡Hasta hoy no he comprendido bien lo que es la vela de un barco que aparece en el horizonte y llena ella sola, con ser tan pequeña, toda la extensión del mar!

»Desiertos campos de una comarca odiosa, ¡qué animados, qué encantadores sois ahora!

»¿Será él?—me preguntaba.—Sí—contestaba mi corazón;—¡él es!

»¡Sí, tú eres! La nube de polvo que te precede se aclara y veo tu caballo que viene al galope, hostigado por tu látigo, y adivinando quizás á qué viene. Pobrecito caballo; corría, es verdad, pero ¿cómo había de correr tanto como mi deseo? ¡No le vendas!

»¡Espérate, por Dios!..... ¡Vamos á vernos ahora mismo!

»¡Mi vida, mi alma, mi dios, espérate!»

Esperé. Rechinó una persiana, alcé los ojos; era Mercedes; hermosa como nunca, pero algo triste; graciosamente recogidos los cabellos de oro; buscándome impaciente con sus grandes ojos azules. Vestía de blanco. Me vió y me hizo señas de que bajaba.

Apareció en la escalera y empezó á bajar los peldaños. Entonces sonó adentro una voz; la voz airada de su madre que gritaba:

—¡Mercedes! ¡Mercedes!

Pero Mercedes no la oía; no quiso oirla; corrió hacia mí, y acercándose á los labios una rosa que traía, y dándola un beso, me la tiró diciendo:

—¡Vete! ¡Vete! Se sabe ya que has venido. ¡Toma mi alma en esa flor! ¡No me olvides jamás! Cuando salgas del pueblo vuélvete á mirarme muchas veces..... y..... ¡que tu caballo no corra tanto!

.....
¡Pobre Mercedes! Aquella lucha fué superior á sus fuerzas. Su corazón se abrió, y con su sangre se le escapó la vida.

Su memoria vive en mí como en un altar. Jamás sacrificaré su recuerdo á la memoria de otra mujer. Los años pasan, y su imagen resplandece más cada día en la tiniebla de mi tristeza.

Pasan los años. Desde aquel día fatal vivo expatriado; me abruma el

cielo de España; se burlaba de mí con su alegría..... Este cielo brumoso se aviene mejor con los sentimientos de mi alma; me consume con su tristeza, pero no me insulta.

Entre las páginas del libro de Cervantes, donde las risas son tristes y las tristezas risueñas, poema de un loco sublime, enamorado y servidor como yo de una ideal figura, he puesto la rosa que me dió Mercedes.

Su beso palpita en la rosa todavía; las hojas del libro suspiran, como suspiraba Mercedes, cuando lo abro.

Ella dió su perfume de inocencia y de pasión á esta rosa. Y cuando abro el libro, todo el cuarto se llena de un olor suavísimo.....

Es el alma de Mercedes que se difunde.

.....
Al fin vuelvo á España. Quiero ver antes de morir los sitios de *nuestra* juventud. ¡Se diría que soy un viejo, y sólo tengo cuarenta años!

Han pasado veinte desde entonces.

¡Veinte años! ¡La vida entera! He cambiado de rostro; he cambiado de cabellos; he cambiado de voz; he cambiado el andar. ¡Yo no soy yo! ¡Yo soy otro!

¡Veinte años! Es decir, ¡veinte leguas de camino explanado con fatiga, calcinado por la pasión, regado con sangre y lágrimas, cubierto de sepulturas de amigos y enemigos! ¡Veinte leguas de polvo de alegrías y tristezas! ¡Veinte leguas iluminadas por celajes de oro que se apagan! ¡Veinte leguas de vidas, cosas, ideas y sentimientos que huyen!

Y, sin embargo, el pasado es mi única felicidad; es la única felicidad del hombre. De los recuerdos tejemos un vestido de fiesta para engalanarnos á solas. ¡El oleaje ha dejado un murmullo en el fondo del caracol, y el caracol murmura fuera del mar; las tempestades de la vida dejan también otro blando murmullo en el corazón!

¡El pasado es un cementerio! Pero un cementerio lleno de mariposas y de flores.

¡El pasado es polvo! Pero polvo de rosas.

.....
Ayer quise ver la quinta. ¿Por qué? Por verla.

El año pasado no había nadie, aunque la vendieron los padres de Mercedes.

¡Qué triste me pareció! Los árboles la ocultan ya casi toda. Los jazmines, las enredaderas y las madreselvas han transformado el hotel en un gran cenador. Algo se ve de la fachada, pero el sol y la lluvia le han quitado su alegría.

Hasta el gallo de la veleta no alza ya su cresta como si cantase; alguna pedrada de algún chicuelo le ha hecho bajar el pico.

Ayer, pues, fui á mirar la quinta; á pasear por la capital de mis recuerdos.

Me senté en un banco de madera que hay á poca distancia de la casa, y empecé á soñar despierto.

De pronto pasó alguien por delante de mí que me arrancó de mis imaginaciones.

Era un joven, bien puesto, bella figura y como de veinte años. Sin verme corrió hacia la verja. Una persiana rechinó girando; una joven hermosa, de ojos azules, vestida de blanco, se asomó, le miró, alzó y bajó su linda mano como diciendo: «¡Espera! y.....»

—¿Estoy soñando?—me pregunté.—¿Qué veo? ¿Qué me pasa?

.....Y poco después la puerta se abrió y la joven bajaba los peldaños sonriéndose..... Llevaba en las manos una rosa y en la boca un beso.

¡Cerré los ojos deslumbrado por aquella visión espléndida de mi juventud y de mi felicidad!

¡Lloré como un niño!

Casi instantáneamente la visión había desaparecido.

Corrí hacia la estación del camino de hierro; el joven iba por una senda, y volvía la cara hacia el hotel alzando en la mano la rosa.

En lo alto del mirador una mujer, vestida de blanco, agitaba un pañuelo,

El tren huía vertiginosamente, perdiéndose en el horizonte con bocanadas de humo, y todavía la joven estaba en el mirador.

¡También ella habría encontrado que la locomotora anda poco para venir, y que para volver devora el espacio!

.....
¡Mientras haya rosas!.....

FERNANFLOR.

Laserna, José de.

Querido Lustonó:

Yo no tengo biografía. Por eso soy feliz, como los pueblos que no tienen historia. A esta razón principal se debe el que, á pesar de tantos volantes, recaditos y toques de atención, me haya resistido, hasta última hora, á enviarte los datos que me pides, en clase de Plutarco, relativos á mi preciosa vida. Mucha culpa de ello—te lo confieso honradamente—ha tenido también mi natural indolencia musulmana ó *sagastina*, como más te plazca. Parece mentira que yo haya nacido en Burgos. Bien es verdad que el gran visir fusionista es riojano, y no por eso parece menos *turco*. Por lo único que me creo merecedor de pasar á la historia es porque, habiendo concluido la carrera de Medicina, antes de coger los trastos me corté la coleta. Renuncié á la alternativa. No he matado á nadie. ¡Este es un rasgo! Tenlo muy en cuenta para que lo elogies como es debido.

No he comido nunca del presupuesto del Estado, de la provincia, ni del municipio, ni he sido miliciano nacional, ni secretario particular, ni individuo de la comisión, ni monto en bicicleta. Así se ha deslizado mi existencia en una plácida y voluntaria obscuridad.

«Por lo demás», me confundo con el resto de la galería. Soy de los que han hecho odas al sol, y á la luna, y á una ingrata, durante el inevitable periodo de la escarlatina poética, que era una enfermedad eruptiva que se llevaba mucho en mi primera juventud. (Ya estoy en la segunda; he cumplido los cuarenta.) Los «jóvenes primeros» de ahora no hacen estas cosas, y hacen bien; lástima que hagan otras que.... es peor. Me acuso de haber abusado de los *Juegos florales*. Poseo varios diplomas de honor, algunos objetos inanimados y una lira de plata que me ha sacado de apuros más de una



vez. Yo soy un poeta que real y efectivamente ha empeñado la lira. Unas veces con mi nombre y otras sin él dí al teatro algunas piececillas, y todas originales, aunque malas. Debuté en Variedades con *Un ministerio por dentro*, sainete en un acto que representaron la Espejo, Vallés, Luján y Tamayo. Hace de esto veintidos años. Si valiera la antigüedad, como en los Cuerpos facultativos,

*y si yo no me hubiera retirado,
ya sería lo menos coronel*

en el escalafón de autores dramáticos.

¡Y qué manera de robar el dinero! Por aquel entonces perpetré una revista, ó cosa así, que se llamaba *El tío Conejo*, y se representó más de trescientas noches. La vendí por seis duros.

De periodista *diario* comencé en *El Día* con el inolvidable Marqués de Riscal (1883); pasé fugazmente por *El Progreso*, de Solís; fui redactor fundador de *El Resumen* con los dos Figueroas, Abascal, Federico Madariaga, el malogrado Placer Bouzo, Oliver, etcétera, y *ascendi* á *El Imparcial*, donde voy viviendo, sin vilipendio y en buena compañía, desde 1889. De manos de dos maestros, *Sentimientos* y *Sobaquillo*, tomé la alternativa de revistero de toros en *El Burladero*, plaza de primer orden en la que harto hizo tu humilde servidor *Aficiones*—querido Lustonó—con que no le sacaran en ninguna corrida la media luna.

Y con participarte que he publicado algunos libracos de prosa y de verso (porque seguramente no los habrás leído, y te alabo el gusto), doy fin y remate á los datos que desees. ¡Ellos te sean leves!

Tuyo,

LASERNA.

Sorprendido en extremo se va á quedar el amigo Laserna cuando vea impresa su carta, sin quitar ni añadir una coma. Y no es que al publicarla cometa un abuso de confianza. Es que después de cuatro meses de espera, al llegar á mi poder los apuntes que le había pedido para hacer su biografía, me encuentro con que la imprenta me apremia por un lado, y por otro tiene tanta gracia la misiva, está tan bien retratado en ella el autor, que dudo que nadie lo pueda hacer mejor ni con más verdad.

El único defecto que á mi juicio tiene el brillante periodista, empieza por reconocerlo él mismo: su indolencia musulmana.

En cambio se le ha olvidado consignar dos datos muy importantes de su vida periodística, ó tal vez los ha omitido por modestia.

Voy, pues, á subsanar ambas omisiones.

La primera es que á la muerte de Enrique Hernández, aquel maestro del periodismo, sin rival en la *Miscelánea política* que tanto renombre dió á *El Imparcial*, y en cuya sección se le juzgaba insustituible, Pepe de Laserna se vió obligado por la fuerza de las circunstancias á encargarse de dicha sección, y lo hizo con tanto gracejo é intención desde el primer día, que en nada se echó de ver la falta del maestro. Su aticismo y cultura literaria le sirvieron entonces de mucho.

La segunda omisión es que al presente hállase encargado en el mismo periódico de la crítica dramática, y la ejerce con tal sinceridad é independencia de carácter, que si

le han hecho reftar algunas amistades, en cambio le han proporcionado el general aplauso, pues se ve en sus escritos, al juzgar obras y actores, una imparcialidad de la que prescinden frecuentemente sus compañeros.

L.

El divino sainete.

*Nel mezzo del cammin di nostra vita,
mi ritrovai per una selva oscura.....*

(LA DIVINA COMEDIA.)

(Noche cerrada. Tempestad fragorosa. Lluève á torrentes. EL HOMBRE, despeado, calado hasta los huesos, anhelante, casi exánime, se detiene ante una encrucijada y vacila en su rumbo, sin decidirse por ninguno de los caminos que muestra de vez en cuando, á sus ojos extraviados, la siniestra luz del relámpago.)

EL HOMBRE.

¿Por dónde? Y.... ¿adónde? ¡Qué horrible incertidumbre! Por cualquier parte y á cualquier parte. Tengo ropa negra, aunque algo mojada. A luchar, á llegar, á triunfar. El poder, el mando, las riquezas, la gloria.....

LA VOZ DE CALDERÓN.

«El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles,
Y á veces el entremés.»

EL HOMBRE.

¡Ah! Sí. Filosófica sentencia que corta los vuelos á mi ambición y me anticipa sabiamente el desengaño. A un lado las pompas y vanidades mundanales. Eso: la filosofía que consuela, la virtud que aquieta.....

LA VOZ DE LOPE.

«Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos;
El uno conduce al otro,
Llorando van y pidiendo.»

EL HOMBRE.

¿Tampoco por ahí?..... Ya lo encontré. No hay mejor camino. La Poesía me abre sus amorosos brazos. Tuyo soy. ¡Oh, diosa ideal, extraterrena, suprasensible! ¡Oh, musas bienhechoras, infundidme vuestro divino soplo!

¡Extenderse, crecer, tocar las nubes!

Pero otra voz me interrumpe y se burla. Y, para cruel sarcasmo, es la voz de Argensola, ¡un poeta! Déjame el azulado cielo, poeta.

LA VOZ DEL POETA.

«..... ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!»

EL HOMBRE.

Bueno. Musas, no me infundáis nada. Basta de *infundios*. Tanta belleza no es verdad. Vamos por el camino de la verdad, busquemos la verdad, desposémonos (¡oh Isaías; oh Silvela!) con la verdad.....

LA VOZ DE CAMPOAMOR.

«En este mundo traidor,
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.»

EL HOMBRE.

¡Bah! Humorismos. La verdad es una. ¡Á mí los filósofos! La verdad es una, inmutable, eterna. ¡A mí los filósofos!

LA VOZ DE PASCAL.

«Verdad aquí, mentira allá.»

EL HOMBRE.

Renunciemos. (*Pausa. Relampaguea.*) ¡Bendito relámpago! Has alumbrado, por fin, la florida senda del amor. ¡El amor! ¡Todo por el amor! ¡Ah, el amor! Manjar de los dioses, llama inextinguible, delicioso néctar, dulce cadena, veneno y bálsamo, sacrificio y redención.....

LA VOZ DE HAMLET.

«Palabras, palabras, palabras.»

EL HOMBRE.

¡Palabras! (*Otro relámpago.*) ¿Qué dice ahí? «Camino de la ciencia.» Este es el camino. Me salvé. ¿Y la ciencia? Ya no me interrumpen la voz implacable. ¿Y la ciencia?

LA VOZ DE BRUNETIERE.

«Se ha declarado en quiebra.»

EL HOMBRE.

Entonces, ¿qué? Ni ciencia, ni amor, ni verdad, ni poesía, ni filosofía, ni virtud, ni riquezas, ni poder, ni gloria..... Entonces, ¿qué?

LA VOZ DE ESPRONCEDA.

«Que es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura.»

EL HOMBRE.

Pues se acabó la historia. (*Saca una pistola.*)

LA VOZ DE ARGENSOLA.

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

EL HOMBRE.

¡Oh! (*Tira horrorizado el arma.*) Suframos. Castiguemos nuestros deseos, reprimamos nuestras ambiciones, echemos por el camino del valle de lágrimas sin chistar..... El premio vendrá luego, más allá, más allá.....

LA VOZ DE BARTRINA.

«¿Y si después resulta que no hay cielo?»

EL HOMBRE.

¡Dios mío! ¿Dios?..... ¿Mío?.....

LA VOZ DE VOLTAIRE.

«Si Dios no existiera, habría que inventarle.»

(*Ha escampado. Comienza á amanecer. Á pocos pasos de la encrucijada se divisa una choza de pastores. EL HOMBRE se dirige á ella, cae rendido en el suelo y se duerme. Momentos después sueña en alta voz.*)

EL HOMBRE.

(*Soñando.*)

Viva, mueran, un bisté con patatas, vida mía, que salga el autor, ministro, vaya un invento, cuando herede á mi tío, todo está averiguado, no se sabe nada, esa es la verdad, mentira y mentira, infame, el premio gordo, traición, seis duros lleva el dos.....

(*Prosigue pronunciando frases y palabras incoherentes. Se despierta, vuelve á comenzar el monólogo, vuelve á dormirse, vuelve á despertarse, y así sucesivamente, porque este sainete, como divino que es, no tiene fin.*)

JOSÉ DE LASERNA.

Madariaga, Federico de.

En la *Galería de Simb'anzas* que en 1831 publicó *La Correspondencia Militar*, se decía del coronel Madariaga:

«Hijo de una época creadora y nueva, sin que en su gestación y mo los tuviera poco ni mucho; revelado por un pensamiento y un corazón como el de Prim, el hombre tenía que ser, sin darse cuenta tal vez, la encarnación de capitales ideas, el verbo y la palabra de generaciones filtradas por las aguas de la avalancha desencadenada.

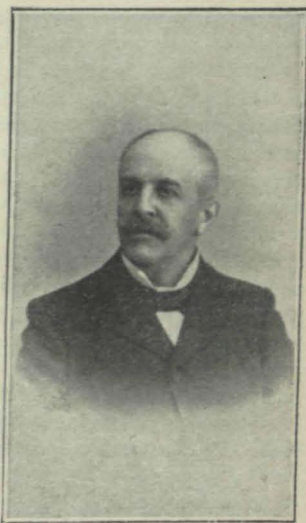
»Y así fué verdaderamente. Federico de Madariaga surgió como uno de los apóstoles más leales, más solícitos, más batalladores y fuertes del progreso militar.

»Su cultura fina y bien cuidada; su imaginación voladora y fogosa; su alma noble; su fe, y sobre todo, su palabra, sirvieron á maravilla para realizar el objetivo á que venía obligado por los tiempos y las circunstancias.

»En la Academia y en la cátedra; en el diario, en la revista y en el libro, Madariaga resultó el propagandista más temible de las creencias y de los fines que encajan en el moderno soldado.

»Su oratoria, caldeada y viva, tomaba las temperaturas y los cambiantes del apóstol; su agudeza y su ilustración, juntas con su lealtad y pundonoroso patriotismo, constituyeron el freno en sus fructíferas y laboriosas campañas.

»Trabajó en todas partes; fué á la guerra, y luchó como un bravo; de retorno en Madrid, elaboró mil proyectos, gastó el fósforo, la actividad, la energía.... y mientras aquellos que aprendieron de él, y de él recogieron los destellos de su saber y de su inteligencia, subían ó trepaban por la escala jerárquica, llegando á jefes, á coroneles, á generales...., Madariaga marcaba el paso y pasaba plaza de capitán y de comandante, con la propia sangre fría y resignación que aquel gloriosísimo aventurero alemán pasaba plaza de soldado en las compañías castellanas.



»Picado de la viveza soñadora y del muelle y codicioso temperamento que nos dejaron los muezzines y las sultanas, Federico de Madariaga fué digno heredero de aquellos que en las callejas de Granada, Sevilla ó Valencia galanteaban, reñían, rajaban y caían á la póstre, aunque sin dejar abatirse el brío y el aliento de la mocedad.»

Y luego de lamentarse de que por su aislamiento incomprensible no haya llegado á donde tantos otros sin sus cualidades y méritos, se añadía:

«Cuando algún día se pesen y aquilaten las evoluciones por que ha pasado la institución militar en los cuatro últimos lustros, la historia pondrá por delante de muchos ministros de la Guerra y de muchísimos generales el nombre del orador, del propagandista, del literato, del apóstol, del infatigable adalid del progreso militar, oficial de Infantería, Federico de Madariaga.»

El conocido escritor D. José Ibáñez Marín, bizarro jefe del arma de Infantería y que tanto se ha distinguido en la campaña de Cuba formando parte de la columna del ilustrado general Segura, publicó en *La Ilustración Nacional*, el 30 de Enero de 1895, una biografía del entonces teniente coronel Madariaga, «verbo admirable de la oratoria militar».

De esa biografía tomamos los siguientes párrafos:

«Federico de Madariaga es una de las figuras de más simpático relieve del ejército español.

»Primero entre nuestros oradores militares; tratadista de gran doctrina y poco dado á delirios de escuela; escritor de gracia sin igual, probada en libros y en artículos innumerables; hombre de su tiempo, caballeroso, cortés, pulcro....., si Federico de Madariaga hubiese sentido la començon ó el vértigo de los espíritus ambiciosos, sería hoy uno de los poderes más verdaderos de nuestro estado militar.

»Pero se contenta con ser lo que es: el teniente coronel de Infantería D. Federico de Madariaga, querido y respetado de todos, hidalgo y obsequioso con los iguales é inferiores, un tanto despegado, huraño y altanero con los de arriba..... Y aun cuando la frase del férreo general Narváez fuera ayer, como es hoy y como lo será siempre, una triste verdad derivada de la condición humana, Madariaga ya casi es una excepción: entre las mercedes repartidas, el ángel y la condición del sujeto, seguramente abierta la urna del plebiscito..... no tendría ni un voto en contra.

»Militar de clásico espíritu, todo lo que trasciende á castrense le enamora, aviva su espíritu, enciende su alma de filósofo y de poeta..... El hecho heroico y la frase del recluta estulto; la faena y brega del combate, como los lances de la vida del cuartel; el emblema sagrado, lo propio que el enser del más rancheril menaje..... ; hasta la patata, con la judía y el bacalao!, por su carácter de «aforados de guerra», han arrancado de su pluma ó de su boca frases de eterna recordación.

»No le busquéis en las intrigas de la encrucijada burocrática, ni en las revueltas del club ó del charlatanismo consagrado. Buscadle en plena luz, en el fanal del mundo modesto y generoso, en los combates de la inteligencia y del saber. Allí le hallaréis como en su centro, sin rencores, con fuego, con hidalguía de muchos quilates..... ¡Qué hermoso y cuánto es el esplendor de este espíritu singular!»



Aparte de sus innumerables discursos en el antiguo Ateneo, en el Centro del Ejército y de la Armada, en el Ateneo de Valencia, en el Círculo Militar, en diversas solemnidades académicas, entre los que merecen especial mención los pronunciados en el Paraninfo de la Universidad Central en 1881 y en el teatro de la Alhambra con mo-

tivo de las fiestas del Centenario de Calderón, el Sr. Madariaga ha dado á luz varias de las defensas que tuvo á su cargo ante los tribunales del fuero especial, alguna de las cuales se estiman como modelos en su género.

En el periodismo ha trabajado de treinta años acá: en *El Peninsular* y en el *Diario de Cádiz*, en *La Revista Gaditana*, en varias publicaciones valencianas, en *El Resumen* (primera época), donde tuvo á su cargo *El Mundo Militar*, y en *El Nacional*, dejó huellas profundas de su inmensa labor.

Sus obras literarias más conocidas son: *En el cuarto de banderas* y las *Escenas de cuartel*, una y otra modelos de exquisita gracia.

En cuanto á sus trabajos profesionales, son muchos y constituyen varios tomos. Ha sido presidente de la Sección de Literatura del Ateneo Científico y Literario de Valencia y Vicepresidente del Casino Militar de Madrid en la primera Junta que eligió dicha Sociedad.

Lá Administración en España.

Vivimos en España bajo la influencia funesta de la administración de partido, que es uno de los males que más hondamente perturban y desacreditan el régimen moderno.

La esencia y la misión del Estado consiste en hacer justicia á cada uno y procurar el bien de todos. Las instituciones políticas no son otra cosa que medios y garantías para la obtención de esos fines; pero donde existe una justicia que no puede sustraerse por entero á las influencias de partido y una administración que se pone al servicio de un bando, allí la justicia y la administración son la negación de la esencia y de la misión misma del Estado.

No podemos afirmar, ni tenemos para qué averiguarlo, si en España la justicia logra evitar la influencia de la política de los partidos. Es más: lo reconocemos de buen grado, si así se desea. Pero lo que sí afirmamos, y la conciencia pública se encarga de demostrarlo, es que la Administración española no es, en puridad, otra cosa que un instrumento en manos del partido que manda, sea éste el que fuere.

El oficio del Estado consiste en subordinar los intereses de cada ciudadano y de cada clase al interés público. El Gobierno de partido invierte los términos, subordinando el interés público al suyo propio. ¿No es esto lo que aquí ocurre? ¿No hemos llegado al caso de que muchos, creyendo que ese grave mal es defecto inevitable del régimen constitucional y parlamentario, concluyen que existe una contradicción entre esta forma de gobierno y el fin racional de la sociedad?

Olvidan los que así piensan que el sistema constitucional ha sucedido de improviso, entre nosotros, al absolutista. Olvidan que se ha pasado repentinamente de gritar: «vivan las *caenas*», á cantar el himno de Riego, sin tener en cuenta que las libertades políticas no destruyeron el feudalismo de la Administración, y por eso los reglamentos de Fernando VII son hoy todavía la ciencia de los funcionarios que intervienen en la algarabía del expedienteo. Olvidan que el régimen constitucional encontró, y aún conserva, una máquina administrativa montada por el despotismo.

*
* *

Y porque está montada conforme á la índole del despotismo, por eso, porque es un organismo constituido para obedecer ciegamente al que manda, sin *límites* ni *garantías*, se convierte en un instrumento de fácil manejo en manos de un partido, cuando éste tiene en las suyas el gobierno de la nación.

Un profesor ilustre de la Universidad de Berlín, Gneist, ha mostrado, en su estudio acerca del sistema representativo en Inglaterra, los efectos de un Gobierno de partido implantado en el mecanismo administrativo de un estado monárquico absoluto, tales como el abuso de la fuerza en contra de los vencidos, la distribución de los empleos entre los adeptos, y, como consecuencia de ambos, una alteración profunda en todo el derecho público, porque, en suma, todos los actos del Estado se transforman en *promesas* ó en *amenazas*.

¿Han cambiado las cosas en el régimen constitucional? La variación de sistema no ha mudado la sustancia del atropello administrativo. Lo que ha hecho ha sido acelerar el proceso de disolución, porque los funcionarios servían antes á un amo solo, y ahora, convertidos en agentes electorales, sirven á muchos por agradecimiento ó por instinto de la propia conservación. Los diputados amparan con su influencia á aquellos que claudican por servirles. El ministro, en último término, resuelve toda reclamación, y luego que el ministro ha resuelto, de acuerdo siempre con sus prosélitos, no lo que es justo, sino lo que á éstos conviene,

entonces ya puede decirse: *Papa locutus, causa finita*. El infeliz que quiera justicia, que la pida á Dios en el cielo, porque en la tierra no la hallará.

*
* *

Hace años, en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid, el Sr. Silvela, ocupándose de la Administración pública en España, aseguró que á ésta le daña el exceso de reglamentación. Y después de algunas atinadas observaciones acerca del particular, afirmó que era de urgente necesidad limpiar á la política de los caballeros de industria, dando término á la guerra que existe entre la sociedad y la Administración, *guerra en la cual el poderoso triunfa de la Administración, y los descalidos son atropellados sin consideración alguna*.

El predominio de las clases acomodadas en todas las esferas y todos los órdenes del actual sistema social se acentúa de día en día. Tan grande es el abuso de los afortunados, que uno de los problemas más graves de nuestros tiempos es encontrar la manera de restablecer el principio de la equidad en las relaciones entre los pobres y los ricos, perturbadas honda y terriblemente por el monopolio injustificado que ejercen los patricios de la sociedad moderna.

En el orden político y en el orden administrativo, el rico lo es todo. El pobre, excluido de uno y otro, ni es ni significa nada. Desde el cargo de elección popular hasta aquellos que se confieren por el Gobierno, ó por sus representantes, por la provincia y el municipio, todos, absolutamente todos, son, por privilegio irritante, del exclusivo dominio de los ricos.

Exígesse á los pobres el cumplimiento estricto, riguroso de todos sus deberes, y nadie les ampara cuando se les priva, por medios indirectos, de la posibilidad de hacer uso de alguno de los pocos é irrisorios derechos que se les conceden á cambio de infinitos que se les niegan.

La influencia la ejercen con inaudito descaro, con inmoderado afán, las clases acomodadas, de cuyo seno han salido y con cuyo apoyo se han improvisado desde el diputado hasta el alcalde, desde el funcionario al escribiente.

¿Qué resulta de aquí? Que el pobre, verdadero paria en la organización social, donde apenas si es una cifra en las estadísticas, es también un paria, ¡pero qué paria!, en la organización administrativa.

En esta última, sobre todo, ¿qué es lo que puede conseguir el pobre? ¿Con qué elementos, por su parte, puede luchar frente á esa máquina colosal que sólo se mueve á impulsos de la influencia, que no atiende más que al favor, al compadrazgo y al caciquismo? Una pulga contra un ele-

fante, no da sino remota idea de lo que es el pobre en lucha con la Administración.

El rico, cuando no ejerce por sí mismo, coloca en todos los cargos de la jerarquía administrativa sus paniaguados y protegidos. Poco importa que carezcan de condiciones de capacidad, de competencia y de moralidad. La ley es rigurosa para el pobre. El muñidor electoral encuentra siempre diplomas de aptitud en su propia credencial. No hay universidad que confiera tantos grados como una buena recomendación.

El Gobierno sostiene al diputado en las luchas de campanario, para que á su vez el diputado le apoye en las luchas del Parlamento; el diputado emplea su influencia en favor del cacique en pago de votos; el cacique pide siempre lo que conviene á los agentes y electores; y como éstos viven de la sangre del pobre, la sangre del pobre se extrae por medio de uno de los más terribles vampiros que se conocen: por medio del *expediente*.

*
*
*

El *expediente* es el arma del rico contra el pobre en el orden administrativo. Es la iniquidad convertida en minutas, registros y comunicaciones. En el *expediente* ponen todos las manos para estrujar, y todos ponen las bocas para beber. El Gobierno deja hacer, cuando no es el que bebe y estruja; el diputado estruja, y á veces bebe; el cacique bebe siempre. El burócrata come donde el cacique bebe. El pobre se queda sin sangre y sin huesos.

Reclama, pide, suplica, llora, va, viene, retorna. ¡ Infeliz! ¡ Ignora que el expediente carece de entrañas! ¡ Ignora que el expediente es su enemigo natural! ¡ Ignora que las ruedas del expediente se mueven á impulso del favor!

Pero si prosigue por tal camino el predominio de los ricos; si el pobre ha de sufrir humillaciones para alcanzar lo que es suyo; si ha de continuar siendo un desheredado, entonces llegará algún día en que recuerde que también tiene derecho á la participación en el ejercicio de los poderes; pensará que en su clase hay hombres aptos para los cargos públicos; se acordará que tiene derechos que reivindicar, y entonces pedirá un sitio en el banquete de la fortuna.

¿Cómo lo pedirá? Esta es la cuestión. Mediten los ricos. Recapaciten en que lo que con justicia reclaman, si no se da de buen grado se conquista, como se han conquistado muchas cosas en el mundo, y no olviden que la responsabilidad de ciertos hechos ha sido siempre de los que los provocan.

FEDERICO DE MADARIAGA.

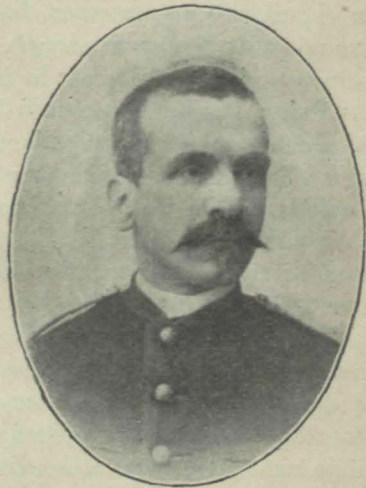
Martín Arrúe, Francisco.

A los diez y seis años, en 1866, el Director general dispuso que se hiciese constar en su filiación de caballero cadete *su constante aplicación y ejemplar conducta, que sobresale notablemente entre todos sus compañeros, para justa satisfacción de su honrado comportamiento.*

Su nombre adquiere prestigio militar en muchos hechos de armas ocurridos desde el 69 al 75. Ellos formaron los cimientos del empleo de coronel que hoy disfruta.

Difícil es saber cuáles fueron sus primeros artículos literarios; quizá comenrase la pluma á trazarlos describiendo á un amigo los horrores necesarios de un combate, y el amigo siendo indiscreto con la prensa. Es lo cierto que el Sr. Martín Arrúe tiene átomos de su inteligencia repartidos en periódicos militares y civiles, ilustraciones y revistas, desde la venida del rey D. Alfonso XII, y cantidades finitas de ella en obras científicas, como *Campañas del Duque de Alba, Historia del Alcázar de Toledo, Estudio histórico de la guerra de Crimea, Estudio histórico de la guerra de Italia, Estudio de las campañas de 1866 en Bohemia é Italia, y Breve compendio de Historia Militar.* De ésta, siendo tan breve y tan compendio, lleva publicadas tres ediciones, y contiene los brillantes párrafos que, por parecer escritos para hoy, los copiamos gustosos en el lugar dedicado en este libro á su trabajo literario.

Y para dejar espacio á él no nos detendremos en hablar de sus novelas *Soledad, Un matrimonio por amor y La cuerda de cáñamo*, ni en cantar sus triunfos como orador, ni en relatar sus explicaciones el curso pasado y el presente en las clases de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.



Decadencia militar de España y sus causas.

Con las grandes conquistas hechas en América durante los reinados de Carlos I y Felipe II se habían ensanchado hasta lo increíble los vastos dominios de la Monarquía española, en cuyos horizontes no se ponía el sol; pero este mismo engrandecimiento la había convertido en un coloso de gigantescas proporciones, fuerte en apariencia, débil en realidad, porque no podía bastar la energía vital de España, por mucha que fuese, para conquistar y colonizar la América y sostener guerras continuas en los Países Bajos, Alemania é Italia, sin extraordinarios esfuerzos que fatalmente habían de aniquilarla. Esta debilidad real, mientras sostuvieron la inmensa pesadumbre de la gobernación de tan heterogéneos Estados, como eran los que formaban la Monarquía española, los robustos hombros de Carlos I y Felipe II, pudo disimularse; pero cuando recayó en los débiles de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, no, y rápidamente fué desplomándose poderío de tan poca solidez.

El espíritu aventurero de los españoles los llevaba á América, vasto campo para satisfacer su ambición, codicia y afán de gloria, y los alejaba de los campos de batalla europeos y de los cultivos de España; y esta constante emigración, unida á transcendentales errores económicos, produjo un triste mal: la despoblación de España, su empobrecimiento; porque, como en ella se trabajaba poco, el dinero que venía de América no quedaba en la Península, reducida á ser *pueblo de plata* por donde pasaba ésta para ir á enriquecer á pueblos más industrioses que nos surtían de todo; y el alejamiento de soldados españoles de los ejércitos del Rey de España, que si ya en los tiempos prósperos contaban casi tantos soldados italianos y alemanes como españoles, llegó día en que se compusieron casi exclusivamente de tropas extranjeras, alemanes en su mayor parte.

Una nación pobre, despoblada, sin industria, empeñada continuamente en grandes guerras, forzosamente ha de hallarse en el período de su decadencia militar; porque sin dinero, recursos, ni hombres, no es posible obtener éxitos en difíciles campañas. La guerra de los Países Bajos había sido para España una sangría suelta, en que consumió hasta la preponderancia militar, y proverbial se hizo en España la dificultad de *«poner una pica en Flandes»*.

Tradicional llegó á ser en aquella época que nuestros soldados se batieran sin pagas, y la indisciplina consiguiente é esta causa perenne de disgusto perjudicaba al desarrollo de las operaciones y al éxito de las campañas; y no hubo siempre caudillos de la talla y energía del Duque de Alba, Requesens y Alejandro Farnesio que, á la vez que sofocaban motines de la soldadesca, pudieran sostener con gloria la reputación militar de las armas españolas.

Además de estas causas, la fatal política de la dinastía austriaca, que nos comprometió de continuo en guerras en que ningún interés español se ventilaba, y nos hacía intervenir quijotesicamente en lo que no nos importaba, influyó mucho en la decadencia militar de España, y la hizo inevitable. Con la decadencia militar coincidió, como siempre sucede, la decadencia política.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

Martín Redondo, Fernando.

No estoy seguro, pero creo que este distinguido y laborioso escritor tiene el triste privilegio de ser hoy el periodista más antiguo de la villa y corte.

Vino á ella en 1848 á terminar la carrera de Medicina, que había comenzado á cursar en Valladolid, su ciudad natal, aprobó el cuarto año y..... no volvió á pisar las aulas de San Carlos.

En cambio no había redacción de periódico que no frecuentase, apareciendo su firma al pie de ingeniosos artículos, que aún pueden leer los aficionados á las letras en las colecciones del *Semanario Pintoresco* y de *La Ilustración*, periódico universal, de D. Ángel Fernández de los Ríos.

Cuando este notable publicista fundó en 1850 *Las Novedades*, Martín Redondo entró á formar parte de la redacción, colaborando al propio tiempo en *El Clamor Público*, con trabajos político-satíricos de verdadera intención y gracia.

Tres años después era redactor jefe de *El Mensajero*, y la brillante campaña que hizo en sus columnas le valió ser solicitado con empeño para dirigir *El Correo Universal*, diario independiente.

El tacto y buen juicio de Martín Redondo, desplegados en la dirección que corría

á su cargo, le captaron el aprecio de sus compañeros y la simpatía y consideración de sus adversarios.

Al refundirse *El Correo Universal* en *El Occidente*, periódico moderado, su propietario, D. Cipriano del Mazo, puso formal empeño en que Martín Redondo ayudase á dar vida á la nueva publicación, que contaba entre sus redactores hombres de tanta valía política y literaria como D. Luis González Bravo, D. Fernando Cos-Gayón, D. José María Albuérne y otros que sería prolijo enumerar.



En 1858, la hoy *Correspondencia de España* dejó de publicarse litografiada y principió á salir impresa, titulándose, si mal no recuerdo, *La Correspondencia Autógrafo*. Al genio y á la actividad de su propietario, D. Manuel María de Santa Ana, no podían ocultársele las condiciones personales de Martín Redondo y lo útil de su colaboración; así es que desde el primer día le señaló un puesto en el periódico que ha venido á ser *eco imparcial de la opinión y de la prensa*. Y ahí le tienen mis lectores, después de cuarenta años de labor diaria, trabajando con igual fe y constancia que cuando dejó la Medicina por el periodismo.

Martín Redondo, aparte de su cualidad de periodista, es un literato apreciable por el fondo y la forma de sus concepciones.

Ha colaborado, ya con su firma, ya con seudónimo, en muchas revistas y periódicos, entre ellos *El Imparcial*, *La Ilustración de Madrid*, *La Ilustración Española y Americana* y *La Ilustración Católica*.

Años hace que dió á la estampa el interesante libro *Un cazador predestinado*, viendo en poco tiempo agotada la edición; y allá, cuando existía el teatro de la Cruz, escribió una pieza cómica en unión de José Marco, pieza que tuvo gran éxito y que mantúvose en los carteles infinidad de noches.

En la actualidad, y casi á diario, inserta en *La Correspondencia*, con la firma de F. M. D'Ornedo—anagrama de su nombre,—una colección de *Fábulas cuasi-morales escritas por animales*, en las que demuestra que su musa no ha envejecido y que aún tiene gran acopio de sal y pimienta.

L.

¡ Con tres jorobàs !

Era una gran ciudad de Oriente. Lláménla ustedes como quieran, porque he olvidado su nombre.

Mucho más grande que la ciudad era una planicie contigua á la misma y desprovista de toda vegetación y vivienda.

No puedo precisar el año en que ocurrió en aquella explanada de aquella ciudad el hecho más portentoso que registran sus anales, suponiendo que allí existan anales y éstos registren algo.

Pues, como iba diciendo, en el terreno de la explanada de autos habíase construído una especie de plataforma ó tablado limpio de todo adorno.

Gentío inmenso iba invadiendo, desde distintos puntos de la población, la anchurosa llanura y agrupándose en derredor y á respetable distancia del estrado. Es fama que sólo quedaron en la ciudad los enfermos graves; todos los demás habitantes, formando á modo de arroyuelos, ríos y torrentes, por callejuelas, calles y plazas iban afluyendo al vasto receptáculo y estacionándose donde mejor les parecía.

Al ver aquellos preliminares, cualquier extranjero habría exclamado sin ser profeta:

—Aquí va á pasar algo.

Con efecto, empezó á pasar por la puerta más cercana de la ciudad una brillante comitiva, formada por el rey de aquel territorio con sus mujeres, hijos, dignatarios, servidores, etc., etc. Pasó luego la escolta, que por medio de una evolución admirable, ensayada durante quince días en el campo de maniobras, formó en círculo, rodeando el tablado. Pasó después un palafrenero conduciendo un hermoso camello, y situándose con él cerca de la tropa. Y, por último, aislado de todo contacto con los demás, pasó un individuo de sombrío aspecto, alto, cepillado de carnes, rostro hirsuto, mirada incierta, cabello lacio y barba enmarañada. Vestía de negro, contra la costumbre en aquel país, y oprimía en la mano derecha una especie de grueso bastón al parecer, y que podría ser muy bien el mango de un hacha.

El rey llegó al pie de la escalerilla muy sereno, y, separándose de la comitiva, subió solo á la plataforma y tomó asiento en el único taburete que había en ella, próximo á un mueble extraño que hubiera podido ser un tajo si el artífice que le construyó hubiera querido que lo fuese.

La presencia del monarca produjo en la muchedumbre un movimiento de vivo interés y un murmullo, inmediatamente reprimido y transformado en sepulcral silencio al aparecer en el tablado el hombre negro, que se situó, en pie, un poco detrás del rey.

Una vez en el cadahalso—¡ya la solté!—ambos personajes, va á desarrollarse el tremendo suceso. Ahora sí que puede decirse con mayor fundamento: «Aquí va á pasar algo.» Este algo lo ha adivinado ya la perspicacia de mis lectores, porque hemos convenido en que los lectores son siempre perspicaces.

Pues nada, no han perspicaciado ustedes ni una tilde. Ni aquel rey es un precursor de Carlos I de Inglaterra, ni aquel lúgubre individuo es un verdugo, ni se trata de la ejecución de un reo ó de un drama; ni aquel tablado es un patíbulo..... ¿Que por qué le llamé *cadahalso*? Porque esta palabra, aunque anticuada (y por eso solté aquella exclamación), designa en castellano un tinglado de madera análogo al de mi cuento..... Otra ligereza mía: llamar cuento á esta portentosa historia.

Y como, al paso que voy, me va á faltar papel y tiempo para contarla, lo haré con una concisión y sobriedad de frase dignas de Tácito, y perdonen ustedes la comparación.

*
* *

Lo que allí va á perpetrarse es un milagro de la magia. Aquel hombre de la negra vestimenta es un sabio que, á fuerza de estudio y de romper alambiques y retortas, ha descubierto un líquido..... *para volar*. Posible es que el álcali volátil entrase en la composición; no se sabe. El rey quiso ver, y que su pueblo viese, la prueba del milagro. Tal es la explicación de todo aquel aparato. El sabio declaró que su poder mágico no alcanzaba á hacer volar más que á un camello, y si hubiera de repetirse el experimento, habría de ser siempre en idénticas condiciones de *lugar*, de *tiempo* y de *sujeto*.

Se le tuvo por loco, mas al fin se le otorgó la venia con esta lacónica fórmula cancilleresca:

—Ó vuela el camello, ó muere *ipso facto* el sabio.

¡Y el camello voló!

Voló después de hacerle el sabio una aspersion con el utensilio que llevaba en la mano, y que era sencillamente una escoba.

Cuando el mamífero se elevó á algunas varas del suelo, estalló en la muchedumbre un grito unánime de admiración. Luego, á medida que iba subiendo, figurando con las patas los movimientos de natación, el asombro de las gentes revistió el carácter de un terror religioso.

Ya no se oían gritos, voces ni murmullos. Todas las cabezas se alzaban, todos los ojos seguían la marcha del camello, todas las fisonomías estaban lívidas y contraídas, todos los pechos jadeantes. Un silencio absoluto se extendía sobre aquella inmóvil multitud como un paño fúnebre sobre una necrópolis.

Y el camello subía, subía, reduciéndose sus dimensiones á medida que se alejaba. Ya parecía un buey, ya una oveja, ya un águila, ya una alondra, ya..... se perdió en el horizonte.

La desaparición del volador cuadrúpedo fué como la señal de una terrible tempestad en aquel mar de seres humanos.

Rugidos como de fieras hambrientas, gritos de angustia, ayes de terror, carcajadas epilépticas; oleaje tremendo que se extiende en todas direcciones; brazos que se agitan en todos sentidos; mujeres y niños que sucumben aplastados por aquel monstruo de cien mil patas; personas muertas por la impresión moral de aquel fenómeno, como por una descarga eléc-

trica..... Imposible bosquejar aquel cuadro, que probablemente no volverán á ver los mortales.

El camello reapareció á poco rato en el punto por donde se había eclipsado, y vino á posarse en el tablado junto al rey y el hombre negro.

El gentío, siempre gritando, rompió el cordón de tropas, arrancó de cuajo la plataforma, la levantó en hombros y paseó en triunfo al sabio, al camello y al rey; que en este orden jerárquico colocaba á los tres en su estimación y aplauso la masa popular.

La noticia del estupendo suceso se extendió rápidamente por los ámbitos del reino, y se comunicó á los demás países por medio de correos. Por cierto que uno de los párrafos del camellograma en que lo anunciaba el ministro de Negocios Extranjeros, decía:

«Sensible es, en medio de tan jubilosa efervescencia, que no se haya aún inventado el telégrafo, para poder transmitir con más prontitud la extraordinaria nueva.»

*
* *

Al día siguiente, y durante otros diez, se repitió el espectáculo exactamente en las mismas condiciones, tocante á la voladura, y casi con idénticos efectos en la concurrencia, si bien no hubo muertos ni graves contusos.

En la siguiente década, aunque ya no con un lleno completo—á pesar de los muchos forasteros que acudían á presenciar el milagro,—el entusiasmo fué también delirante, pero se prescindió del paseo triunfal porque el rey dejó de asistir á un acto que no le ofrecía ya nada nuevo, y por consiguiente, no se instaló el tablado.

Tercera década.—Sube el camello, baja el camello; se admira, se grita, se aplaude, se aclama al alquimista.

Sin embargo, ni el gentío es tan grande ni el entusiasmo tan ardiente como en las anteriores décadas. Bien puede decirse que ha disminuído en una mitad.

Cuarta década.—El camello sube en los aires con estricta sujeción al programa, y la concurrencia lo saluda con voces y palmadas; pero un día porque un chaparrón inesperado dispersa á una parte del público, otro día porque el sol abrasa las cabezas, otro porque han empezado las fiestas religiosas en el templo de la Luna Nueva, es el caso que mucha gente no aguarda el descenso del cuadrúpedo y se retira de la explanada.

Quinta década.—Escasa concurrencia. La mayoría acude como á un punto de reunión. Se han establecido tiendas de campaña donde se ex-

penden confituras y refrescos. Se forman corrillos y paseos. Los jóvenes miran á las muchachas, sin cuidarse del camello, y las chicas no miran al camello por mirar á los muchachos. Se bromea, se hacen chistes á expensas del camello y del sabio. Llega en esta década la despreocupación y la falta de respeto al hecho sobrenatural hasta el punto de que una caterva de jovencuelos, y aun adultos, formados en fila al empezar la ascensión del rumiante, exclaman al unísono: «¡Aaah!», simulando una sorpresa que ya nadie siente después de cincuenta exhibiciones matemáticamente iguales.

Sexta década.—No pasan de cincuenta ó sesenta los espectadores, en su mayor parte extranjeros. Cuando empezaba á subir el camello, cunde entre la gente la voz de haber llegado á la ciudad una compañía europea de titiriteros que está dando una función gratuita en la Plaza de Sirio. La noticia despierta algún interés. Un segundo emisario añade que, entre otros bichos raros, se enseña al público un dromedario con *tres* jorobas.

Algarada y dispersión general.

Todos echan á correr hacia la plaza, ansiosos de saciar su curiosidad palpando la joroba suplementaria, y dejan solo al sabio, mientras el camello sigue imperturbable navegando *por el piélago inmenso del vacío*.

El rey, enterado de todo por sus cortesanos, mandó que se cortasen los vuelos al camello; que se le encerrase con sus otros colegas en las reales camellerizas, y que se extendiese á favor del sabio el nombramiento de Milagrero mayor del reino, con prohibición absoluta de descubrir milagros nuevos.

Así acabó el de mi oriental historia, y así acabarían las más estupendas creaciones del genio en el orden sobrenatural si se repitiesen un día, y diez, y ciento, sin variedad alguna en sus formas de manifestación.

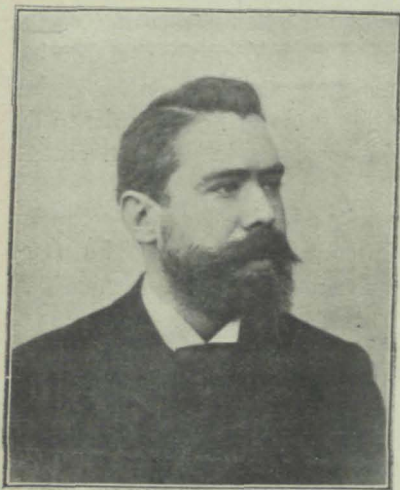
FERNANDO MARTÍN REDONDO.

26 de Noviembre de 1898.

Moya, Miguel.

Una de las figuras más simpáticas y estimables del moderno periodismo en España es, sin duda alguna, el actual Director del popular periódico madrileño *El Liberal*, D. Miguel Moya y Ojanguren.

Su claro talento, su vasta ilustración, la bondad de sus sentimientos, la rectitud de sus ideas, la firmeza de sus convicciones, su trato agradabilísimo y su conducta intachable le han valido siempre merecidas distinciones y le han conquistado generales simpatías, de que son buena muestra las representaciones que en varias legislaturas le han confiado, ya en el Congreso, ya en la alta Cámara, y la elección y reelección para el cargo de Presidente de la Asociación de la Prensa, que desempeña con singular acierto desde que fué constituida.



Don Miguel Moya es madrileño. Nació en esta villa y corte el día 30 de Mayo de 1856. En 1872 recibió el título de abogado, y en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, donde fué Presidente de la Sección de Derecho público, dió notorias pruebas de su talento y de su saber, entre ellas la notabilísima Memoria que leyó en dicho Centro durante el curso de 1878 79, y que intituló *Conflicto entre los poderes del Estado*. Pero desde muy jo-

ven el periodismo le atraía, y á él fué con pasión irresistible, no, como otros muchos, buscando en él medros políticos ó provechos de legitimidad discutible, sino con la pureza de intenciones, con el desinterés y la abnegación de quien abraza un sagrado sacerdocio por verdadera y firme vocación.

Dirigió durante muchos años *El Comercio Español*, órgano del Círculo de la Unión Mercantil; fundó después, en unión de otro excelente periodista, el Sr. Ortega Mu-

nilla, una revista literaria que no gozó de larga existencia; redactó las crónicas de *La América* durante los dos últimos años de esta publicación; colaboró en la *Revista Europea* y en la *Contemporánea*, y entró en la redacción de *El Liberal* cuando este periódico fué fundado, encargándose de la dirección, que aún conserva, en el año de 1890 y en circunstancias bastante difíciles, en que, no sólo tuvo que demostrar sus excepcionales aptitudes periodísticas, su talento y su discreción, sino también sus caballerizas cualidades y su valor personal. El crecimiento y la importancia que *El Liberal* ha conseguido bajo su inteligente dirección, dicen más en su alabanza que los más pomposos elogios. Bastaría recordar recientes campañas y traer á la memoria, si no estuviera en la de todos, su interés constante en la defensa de los altísimos intereses de la patria, de la libertad y del progreso, de todas las fuerzas vitales de la nación y de todos los derechos sagrados del pueblo, para justificar la consideración, el respeto y el cariño que todos profesan al Sr. Moya, sin distinción de clases ni de partidos, y el favor inmenso y creciente que conceden al popular diario de la mañana.

El Sr. Moya, que es un orador notable y un escritor excelente, pronunció en la sesión del Congreso del 12 de Marzo de 1890 un discurso, que obtuvo unánimes alabanzas, defendiendo una proposición de ley, de que era autor, en la que pedía con sólidas razones la separación de mandos (civil y militar) para el gobierno de las que fueron Antillas españolas, y ha publicado algunos libros, como *Puntos de vista* (colección de artículos literarios) y *Oradores políticos* (semblanzas de nuestros más conocidos hombres públicos), mereciendo sinceros y entusiastas plácemes de la crítica y el honor justísimo de que no pocos de aquellos trabajos hayan sido traducidos para publicaciones extranjeras.

El Sr. D. Miguel Moya y Ojanguren, Director de *El Liberal* y Presidente de la Asociación de la Prensa, es el verdadero prototipo del periodista digno y perfecto: un escritor excelente y un cumplidísimo caballero.

T. T.

Alegoría de un año.

Como los niños precoces, de quienes dijo Gloucester que mueren pronto, los años nacen condenados á pasajera vida. Apenas vista la cara cubierta de nieve del año que nace, el que se va desaparece, perdiéndose en lo infinito del tiempo como la deshecha nave combatida por las olas en un día de tempestad desaparece hundiéndose en lo profundo de los mares.

¿Quién llorará sus desventuras? Dejémosle pasar. Va triste, lloroso y aterido de frío. Se esconde como un mal pensamiento. Piérdese al fin.

Libre el año joven de tutelas, entrégase bien pronto á los ardores de una loca alegría. Pero no le condenemos. La culpa no es suya: es del Carnaval, que ha jurado pervertir á todos los años y que no quiere, por lo visto, ser perjuro. Bailes de máscaras, fiestas magníficas le precedieron; turbas estudiantiles, recorriendo gozosas durante la noche calles y plazas, entre alegre rasguear de guitarras, repicar de panderetas y gritos de contento le anunciaron, y el séquito variado y brillante de otras veces le acompaña. ¡Qué lástima que tenga que morir tan pronto! Hace una mueca entre horrible y graciosa; sacude al desperezarse, con las conmociones extrañas del cuerpo, los sonoros cascabeles del vistoso traje; mira inquieto á un lado y á otro como pájaro prisionero que busca la salida de su cárcel de alambre; ve el Domingo de Piñata abriéndole las puertas de la mística Cuaresma, llena de ayunos y abstinencias, y desaparece entrándose por ellas cargado de caretas descoloridas, bromas de alquiler, y trajes de seda que las manchas de vino, miradas por el sol, semejan *moiré*, como desaparece por escotillón un diablo de teatro, dejando tras sí rojiza llama, que muere apenas vista.

*
* *

La decoración ha cambiado. No representa el patio de una casa de locos, sino el severo pórtico de un templo. La careta sustituida por el tosco sayal del asceta, la orgía por el ayuno, la atronadora carcajada por el rezo ferviente. Ya tenemos en casa á la Cuaresma.

El campo se llena de flores y las iglesias de devotos. Desde las copas de los árboles, que empiezan á cubrirse de hojas y verdor, la compañía de ópera más charlatana, menuda, movediza y primorosa que darse puede, atruena el espacio con trinos y gorjeos, risas y lágrimas de ignorado idioma; y desde la gótica nave suben á la región divina, entre nubes de incienso, las plegarias ardientes de la fe. Aquella deleitosa vida cantada por Virgilio; los recuerdos del viejo Silvano; el labrador que con el corvo arado abre la tierra pródiga en frutos; la verde espiga que sube audaz hasta que el peso de su cabeza la rinde; los chaparros y las madroñeras, detrás de los que ejércitos de liebres y perdices se encastillan, hacen paradisíaca la vida del campo. Hasta el sol parece que, al visitarnos en tales días, nos encarga guardar silencio. Nos acercamos á esta época con el mismo cuidado que á una cuna ó con el mismo respeto que á un sepulcro. Y eso es. Nos acercamos á la Naturaleza que renace; al sepulcro del

Hijo de Dios muerto. Por todas partes nos salen al paso, saludando cortesés, el aroma de las violetas y un ejército de recuerdos de pasados días. Recordar es el consuelo de los que han sido felices; esperar, la dicha de los que nunca han sido dichosos.

Si la Cuaresma es la época de las abstinencias y de los ayunos, es al propio tiempo como arco de flores por donde la Pascua de Resurrección entra alegre y risueña, con sus procesiones de ángeles, sus solemnes fiestas religiosas, en el majestuoso templo, cubiertos los altares de oro y de rosas; sus jiras campestres, que recuerdan los cuadros de Teniers, y sus funciones de tauromaquia, en las que allá, en lo alto del arenoso circo, vense los palcos convertidos en guirnaldas de caras bonitas, y abajo, en el redondel, escenas dignas de las aguas fuertes de Goya.

Abril está cerca. Ha robado á Febrero el privilegio de ser loco, y lo es casi siempre. Así nos explicamos que un día sofocado y ardiente por la visita del sol nos haga pensar, por su trato cariñoso y afable, en la proximidad del caluroso estío, y que al siguiente se ponga serio, se le anuble el rostro, lance contra nosotros torrentes de su ira, lluvia y granizo, amenace convertirnos en estatuas de nieve y no tenga para los que tanto esperamos de su venida, otra cosa que la herencia de Marzo, el campo que verdeguea, la lenta y parsimoniosa resurrección de los árboles, y un derroche de lilas que se disputan nuestras miradas en las puertas de los templos, en los tiestos de los balcones y en el peinado de las mujeres bonitas.

*
* *

Los días calurosos se anuncian más tarde como hulanos del estío, y á poco el grueso del ejército acampa entre nosotros con sus pertrechos de trajes de dril y sombreros de paja. Recibiéndole regocijados, nos vengamos de la odiosa tiranía del invierno. Una sonrisa del verano basta para que el mundo se llene de frutos y los hombres de alegría.

Los pensamientos, verdaderos cómicos por la variedad de trajes con que saben presentarse en escena; los claveles, reventando de orgullo; las rosas, encendidas como el rubor ó blancas como la inocencia; los geranios, la avara azucena, que hasta momentos antes de morir no quiere enseñarnos los hermosos hilillos de oro que encierra; los hermosos jacin- tos y la presumida dalia, coqueta impenitente, sin otro mérito que el de saber guardar bien las apariencias, nos salen al paso en todos los jardines. ¿Qué ruido es ése? Silbatos que siguen la carrera de críticos, y voces que pregonan rosquillas. Verbena tenemos.

Á un lado y á otro de las puertas del estío, como á un lado y á otro del Bidasoa, los carabineros españoles y los aduaneros franceses, están San Antonio de Padua, con su ramito de azucenas, y San Juan Bautista, con su concha de nácar y su banderita de paz. Pero no para impedir el contrabando. Aprovechando la poesía de que está impregnada la atmósfera, y la tibia luz de la luna, sonrisa de la noche, sólo se oye, más claro y distinto que otro alguno, el ruido del amor que pasa; y como el amor no necesita certificados de origen y sellos de marchamos, los aduaneros del estío hacen la vista gorda y no hay que temer registros ni aprehensiones.

Esta tolerancia, sin ser interesada, ha valido mucho á los dos Santos. Á ella deben que se les espere con verbenas, que se les salude con alegre música popular y canturreo de picantes coplas; que se pongan ante su paso rosquillas y aguardiente; que se madrugue para verlos entrar y que le regalen su aroma mil tiestos de claveles y albahaca.

Sólo los miran con malos ojos los bizcos y los estudiantes que, después de ocho meses de continuo trabajo en la estatua de la pereza, encuentran, en vez de notas, calabazas, fruta que por este tiempo se cosecha con gran abundancia en las universidades y escuelas. Protestemos contra estas malas intenciones de los estudiantes desaplicados, y convengamos en que tienen mayor razón para quejarse las niñas casaderas y los autores dramáticos.

Antes San Antonio, á pesar de venir cargado con el divino Niño, las traía en un bolsillo de su sayal de penitente todos los maridos de encargo que le habían pedido en sus rezos con verdadera devoción; antes San Juan, autorizando bondadoso, en las riberas del Manzanares, galanterías, discreteos, citas amorosas, encuentros, tapadas y desafíos, daba asuntos para infinitos dramas y comedias. Ahora se han asustado de su generosidad ó de nuestra civilización, y ¡adiós regalos! El presupuesto de gastos ha concluído con las grandes remesas de maridos. Los faroles de gas y los agentes de orden público han acabado con la poesía de los desafíos en medio de la calle. Los raptos están menos de moda que las irregularidades, los desafíos y los robos por las alcantarillas.

En cuanto al termómetro se le antoja pasar de los treinta y cinco, Madrid deja de ser una ciudad bulliciosa y alegre para convertirse en un desierto. Se hace entonces un consumo extraordinario de abanicos y sombrillas; se sofoca la gente aunque no riña; toma por asalto los trenes expresos y los trenes botijos, y ¡al mar! Dejémosles ir. ¡Qué pronto han de volver!

La moda, al ver fijar en los aparatos de las anunciadoras por carteles las listas de las compañías de teatros, ha puesto á todas las mujeres que huyendo del calor salieron de Madrid, un telegrama diciéndolas que es hora de que se vayan las golondrinas y de que vuelvan ellas. Las mujeres esperaban, por lo visto, la orden; pues es de ver cómo ellas, tan perezosas y rebeldes á toda imposición, se han apresurado á cumplirla. Han mirado por última vez desde la playa, allá á lo lejos, la incierta línea en que el mar y el cielo se confunden; han abandonado con tristeza las calabazas de que se servían para nadar; han lucido el último traje y han tomado los trenes por asalto.

Descorred la cortina de seda azul que sirve de telón á cada ventanilla de un coche de primera; mirad dentro, y á la escasa luz de un farolillo que agoniza, las veréis volver arrebuajadas en mantas de viaje, el cabello desordenado y polvoriento, la cara pálida con la palidez que da la fiebre ó el insomnio, y debajo de los ojos un semicírculo, más bien que amaratado, negro, denunciando que el humo de la máquina se ha entretenido en pintar ojeras. Al abandonar el coche ya están desconocidas. Mientras el marido ordenó encima del asiento los líos y maletas, ó contó los minutos que faltaban para llegar, ó tomó nota de una estación olvidada en la guía, las mujeres pidieron auxilio á un tocador de campaña, y gracias á él se nos presentan transformadas. Ya no tienen más que ese color moreno que deja impreso en el rostro el beso del sol, y que es en los meses del estío tan aristocrático como la sangre azul.

—¡Vamos!—las dicen las amigas que las esperan en la estación, así que la letanía de los besos acaba.

Y la mayor parte de las veces contestan:

—No. Aguardad. No quiero irme sin él.

Él no es el marido, es el *mundo*.

A las puertas del mes de Octubre se ha parado el verano. Ya no viste de transparente gasa, ni trae en sus manos la dorada espiga, ni quema el aire, ni sale de noche, para no exponerse á una pulmonía. Emigra con las golondrinas, y no volverá hasta que vuelvan las golondrinas y le anuncien que ya tiene arreglada la casa. Aceptad la invitación tentadora del sol, una tarde de otoño; salid al campo, y veréis que ofrece una incomparable variedad de colores y de matises. Pero si queréis gozar de los últimos momentos de la alegría de la Naturaleza, parecida á los gladiadores y á los mártires en que al morir sonríen, no perdáis tiempo, que la vida del otoño es breve. Tampoco puede negarse su inclinación á la melancolía y á la tristeza. Basta ver cómo pone amarillos pámpanos, castañares y robledales, para convencerse de que tiene el color de la ictericia; basta sentir la intensidad del frío para que arrojemos todas nuestras pasiones.

Hasta el amor siente la calma, y se hace formal y serio si los hay; ó se casa ó va con las manos metidas en los bolsillos.

*
* *

Pronto las cruza como si fuera á hacer una plegaria; inclina la cabeza sobre el pecho; sumérgese en honda meditación; se nubla su semblante; se dispone, no sabemos si resignado ó gozoso, á dedicar veinticuatro horas al recuerdo de las almas benditas; cae de rodillas delante de una tumba y reza un responso. ¡Día de difuntos! ¡Cuántas historias tristes que recordar! ¡Cuántos remordimientos no acallados! ¡Cuántos fingidos dolores que desaparecen como fuegos fatuos! Los cementerios se llenan de luces. Un río de gente que va á rezar, y el mismo río que vuelve para ir á ver cómo D. Juan Tenorio mata á Mejía y al comendador D. Gonzalo, al tintán, acompasado, monótono, igual, de la campana que toca á muerto, trajes de luto, bazar de coronas para todos los duelos y todos los bolsillos, una frase de cariño ordinario por seis reales y una frase de cariño superior por dos pesetas.

En sueños, la imaginación delirante ve, como Dante llevado de la mano de Virgilio, en el infierno, clamores confusos, suspiros, llantos y gemidos, ruido de manos y de cuerpos que se golpean; como el gran poeta cuando Beatriz le guía al cielo, la vida paradisiaca, el Empíreo, un río de luz que corre entre dos orillas esmaltadas de flores.

Despidámonos de los coros de los ángeles, que otros coros más bulliciosos nos aguardan en la tierra. Hemos subido muy alto, y es preciso bajar. ¡Abajo!

*
* *

El marcial tambor, la destemplada pandereta, la chillona chicharra, los alegres villancicos y el prosaico pero nutritivo mazapán, se han puesto de acuerdo para anunciarnos que la Nochebuena quiere hacernos una visita.

Ya se sabe. Como la Nochebuena camina sin cesar en el peor mes del año, llega siempre á Madrid muertecita de frío, y tan cansada que da lástima verla. Unas veces, sin duda porque hizo estación á la orilla de algún río, viene tan mojada que cualquiera creería que quiere ofrecernos un

baño; otras, deseosa de ocultarse á nuestra curiosidad porque algún dolor la atormenta, se tapa la cara, pues no se ve la luna, y la luna es la cara de la noche; casi siempre, para que no la llamemos descortés, detiéndose un momento en el Guadarrama, oculta con cuidado la presa de que le despojó, y al llegar aquí vierte menudos copos de nieve, blanqueando calle y plazas de tal modo que parecen platos inmensos de *chantilly*.

Cansada de viaje tan largo y penosísimo, más gustaría del reposo que del bullicio, pero no puede impedir que se manifiesten las extraordinarias simpatías de que goza. Bien quisieran los madrileños obsequiarla con un espléndido almuerzo, ó mejor con una comida, que es lo más natural y corriente; pero la Nochebuena no puede detenerse más de lo justo; trae su itinerario marcado, está comprometida á dejar su entrada á las Pascuas, también, como ella, deseosas de descanso, y hay que contentarse con preparar en su obsequio una cena. Á ella asiste sin cumplimiento, gozosa por presidir la más alegre y patriarcal fiesta de familia. Después se aleja de nosotros sin despedirse, para evitar sensiblerías y ¡adiós Nochebuena! Trescientos sesenta y cinco días han de pasar para que nuevamente la volvamos á ver. Pero ¿qué es eso? El año inclina la cabeza y cae como herido de muerte..... ¡Y se va sin habernos dado la dicha prometida!..... ¡Cómo ha mentido! Esperemos que el nuevo año sea más generoso.

La esperanza es una diosa pintada con humo en el aire.

MIGUEL MOYA.

Navarro y Ledesma,

Francisco.

Hace tres años llegó á Madrid. Hoy es redactor jefe de *El Globo*, primer redactor confeccionador de *La Revista Moderna*, catedrático por oposición del Instituto de San Isidro, redactor asiduo y constante de *Gedeón*, colaborador de *El Imparcial* y de muchos diarios y revistas de España y América.

Triunfo tan completo y en tan poco tiempo alcanzado, aquí donde tantos jóvenes de valer se malogran ó desaniman ante los obstáculos de todas clases puestos á la gente nueva, suponen por parte de Paquito Navarro, no sólo un talento excepcional — que ése de sobra se refleja en sus escritos, — sino una voluntad de hierro, una vocación irresistible por las letras, y un capital inagotable de saber y de cultura.

Es uno de los periodistas más jóvenes de Madrid, y uno de los que más y mejor escriben. Empieza su labor cotidiana en el Instituto explicando una lección de Retórica, y termina la faena con un artículo político para *El Globo* cuando ya alborea el día siguiente. Entre ambos trabajos de su pluma, facilísima é inagotable, han salido unos versos satíricos, una crítica literaria para Barcelona, una crónica para *La Revista Moderna*, y cinco ó seis páginas del texto de *Literatura preceptiva*, obra que lleva entre manos y que será, indudablemente, una maravilla.

Trabaja mucho y en muchas colmenas; en todas ellas es respetado y querido, porque es el que más produce; su pluma está siempre dispuesta á la improvisación; su extraordinaria cultura le permite escribir al momento lo que otros habían de emborronar después de mil tanteos, consultas y apuntes.



Navarro Ledesma ha conseguido un milagro que sólo obran en la vida literaria los indiscutibles.

En poco tiempo se ha puesto en primera fila, y no ha dejado tras de sí más que amigos y admiradores.

L.

Sonetos.

EL MONTE DE LAS OLIVAS

TRÍPTICO

I

Caen, arrancadas por el frío viento,
Las hojas, y en veloces remolinos,
Volando van por sendas y caminos
Con vago y caprichoso movimiento
Se oscurece el azul del firmamento,
Y perdido el verdor, en los vecinos
Montes, las masas de álamos y pinos
Toman un tinte mate y ceniciento.
Muestran las viñas secos sus muñones,
Los rastrojos sus franjas amarillas,
Y el suelo sus arrugas seculares,
Y en hieráticas tristes procesiones
Recortan del paisaje las orillas,
Con su eterno verdor, los olivares.

II

Renacen, al venir la primavera,
Los brotes verdes de los troncos viejos,
Y asómanse del río á los espejos
Los álamos que bordan la ribera.

De hoja y de flor se viste la pradera,
Y en los montes verdean á lo lejos,
Al pie de los castaños y los tejos,
La alegre vid y la sombrosa higuera.

Y cuando el sol, con mil rojizas lumbres,
Su faz oculta entre las altas cumbres
Que dora con reflejos fugitivos,

Al morir del paisaje la alegría,
Muestran la austera gravedad sombría
De su verdor perenne, los olivos.

III

Ciñen á Apolo mirtos y laureles:
De pámpanos ornado, baila y grita
Dionyso, y la impúdica Afrodita
Se corona de nardos y claveles.

Flores vanas, retóricos papeles
Que el tiempo borra y la razón marchita:
Gárrulo adorno que á la burla incita;
Despojos del cincel de Praxiteles.....

Ved ya vuestra locura lacia y muerta,
La selva de los dioses despoblada,
Yertas sus cumbres, otro tiempo altivas;
Que del soñar la humanidad despierta,
Y amorosa convierte su mirada
Al eterno verdor de las olivas.

EL CAMINANTE

Los pies llagados y la frente herida,
Subiendo va, con paso torpe y lento,
Las ropas azotadas por el viento,
Y el alma por la duda conmovida.

El áspero sendero de la vida
Se retuerce, espinoso y polvoriento,
Y el viandante, rendido y macilento,
Sigue, empeñado en la fatal subida.

Piensa llegar donde su mal concluya;
Quiere subir do su tormento ceda;
Pretende terminar su cautiverio.

Llega, sube, termina el ansia suya.....
Y mudo, inmóvil de estupor se queda
Clavado en los umbrales del misterio.....

VERSIONES

DE LOS *TROFEOS* DE JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

LOS CONQUISTADORES

Como un bando de halcones que el breñal,
De su altiva miseria fatigados,
Dejan, de Palos jefes y forzados
Parten, con sueño heroico y brutal.

Á la conquista van del vil metal,
De Cipango en los montes apartados,
Y el viento los empuja á los soñados
Confines de la tierra occidental.

Su afán constante de un mañana utópico
Se embriaga en el azul del mar del trópico,
Que encanta y dora sus continuas velas;

Y ven surgir, con renovado anhelo,
Miles de estrellas nuevas en el cielo,
Delante de las blancas carabelas.

EPIGRAMA HELENICO

¡Discordia belicosa! ¡Ares violento!
Anciano inútil, ante el ara acudo.
Toma la espada rota, el grave escudo
Y el casco hendido y en la crin sangriento.
Toma el arco también: sólo mi aliento
Bastó á hacerle doblar, y el brazo rudo
Tiémblame en tanto que la cuerda anudo,
Y el ansia de tenderla otra vez siento.
Toma, en fin, el carcaj. Tu ojo severo
No busque en él las flechas del arquero,
De la batalla al huracán dispersas.
Si perderlas no pude, si agotarlas.
¿Dónde? Vé á Maratón, que has de encontrarlas
Hundidas en los pechos de los persas.

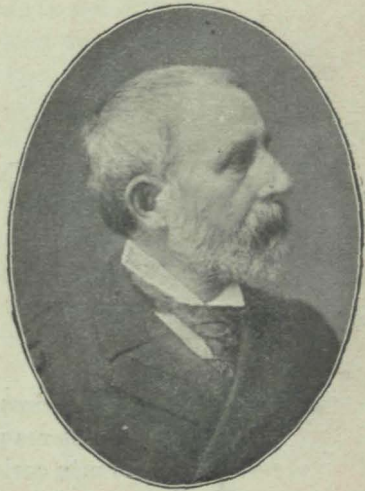
EL SOL PONIENTE

Brillan en lo alto de la cima brava
Las rocas do el poniente reverbera,
Y, formando de espuma una barrera,
Comienza el mar donde la tierra acaba.
Noche, silencio; el nido que cantaba
Calla. El hombre, á la choza y á la hoguera
Va, y de la tarde la oración postrera,
Con el rumor del mar sus ecos traba.
Valles y playas, el talud y el monte,
Repiten el lejano villancico
De los pastores en confuso coro:
En la sombra se envuelve el horizonte
Y el sol, cual rojo espléndido abanico,
Sobre sí cierra sus varillas de oro.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Núñez de Arce, Gaspar.

No vamos á hacer la biografía del Sr. Núñez de Arce. Tengo por una casi impertinencia el hacer la biografía de los vivos, y cuando éstos son estimados y poderosos, la impertinencia toma visos de adulación. Baste saber que Núñez de Arce nació en Valladolid el 4 de Agosto de 1834; que se crió en Toledo, de cuya ciudad es hijo adoptivo; que ha sido, además de poeta, hombre político y periodista, gobernador, subsecretario y ministro de Ultramar, cosas todas que para la apreciación estética importan poco. Lo único que importa hacer constar es que Núñez de Arce, por las mejores y más sanas partes de su ingenio y por las condiciones de la lengua poética que habla, es hijo de la escuela castellana, llamada comúnmente salmantina, á la cual se prende y adhiere por diversos lados mucho más que á las escuelas andaluzas. Y si se pregunta ahora cuál es, entre los poetas de Salamanca, el predilecto suyo y aquel de quien más vestigios perseveran en sus cantos, sin menoscabo de su inspiración propia, todo el mundo responderá con el nombre de Quintana. ¿Quién dudará que el *Miserere* es hijo del *Panteón de El Escorial*? Y no porque le haya imitado servilmente, que no es Núñez de Arce hombre para seguir con paso rastrero las huellas de otro. El verdadero genio lírico, en lo que tiene de más alto y eficaz, no descende de nadie; hace escuela por sí propio, y sólo á Dios debe los raudales de su inspiración. Pero también es verdad que Núñez de Arce se asemeja á Quintana, no como discípulo, sino como hermano gemelo, como hijos del mismo terruño y educados en las mismas auras. Uno y otro se parecen en no mirar el arte como frívolo solaz, sino como elemento educador y civilizador de los pueblos. Uno y otro buscan la inspiración, no en solitaria estancia lejos del bullicio, sino al aire libre y á la radiante lumbre del sol, entre las oleadas de la multitud y en el fra-



gor inmenso de la batalla, entre trueno de cañones y relampaguear de espadas. Uno y otro miran el mundo, no como paraíso de amores ó como desierto de melancolias, sino como palestra ó circo henchido de multitud clamorosa, al cual descenden para hacer prueba de sus músculos de atleta. Uno y otro son gladiadores armados con la *espada del canto*, según la gráfica expresión del poeta italiano.

Fué gloria de Quintana, debida ciertamente á la edad en que vivió, no haberse limitado á tarea tan estéril y desconsolada y haber afirmado con fanatismo indómito tantas cosas por lo menos como las que negaba, semejante en esto á los hombres del 89. No ha alcanzado Núñez de Arce semejante virginidad revolucionaria, y por eso duda mucho más de lo que afirma y llora sobre lo que destruye. Ni ha alcanzado tampoco lo que á Quintana dió la guerra de la Independencia, es decir, un auditorio de héroes, ante los cuales renovar, por caso único en nuestros tiempos, los prodigios de Tirteo y de Simónides, lanzando por los campos castellanos los ecos de la gloria y de la guerra, y cortando de nuevo los lauros de Salamina y de Platea, para ceñirlos á la frente de los vengadores de las víctimas de Mayo.

Pero el poeta no es dueño de la historia, ni siquiera de los motivos de sus canciones. De aquí que Núñez de Arce, con facultades poéticas no inferiores á las de Quintana, no sea responsable de no haber encontrado *en esta sirte miserable* (que su predecesor decia) tan altos asuntos para el canto. No es culpa suya el haber tenido que ser un Quintana sin Trafalgar, sin Bailén y sin Zaragoza.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

El "Mundo Nuevo,, de la feria.

Señoras y señores, ancianos y mancebos,
Paisanos, militares y clérigos, llegad.
Los lances más curiosos, anómalos y nuevos
Veréis ante vosotros en confusión pasar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Estériles trastornos, febriles sacudidas,
Grandezas que derriba la furia popular,
Motines de la plebe, contiendas fratricidas,
Todo en el *Mundo Nuevo* representado está.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Veréis por donde quiera la turba cortesana
Sumisa á los caprichos de quien la ofrece más;
Veréis el negro fango de la vileza humana
Subir como las olas de alborotado mar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

¡Qué cambio! ¡Qué contraste! ¡Qué asombro! ¡Qué prodigio!
El éxito es la norma del genio nacional.
Ayer el pretendiente llevaba el gorro frigio,
Hoy el escudo regio, mañana..... ¡Dios dirá!
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Ayer la disciplina rasgaban los soldados,
Hoy todos la respetan, incluso el general
Que tuvo la fortuna de conseguir los grados
Por esto, por aquello, por lo de más allá.
¡Tan tan, tan tan, tan tan.

Veréis al demagogo que en medio del tumulto
Manchó con sus injurias la angusta majestad,
Poner la torpe lengua donde estampó el insulto,
Lamiéndolo cual lame la inmunda llaga el can.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Veréis que alegremente se arrastran por el lodo
Honor y compromisos, vergüenza y dignidad;
Veréis los mismos hombres sirviendo para todo,
Para causar el daño, para curar el mal.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Bien dice la Escritura: los ánimos enteros,
Los firmes caracteres se quedarán detrás.
Los últimos que acudan serán de los primeros;
Los que estuvieron antes, los últimos serán.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

En los antiguos tiempos el pecador contrito
Buscaba en el retiro su absolución, la paz;
Pero en la edad presente veréis cómo el delito
Al mismo Dios usurpa su puesto en el altar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Veréis el entusiasmo que excita el poderoso,
Veréis cómo el desprecio con la desgracia va,
Veréis de los que triunfan el séquito ruidoso,
Veréis de los vencidos la muda soledad.

¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Y si fijáis la vista con ánimo sereno
En esta podredumbre que desbordando está,
Comprenderéis al cabo que en tan revuelto cieno
No es fácil la grandeza de la nación fundar.

¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Señoras y señores, ancianos y mancebos,
Paisanos, militares y clérigos, llegad.
Los lances más curiosos, anómalos y nuevos
Veréis ante vosotros en confusión pasar.

¡Tan tan, tan tan, tan tan!

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Palacio, Manuel del.

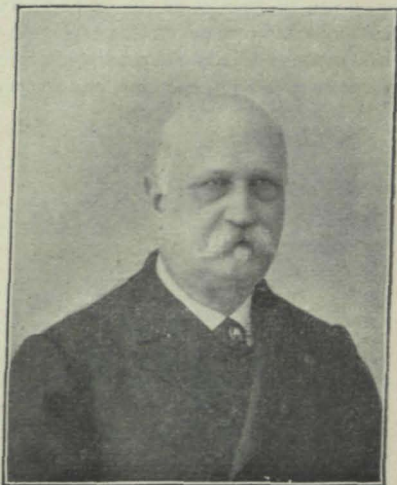
Hijo de un valiente militar leonés, y de una señora mallorquina, Palacio nació en Lérida la noche del 24 de Diciembre de 1832. Los deberes de la profesión de su padre llevaron á éste, el año dicho, de guarnición á Lérida, y á esta circunstancia se debe que naciese allí nuestro poeta. Cuando esto ocurrió, la patrona de la casa, que tenía en el barrio fama de saludadora y adivina, exclamó dirigiéndose á la madre del recién nacido:— « Bien puede usted bendecir á Dios, porque su hijo tendrá un dón que le distinguirá de la generalidad, como todos los varones que nacen en Nochebuena.»

¿Cómo y cuándo comenzó á escribir nuestro poeta? Él lo ha dicho en el prólogo de uno de sus libros: á los ocho ó nueve años, en Soria, y para decir una desvergüenza á un vetusto poeta romántico que había compuesto un drama detestable.

Recuerda también, y nos lo ha dicho algunas veces, que su segunda obra fué un soneto á la muerte de Guardia, ocurrida en Madrid el 7 de Octubre de 1841, para el cual le sirvió de norma, pues ignoraba lo que era un soneto, otro que vió en un periódico dedicado á la muerte de Crawford, que por las señas debía ser un general inglés ó cosa parecida. ¡Un epigrama y un soneto!, he aquí las primeras composiciones del epigramista y sonetista por excelencia de nuestro tiempo.

El principal palenque de sus empresas literarias, donde formó su gusto y floreció completamente su ingenio, fué Granada, á cuya ciudad pasó su padre de tesorero en 1850.

Ya en Madrid, Palacio se entregó al periodismo, entrando con Pedro Antonio de Alarcón en la redacción de *El Látigo*, y escribiendo después en *La Discusión*, *El Pueblo* y



Gil Blas. En estos periódicos, tribunas de la democracia española, la obra de nuestro vate no fué la de Rivero, Castelar, Pi y Margall, Figueras y Martos, esto es, la campaña de las veras, sino la de Alarcón, Robert, Rivera y Blasco, ó lo que es lo mismo, la guerra de la burla, la emboscada del chiste, no menos formidable y eficaz que aquella otra.

Sus orientales de *La Discusión*, los partes telegráficos en verso, diariamente publicados en *El Pueblo*, y los romances, sonetos y epigramas del *Gil Blas*, eran el suceso del día.

Y no sólo odios y censuras, sino persecuciones y encarcelamientos, y, por último, la deportación á Puerto Rico, le acarrearon sucesivamente las sales y las hieles de su pluma.

La nombradía de Palacio como satírico es tal, que no es posible pensar en este género sin pensar en él. De tal suerte lo representa, que, á pesar de que sus composiciones serias valen tanto ó más que las festivas, Palacio pasa y pasará mucho tiempo para la generalidad solamente como poeta satírico. Á ello ha contribuido sobremanera la celebridad que alcanzaron sus versos políticos.

La estrecha relación que existe entre la risa y el llanto nos dice cómo Palacio, siendo, como es, un gran satírico, puede ser y sea no menos grande en el género elegíaco. Á la verdad, el carácter que distingue el fondo de sus poesías serias, si no todas, la mayor y mejor parte, no es otro que el tinte, ya de tristeza, ya de indignación, siempre sentencioso, y en ocasiones de infinita amargura, que en ellas se contiene. Los arrebatos del entusiasmo, los arranques de la desesperación, rara vez agitan el alma de nuestro poeta; otras son las fuentes de sus cantos: los afectos dulces y serenos, la libertad perdida, el recuerdo de horas mejores, la esperanza desvanecida, y, sobre todo, el escepticismo sombrío que nos deja lo que pasa y muere cuando las alas de la esperanza no levantan los corazones; he aquí, en suma, el universo poético de nuestro autor.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.

Cuàtro épocàs.

VEINTE AÑOS

Campos floridos, músicas sonoras,
Océanos de luz, nubes de fuego,
Á vuestro encanto celestial me entrego
Y son vuestras desde hoy todas mis horas.

Imágenes del sueño halagadoras,
Que me robáis la calma y el sosiego,
El camino mostrad al pobre ciego
Si sois de la inocencia protectoras.

Corro á la vida y el amor me alienta,
Sentir, gozar y padecer ansío
Con todo el que padezca y goce y sienta.

¿Un corazón queréis? Aquí está el mío,
Grande como el abismo y la tormenta,
Puro como el incienso y el rocío.

TREINTA AÑOS

Héme lanzado en la fatal pendiente
Donde á extinguirse va la vida humana,
Viendo la ancianidad en el mañana
Cuando aún la juventud está presente.

No lloro las arrugas de mi frente,
Ni me estremece la indiscreta cana;
Lloro los sueños de mi edad lozana,
Lloro la fe que el corazón no siente.

Me estremece pensar cómo en un día
Trocóse el bien querido en humo vano
Y el alentado espíritu en cobarde.

Maldita edad, razonadora y fría,
En que para morir aun es temprano
Y para ser dichoso quizá es tarde.

CUARENTA AÑOS

¡Pasaste, juventud! Ola brillante
De luz y espuma y perlas y colores,
Fuente de la ilusión, nido de flores
Donde la dicha se albergó un instante.

Aun te persigue la memoria amante
Evocando recuerdos seductores,
De tu sol á los últimos fulgores,
Tanto más bello cuanto más distante.

Todo contigo huyó; la dulce guerra,
La suspirada paz, el loco anhelo,
El entusiasmo que la gloria encierra.....

Y quedaron la duda y el desvelo:
¡Un cuerpo que se inclina hacia la tierra,
Y una conciencia que interroga al cielo!

CINCUENTA AÑOS

¡Tiempo, no lucho más! Estoy vencido,
Y no es humillación mi vencimiento,
Aun para el bien y la virtud aliento
Mientras muy altas torres han caído.

Aun como el triste ruiseñor herido
Puedo tender las alas un momento,
Aun la bóveda azul del firmamento
Con tibio resplandor baña mi nido.

Memoria de otro vuelo, ¡yo te adoro!
Reflejo de otro sol, ¡yo te saludo!
Presagio de otra vida, ¡yo te lloro!

Que del mundo en la lid rompí mi escudo
Y ni la fe me ayuda cuando imploro,
Ni el miedo me abandona cuando dudo!

MANUEL DEL PALACIO.

Pérez y González, Felipe.

Hay algo que es más difícil
Que conocerse á sí propio;
El haberlo conseguido
Y decir: «Ya me *conozco*,
Y voy descaradamente
Á declarar *coram pópulo*
Mis defectos y bondades,
Mis excelencias y oprobios
Con merecidas censuras
Y legítimos elogios.»

.....
El hacer *mi biografía*
No es cosa fácil tampoco,
Porque en mi vida no tengo
Hecho notable, y supongo
Que al público no le importa,
De fijo, mucho ni poco,
Que haya nacido en Sevilla (1)
Ó que naciera en el Congo,
Que fuera el cincuenta y cuatro
Ó fuera el cincuenta y ocho,
Que echara pronto los dientes
Ó no los echara pronto,

Que de chico fuera un lince
Ó que pareciera un topo,
Que me haya criado enclenque
Ó saludable ó rechoncho,
Que me gustaran las chicas
Lo mismo que á cualquier prójimo,
Y que haya tenido chicos



(1) Nació en Sevilla el 15 de Mayo de 1854, siendo sus padres el abogado D. José Pérez y Solares y la señora D.^a Isabel González y González.

Lo mismo..... que cualquier otro;
Que haya estudiado Derecho
Para dedicarme *al foro*,
Y que después..... me torciera
Para *meterme* á autor cómico
Y dedicarme *al proscenio*
Con peligro de ir *al foso*.
Eso..... ¿qué le importa á nadie?
Si yo, andando el tiempo, logro
Ser *hombre célebre*, entonces
No han de faltarme biógrafos,
Españoles ó extranjeros,
Sean cristianos ó sean moros,
Cide-Hamete-Benengelis
Ó Plutarcos..... ú Homobonos,
Que revuelvan los archivos
Para sacar de entre el polvo
De legajos y papeles
Los datos más minuciosos,
Y poder decir ¡al mundo!
Si fui flaco ó si fui gordo,
Si fui guapo ó si fui feo,
Si fui listo ó si fui tonto,
Si me libré *del servicio*
Ó si *cargué con el chopo*,
Si iba de fraque y chistera
Ó de americana y hongo,
Si me mordía las uñas
Ó me comía los codos,
Si me dejaba melena
Ó llevaba el pelo corto,
Si me gustaban las trufas,
Si tomaba el café solo,
Si era alegre ó taciturno,
Si era amable ó si era hosco,
Si escribí aquella GRAN VÍA
Que corrió de *polo á polo*
Por antojos de la suerte,
¡Benditísimos antojos!
Si escribí piezas, artículos
Y muchos *renglones cortos*,
Y, en fin, si en mi vida hice
Esto..... y aquello..... y lo otro.....

.....
Mas ya que de mi persona
Esta vez á hablar me pongo,
Una cosa *interesante*
Quiero hacer constar tan sólo.
Por qué escribo diariamente
Sin descanso ni reposo

Para todos los teatros
Y en revistas y en periódicos,
Dando ocasión á que digan
Muchos lectores á coro:
«Escribe más que *El Tostado*,»
Y á que le repliquen otros:
«Pues no vemos *la tostada*,
Porque es abuso y no flojo.»
No es que me guste el trabajo,
Porque á mí me encanta el ocio;
No es que *bullá* en mi cerebro
La inspiración de tal modo
Que tenga que dar al grifo
Á fin de que salga el chorro,
Y no se me rompa el cráneo
Desbordándose el meollo....
Es porque soy de Sevilla
Y soy muy supersticioso,
Y pienso que mi apellido
Me pusieron á propósito
Para obligarme al trabajo,
Si he de evitar el sonrojo,
Siendo *Pérez*, de que puedan
Decir que soy *Perez..... oso*.

Y nadie se atreverá á decirlo.

Dotado Felipe Pérez de una privilegiada y precoz inteligencia, casi un niño empezó á escribir y á publicar en los periódicos sevillanos bellísimas poesías, concluyendo por ser asiduo colaborador de todos ellos.

En *El Porvenir* hizo popular el seudónimo de *Urbano Cortés* escribiendo una revista semanal que titulaba *Historia de siete días*, y en Madrid, ¿qué lector del *Blanco y Negro*, *La Correspondencia*, *El Liberal* y *La Ilustración Española y Americana* no está familiarizado con *Tello Téllez*, escritor tan ameno como erudito?

La primera colección de versos que publicó titulábase *El libro malo*, antítesis de lo contenido en sus páginas.

Á los quince años escribió su primera obra dramática.

Fué fundador y director de la revista *La Gran Vía*, y al presente, y á diario, al par que encanta á los lectores de *El Liberal* con sus *revistas cómicas*, asombra á sus compañeros por su vena inagotable y el aticismo de su inteligencia.

L.

Crítica, y no por mi casa.

Todos somos muy amigos de criticar á los demás, pero muy contrarios á que nos critiquen á nosotros.

Esta es una de las innumerables flaquezas de la humanidad, ó, por mejor decirlo, de la inhumanidad.

Frecuentemente vemos el ejemplo de escritores atrabiliarios que insultan, atropellan y maltratan sin piedad á todo el que se les antoja, sacrificando en sus acerbas críticas la razón al chiste y la justicia al encono, y que luego se revuelven furiosos como energúmenos si sienten en la delicada epidermis de su amor propio el más ligero cosquilleo, producido por una crítica culta, prudente y razonada.

¡Criticar á un crítico! ¡Pecado abominable, delito horrendo, crimen monstruoso de lesa majestad..... crítica!

Por un descuido inconcebible, los legisladores se han olvidado de incluir en la Constitución del Estado un artículo semejante al que trata de la persona del Rey, y que en iguales términos debiera decir:

«Las personas de los críticos son sagradas é inviolables, y no están sujetas á responsabilidad.»

Un «crítico» dice cuanto se le ocurre de otro escritor, de un músico, de un artista, de un comediante ó de un torero; y aunque su crítica sea des acertada en el parecer y equivocada en los hechos, el criticado tiene que callar y que aguantarse por las buenas sino quiere ser tachado de soberbio, atrevido é insensato, cuando no de sacrílego, sufriendo mayor castigo por atentar contra los fueros y las inmunidades del sagrado sacerdocio de la crítica.

Yo recuerdo haber leído en el número del antiguo periódico *La España*, correspondiente al día 26 de Febrero de 1850, una «gacetilla» que, copiada literalmente, dice así: «TORERO ESCRITOR.—El espada Julián Casas ha dirigido un comunicado á *El Clamor* defendiendo una estocada que ha dado estos últimos días á un toro, de los ataques que un crítico tauromáquico le ha dirigido. Esta revelación (*sic*) contra la crítica, de parte del

Sr. Casas, es un desmán contra el que no queremos tronar alta y poderosamente, porque estamos persuadidos de que el día menos pensado ha de salir el Sr. Julián, si no se enmienda, á cornada por estocada.»

Con mucha razón, ya que no con mucha gramática, salió el gacetillero á romper esa caña en defensa de la crítica, ofendida por el audaz torero, aunque nada iba con él en aquel asunto. Pero ¿cómo tolerar tamaña demasía, ó, como decía él, tamaño desmán contra un compañero?..... *Hodie tibi cras mihi*. ¿Cómo consentir esa rebeldía, ó, como decía él, esa *revelación* contra la crítica, *de parte* del Sr. Casas? ¡Oh! Gracias á que en su corazón gacetilleresco halló freno su indignación para no *tronar alta y poderosamente*, sino en la misericordia, en la esperanza de que algún toro quitara al insensato diestro la vida que él se dignaba perdonarle.

Hubiera cometido aquel matador gravísimo delito, y el tribunal más severo le hubiera consentido decir en su defensa cuanto hubiese deseado, respondiendo á los cargos del ministerio público; pero dió una estocada que no satisfizo al revistero de *El Clamor*....., y ¡guay de él, por haberse atrevido á defenderse de los ataques de un «crítico tauromáquico»!

El sagrado derecho de defensa deja de serlo y pierde su eficacia ante la sacratísima inviolabilidad de la crítica.

Pero si en aquel caso el gacetillero fué relativamente benévolo, confiando el castigo de la audacia del *Salamanquino* «al asta secular» de una res del Duque ó del Barbero, en los casos en que se trata de autores, de músicos ó de pintores no puede haber esa benignidad con los criticados respondones, y no hay crítico ó aspirante á crítico que deje de *tronar alta y poderosamente* contra ellos.

Algunas gentes curiosas ó atrevidas, que no se avienen á obedecer ciegamente cuanto manda la costumbre ó á creer á cierra ojos cuanto dice la tradición, se empeñan con terquedad deplorable en averiguar y saber «el porqué de todas las cosas», y no atinan con la razón y con el fundamento de aquella inviolabilidad.

Y dicen las tales gentes, influídas por este empecatado espíritu investigador y analítico de los tiempos modernos: «Cualquier ciudadano puede usar el derecho que da la Constitución á todos los españoles para publicar é imprimir libremente sus ideas y pareceres, buenos ó malos, erróneos ó acertados, y aun usar el derecho que concede la ley de Enjuiciamiento criminal á todos los ciudadanos, de ejercitar la acción popular.» Pero ¿qué Constitución, qué ley, qué código da á ninguno el derecho de erigirse, *auctoritate propria*, en censor infalible y en juez inapelable?

Un buen señor dice, v. gr., en la mesa del café su opinión particular acerca de un libro, de un cuadro, de una composición musical, de una obra dramática, del trabajo de un actor ó de los «lances» de un torero, y

su opinión no tiene más valor que el que pueda darle la ciencia, experiencia ó autoridad del que la emite, y puede ser contradicha sin reparo por el criticado, sin que á nadie parezca su defensa desmán ni desacato.

Pero el mismo buen señor escribe, en mejor ó peor castellano, lo que dijo en la mesa del café, y tiene ó encuentra periódico que quiere publicarlo. Las sufridas letras de molde y las dóciles prensas ó máquinas rotativas se encargan de repetirlo en miles y miles de ejemplares, que van á todas partes y llegan á manos de millares y millares de lectores, y desde aquel momento el buen señor queda consagrado inviolable sacerdote de la crítica, y su personal opinión se convierte para el censurado en definitiva sentencia, con toda la inatacable «santidad de la cosa juzgada». ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Los que así dicen ó así piensan, pueden volver á leer las líneas con que este artículo comienza: «Todos somos muy amigos de criticar á los demás, pero muy opuestos á que nos critiquen á nosotros.»

Porque ese «fenómeno social» no se observa sólo en el terreno literario; otro tanto ocurre en todas las demás profesiones, y otro tanto sucede en todos los demás actos y relaciones de los hombres, siendo de tal manera antiguo, general y arraigado ese defecto humano, que no hay que esperar que pueda algún día desaparecer ó corregirse.

«Lo que no quieras para ti, no lo quieras para los demás», dice la sagrada Escritura; pero buen caso hacemos de eso la mayor parte de los hombres cuando el egoísmo nos mueve, el interés nos impulsa, la malicia nos excita, la envidia nos ciega ó el rencor nos arrebatá.

Cualquier zapatero se cree con derecho á patear y aun á *zapatear* en el teatro, y á decir pestes de la obra que se estrena, *si no le gusta*; pero desdichado del autor si se atreve á poner faltas á los zapatos que aquél le haya hecho, aunque le aprieten.

—Esa comedia es un desatino, puede decir el maestro de obra prima, aunque sólo sepa leer deletreando y poner su nombre con algún trabajo al pie de las «facturas», y se quedará tan ufano y satisfecho.....; pero si el autor se permite indicarle los defectos de su calzado, cuando menos le mirará de arriba abajo con soberano desprecio, y le dirá entre zumbón é iracundo:

—Usted, ¿qué entiende de eso?

Todo el mundo cree firmemente que sabe de todo y que todo cae bajo el imperio de su crítica: política, estrategia, legislación, medicina, artes, ciencias, tauromaquia, literatura y teatro; ¡oh, el teatro sobre todo! Pero todo el mundo cree aún con mayor firmeza que nadie entiende «de lo suyo», ni debe «meterse en sus operaciones».

Ni aun la vida privada está libre de esta eterna y singular contradicción, que se observa hasta en los más nimios incidentes de la vida.

—¡Qué cursi es Fulanita!—dice una joven hablando con varias amigas.

—Os pagáis—dice una de éstas, con la buena intención que es de suponer.—«Eso mismo» me dijo ella, hablando de ti, hace pocos días.

Por el rostro de la joven pasan rápidamente todos los colores del arco iris, y después de morderse los labios y de apretar los puños hasta hacerse sangre, dice, echando fuego por los ojos y espuma por la boca:

—Ya le diré yo á esa «desvergonzada» lo que se merece.

Hay un antiquísimo refrán que dice: «Justicia, y no por mi casa.»—«Crítica, y no por mi casa», puede decirse de la misma manera.

Porque el mal crítico no es menos dañoso que el mal juez, por lo mismo que la crítica honrada, noble é instructiva no es menos provechosa y saludable para la república, que la justicia recta, sabia y oportunamente aplicada.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Picón, Jacinto Octavio.

No es que me ciegue la amistad si al tratar de novelista tan insigne empiezo consignando que hoy en día nadie le supera en lo que se llama buen decir. En este terreno sólo elogios, y elogios calurosos y entusiastas, brotan de todas las plumas, ya simpatizan éstas con sus ideas, ya las anatematizan, como ocurre con el padre agustino

Blanco García.

Vástago Picón de una familia que ha dado ilustres nombres al foro y á las letras, es, por su parte, uno de los hablistas más puros y uno de los escritores más delicados y discretos de la literatura contemporánea.

Á los veinte años de edad terminaba la carrera de Derecho, y casi al propio tiempo dábase á conocer dando gallardas muestras de su ingenio en artículos literarios y críticos, insertos en los periódicos y revistas más leídos en toda España.

Su primer volumen, *Apuntes para la historia de la caricatura*, es un trabajo meritisimo de compilación en lo referente á la antigüedad y á los países extranjeros, pero completamente original en lo que interesa al arte español, siendo Picón el primer literato que ocupóse en este país de tan importante materia.

Corresponsal en París de *El Imparcial*, escribió cartas muy notables sobre la Exposición Universal de 1878.

Cuatro años después publicó su primera novela, *Lázaro*, y á ésta siguieron *La hijastra del amor*, *Juan Vulgar*, *El enemigo*, *La honrada* y *Dulce y sabrosa*. Á juicio de algunos críticos, de todas estas obras la que puede considerarse como modelo es *El enemigo*. En ella, de un modo magistral, personificó y fustigó Picón al fanatismo clerical, que comienza por destruir la familia y acaba por ensangrentar el país. Trata el asunto con valentía y franqueza, empleando un lenguaje castizo, sin ser afectado,



y desarrollándolo en escenas vivas, que emocionan de un modo profundo y que seducen por la verdad y el colorido. La prensa ultramontana combatió, como era natural, la tendencia de *El enemigo*; pero, en cambio, el nombre de Picón traspasó la frontera como novelista, y su obra fué traducida al francés por Julien Lugol.

Un distinguido periodista, Luis López-Ballesteros, cuando aún no conocía á Jacinto más que por sus obras, decía de él lo siguiente:

«El autor de *El enemigo* y *Lázaro*, de *La honrada* y *La hijastra del amor*, es uno de los pocos literatos españoles de la generación nueva cuyo talento no se discute. ¿Se habla de novelistas consagrados por el juicio público? Pues ahí está Picón. ¿Cuál es la causa? Aparte de otros méritos excepcionales, hay uno esencial. En Picón se encarna perfectamente el nuevo espíritu, la nueva tendencia iniciada en Francia por los escritores naturalistas, y defendida vigorosamente en sus libros de crítica—que son páginas de combate—por el que en la actualidad asume la representación de la escuela.

»Obedeciendo las modernas corrientes literarias de España al impulso de una literatura extranjera (y esto hay que reconocerlo), han incurrido muchos literatos en la imitación servil, robando á sus obras el color y el sabor nacional, bien que algunos invocan ciertó cosmopolitismo, muy en boga lo mismo en literatura que en otras cuestiones.

»La novela de Picón es, ante todo, española. Prescindiendo por el pronto de la forma, hay que fijarse en las figuras que el autor mueve y aun en la índole de los asuntos escogidos.

»Recordados. Dentro de lo complicado de las pasiones, ved qué sencillez más admirable; abrid las páginas de *El enemigo* y examinad el problema, seguid su desarrollo, estudiad sus figuras. Los sentimientos que analiza son vulgares, triviales muchas veces, naturales siempre. Plantea en *La honrada* una de las incógnitas sociales de más actualidad y transcendencia, y se vale de una mujer casi vulgar y de un hombre de corazón pervertido por todos los vicios del espíritu y todas las bestialidades de la carne, para seguir paso á paso el áspero sendero de un matrimonio desavenido, desde el primer beso que hace palidecer á la virgen ante el umbral de la alcoba conyugal, hasta el primer golpe del marido, sufrido en silencio, casi con asombro, con la amargura del primer desengaño y el sonrojo de la dignidad ofendida. La acción transcurre con naturalidad inimitable, sin esos sacudimientos psicológicos, sin esas sutilezas de origen transpirenaico, con un realismo que conmueve y hace que sancionemos, sin darnos cuenta, la conclusión atrevida del novelista.

»No hace falta que el autor lo pregunte en la hermosa invocación con que termina el libro. Todos pensamos como él, y para convencernos le ha bastado un plan sencillo, sentimientos vulgares que pudieran encontrarse en cualquier hogar formado por una mujer honrada y un hombre sin dignidad y sin corazón.

»Añadid á todos estos elementos una forma concisa y vigorosa, una energía nunca desmentida para la exposición de las ideas propias, una sinceridad absoluta, y se comprenderá que Jacinto Octavio Picón haya conseguido que su nombre sea uno de los pocos que no se discuten.

.....
»La crítica sería tendría en Picón una verdadera autoridad si la cultivara asiduamente. Pero sólo de tarde en tarde aparece su firma al pie de un juicio crítico, casi siempre acertado y original.

»La crítica de Picón puede considerarse bajo dos aspectos: el de la forma y el del fondo. Es la primera respetuosa, reposada, cultísima; el fondo, en cambio, es revolucionario, atrevido, palpitando en él, por decirlo así, todas las teorías modernas y todas las rebeliones del naturalismo.

»No puede comparársele con Balart, porque los separan muchos años, toda una época

literaria: si se quiere buscar una semejanza, hay que acudir á los críticos extranjeros. Jacinto Octavio Picón y Sarccey se parecen en el procedimiento.....

»Serio de fisonomía, grave en sus ademanes, severo en el vestido, ordenado hasta la exageración en sus costumbres, es difícil adivinar que en Picón haya un espíritu apasionado por la lucha, abierto de par en par á todo lo nuevo, intransigente en sus ideas literarias, propagandista incansable del realismo y enemigo acérrimo de la literatura oficial »

Al comenzar estos apuntes biográficos he citado al autor de *La literatura española del siglo XIX*, el padre agustino Blanco García. Enemigo declarado de Picón bajo el punto de vista de las ideas, no deja por eso de reconocer lo mucho que vale. He aquí cómo se expresa:

«Prosista castizo, jugoso y acrisolado si los hay, Jacinto Octavio Picón es pródigo malversador de un ingenio al que podría y debería dar más alto destino.

»Aparte las cualidades de narrador, tiene la de una sinceridad á toda prueba, y un horror señalado á los doctrinarismos, suavidades y medias tintas de los que no se atreven á elegir de una vez entre Cristo y Barrabás.

»Cada novela de Picón es como una estrofa suelta de un himno y de una sátira: himno al amor sexual, libre, instintivo y desligado de las trabas que lo coartan y las instituciones que lo rigen y dignifican; sátira contra estas mismas instituciones, contra su carácter religioso y sobrenatural y su tendencia represiva y de sacrificio.....

»Pero si entristece el hecho aislado de que un novelista de fuste se extravió por tan tortuosa senda, el ser éste un signo de los tiempos que alcanzamos y del escepticismo dominante, rompe el corazón de pesar y ciega de lágrimas la vista.»

Otro escritor meritisimo que oculta su nombre bajo el seudónimo de Sansón Carrasco ha fotografiado á Picón, desde las columnas del popular semanario *Blanco y Negro*, en estas líneas:

«Es un romántico disfrazado de naturalista. Nada tan contrario á su temperamento como la crudeza, que viene á ser la *marca de fábrica*, estampada, por ejemplo, en los libros de Zola.

»Lejos de creer yo que eso sea un defecto, entiendo, por el contrario, que la forma literaria de Picón, *idealista* de todo en todo, es su cualidad más brillante.

»Concibe la realidad, pero al expresarla *dora la píldora* admirablemente, con todas las galas, que son muchas, de su estilo castizo, fluido, delicado y brillante por extremo.

»Si el arte es forma primero que nada, Picón es un artista completo.

»Realidad en el fondo, idealidad en la forma: he ahí la perfección en el arte, tal como lo entiende el que esto escribe.

»Como *particular*, Octavio Picón es un hombre incompleto. Inmejorable como amigo, tiene como enemigo cualidades perfectamente negativas.

»Flaco de memoria (cuando de recordar ofensas se trata) y sobrado de generosidad —hasta para quien no la merece,—no da cabida en su alma á odios y á rencores. Perdona y compadece, ó lo que es igual, no sirve para enemigo.

»Elegante sin afectación y distinguido naturalmente, modesto sin hipocresía y afable y cariñoso, de amena y sabrosa conversación, es simpático á cuantas personas tienen la fortuna de tratarle.

»De él puede decirse mejor que de nadie: «El estilo es el hombre.»

Después de leídos estos juicios á nadie extrañará que Jacinto Octavio Picón, que se halla hoy en todo el vigor de la vida y en toda la madurez de su talento, esté en visperas de ocupar un sillón en la Academia Española. Entre los que le presentan y apadri-

nán figuran nombres tan ilustres como los de Valera, Echegaray, Campoamor y Menéndez y Pelayo.

El día en que Picón figure entre los *inmortales*, yo, su más ferviente admirador y amigo, me guardaré muy bien de felicitarle.

Á quien felicitaré será á la Real Academia Española.

L.

Relato del homicida.

Luis me había pedido varias veces que le hiciese un libreto de ópera. Una noche de invierno, en Madrid, al salir de un teatro le hablé á grandes rasgos de cierto asunto medio legendario, medio histórico, que me parecía altamente dramático y musical; le gustó, y resolví poner manos á la obra en cuanto me viese libre de los trabajos que tenía entre manos. Entonces no frecuentaba él nuestra casa, y con mi mujer había hablado pocas veces; sólo la veía en los teatros. Andando el tiempo, caí yo en la cuenta de que siempre nos encontrábamos en los estrenos; pero dada su profesión y la mía, era natural que así sucediese. Al terminar aquella primavera le oí tocar algunos fragmentos de una obra que tenía empezada; indudablemente era un compositor ya formado, de exquisito gusto y muy original: esto me animó mucho y determiné escribir cuanto antes el libreto, con cuyo asunto, dicho sea de paso, había yo ido encariñándome poco á poco, hasta que un día cogí á Luis y le dije:

—Cecilia y yo pensamos pasar el verano en Pinarplaya; no te ofrezco hospitalidad en nuestra casa porque es muy pequeña y carecerías de comodidades; pero hay allí una fonda donde podrías tomar cuarto sólo para dormir, y comerías con nosotros. El pueblo es precioso, y siendo en extremo agreste, casi salvaje, tiene todas las ventajas que proporciona la vecindad inmediata de una gran ciudad. De mi casa á la población hay en tren veinte y tantos minutos, y á pie, á buen paso, poco más de una hora. Vente con nosotros. Discutiremos el plan y las situaciones, iré dándote cantables y podrás ir componiendo al mismo tiempo que yo escriba; de

modo que tal vez para principios de temporada tengamos concluida la obra.

Me pareció que no le entusiasmaba mi proyecto, lo cual no me sorprendía dada su afición á la vida de sociedad y sus gustos mundanos, como dicen los franceses; pero una noche, estando yo con Cecilia en un palco, entró á saludarnos; salí un momento, llamado por un empleado de la empresa, y cuando volví á los pocos minutos me dijo que estaba resuelto á pasar parte del verano en Pinarplaya.

Nosotros salimos de Madrid antes que él, le busqué cuarto en la fonda, y á la semana siguiente vino. Luego, convencidos Cecilia y yo, aunque él no se quejaba, de que la tal fonda era abominable, nos pareció feo dejarle en ella, y lo mejor que pudimos le arreglamos una habitación en casa. Sería necesidad, imprudencia..... lo que se quiera; mas siempre he creído que si el hombre puede tener desconfianza de una novia ó una querida, á quienes acaso no haya logrado estudiar y conocer á fondo, nunca debe desconfiar de una esposa á quien se supone que ha elegido en la plena y absoluta convicción de que merecía serlo.

Pasamos deliciosamente todo Julio y parte de Agosto. Luis, mucho más madrugador que nosotros, no salía de su cuarto hasta la hora de almorzar, y trabajaba toda la mañana sobre los cantables que le iba dando, y algunos días se quedaba componiendo hasta la caída de la tarde; otros dábamos juntos grandes paseos á la orilla del mar ó por el monte, ó íbamos á la ciudad para traer alguna golosina de una tienda francesa, y á veces él compraba un manojo de flores para Cecilia ó mandaba llevarle un tiesto.

Para ir *al pueblo*, como nosotros decíamos cuando no nos oía la gente de la provincia, había dos caminos: la carretera, por la cual se daba un gran rodeo, y la vía férrea que acortaba mucho y por donde nos dejaban pasar gracias á mi amistad y conocimiento con jefes y empleados. En el tren nunca íbamos. Los días nublados ó á la caída de la tarde era preferible la carretera: cuando el calor arreciaba ó teníamos prisa, la vía. Tenía ésta además un poderoso atractivo para nosotros.

A corta distancia de mi casa había un túnel de quinientos metros de largo, construido en curva. Allí, por grande que fuese el calor, siempre hacía fresco, hasta frío; ya por encallejonarse el aire, ya por la humedad hija de las filtraciones que mantenían la peña constantemente mojada.

Tomábamos la precaución de no llegar sofocados ni sudando, y entrábamos y seguíamos uno tras otro por cualquiera de las estrechas sendas que á derecha é izquierda quedaban entre los rieles y la pared de roca. Á poco de andar, lo mismo viniendo de casa que regresando de la ciudad, nos gustaba volver la cabeza y ver cómo, por la dirección de la

curva, el boquete de entrada, que formaba un medio punto luminoso, iba limitándose y mermando al modo que el disco de la luna en el momento de un eclipse; seguíamos andando, y nos quedábamos á oscuras.

Á veces nos cruzábamos con un empleado que llevaba un farolillo, ó solíamos encontrar, ocupados en reparaciones de la vía, grupos de obremos que á los resplandores de las teas y hachas con que se alumbraban parecían cíclopes cuyas sombras se dilataban y rompían entre las angulosidades de la bóveda tallada en la peña viva. Algunos días oíamos llegar el tren, que silbaba estrepitosamente á la entrada; el instinto de conservación nos hacía pegarnos á la roca; sentíamos la trepidación del suelo; brillaba de pronto en la oscuridad el farolón rojo de la locomotora, quedábamos ensordecidos por el ruido, y el tren pasaba como una tromba de hierro arrancando á la vía chinas y piedrezuelas de balastro que sentíamos chocar con nuestros pies. En seguida el farol de cola brillaba, alumbrando con reflejos de sangre la nube de humo que nos envolvía y disminuyéndose velozmente en las tinieblas; el ruido se aminoraba en la distancia, y seguíamos medio asombrados, medio sobrecogidos como chiquillos imprudentes.

—Esto es dantesco—decía Luis, queriendo y no acertando á expresar la emoción que experimentaba.

Las primeras veces la impresión fué tremenda: luego hasta nos deleitaba, y calculando la hora acortábamos ó aligerábamos el paso para cruzarnos con los trenes.

En cierta ocasión, en el momento en que salíamos del túnel, dije:

—Somos unos locos: si un día viniese una portezuela abierta y chocara con nosotros, nos hacía polvo.

Luis se me quedó mirando de un modo imposible de describir y cerró los ojos. Yo no me dí cuenta de si fué porque al salir de la oscuridad le ofuscó la luz ó porque le horrorizase la idea de aquel género de muerte.

Una tarde, en la puerta de casa, pareciéndome que Luis estaba preocupado y triste, le pregunté:

—¿Te pasa algo? Parece que te han dado cañazo.

—Tengo para el dúo—repuso—una idea musical preciosa, hermosamente trágica, y no hallo modo de darle forma. Estoy hace días imposible.

Luego anduvo en la ciudad cada uno por su lado, y nos rennimos en la tienda francesa sin comprar nada, porque nos habíamos retrasado mucho. Echamos á andar, y, ya cerca de la valla de la estación, dije:

—¿Tomamos billetes? ¿Vamos á pie.....? ¿qué hacemos? Hoy es muy tarde.

Luis contestó sin mirarme:

—Por la vía, por la vía. Á ver si con el fresco se me despeja la cabeza.

Seguimos juntos por entre los rieles hasta llegar á la boca del túnel: desde allí había que ir uno tras otro. Luis se detuvo á encender una colilla de puro, y yo eché por delante.

El claror de la entrada, ya débil porque era casi anochecido, fué desvaneciéndose por grados: al comenzar la curva quedamos envueltos en tinieblas; mas era tal la costumbre adquirida que andábamos con relativa facilidad, y al cabo de un rato hasta distinguíamos en el suelo, aunque amortiguada y vagamente, la doble línea de los rieles abrillantados por el roce de las ruedas. Á lo lejos oíamos el rugido del mar, y el aire húmedo y encallejado nos azotaba el rostro.

—Este año es el último día que venimos por aquí—dije.

—Como quieras—repuso, y me pareció que le temblaba la voz.

Pocos instantes después sonó un silbido largo y estridente, y en seguida comprendimos, por la distinta intensidad del ruido, que el tren había entrado en el túnel. La obscuridad comenzó á iluminarse con el creciente resplandor rojizo proyectado á ras de tierra por el farol delantero de la locomotora, la cual venía lanzando furiosos resoplidos.....

Lo que sucedió en seguida fué horrible.

De repente dos manos de hierro me sujetaron los brazos por detrás, y de un empujón en dirección oblicua fui lanzado hacia la vía cuando el tren estaba casi encima. Caí de bruces; pero por una contracción instintiva, hija del terror, quedé fuera de los rieles, y aun procuré apartarme de ellos encogiéndome y dando una vuelta entera con el cuerpo, como si rodara. Entonces mis manos chocaron con las piernas de Luis, y asido á ellas me incorporé rápidamente. Me dió en la cara su aliento, sentí que sus manos me buscaban, y, alzando las mías con la fuerza que da la desesperación, le sujeté por el cuello y, después de apretar rabiosamente, lo lancé de espaldas. Por fortuna no pudo asirse á mí y cayó solo.

Al resplandor de las ascuas y las chispas desprendidas del cenicero de la máquina lo ví tendido entre las paralelas de hierro: yo quedé pegado á la roca, como si quisiera incrustarme en ella, y el tren pasó acaso con mayor velocidad que otras veces, ¡pero pareciéndome que no acababa nunca!

Cuando sorbido por las tinieblas desapareció el farol de cola, escuché aguzando el oído: no oí grito, ni gemido, ni respiración, ni roce de movimiento, nada, sino el rugido sordo de las olas y el fragoroso traqueteo del tren que se alejaba silbando.

Aturdido por lo tremendo de la sorpresa y magullado por el golpe que dí al caer, tardé unos instantes en reponerme. Parecerá absurdo, pero

sólo entonces comprendí que Luis había intentado asesinarme. Mi defensa y mi venganza, que duraron lo que un relámpago, fueron obra del instinto. Quise encender fósforos, y el aire, que soplaba con violencia, los apagó. Ansioso de cerciorarme de si estaba muerto ó expirante, me arrastré á gatas y extendí las manos tentando el suelo, hasta que toqué una mano....., el brazo....., el pecho..... Seguí palpando hacia la cabeza, y los dedos se me hundieron en algo deshecho, caliente y pegajoso. Busqué á tientas el tronco, y comprendí que debía estar horriblemente destrozado. Había muerto como intentó que yo muriese.

¿Por qué misteriosa revelación vino á mi pensamiento entonces el nombre de Cecilia? Si ella era mi única felicidad, ella era lo único porque podían odiarme. Un hombre más rico que yo, á quien no había ofendido, que por nuestra distinta profesión no había de aborrecerme, ¿por qué me había de matar sino para robármela.....?

¿Y ella lo sabría?

.....
Eché á andar; seguí por fuera de la vía en cuanto salí del túnel, y á campo traviesa, como un ladrón, me acerqué á mi casa. Desde un pinar inmediato llegué á la valla del jardín, y, rodeándolo, en vez de entrar por la puerta principal, entré por la empalizada del huerto. Salté por una ventana, atravesé un dormitorio de criados y, penetrando en mi cuarto, cogí un revólver; en seguida, descalzo y cauteloso, bajé al vestíbulo, que por tres arcos daba paso al jardín.

Cecilia, de pie, inmóvil bajo el farol que pendía del techo, miraba con ansia hacia la alameda que, arrancando desde la verja del parque, llegaba hasta la puerta de la casa. Su figura blanca y esbelta se dibujaba en el fondo de la noche..... Aquél fué el momento más amargo de mi vida.

—¡Cecilia!—llamé de pronto.

Se volvió, la luz le dió de lleno en la cara, y el terror de su mirada, fija en mí con espanto, lo dijo todo.

—¿Y Luis?—gritó al ver mis ropas destrozadas.

Yo, apoyándome en el pasamanos de la escalera para no temblar, disparé. Cayó agarrándose á una butaca de mimbres, después dió de golpe, boca abajo, en el suelo, y junto á su nuca comenzó á dilatarse un charquillo de sangre roja y brillante que, formando espeso borde, se detenía entre las junturas de las losas del piso.

En el bolsillo de Luis se encontró una carta de Cecilia, y en el cuarto de ella varias de él. El fogonero del tren declaró que en el túnel había visto al hombre del gabán claro abalanzarse sobre el que iba á cuerpo, que era yo, y el Jurado me absolvió por unanimidad.

.....
JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Pleguezuelo, Francisco.

Es almeriense. Allí cursó los primeros años de la segunda enseñanza, viniendo á estudiar el último en el instituto del Noviciado de esta corte, y obteniendo el título de bachiller con la misma nota de sobresaliente que había conquistado siempre en su ciudad natal, á pesar de no ser aquí conocido de los profesores y merced acaso á un hecho que



puso ya de manifiesto su temperamento poético y sus disposiciones literarias. Estaba para terminar el curso sin que le hubiera cabido en suerte ser preguntado una sola vez en ninguna de las clases, compuestas de centenares de alumnos, cuando el catedrático Sr. Terradillos, á cuyo cargo corría la asignatura existente entonces de Ampliación de latín y principios de literatura, y el cual solía encomendar á sus discípulos ejercicios prácticos, no sólo en prosa, sino también en verso, aunque salieran aleluyas, buscando un nombre en la lista leyó el de Pleguezuelo, y le encomendó nada menos que un discurso crítico sobre Fr. Luis de León y una composición métrica acerca de la Juventud. Desde entonces el alumno fué ya conocido y preguntado en las demás clases. Las quintillas que presentó en el plazo señalado gustaron tanto al Sr. Terradillos, que las publicó con elogio en un periódico.

No fué ésta, sin embargo, la primera vez que el poeta adolescente se reveló en la prensa, pues desde su salida de Almería venía ya sosteniendo en inspirados versos animada correspondencia en un diario de aquella localidad, con el que luego fué también en la corte distinguido periodista, Antonio Atienza.

Esta vocación de escritor y poeta tan tempranamente manifestada se tradujo después, estudiando ya la carrera de leyes, en artículos científicos y literarios que vieron la luz en la *Revista de la Universidad Central*, *La Raza Latina*, *La Revista de España* y *La Ilustración de Madrid*.

Siendo todavía estudiante organizó una sociedad titulada *La Urcitana*, bajo los auspicios del entonces rector D. Fernando de Castro, que cedió local en la Universidad para que celebraran sus sesiones aquellos jóvenes ganosos de adiestrarse en los debates académicos. Los alumnos de todas las facultades de la Universidad crearon también por aquella época un periódico, titulado *La Juventud Escolar*, cuya dirección compartió Pleguezuelo con D. Enrique Serrano Fatigati. Fué además redactor de *La Propaganda*, diario fundado por D. Luis Giner de los Ríos, con cuyo hermano, el sabio cate-drático D. Francisco, colaboró también en trabajos científicos como discípulo pre-dilecto.

Triunfante la revolución del 68 cuando su espíritu empezaba á formarse, y educado al calor de las nuevas ideas, comenzó muy joven á figurar como republicano, siendo durante algunos años representante en Madrid del Comité provincial de Granada; pero bien pronto, desencantado de la política, la abandonó en absoluto, sin ceder nunca al halago de brillantes perspectivas que pusieron ante sus ojos la amistad y el aprecio de hombres eminentes de la Restauración.

Dedicado á su bufete, pero sin renunciar nunca á sus aficiones científicas y literarias, fija la mirada en el Teatro, que singularmente le atraía, hizo algunos ensayos antes de lanzarse á procurar la representación de sus obras.

En 1883 terminó un drama en tres actos y en verso titulado *La ley más dura*; lo leyó á varios amigos, entre ellos al reputado crítico Jacinto Octavio Picón, y tanto agradó á éste la obra que hizo que Antonio Vico la aceptase con tal entusiasmo que el eminente actor, de acuerdo con el empresario de Apolo, dió orden de que se sacara de papeles, con objeto de estrenarla después de *Las esculturas de carne*, de Sellés, cuyo estreno estaba ya anunciado, constituyendo la esperanza de la Empresa en aquella temporada. Pero á pesar del mérito del drama de Sellés quebró la Empresa, se cerró el teatro, y quedaron así frustradas las alegrías del principiante, por más que Vico, con propósito sincero, se reservó *La ley más dura* para estrenarla en la primera ocasión.

Vico, en efecto, á la siguiente temporada hallábase resuelto á cumplir lo prometido; pero Pleguezuelo, entretanto, había escrito *Mártires ó delinquentes*, y prefirió que se estrenase este drama por tener en él más confianza. Pocas obras de autor novel han causado tanto efecto, y en ninguna seguramente han concurrido las circunstancias que en ésta concurrieron. Aceptada en términos verdaderamente extraordinarios por lo halagüeños y honrosos, se le señaló turno: había de estrenarse después de *El roble herido*, de Valentín Gómez, y *La Pasionaria*, de Leopoldo Cano; pero vino el éxito colosal de *La Pasionaria*, se eternizó esta obra en los carteles, y el tiempo transcurrido fué más que suficiente para que cambiaran los planes de la Empresa, tratando de sustituir la obra del principiante con otra del reputado autor D. Mariano de Larra, titulada *Un buen hombre*. Se procuró por todos los medios que Pleguezuelo renunciara á su derecho; pero él no se creyó en el caso de hacerlo, y siguieron los ensayos y se fijó la noche del estreno.

¡En qué condiciones, sin embargo, tan diferentes de las imaginadas al principio se iba á verificar! El drama, para cuyos elogios se había agotado el vocabulario, era ya detestable; tenía atrevimientos inauditos, no podía pasar sin que fueran las butacas al escenario. Tal atmósfera se formó, que algún amigo fué á última hora á casa de Pleguezuelo para aconsejarle que no asistiera al estreno. Los acomodadores predecían *la que se iba á armar*. Y no obstante se alzó el telón del teatro de la Zarzuela, y á pesar de aquel ambiente, del recuerdo de *La Pasionaria* y de la frialdad de los actores, excepción hecha de la Mendoza Tenorio, desde los primeros versos se impusieron el silencio y el respeto, para convertirse luego en ruidosos aplausos y ovación extraordinaria.

Al día siguiente la crítica sancionó con sus honores el entusiasmo del público, di-

ciendo que el poeta, vencedor de todo, había penetrado en la escena como los héroes romanos: por un arco triunfal y entre vitores y aclamaciones. El drama, sin embargo, se retiró de los carteles al quinto día para estrenar *Un buen hombre*, que tuvo la desgracia de no gustar. Aquella medida motivó protestas y censuras del público y de la prensa, y cartas á Pleguezuelo de literatos que ni siquiera le conocían. Como comprobante de lo expuesto, he aquí lo que el Sr. Ortega Munilla escribió en *El Imparcial*:

«Dispense usted, Sr. Pleguezuelo, que en la primera ocasión en que con usted correspondo (como dicen los escritores que aspiran á sillón académico), y sin tener la honra de conocerle, use de un cuento de almanaque; pero viene á propósito para decirle que otra vez no se contente con tener de su parte al público á fuerza de dones del ingenio, que con alegría veo que todos reconocemos y aplaudimos en usted, sino que traiga á su bando también á los actores.

»Para el autor dramático no basta tener talento, porque entre su obra y el público se levanta un obstáculo: el actor. He dicho obstáculo, y no lo borraré, en vista de lo que por estos días acontece.

»Obtiene usted con su drama un gran triunfo; el público le sanciona y la crítica le corona de flores. Se reconoce en usted á un dramaturgo de alto mérito, y su nombre de usted, desconocido, alcanza en una noche celebridad; en unas cuantas horas adquiere usted lo que constituye la gloria literaria, y que no todos consiguen: admiradores y envidiosos. Logra usted este triunfo en condiciones difícilísimas después de *La Pasionaria*, uno de los más grandes que ha presenciado la generación nueva, tratando un asunto muy manoseado y plantando una tesis de dudosa moralidad, es decir, que todo su triunfo es obra de su talento dramático, que, donde otros caída lastimosa, ha encontrado alas de gloria. Con dos excepciones (Vico y la Mendoza Tenorio), halla usted en los intérpretes de sus personajes sus verdugos; y el drama vence de los malos cómicos, vence de la prevención del público, vence de los odios de bastidores, vence de las pasioncillas de telón adentro. Lo cual significa que usted es un autor dramático de bríos de quien se puede esperar mucho.....»

Mártires ó delinquentes recorrió triunfante las provincias, y colocó de un golpe á Pleguezuelo en envidiable lugar entre los autores dramáticos.

Las producciones de este eximio autor, dadas al público con posterioridad, fueron *La verdad sin prueba*, en el teatro Español; *Margarita*, en el de la Princesa; *Angel caído*, *La segunda esposa* y *Al pie de los Pirineos*, en el de la Comedia. Con ellas ha tenido, como todos, sus altos y bajos, sus triunfos y sus caídas, pero alcanzó con la comedia *Margarita* un éxito tan sólido como brillante, de los pocos que no sufren desencanto una vez pasadas las primeras impresiones. La prensa de todos los matices estuvo conforme en calificarla de joya; el público la ha escuchado siempre con el mismo placer, y cuando la estrenó la Mendoza Tenorio no hubo medio de impedir que se interrumpiera la representación á la mitad del tercer acto para hacer salir al autor á compartir con la eminente actriz los aplausos que levantaba un arranque dramático de ésta, tan difícil de igualar que quizás por ello no se pone en escena desde hace tiempo tan aplaudida obra.

Antes de su estreno la quiso conocer D. Manuel Tamayo, presentándose un día de improviso en casa del autor, quien pagó después esta visita dedicándole la comedia; y como, sobre ser un modelo epistolar, refleja la opinión que de ella tenía el insigne dramaturgo, copiamos á continuación la carta con que éste respondió á la dedicatoria:

«Mi querido amigo: Ninguna visita habrá sido nunca tan bien pagada como la que yo le hice á usted deseoso de conocer su ya famosa *Margarita*. Por haber tenido el gusto de aplaudirla antes que el público logro verme honrado con la generosa dedicatoria que, no poco sorprendido, acabo de leer en el ejemplar impreso que se ha servido

usted enviarme. Siga usted incurriendo en el hermoso error de creer que recibe favores cuando los hace; y si alguna vez dejara de ser rectamente apreciada la bondad de usted, consuélese recordando el testimonio de profunda estimación y de íntima gratitud que ahora le da su cordial amigo y sincero admirador que no le besa nada.—*Manuel Tamayo y Baus.*»

El ilustre D. Manuel Cañete, ocupándose de la misma obra, decía desde las columnas de *La Ilustración Española y Americana*:

«Se ha dicho, pues, con harta razón que *Margarita* es una joya; que su acción, sobre ser verosímil, es poética sin lirismos extemporáneos, moral sin sermones intempestivos, tierna y poética sin la hinchazón y los oropes de enfática sensiblería. Semejante declaración en periódicos que han celebrado con pernicioso entusiasmo dramas que únicamente se distinguen por la hinchazón, los oropes y el énfasis que ahora les parecen mal, es sin duda uno de los mejores triunfos de Pleguezuelo, y arguye mucho en pro de la fecunda eficacia de la producción á que aluden. Por lo visto débese á ella que esos diarios hayan abierto los ojos y modificado su parecer en beneficio de los buenos principios del arte; pues no es de presumir, pensando razonablemente, que aquellos mismos que aplauden una comedia como *Margarita* porque no incurre en los que califican implícitamente en yerros ó vicios, los tengan por aciertos y perfecciones en poemas de otros ingenios.»

Al recuerdo de *Margarita* se asocia el de la funesta ingerencia que en todo y para todo ha tenido siempre entre nosotros la política. Una de las noches subsiguientes al estreno, la familia real significó el deseo de poder presenciar la representación desde la primera escena, á cuyo objeto fué necesario alterar repentinamente el programa, colocando en primer término un par de piezas para que la comedia no empezara hasta la hora oportuna. Dos días después D. Ramón de Campoamor le decía á Pleguezuelo en el saloncillo del teatro:

—¿Usted no sabe que la Reina ha creado un premio de 5.000 pesetas para la mejor comedia de este año? Pues yo vengo á decirsele y á encargarle que no consienta que nadie escriba otra mejor que *Margarita* en los quince días que restan de temporada.

Otras muchas autorizadas opiniones, así como la voz pública, señalaron aquella obra como la merecedora del premio que parecía nacido al calor de ella, y hasta hubo perro viejo de teatros que quiso comprarle á Pleguezuelo la esperanza en 4.000 pesetas, á lo cual opuso éste que no quería ser estafador vendiendo una esperanza que no tenía. No podía menos de tenerla, pero quedó bien defraudada; pues cuando, pasado algún tiempo, llegó el instante de que la Academia Española resolviera, la Reina se disponía á visitar á Zaragoza y Barcelona, y D. Antonio Cánovas del Castillo juzgó conveniente que llegaran antes á la capital aragonesa el decreto del ferrocarril del Canfranc, y á la catalana, ya que otra cosa no pudiera ser, el premio á un escritor regionalista, y aquél, en efecto, se adjudicó á una obra escrita en catalán, desconocida en Madrid.

Hace años que Pleguezuelo guarda un silencio nada provechoso para el arte dramático contemporáneo. Acaso han contribuído á su mutismo tristezas íntimas de su vida, pues, apasionado de la familia, tuvo la desgracia de perder á su hijo único y á la que eligió por compañera, hermosa dama, dechado de talento y discreción, é hija de una de las ilustraciones militares más conspicuas de la época, como lo fué el general de Artillería D. Tomás Reina, habiéndosele visto desde entonces bastante retraído de los centros literarios. Acaso le roban tiempo los negocios y los muchos pleitos de casas importantísimas que le tienen confiados sus intereses, ó acaso está la clave en la pereza. De cualquier modo; repetimos, es de desear verlo aparecer de nuevo en el palenque dramático con el natural afán de reverdecer laureles.

La nota distintiva de su carácter ha sido siempre la modestia. Lo mismo en el teatro

que en el foro, cuando ha conseguido un triunfo ha procurado más bien desvanecerse que ponerse de relieve. Celoso en extremo de su reputación moral, nunca se ha cuidado de la intelectual, aceptando en este terreno lo que buenamente se le otorga, sin procurar acrecentarlo. Su ambición es de merecer, no de alcanzar. Como abogado, nunca ha creído que sea lícito defender otra cosa que la verdad y la justicia. Como autor dramático huye de falsos efectismos, habiendo escrito siempre asuntos originales. Cree que la censura entre compañeros toma visos de envidia y, dejando sus funciones á los críticos, prefiere casi siempre el silencio á parecer animado de una pasión mezquina.

L.

Un cuadro del Museo.

Exceptuando la política, donde los arrepentimientos son verdaderos actos farisaicos, por los cuales ciertamente no se aspira á la perfección, sino á encubrir vergonzosos apetitos bajo apariencias de decoro, es indudable que en las restantes esferas de la vida, y por lo que se refiere á los estados psicológicos puramente morales, nada más bello, nada más simpático, nada más interesante que un alma arrepentida. Bella es sin duda la candorosa inocencia, cuyo pensamiento de nieve no ha desflorado siquiera la idea del mal; bella y majestuosa la inmaculada faz de la virtud, en cuya frente resplandece con inefable resplendor la tranquilidad de una conciencia jamás turbada por la culpa; pero hay algo superior y como de más armónico conjunto en esa misteriosa expresión del alma arrepentida que, saliendo de las sombras del pecado, recibe por una parte los melancólicos reflejos de su pureza perdida, y por otra los vívidos destellos de un sol inextinguible de verdad, al que tiende su vuelo en ansias de abrasarse, para que ya no puedan ocultárselo de nuevo los falaces vapores de la tierra.

Podrá no ser esto una verdad filosófica, pero así pensaba yo días pasados recorriendo las galerías de nuestro Museo Nacional de Pintura. Entre la confusa multitud de impresiones que experimenta allí el espíritu al sumergirse en aquel revuelto mar de formas y de ideas, de afectos y

colores, la insistente repetición de una atractiva figura se apoderó por fin de mí, haciéndome pensar y sentir en los términos en que acabo de expresarme. Habíala visto trazada por un pincel desconocido que la copió de un lienzo de Van Dyck; se me había ofrecido con mayor nobleza en uno de los luminosos cuadros de Pablo Veronés; habíala visto idealizada por Guido Reni; la había contemplado llena de indecible gracia merced á la argentina paleta de Correggio; se me había presentado otras tantas veces en variadas actitudes, animada por otros pintores de Italia; acababa de verla en su más desoladora situación, sorprendida por el genio terrible de Ribera; y cuando, descifrando con dificultad un lienzo colocado en lo más alto del vestíbulo de la galería principal, reconocí también en él la misma hermosa figura reproducida por uno de nuestros modernos pintores, ya no pude dudar que la idea del arrepentimiento tiene una singular y poderosa fuerza estética, siendo por ello María Magdalena obligada inspiración de tanto artista.

¡Cuán interesante, en efecto, para toda alma poética ese admirable tipo de María tan bellamente realizado por la leyenda cristiana! ¡Con qué mágico poder atrae aquella hermosa hija de Betania, tan pura como hermosa en sus albores, ávidos luego sus sentidos de galas y perfumes, ansioso después su corazón ardiente de goces y deleites; desprendida más tarde de su ejemplar familia, libre ya, independiente, fastuosa y rica en su castillo de Magdala; licenciosa después, el escándalo al fin de Galilea, yendo por mera diversión á escuchar al más renombrado de los profetas de aquel tiempo, y recibiendo entonces de improviso en la prodigiosa palabra de Jesús una luz purísima que ilumina su espíritu, que regenera su alma, que le hace aborrecibles las impurezas pasadas y que enciende su corazón en las intensas llamas de un amor infinito al bien, al hombre que lo predica, al Dios que se lo envía! La hermosa pecadora, arrepentida, oyendo atenta la palabra del Maestro, ungiéndole amante sus pies con el exquisito bálsamo del nardo, buscando con afán en el sepulcro su cadáver, entregada á la oración en el desierto, de cualquiera de estos modos, pero expresando siempre la contrición más profunda, no podía menos de ser predilectamente acariciada por el pincel de los pintores religiosos.

Así, en efecto, ha sucedido, y no sólo los pintores religiosos, sino también pintores esencialmente mundanos, han golpeado con entusiasmo en la tabla ó en el lienzo para encarnar en obra artística la inspirada concepción de aquella penitente; porque bajo la idea mística positiva que á su historia preside, late y palpita una idea esencialmente moral, profundamente humana, verdaderamente religiosa, grande y sublime, amplísima y sintética, que todo lo abraza, que todo lo comprende, que todo lo armoniza, desde el crimen á la santidad, desde la luz á la sombra, la idea

del arrepentimiento verdadero, que por su propia virtud, y sin méritos de sangre derramada, eleva y redime y dignifica y hace perpetuamente posibles la regeneración y el perfeccionamiento en el mundo de la libertad. Por eso como mejor se representa á María Magdalena es orando en el desierto, porque así es como más libremente se expresa la amargura de la culpa, el dolor del arrepentimiento y la aspiración ardiente á un ideal de perfección, afectos que constituyen lo que hay de verdaderamente grande y conmovedor bajo las formas de la penitencia y la oración á que se entrega por su fe la pecadora. Así es como se la ve en todos los cuadros que he citado, si se exceptúa el de Correggio, y así es como yo la buscaba cuando se fijaron en ella mis observaciones artísticas.

Después de tantas veces como se había ofrecido á mi admiración, todavía pude contemplarla en lienzos debidos á Francisco Trevisani y á Cigoli, únicas obras por cierto existentes en nuestro Museo de estos pintores de las escuelas romana y florentina, rara circunstancia, bajo el punto de vista de mi observación en aquellos momentos, que se da también con la Magdalena del español Tejeo, á quien antes me he referido; Becerra, Espinosa y otra vez Ribera, éste siempre con los atormentadores accidentes en que se recreaba su numen, la pusieron aún ante mis ojos; pero la Magdalena de verdad, la mujer de carne y hueso, la pecadora viviente arrepentida en su cueva, ante quien había de quedarme inmóvil por no turbar su arrobamiento, ansiando á la vez llegarme á ella para prestarle un consuelo, esa mujer no podía verla sino descorriendo un velo misterioso en el tiempo y el espacio el que estuvo dos años encerrado sorprendiendo á la Naturaleza sus secretos, el inmortal Murillo.

Al que tuvo el gigante poder de hacer posible lo imposible, la Concepción Inmaculada; al que supo unir con invisible lazo lo humano y lo divino; al que juntó en un semblante la pureza de la virgen y la majestuosa ternura maternal; al que fundió en una pupila la gracia de un niño y la mirada de un Dios, á ese peregrino ingenio estaba reservado unir también en sorprendente unión la virtud y la culpa, la voluptuosidad y el misticismo. Claro es que yo no he podido comparar la Magdalena de Murillo con todas las Magdalenas de todos los pintores de la tierra, ni aunque hubiera podido hacerlo estaría autorizado para decidir *ex cathedra* sobre cuál merecía el principal honor, ni podría siquiera defender técnicamente mi opinión; pero si á pesar de todo afirmo que no hay otra Magdalena como la Magdalena que yo he visto, y alguien se inclinara á tacharme de ignorante ó temerario, que antes de hacerlo contemple el cuadro 857 del Salón de Españoles del Museo.

Reproducir con la palabra lo que pintó Murillo es verdaderamente imposible, y por mucho que se dijese apenas se podría dar nunca más

que una ligera idea de aquel cuadro. No atreviéndome siquiera á darla por mi cuenta, he aquí cómo lo hace D. Pedro de Madrazo en su Catálogo: «La hermosa pecadora, sentada en un peñasco, dentro de una gruta, con un libro abierto en la mano izquierda y la derecha en la mejilla, apoyando el codo sobre una calavera que descansa en su muslo; mal cubiertos los delicados miembros con las desgarradas reliquias de sus galas, y suelta la rubia madeja de su crespo cabello sobre la espalda y el pecho, levanta la cara y los ojos al cielo como en un delicioso arrobamiento, en medio de los congojosos recuerdos de sus pasados extravíos. Un rayo de luz celestial que baja hacia ella, ilumina toda su persona, su túnica cencicienta y su manto rosado.»

Tal es el bellissimo cuadro. No veréis allí atormentadas las carnes de la hija de Betania con una estera á manera de cilicio, ni colocadas á sus pies erizantes disciplinas, ni señales de la penitencia á que voluntariamente se entrega; no veréis tampoco un ángel intercesor llevando en sus manos el vaso que contuvo el oloroso aceite, para conseguir que se abra á la mujer disoluta las puertas celestiales por el mérito de haber ungido los pies del Nazareno; las creencias religiosas están engrandecidas por el genio en aquel admirable cuadro; allí, la verdadera penitencia es el dolor de la pasada culpa, y los verdaderos méritos de redención el vehementísimo afán de llegar al ideal por la invisible escala de la perfección y de la enmienda. No podía darse más alta concepción de la pecadora arrepentida, dentro del misticismo. Quizás en algo quiso indicar Murillo los medios crueles de la expiación cristiana, pero lo hizo de la manera más dulce y más simpática posible. Parece que hay un poco de sangre en el brazo izquierdo de María, como brotada al golpe de las disciplinas, pero se alivia la pena que se siente dudando si es sangre verdadera ó si es un lunar de rosa sobre la blancura de la carne, visto por entre las madejas de la rubia cabellera.

Á la derecha de la penitente, y en el peñasco en que está sentada, se ve una cruz de madera, pero una cruz sola, sin cuerpo crucificado; porque también en esto huyó el pintor sevillano del materialismo que achica las ideas. Debió de pensar al hacerlo lo mismo que Alonso Cano, cuando dijo moribundo al cura que le confesaba: «Déme, padre, una cruz sola, que allí con la fe venero á Jesucristo, y le reverencio como es en sí y le contemplo en mi idea.» Pero tampoco fijó Murillo los ojos de María en aquel instrumento de muerte, sino que los fijó en el cielo.

Al cielo, en efecto, levanta su mirada Magdalena, y no sólo se la contempla de este modo, sino que también se la ve antes leyendo con afán: el índice de su mano, que se ha quedado en suspenso al pasar una página del libro, os hace ver el momento de la lectura, origen de sus ideas, y el

inmediato del éxtasis en que su alma se sumerge al ir á buscar otro pasaje. Diríase que el pintor en este cuadro había roto las cadenas de su arte, aprisionado por el tiempo en un instante. Y así, con aquel maravilloso movimiento, con lo enérgico de la actitud, con la verdad de la expresión, con la verdad del colorido, entre aquellas diáfanas sombras, bajo aquella luz celeste, á pesar de la elevación de las ideas, Magdalena es un tipo personalísimo y real, que ama y que padece, que alienta y que respira, que siente en su palpitante corazón los sentimientos que revela, como, á pesar de la ausencia de ciertos signos materiales, aquélla es la mujer de la leyenda, la que gime y llora, la que castiga su lascivo cuerpo, la que se entrega á la maceración en el desierto, la que por eso va perdiendo la divina pureza de sus formas.

Empieza, sí, Magdalena á sentir el estrago de las inclemencias del desierto; pero aún está tan hermosa y respira tanta vida, que sólo el mágico poder de Murillo podía persuadirnos que aquella mujer no vive ya más que la vida del espíritu; porque no sólo está hermosa, sino que hay en todo su sér un dejo de voluptuosidad que pudiera hacer dudar de la sinceridad de su remordimiento si el alma no saliera por sus ojos tan pura y transparente como el rayo de luz celestial que sin duda baja á confundirse con ella. Y aquí está para mí el principal mérito del cuadro. Suprimid en otros los accidentes exteriores, que son como los atributos de la discípula de Jesús, y veréis un místico arrobamiento, y quizás también el angustioso recuerdo de pasadas culpas, pero no podréis ver determinadamente la naturaleza del pecado: el alma que se eleva á Dios no tendrá nombre ó podrá tener cualquiera. Haced otro tanto con el lienzo de Murillo, y siempre veréis la sensualidad arrepentida, siempre veréis á Magdalena. En su actitud, que es tan santa, hay algo de la elegante manera de la rica licenciosa; en la energía de sus miembros algo de la vehemencia de las pasiones mundanales; por las venas azuladas de sus mal cubiertas carnes vese correr la sangre ardiente que la impulsó á sus extravíos, y en aquellos ojos que se vuelven al cielo exhalando el espíritu hacia Dios vese algo todavía de los voluptuosos giros del amor; pero á pesar de todo esto; á pesar de tanta hermosura, de tanto calor, de tanta desnudez; á pesar de tantos placeres como aún palpitan bajo aquellas mórbidas formas, el alma regenerada y pura de la penitente es lo único que embarga el corazón y los sentidos: una idea mística flota por el espacio, y sólo se siente veneración y piedad. ¡Uno de tantos milagros del inmortal hijo de Sevilla!

F. PLEGUEZUELO Y ROJAS.

Ramos Carrión, Miguel.

Al día siguiente del estreno de *El espejo del alma*, última producción de Ramos, decía el crítico de *El Liberal*:

«Maestro llaman á Ramos Carrión los más distinguidos autores de la actualidad. Ellos sabrán por qué. Yo creo que eso de *maestro* va, sin duda, por el maravilloso arte que caracteriza á Ramos Carrión para componer obras escénicas en uno ó más actos, ora orales, ora cantadas. En esto de hacer comedias no hay quien ponga el pie encima al autor de *El bigote rubio*. ¡Quien mueva los muñecos mejor que él, que levante el dedo!»

Y hasta ahora, y ya van pasados algunos meses, no tengo noticias de que nadie lo haya levantado.

No se adquiere—sobre todo aquí, en España, donde el gremio literario es un semillero de ruines y miserables pasioncillas—el título de *maestro*, que jamás ha pretendido Ramos, sin tener una hoja de servicios tan brillante y justificada como la que él posee.

Verdadero talento cómico, lejos de contribuir al entronizamiento del mal gusto y á la corrupción del sentido estético del público, como han contribuido en este fin de siglo la mayoría de los autores, Ramos ha excitado siempre la risa, no trazando caricaturas, sino pintando escenas y tipos arrancados de la realidad. Sus diálogos están llenos de vida y de gracejo, y el regocijo que producen es tan inagotable como su vena cómica.

Su biografía puede condensarse en breves líneas.

Nació en Zamora el año.... Yo creo de buena fe que ni él lo recuerda con exactitud, ni es cosa necesaria. Su padre, D. José Ramos Vaquero, notable abogado de aquella ciudad, trasladó su bufete á Valladolid, donde Miguel aprendió las primeras letras,



única instrucción que recibió de maestro. Casi un niño vino á Madrid y estudió solfeo en el Conservatorio. Su vocación á la literatura le animó á presentar sus primeros versos á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, quien le alentó á cultivar las letras, aconsejándole qué libros debía estudiar. Sirvió como meritorio en la Junta general de Estadística con el sueldo de *cuatro mil reales anuales*. Entonces, que había mucho más dinero que ahora, se contaba por reales, no por pesetas. Se dió á conocer ventajosamente en la prensa y en los círculos literarios, fundando con el que estas líneas escribe un semanario satírico titulado *Las Disciplinas*; escribió luego en *El Fisgón*, periódico propiedad del célebre caricaturista Ortego, y en unión de Gustavo Adolfo Bécquer y Lustonó redactó el primero y segundo número de *Doña Manuela*, no redactando más porque á la aparición del primer número fué recogido y denunciado el periódico y perseguidos sus redactores, que se salvaron por un milagro de visitar las islas Filipinas. El segundo número de *Doña Manuela* quedó compuesto en la imprenta. Cuando fundó Villergas *El Jeremías*, Ramos, que siempre ha profesado ideas republicanas, formó parte de la redacción. Desde entonces acá ha colaborado y colabora literariamente en los periódicos más importantes de España.

El padre Blanco García, al juzgar á los autores dramáticos contemporáneos, dice de Ramos Carrión:

«..... Olvidando el aticismo de los grandes modelos y el arte difícil de la sobria naturalidad, sacrifica al empeño por hacer reír á toda costa, méritos y cualidades inaccesibles á la apreciación de la multitud. *León y Leona*, *Cada loco con su tema*, *Los señoritos*, *El noveno mandamiento*, y en general los juguetes, pasillos y comedias que brotan de su fecundo ingenio, no descubren esfuerzo ni dificultad de ninguna especie, como engendrados al calor de una musa infatigable. Ramos Carrión es un vástago legítimo de la antigua cepa española, con la savia de Quevedo, Tirso de Molina y D. Ramón de la Cruz.

»Los que tratan con intimidad al autor de *La bruja* le tienen por aticonadísimo al *dolce far niente*, y explican por esta pasividad de su temperamento la costumbre que ha observado de escribir en colaboración.»

En estos párrafos comete varias inexactitudes el venerable agustino.

Ni Ramos *sacrifica* nada que no deba sacrificar al empeño de hacer reír, ni es aficionadísimo al *dolce far niente*, ni tiene el temperamento que imaginan muchos, ni observa la costumbre de escribir en colaboración.

En treinta años que lleva de vida teatral, Ramos ha producido más de sesenta obras dramáticas, y de ellas, más de la mitad sin la colaboración de nadie. Sus mayores triunfos se los debe única y exclusivamente á sí propio. *Los señoritos*, *La mamá política*, *La careta verde*, *El noveno mandamiento*, *La mujer del sereno*, *La criatura*, *La almoneda del tercero*, *Golondrina* y *El bigote rubio*, son creaciones suyas, así como en el género lírico *La gallina ciega*, *La Marsellesa*, *La tempestad*, *La bruja*, *El chaleco blanco* y *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente*.

Resulta, pues, que Ramos sale á dos producciones dramáticas por año, además de sus trabajos periodísticos.

¿Se puede llamar amigo de la holganza á quien de este modo produce?

¿Sesenta y tantas obras en treinta años, y sin haber fracasado ninguna de ellas! ¿Puede decir algún otro lo mismo?

He aquí explicado por qué le llaman *maestro*.

L.

Cartas perdidas.

I

—¿Cómo no me ha contestado

Á tres cartas que le he escrito?

—¡Si á mi poder no han llegado,

Mi señor don Agapito!

—¿Es posible?

—Se lo juro.

—Señor de Andana, lo creo.

—Se han perdido, de seguro.

—¡Está bonito el correo!

* * *

Y esto es que el señor de Andana

Al otro no contestó;

Porque no le dió la gana,

Ó porque se le olvidó.

II

«Pepa: Estoy desesperado;

Preciso es que esto concluya.

¡Quince días han pasado

Sin recibir carta tuya!

»Bien sabes que te escribí
Un día sí y otro no.

¿Por qué no contestas? Di.
¡Esto no lo aguanto yo!

»Se conoce que en mi ausencia
Bien entretenida estás.....

Se ha agotado mi paciencia,
Pepa, ya no espero más.

»¿Buscabas un rompimiento?
Pues lo has conseguido: ¡adiós!
Pepa, desde este momento
Nada existe entre los dos.»

*
* *

Y éste que así la escribía,
Para que el lector lo sepa,
¡No ha pasado un solo día
Sin tener carta de Pepa!

III

«Querido amigo Mateo:
Molestarte me es preciso,
Porque, la verdad, me veo
En un grave compromiso.

»Yo ya no sé de qué modo
Vivir, esto es un horror:
Lo tengo empeñado todo,
Hasta la ropa interior.

»Y el casero me va á echar,
Y ya ves lo que me pasa,
Que no me puedo mudar.....
Ni de ropa, ni de casa.

»En tan horribles apuros
No encuentro ningún respiro:
O me prestas veinte duros
O voy á pegarme un tiro.

»No creas que es un sablazo,
Yo te los devolveré.
Adiós, te envía un abrazo
Tu buen amigo

José.»

*
* *

Por el correo interior
Esta carta se ha perdido.
¡Claro! Como que es mejor
El no haberla recibido.

IV

«Querido amigo Añover:
Te escribí desde Chinchón,
Y extraño mucho no haber
Tenido contestación.»

«Tu carta se ha extraviado,
Mi querido Chiribí,
É igual, sin duda, ha pasado
Con otra que te escribí.»

*
* *

Las cartas no se perdieron.
¡Qué se habían de perder!
Es que no las escribieron
Ni Chiribí ni Añover.

V

El que por cualquier razón,
Ó por pereza ú olvido,
Deja sin contestación
Las cartas que ha recibido,
Como es cosa que no extraña,
Tiene siempre esta salida:
«Los correos en España
Son una cosa perdida.»
¡Ay! Yo también lo hice así,
Y lo digo sin rodeos:
Perdonad si os ofendí,
Empleados de Correos.
Por ocultar mi pereza
Mil veces os calumnié;
Pero, con toda franqueza,
Yo creo de buena fe
Que sólo no se reciben,
Por el *correo maldito*,
Las cartas que no se escriben.....
Debiendo haberlas escrito.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Sánchez Pérez, Antonio.

«..... Ahí va el único retrato que tengo; es decir, que tenía, porque he dejado de tenerlo al enviarlo.

»¿Datos biográficos?

»Caben en un papel de fumar:

»El 4 de Julio de 1838 nací; me licencié en Ciencias, y no me hice doctor por no tener á mano las miles de pesetas que me costaba..... Y no sé más.»

.....
—Deseo que usted amplíe su carta, y por eso le vengo á ver.

—Lo restante á nadie interesa.

—¿No ha sido usted profesor?

—Sí, señor. Gané una cátedra en oposición reñida, y la dejé á poco por vivir en Madrid.

—Recuerde usted aquellos tiempos de examinador, y permita que yo lo sea.

—Muy joven es usted para ello; pero no olvido que antes de mi adolescencia tuve discípulos de Álgebra. Fué..... á los doce años. En fin, le contestaré á tres preguntas nada más.

—¿Cuáles son sus aficiones?

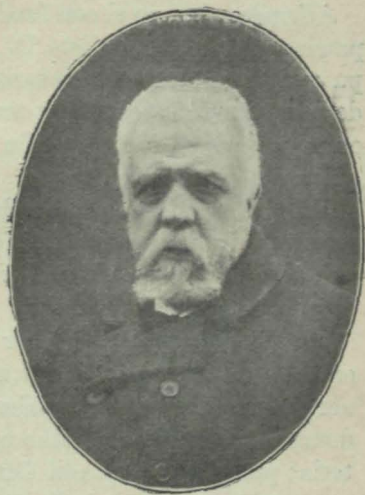
—Son cuatro, sin contar la que se tiene á la mujer, que por ser de cajón la doy por supuesta: las Matemáticas, el Teatro, el Periodismo y la República federal.

—¿Desde muy antiguo es usted partidario de ésta?

—Desde que tuve idea propia. En tiempo de la República fui Gobernador de Huelva, provincia de tercera clase; salté á Valencia, y mi nombramiento de Subsecretario de Gobernación, que estaba extendido, recibió su parte alicuota de *golpe* el 3 de Enero de 1874.

—Cuando joven, ¿escribió usted alguna obra?

—Á los diez y seis años una piececilla, titulada *Tres á una*, representada con éxito;



á los veintiuno fundé un periódico satírico, *El Sofiscopo*, contra los catedráticos reaccionarios.

—¿Y después?

—No estoy á la *cuarta pregunta*. Le dije que tres, y las he contestado con toda amplitud.

Salí maldiciendo mis nulas condiciones de *reporter*. Con un poco más de cuidado hubiera obtenido contestaciones más extensas.

R.

Sobre un..... Pleito literario (?).

Afirmase, ignoro si con fundamento ó sin él, que nuestro ilustre compatriota, el gran novelista D. Pedro Antonio Alarcón (q. e. p. d.), dispuso en cláusula testamentaria, ó con menos solemnidad, pero siempre de una manera categórica y terminante, que se prohibiese en absoluto y en todo tiempo la presentación en escena de obra alguna tomada de cualquiera de sus novelas.

Empiezo por declarar que la existencia de tal disposición no me parece verosímil, y acabo por exponer mi opinión de que, supuesta su existencia, la disposición del insigne literato ni tiene fuerza alguna, ni debe ser cumplida.

Entiéndase que para opinar de este modo no me acojo á la creencia, en mí arraigadísima, de que no hay derecho para testar, ni para disponer de objetos sobre los cuales el que se muere deja *ipso facto* de tener dominio; acepto como hecho consumado la legislación vigente en la materia; pero, aun aceptada ésta, entiendo que la propiedad literaria (de cuya existencia he dudado siempre y dudo todavía) no autoriza en modo alguno la prohibición atribuída, equivocadamente á mi juicio, al célebre autor de *El niño de la bola*.

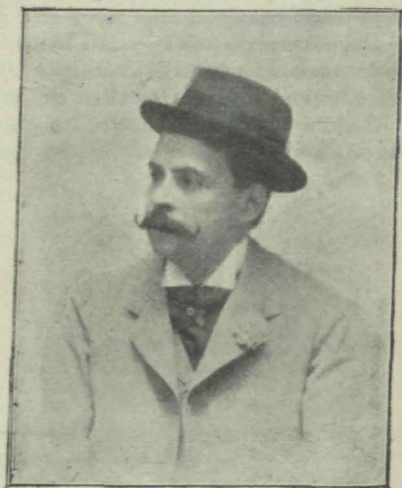
Quede esto sentado por si alguna vez soy llamado como testigo en el mal titulado *pleito*, promovido por la representación de *Curro Vargas*, pleito que, por de contado, ni es pleito ni cosa que se le parezca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Soriàno, Rodrigo.

Sres. Directores de EL LIBRO DEL AÑO.

Mis distinguidos amigos: Tres veces me han pedido ustedes datos biográficos para su libro. Ya les dije que mi biografía se reduce á no tener ninguna, ó, á lo más, á la que todo ciudadano cumplidor de la ley tiene escrita en el padrón y en la cédula de vecindad. Insisten ustedes tanto y tan policíacamente en mi «busca y captura», que para no caer en pecado de grosera descortesía me doblego y les digo: Que nací en San Sebastián, provincia de Guipúzcoa y su capital, años después tan famosa ciudad por sus célebres corridas de toros, por su Casino y por su *gran semana* de Agosto. Que nací por los días de la revolución de Septiembre, y cuando la reina Isabel hacía sus equipajes, aquellos equipajes que tanto gusto dieron á nuestros padres, los liberales del tiempo. Que si no soy viejo no soy niño tampoco, es decir, que me planto en joven. Que parte de mi niñez oyó ruidos un tanto más molestos que el canturreo del ama y el tilitín del sonajero, puesto que se pasó en el bombardeo carlista de San Sebastián oyendo el estampido de aquellos cristianos cañones, los cuales, si no acertaban siempre, no eran mal reclamo y fortuna para los especialistas en el oído.



Para que vean ustedes si mi biografía es importante, les diré que en esa misma época emigré ó me hicieron emigrar á Biarritz, sin que el viaje dejara de ofrecer ciertos peligros.

Muchos vecinos de San Sebastián hicieron entonces lo mismo que me obligaron á hacer á mí, es decir, emigraron, no sin haber pasado muy divertidas tertulias con telas de arañas y con ratones en los sótanos y cuevas á que las granadas carlistas los recluían.

De modo que mi mérito no es grande, como ven ustedes. Que luego de estar en Biarritz un *largo invierno* peleando batallas campales con granadas de nieve, y haciendo lo posible por continuar la gloriosa historia de nuestros padres y su guerra de la Independencia, es decir, poniendo coloradas las narices ó los carrillos á tal cual muchacho francés, no sin detrimento de las mías y de los míos, volví á España y á Madrid. Que luego estudié sin gran gusto la carrera de Derecho, como se estudian en nuestro país esos derechos, es decir, lo más torcidamente posible. Que viajé por casi toda España y escribí en periodiquitos para andar por casa, como todo ciudadano español que sepa leer á medias. Que luego pasé largas temporadas en el Extranjero, donde aprendí lo poquísimo que sé y he olvidado luego, y traté allí con personas que pudieran enseñarlo. Que fui á Italia, Alemania y Bélgica y á los Países llamados Bajos, por más que conozco más bajos países que éstos; y vi á León XIII un día, y oí las óperas de Wagner otro, y evoqué en algunos otros nuestros recuerdos de la España del XVI, allá en las heladas ciudades de Gante, Breda, etc., etc. De todo esto saqué en consecuencia muchas cosas que se encargarán de referir algún día el Sr. Mestre Martínez ó *Juanito Pedal* si me decido á viajar en tren botijo ó á montar en bicicleta. Mi hazaña más importante fué ir á la guerra de Melilla, adonde fué media España con el general Martínez Campos á Marrakesch, adonde quiso ir la otra media, como quiere ir de balde á los estrenos y tener de balde también los libros. Cinco ó seis meses pasé, ya en Melilla, ya en Argelia, ya en Marrakesch, y escrito está eso en un librito, *Moros y cristianos*, que me ha producido 6 pesetas con sus 5 céntimos y todo.

De aquel país conservo magníficos recuerdos, alguna señal de caída de caballo y unas babuchas en mal uso.

Desde entonces acá he escrito libros: *Una conferencia con Emilio Zola*, á quien me honré acompañando en San Sebastián; *Por esos mundos, La Walkyria en Bayreuth* y otros, con mil artículos, crónicas, etc., etc.

Están ustedes, pues, complacidos; pero les ruego, confiando en su discreción, que de esto íntimo *que les cuento no hagan otro uso* que el natural entre la gente del oficio. Saben es su afectísimo,

RODRIGO SORIANO.

“Sport” del año.

REGATAS

Cuando entré, terminaba su discurso un marinero de ennegrecido rostro, vestido de blusa rojiza y grasienta; cafale sobre la frente una boina, á trozos azul, deshilachada en otros.

Aun se estremecían platos, botellas y vasos y cabeceaba la mesa, temblando por el último puñetazo que diera José Mari, el pescador más valiente y más bruto del muelle de San Sebastián.

El tabernero estaba de enhorabuena, es decir, que había en su tienda humo, tacos, voces, cantos, pestíferos olores y borracheras.

Podrían compararse al fondo de una mina aquellas paredes, manchadas de carbón y de telarañas, plagadas de monigotes obscenos, sobre las cuales recostaban sus panzas «de nueve meses» las cubas y pipas más borrachas de todas las sidrerías y tabernas del país.

Humo de malos cigarros, emanaciones de fritos y especias de á *perro chico*, envolvían el primer término del cuadro. Á través de unos guñapos encarnados que cubren los polvorientos cristales, llenos de moscas, atravesados por tiras de papel engomado y obleas, se ve la calle, una calle triste como sala de hospital, de casas amarillentas, y en cuyo fondo divisase el espeso bosque de palos, teñidos de brea, de los barcos del muelle; los otros huecos de la ventana, tapados por unos pergaminos usados, como de tambor viejo, dan lobreguez y negrura al cuadro.

Hubo un rato de silencio, en medio del cual oyéronse los acompasados ó violentos martillazos del zapatero de enfrente..... Pero luego empezó á rugir la mar de fondo.

—*Ese*—dijo José Mari,—*ya quisiera, pues, ganar.....*

—*Gañar, ganar* (ganar): sí, sí, sí, sí: pues.....—reflexionó un marinero fino, rubio, de rostro soñador.

—*¿Qué hablar hablar vosotros? ¿Tontos sois, pues?*

Todos callaron al oír la voz convincente del patrón, quien, apoyados los codos en la mesa y las manos sujetas á la cara, medio cerraba los ojos con la carne amoratada de sus carrillos.

—*Iangoicua etá semiá*—empezó á balbucear;—*regatas ya te tenemos, diñero ya te tendrás; bay, bay: pero marino trabaja, trabaja.....*

Tan luminosa peroración no pudo menos de convencer al alumbrado auditorio. Nunca orador elocuente obtuvo más entusiasmo. Uno daba puñetazos; otro, puesto en jarras, abría su boca de sátiro, y hubo quien destrozó un vaso y derribó una botella, que chocó, haciéndose pedazos y manchando el suelo de borrones vinosos, mientras Pello se entretenía en extender sobre la mesa de pino, con el dedo, los restos de otra botella de cierto vinazo morado que parecía la sangre de un Cristo de bárbara talla.

En fin, resultó que las regatas serían entre Pasages de San Juan, de San Pedro y San Sebastián. San Sebastián había de ganar, por supuesto.

Lo que decía uno de los lobos de mar:

—*¿Aquél? ¿Pasages gañar, pues? ¡Ya, ya! ¿Pasages estar? Sí, sí, sí; ya gañará aquél....., pues.....*

Como todos se comprendían, renovaron el tabaco de sus ahumadas pipas de yeso; vaciaron una botella más, y después de cantar, bailar y patear el indispensable *Guernikako arbola*, de Iparraguirre, salieron por la calle arriba, golpeándose contra las paredes, cantando y cogidos del brazo.

*
* *
*

El cielo está encapotado; las nubes, infladas como globo á medio hinchar, de color gris negruzco, parecido al sucio penacho de humo que arroja una fábrica. Corren los nubarrones de aquí para allá, y ya dan un capirotazo á las tenues gasas que transparentan indecisa luz, ya se mofan de un pedacillo de azul que asoma sonriente.

El mar está revuelto, amenazador. Revientan las olas de color verde botella, se agita junto á diques y rocas el agua, negra y tiznada de borrones de tinta; en la línea del horizonte, lejos, muy lejos, se dibuja una faja blanca, como campo de nieve iluminado por un sol tenue de invierno.

Los pájaros marinos cruzan el cielo abanicándose con las alas. San Sebastián está triste; el color aleonado de las casas es pardo; los cristales alegres de miradores, faroles y luceros, no refulgen en casas y paseos. El castillo de la Mota y su cinturón de caserones sucios, aparecen cubiertos de gente; en los paseos, árboles, guardillas y tejados, pulula un público silencioso, público triste, «de día de lluvia», que á trechos hiere la vista con el tono rojo, muy vivo, de algún pantalón de soldado, ó el de los mantones y blusas de chulas madrileñas y cocineras endomingadas.

Junto á estos colores escandalosos flota, como niebla posada en lo verde del monte, un blanco, fresco, montón de niñeras y *bebés*, cubiertos de puntillas y de encajes..... Más abajo un colegio de *Asilados* destaca sobre la hierba el tono pardo de los uniformes.

Al lado del mar, la música, cuyos instrumentos despiden reflejos de batería de cocina, rompe el silencio con una tocata tristoná. Apaga las notas el mar en sus estallidos de gigante.

En la bahía, los barcos de guerra balancean sus popas, enormes y redondas como un *polisson* de señora, y tienden á un lado y otro los palos..... Alrededor se arrastran los sueltos eslabones de una interminable cadena de lanchas que hormiguea y se extiende en línea ó haciendo eses. La boca del puerto vomita sin cesar vaporcillos que salen disparados, rugiendo con voz temblona, atestados de racimos humanos. Y lanchas, vapores, músicas, ahuman, mugen, desafinan.

* * *

Ya bajan por las escalas desgastadas y escurridizas del embarcadero José Mari, el patrón y los marineros.

Rozan, impacientes, las lanchas el carcomido muro de piedra del muelle, agitándose como el caballo de carrera que espera ansioso para arrancar, el sonido de la campana. Unos tras otros caen en la lancha con estrépito los lobos marinos; visten blusas blancas á cuadros negros, fajas amarillas ó rojas, boinas nuevas..... Allí están vestidos de fiesta, peludos, tostados de sol, con los remos en alto, así como los gladiadores bajo el palco del César.

Caen remos, gruñen y silban los *estrobos*, salen disparados por la boca del muelle, repleto de cabezas..... Las boyas de salida, pintadas de encarnado, se pavonean, asomando sus panzas en el agua.....

En las dos traineras de San Sebastián ondean banderas azules, blanca en la de Pasages de San Pedro, roja ensangrentada en la de Pasages de San Juan.

Suena un cañonazo, seguido del ¡ah! ¡ah! de ansiedad que corre por todo el público.

Las traineras salen disparadas, con vértigo. Ya cruzan por entre la escuadrilla de vapores, se deslizan por el tortuoso callejón de lanchas, cortando el agua como diamante el cristal; estelas de bulliciosa espuma marcan en el mar interminable y borroso camino.

San Sebastián va delante; los marineros dan en el remo con sus peludos brazos, cuyas venas de acero parece que van á saltar; respiran humo, se enrojecen sus carrillos..... Ya se perdieron los rumores y gritos del pú-

blico..... Están en alta mar..... Allí, silencio profundo, interrumpido por el *gri, gri* chillón que hacen los remos al moverse, por alguna interjección enérgica y á boca llena que para animarles suelta el patrón:

— ¡*Su, su!* ¡*Alá, alá!*

Y los remos gotean y se escurren de las callosas manos; el pelo les chorrea sudor y agua, los pies se inmovilizan, clavados al asiento de la trainera.....

La bandera blanca avanza, y la roja, perezosa, deja el mar libre y sin tropiezos.

Acórtase la distancia: apenas se respira..... ¡momento supremo, en que la sangre da vueltas en la cabeza, y el frío del hielo estremece el cuerpo!

¡Bah! Ya vuelven las lanchas; ágiles, encabritadas, gallardas, saltan sobre las panzudas olas, como salta los obstáculos un caballo de carrera. San Sebastián va delante, siempre delante. Los marineros levantan á flor de agua sus remos blanquecinos, y vuelan las traineras como arrastradas por unas alas blancas, inmensas, sobre la superficie verdosa del mar. En un instante tocan las boyas de llegada. Levántase un clamoreo de ¡hurras! y ¡vivas!, agítanse pañuelos, suenan músicas, se alzan remos, muge vapores.....

RODRIGO SORIANO.

San Sebastián, Septiembre 1898.

Taboada, Luis.

Vino á Madrid muy joven, y antes de dedicarse á escribir fué empleado en los Ministerios de la Gobernación y Fomento. Desde Vigo, de donde es natural, había colaborado en *El Cascabel* y en algunos otros periódicos de la época, como *El Miño*, *La Oliva*, *El Mundo Cómico*, que dirigía por entonces Ricardo Sepúlveda, y *La Ilustración Gallega y Asturiana*.

Escribió luego en *El Solfeo*, de Sánchez Pérez, donde puede decirse que se dió á conocer.

Más tarde entró de redactor en *El Liberal*, y al mismo tiempo, aunque firmando con seudónimo, escribía en *La Broma*, *La Viña*, y en casi todos los periódicos festivos y satíricos que desde 1883 se han publicado en España.

Su fecundidad es tan inagotable como su gracia.

El padre agustino Blanco García, en su obra *La literatura española en el siglo XIX*, al ocuparse de Taboada dice que este hijo de Galicia prefiere, por excepción entre sus paisanos, el arte de hacer reír al de hacer política. Para ello le bastan «su mucha agudeza y un paseo ideal por las guardillas averiadas, por la casa de huéspedes, por la tertulia íntima, ó también simplemente por la calle. Es amigo del figurón, en parte por inclinaciones suyas, en parte por la idiosincrasia de los tipos que sirven de objeto á sus estudios, y en el fondo de su sátira deja de ver algo del escepticismo que engendra el comercio con una porción de nuestros semejantes.»

No hace muchos años que, asistiendo Taboada á unas fiestas en su tierra natal, un cohete le hirió en un ojo y le dejó tuerto. No por esto perdió su buen humor, ni aun en los días de más agudos dolores, ni interrumpió su labor diaria en los periódicos festivos.



Encargado de las crónicas del *Madrid Cómico* desde el año 83, es además redactor de *El Imparcial* y del *Nuevo Mundo*.

De cuando en cuando reúne los artículos que escribe casi á diario, y forma con ellos elegantes tomos que se venden como pan bendito. Así han nacido *Madrid en broma*, *La vida cursi*, *Siga la fiesta*, *¡Titirimundi!*, *Caricaturas*, *El mundo festivo*, etc., etc.

En el teatro ha sido aplaudido muchas veces, pero no ha logrado tanta fortuna como en el periodismo.

L.

¡Qué vida está!

De día en día va resultando más difícil el oficio de escritor público.

Es necesario luchar por de pronto con la competencia, pues hay escritores cuasi notables que escriben artículos á dos duros y medio uno con otro; y después hay que encerrarse en un cuarto interior, y tapar las rendijas con burlete para librarse del ruido infernal de este Madrid estruendoso y antipático, donde las jaquecas llegan á ser uno de los azotes que más nos afligen.

Los que tenemos que ganarnos el pan con el sudor de la pluma, somos víctimas del estruendo que producen los carruajes; del sonsonete de los pianos de las vecinas; del clamoreo de los vendedores y de otra porción de ruidos á cual más desagradables é inarmónicos.

Ni aun por la noche consigue el desdichado escritor sustraerse al barullo, pues hay matrimonios que dirimen sus contiendas desde las doce en adelante, y se ponen á gritar con las ventanas abiertas, como si quisieran decir al vecindario soltero:

—No se casen ustedes. Mírense en este ejemplo. Llevamos catorce meses de matrimonio, y todas las noches nos tiramos alguna cosa á la cabeza.

Yo he sido víctima de las reyertas de Soplete y su esposa, que habitaban en el cuarto de la derecha de mi casa. Él era un segundo galán, acostumbrado á hacer los papeles de traidor y de conde iracundo y do-

minante, y ella era una navarra voluntariosa que se había criado con madrastra y estaba acostumbrada á morderla.

Todas las noches, á eso de la una, se armaba en el domicilio de Soplete la consabida pelotera.

—¡Me voy á suicidar!—gritaba ella.

Y él contestaba:

—Es lo que debes hacer.

—Eso quisieras tú, pillo, granuja, mal cómico; pero no te daré ese gusto. Mientras viva no he de tolerar que me faltes, y el día que coja á esa bribona que te tiene sorbido el seso, ¡la mato!

Al llegar á este punto, Soplete le daba con el puño cerrado á su mujer en un vacío. Cuando no era en el vacío, era en la rabadilla.

—¡Verdugo! ¡Asesino!—gritaba ella.

Por toda contestación, Soplete cogía un plato y lo estrellaba contra la pared. De manera que aquel matrimonio no ganaba para loza.

—¿Por qué me he casado contigo?—seguía diciendo ella.—¿Por qué? ¿Qué has traído tú al matrimonio? Dos camisas de cuello postizo, cuatro puños y un mirlo. ¿Quién ha tenido que comprarte el chaquet negro para la boda? Yo, y nada más que yo. Gracias á mi dinero no nos vemos en la calle, porque tú no sabes ganarlo. ¿Qué has de saber? ¿Por qué no te contratan? Porque no sirves. Acuérdate del Mejía que hiciste en Benicarló, que te pusieron un ojo perdido de un patatazo.

Siempre que le hablaba del ojo, Soplete cogía á su mujer por el cote y le clavaba las uñas, porque á él lo que más le irrita es que le tengan por mal cómico.

La mujer ponía el grito en el cielo; la criada quería salir á la defensa de su señora, y recibía un puntapié, y á veces dos.

Yo, entretanto, tenía que soltar la pluma y acababa por golpear la pared para hacerme oír de mi vecino, á quien decía con acento suplicante:

—¡Señor de Soplete! ¡Por la Virgen Santísima! Péguete usted á su señora después de almorzar, que es cuando yo no estoy en casa. ¡Tenga usted compasión de este padre de familia, que necesita escribir para mantenerla decentemente!

Pero Soplete, lejos de calmarse, se excitaba más y más, y la emprendía de nuevo con su esposa, gritando:

—¿Lo ves, grandísima infame? ¿Ves cómo por tu causa me pongo en ridículo? Si mañana D. Luis me saca en los periódicos por culpa tuya....., ¡has acabado de vivir!

Y hasta las tres de la madrugada, minuto más, minuto menos, no concluía la yertera de mis vecinos.

Para librarme de aquella calamidad nocturna decidí trabajar por el día, y entonces me martirizaba una joven del entresuelo que está estudiando el canto desde Diciembre de 1895, y anda á vueltas con el aria del *Barbero* todo el santo día de Dios.

El caso es que ella no ha conseguido aún aprender el aria, y, en cambio, la cantamos todos los vecinos: desde el portero hasta un administrador de Loterías que vive enfrente.

Las cocineras del barrio cantan también el aria mientras limpian el fogón, y yo estoy de *Barbero*, y de vecina, y de Rossini, y de aria, hasta la coronilla.

¡Ay! ¡Si supiera el lector los apuros que pasamos los que tenemos que vivir en este infierno! Y gracias á que en mi vecindad no hay ninguna señora que dé reuniones; pero, en cambio, tengo unos niños encima de mi cabeza, quiero decir, en el piso de arriba, que arman unos escándalos horribles.

Uno hace de caballo y otro de simón, y el primero se deja enganchar á una silla, mientras el otro arrea.

Yo estoy debajo, sufriendo las patadas del animalito y dándome á todos los demonios.

La mamá es una señora cubana de mucha pachorra, que se sienta en un *columpio*—como llama ella á la mecedora,—y lo más que hace es decir á los niños:

—No sean juguetones y caminen despasito, que se van á sofocar..... Pancho, Gorito, no se tiren al suelo, que esa es una sinvergüenseria.

Cuando cesan de trotar los niños de la manigua, comienza á dar voces una mujer que se sitúa frente á mi casa, y se está las horas muertas gritando:

¡*El Imparcial!* ¡*El Imparcial!* ¡*El Imparcial!*!

¡Maldita sea mi suerte!

LUIS TABOADA.

Taboada, Marcial.

Al terminar el doctorado de Medicina ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Sanidad de la Armada, separándose de él poco tiempo después.

El sino debe cumplirse: el suyo era OH_2 , y por eso, al dejar las aguas marinas, tuvo que *navegar* en aguas mine-
rales.

Nuestro objeto no es seguirle por balnearios, campañas epidémicas, obras publicadas, cargos que ostenta y recompensas obtenidas; ni detenernos en el político liberal, diputado á Cortes por Carballino; ni recordar sus fecundos trabajos en el vasto campo de la hidrología médica, que inculto estaba en 1859, cuando tenía veintiún años de edad, y que él, después de roturarlo con sus estudios, y abonarlo con su privilegiada inteligencia, y plantar sus neuromas como semilla, ha recogido sabrosos frutos, entre los cuales figura la presidencia de la Sociedad Hidrológica.

¿Cuál es, pues, nuestro objeto? Manifestarle que si en la mesa de su despacho notó la falta de una cuartilla y el comienzo de otra, las verá á continuación. Será un hurto; pero ¿no era más *criminal* dejarnos sin su valiosa colaboración?



R.

¡Año negro!

¡Cuánto habría ganado España si en el perdurable reloj de los tiempos no hubiere sonado la hora primera de este fatídico año 98!!! Año de nuestras catástrofes y nuestras desdichas, de nuestras tristezas íntimas y de nuestros irremediables desencantos. ¡Año *negro*!! Que tus dolorosas amputaciones, resultado inequívoco, lógico y natural de nuestras pasadas y presentes *decadencias*, sean la señal de la resurrección, á la manera como la *poda* de los árboles viejos sirve para rejuvenecerlos y hacerlos viables para el porvenir.

La rectitud de la conciencia, lo sano del intento, la eficacia del estudio y el noble y común esfuerzo del *trabajo de todos*, son los únicos medios de conseguirlo.

Si tan dura lección no aprovecha, si en plazo breve no nos corregimos y enmendamos *todos*, y volvemos desgraciadamente á las *andadas*, todo está perdido para siempre.

MARCIAL TABOADA.

Vega, Ricardo de la.

Casó con don Ventura de la Vega
Doña Manuela Oreiro, y nací yo (1),
Blanco, robusto, hermoso, inteligente;
¡Qué grande es el Señor!

El marqués de Molins, Mariano Roca
De Togores, de pila me sacó,
Y le dijo á mi padre: «ESTE MUCHACHO
VALE MÁS QUE LOS DOS.»

La sal que me pusieron en los labios
En mis tiernas entrañas penetró,
Y hoy la vierto á granel en mis comedias.
¡Qué grande es el Señor!

No me hicieron llorar ni crisma ni óleo,
Y después de las preces de rigor,
Al oír preguntar: «VIS BAPTIZARE?»
«VOLO», contesté yo.

El sacerdote entró en la sacristía
Lleno de sacrosanta admiración,
Y le dijo á mi padre: «DON VENTURA,
¡QUÉ GRANDE ES EL SEÑOR!»

Salimos de la iglesia. Tras el coche
La multitud curiosa se lanzó,
Y en lugar de «¡BATEO!» «¡VATE, VATE!»
Decía en alta voz.

Y era que el pueblo, adivinando el genio
Que en mis ojos brillaba como el sol,
Gritaba: «¡DON RAMÓN HA VUELTO AL MUNDO!»
¡QUÉ GRANDE ES..... DON RAMÓN!»



(1) Año 1840.

DOS LUSTROS de mi edad contaba apenas
Y ya andaba sin dar un tropezón.
Tenía una niñera encantadora:
¡Cuánto la amaba yo!

Mi madre, previsora, á la niñera
Puso á dormir en otra habitación,
Y yo dormía solo en mi camita;
¡Qué grande es el Señor!

Con MASARNAU cursé Filosofía,
Y á él debo lo filósofo que soy.
MASARNAU le llamaban; yo, más culto,
Decía MASARNÓ.

Crecí, me hice buen mozo; entré en Fomento (1);
Vino al fin la fatal revolución,
Y me dejó cesante Ruiz Zorrilla.
¡Qué grande es el Señor!

Escribí cien sainetes, que causaron
La justa y natural admiración.
LA CORVA ESCENA RESONÓ EN FRECUENTE
Aplauso atronador.

Tembló Vital, estremeciése Ramos
Al ver lo poco que á mi lado son.
Yo tengo mi teatro sainetero,
Vital y Ramos, no.

Mis personajes son de carne y hueso;
Tocadlos, y veréis como lo son.
Mis chistes espontáneos; en mis cuadros
Hay luz cuando hace sol.

Desde el FRASQUITO á LA VERBENA, he sido
Y seré siempre el popular autor.
Al nacer yo, se me murió mi abuela.
¡QUÉ GRANDE NACÍ YO!

Querido Eduardo: Para complemento de esta autobiografía te diré que he sido periodista, que he representado comedias caseras y que desde que ascendí á jefe de Administración, hace pocos meses, tengo *usia*, agua con *azucarillo* y *excusado de caoba*.

Tuyo,

RICARDO.

(1) Año 1863.

La boca de Elià.

La Naturaleza es loca:
Mejor dicho, se equivoca
Cuando en acertar se empeña.
Ya que te hizo tan risueña,
¿Por qué te ha dado una boca
Tan pequeña?

Me ha dicho quien yo me sé,
Y no hay exageración,
Que tomas la sopa con
Cucharitas de café,
Y que comes el *bisté*
Con punzón.

Tu boquita es un ahorro;
Mas cuando estás en un corro
De broma y de regocijo,
No podrás beber á chorro
El agua con el pitorro
Del botijo.

El agua te correría
Por el cuello, como rota
Cascada que da en el río,
Y tan sólo quedaría
En tus labios una gota
De rocío.

Es decir, que en el comer
Lo mismo que en el beber
(La consecuencia es muy cómica),
Eres y tienes que ser,
Elia hermosa, una mujer-
Económica.

Vamos á ver: ¿qué me dices?
¿Quieres hacernos felices?
Pues que tu boca nos abras;
Que perdones mis deslices,
Y no nos economices
Las palabras.

Habla ya; yo te lo pido,
Creo que con buenos modos.
Aunque charles por los codos
No será tiempo perdido,
Que ya aplicaremos todos
El oído.

¿No contestas á mi afán?
¿Callas, y tu faz se inmuta?
¡Basta! Ni aquí ni en Calcuta
Hay quien hable, voto á San,
Teniendo una boca tan
Diminuta.

RICARDO DE LA VEGA.

Zamora y Caballero, Eduardo.

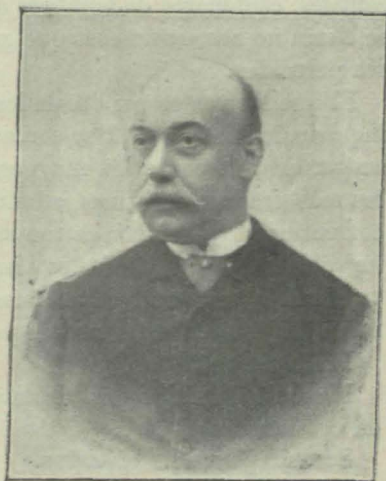
Su decidida afición á la literatura le hizo dejar la carrera de Ingeniero de Caminos, á que le dedicaba su familia, y lanzarse á escribir para el teatro, dando á la escena, entre otras muchas, comedias tan excelentes y aplaudidas como *Del enemigo el consejo*, *No matéis al alcalde* y *Me conviene esta mujer*, que todavía se representan por Madrid y provincias y agradan tanto como cuando se estrenaron, hace treinta y pico de años.

Afiliado Zamora y Caballero á la unión liberal, figuró en la redacción de *El Diario Español*, hasta que Gasset y Artime, con quien le unía estrecha amistad, fundó *El Imparcial* y se lo llevó consigo.

Cuando el golpe de Sagunto, Zamora ingresó en el partido conservador, desempeñando diferentes cargos públicos, entre ellos las secretarías de los gobiernos de Sevilla, Granada y Barcelona, los subgobiernos de Canarias y de Jerez de la Frontera y dos veces el gobierno de Cádiz.

Fué uno de los primeros conservadores que siguieron al Sr. Silvela en su disidencia.

Autor de una *Historia de España* muy estimada, es, desde hace diez años, asiduo colaborador del *Diario de Barcelona*.



Cuestión de céntimos.

- ¡Doy un millón!
- ¡Tomo diez millones!
- ¡Cedo cien Filipinas!
- ¡Compro Aduanas!

Hay en Madrid, y en París, y en Londres y en todas las plazas mercantiles, centenares de hombres que desde que se abre la Bolsa hasta que se cierra no hacen otra cosa que gritar desaforadamente éstas ú otras frases parecidas.

El que los vea correr desalados, de un lado para otro, hablarse al oído, inquirir noticias, consultar con avidez periódicos y telegramas privados, acoger crédulamente las mayores paparruchas, propalar sin vacilación los más grandes desatinos, admitir como cosa corriente los más absurdos comentarios, y fundar en tan encontrados y tan deleznable elementos un cálculo de probabilidades para combinar operaciones que deben llevarles á la riqueza, y que la mayor parte de las veces son causa de su ruina, les tomará seguramente por orates.

No lo son todavía.

No salen de ningún manicomio, aunque muchos, sin sospecharlo, están en camino de ir á él.

Son simplemente bolsistas.

*
* *

Parece á primera vista que los que operan sobre sumas fabulosas y en una semana compran y venden dos ó tres veces parte de la deuda española, necesitan disponer de grandes capitales y han de ser todos gente que varea la plata.

Cuando llega el momento fatal de liquidar abonando diferencias, resulta que tal individuo que compró veinte millones y vendió cincuenta y volvió á comprar otros tantos, se da por contento con ganar cincuenta ó sesenta duros, y á veces mucho menos; y tal otro, que hizo operaciones fabulosas como si tuviera á su disposición los tesoros de Crespo, se ve obligado á declararse en quiebra porque ha perdido quinientas pesetas, y él no logró nunca verlas juntas, ni conoce á nadie que las tenga.

*
* *

Esto consiste en que los bolsistas negocian millones para disputar céntimos; de modo que las sumas que se compran y venden, cuando llegan á producir un resultado práctico en la caja del negociador, se encuentran en el mismo estado que la tintura-madre de los medicamentos en los glóbulos homeopáticos.

Cogen los manipuladores una gota de tintura-madre y la diluyen en ciento de agua; toman después una gota de esta dilución y la vuelven á diluir en otras ciento; y luego de repetir la misma operación cierto número de veces, obtienen el medicamento.

Todavía alambican los bolsistas más que los homeópatas, porque éstos, al fin y al cabo, tienen la tintura-madre; pero el que vende un millón del 4 por 100 no sólo no lo tiene, sino que tal vez ni por curiosidad ha visto jamás un solo título, y el comprador tampoco ha logrado reunir nunca la cantidad que importa su compra. Á pesar de esto, uno y otro siguen negociando sobre aquella operación imaginaria, y, en realidad, lo que hacen no es vender ni comprar, sino manifestar la intención de hacer una de estas cosas.

*
* *

Así es que en lugar de decir: «Compro ó vendo», si hablaran con propiedad deberían decir:

—Yo vendería un millón si lo tuviera.

Á lo cual replicaría otro:

—Yo lo compraría, pero no tengo un cuarto.

Pero si en el mundo no existiera un lenguaje convencional que nos permite decir las cosas de un modo muy distinto de como son en realidad,

tendríamos que renunciar á no pocas que son verdaderamente ilusorias, pero que en la práctica dan de comer á mucha gente.

*
* *

En el mundo de la Bolsa, como en el del teatro, como en el de la política, hay muchos tipos que merecen ser estudiados por los escritores de costumbres.

Todos ellos pueden clasificarse en dos grandes grupos: alcistas y bajistas.

Éstos vienen á ser los ejércitos beligerantes que riñen entre sí las grandes batallas del céntimo.

No se crea que se trata de agrupaciones cerradas, ni que los individuos de cada una de ellas no figuren nunca en la otra.

Como el objeto es la ganancia, en ese campo de batalla todo el mundo procura estar entre los vencedores, y la deserción, si produce el resultado apetecido, lejos de ser vergonzosa, envanece al que supo realizarla á tiempo.

Pero aparte de esto, que hace que un mismo combatiente figure alternativamente entre los dos bandos en el espacio de pocas horas, y á veces de pocos minutos, no es posible negar que hay alcistas y bajistas por temperamento, por carácter, hasta por instinto.

*
* *

Para que así no fuera sería preciso que los bolsistas se despojaran de su condición de hombres.

¿Quién podrá negar que hay en la vida optimistas y pesimistas?

Pues los primeros, en la Bolsa se ven impulsados por una fuerza misteriosa á ponerse á la alza; y los segundos, son arrastrados por un impulso irresistible hacia la baja.

Los alcistas, que todo lo ven de color de rosa, que por doquiera encuentran fuentes de prosperidad, que predicán la paz, el orden, la alegría, que son capaces de creer hasta en las palabras de los Ministros de Hacienda, son más simpáticos.

Inspiran, por lo menos, la simpatía de la inocencia, y casi siempre la de la desgracia.

El bajista sueña con guerras, revoluciones y desastres; para él un pronunciamiento no significa una vergüenza nacional, sino una baja de algu-

nos enteros; una epidemia no es causa de luto y desolación para millares de familias, sino motivo de que se paralicen los negocios y los fondos se deprecien; una guerra no es la matanza colectiva de dos pueblos hermanos, sino la fuga del dinero, que, como dijo Ayala en *El tanto por ciento*, es muy cobarde y huye siempre de los aprestos militares; y una bancarota es una ocasión de *cubrirse* con ventaja, ó sea comprando barato lo que vendió caro.

El alcista vive siempre en un paraíso.

El bajista abriría de buena gana las puertas del infierno, para ver el efecto que producía en las cotizaciones la irrupción de doscientas legiones de diablos.

Ya hemos dicho que el primero es más simpático; pero el segundo suele ser más afortunado porque, por desgracia, en el mundo, y sobre todo en nuestra patria, lo malo es mucho más fácil y muchísimo más frecuente que lo bueno.

Además, para que los fondos suban es necesario que *todo* vaya bien, y para que bajen basta que *una cosa* vaya mal.

Así es que los alcistas con sus buenos deseos, sus generosas ilusiones y sus nobles intentos, suelen tener que repetir á menudo aquella cuarteta más exacta que piadosa:

«Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que Dios protege á los malos....
Cuando son más que los buenos.»

*
* *

Hay en la Bolsa un tipo que suele ser el rigor de las desdichas.

El bolsista político.

El que vive en verdadera intimidación con los altos personajes que dirigen la cosa pública, y hasta recibe inspiraciones de los ministros (que se dan casos), suele algunas veces realizar grandes ganancias en poco tiempo; pero como el afán de lucro es insaciable, por fin llega siempre un día en que pierde hasta los zapatos.

En cuanto al político de menor cuantía, al que por ser admitido en la redacción de un periódico, ó por formar parte de un comité, ó porque en tal ó cual ocasión escribió una carta al jefe de un partido y éste le contestó en otra de esas que los hombres importantes firman sin leerlas, se cree ya iniciado en los secretos de Estado y va al mercado de contratación de los fondos públicos á hacer propaganda en favor de sus opiniones,

firmemente persuadido de que el alza ó la baja de los valores han de coincidir precisamente con las oscilaciones de sus esperanzas, ése está perdido sin remedio. Si no huye á tiempo, y generalmente no huye, muere mártir de su estupidez y acaba por creerse de buena fe víctima de sus convicciones.

Los que miran las cosas con más sangre fría le ganan bonitamente hasta la última peseta, y cuando después de haberla perdido llega al extremo de vivir *dando sablazos* á todo el género humano, suele perder la postrera ilusión el día que suben *los suyos* y le ofrecen por toda recompensa de sus sacrificios una plaza de escribiente si tiene buena letra, ó un estanco si por acaso ha servido en el Ejército.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.
